

ARWEN ELYS DAYTON



DOOR  
SEEKER

CON LA VERDAD LLEGARÁ EL FIN

Lectulandia

Ser un Seeker es un honor, una misión, un destino. Quin Kincaid se ha pasado la vida entrenando para serlo y lo ha conseguido. Esta noche hará su juramento, y su familia y su chico estarán orgullosos de ella.

Su futuro parece perfecto, pero justo después de la ceremonia, todo cambia. Ser una Seeker no es lo que creía. Su familia no es lo que creía. Ni siquiera su chico es quien ella creía, y ahora es demasiado tarde para echarse atrás.

Junto con otros compañeros, Quin deberá luchar por una misión distinta a la que se le ha encomendado: encontrar la luz en un mundo sumido en las sombras.

**Lectulandia**

Arwen Elys Dayton

# **Con la verdad llegará el fin**

**Seeker - 1**

ePub r1.0

Titivillus 15.11.15

Título original: *Seeker*  
Arwen Elys Dayton, 2015  
Traducción: Sergio Lledó  
Mapas interiores: Jeffrey L. Ward  
Fotografía de cubierta: Charles Day  
Diseño de cubierta: Bose Collins

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

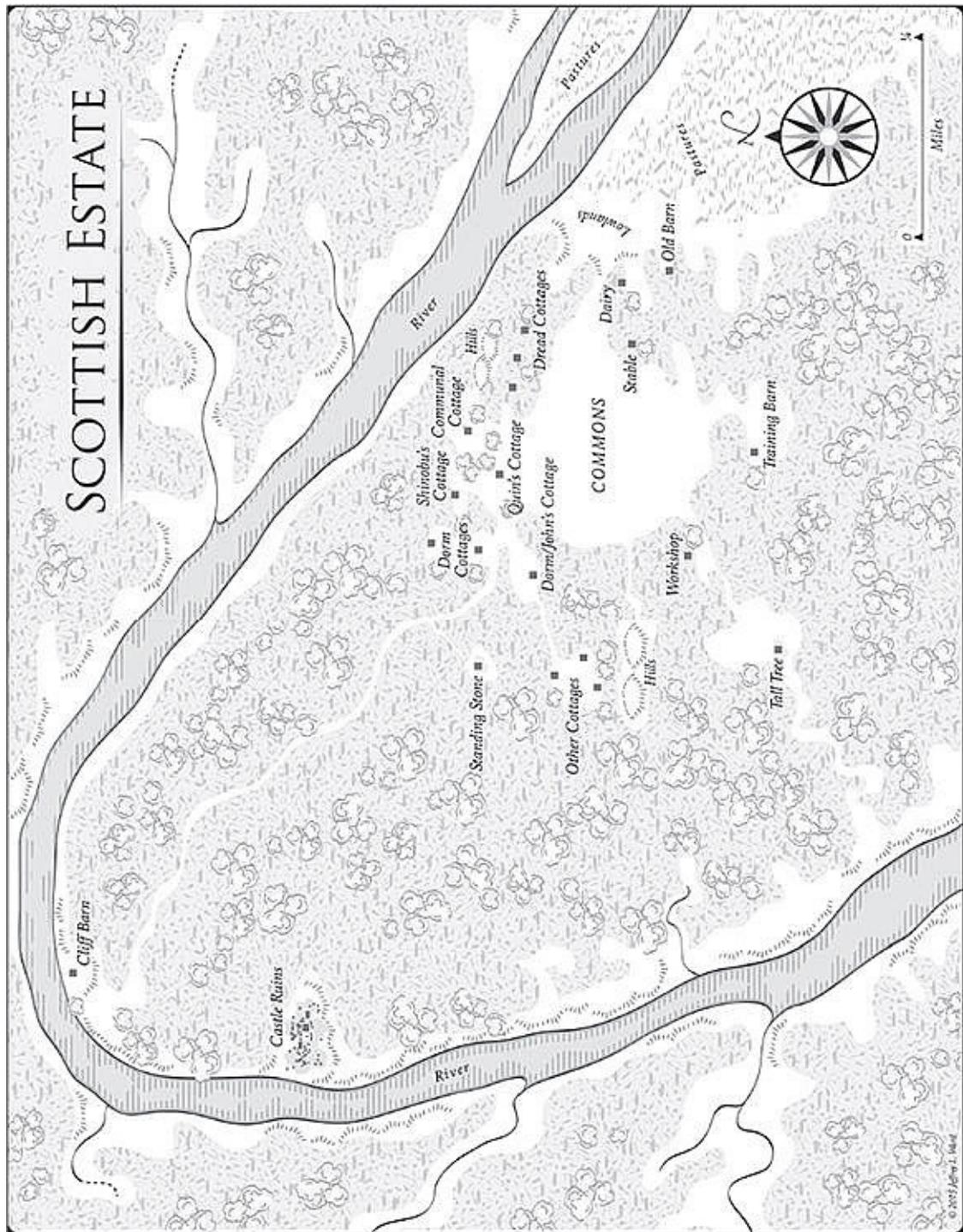
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

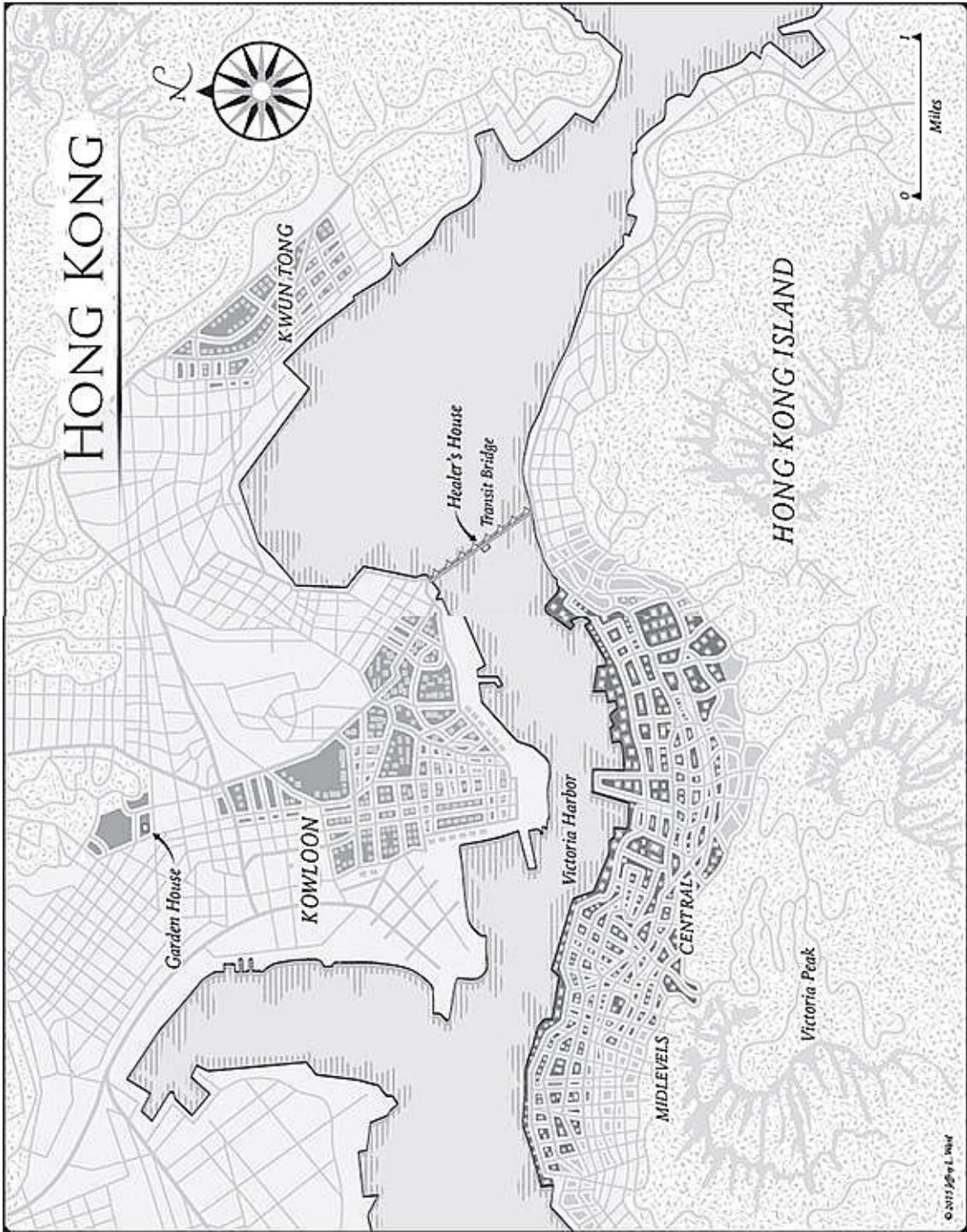
---

*A Finn, Emer e Imogen,  
los tres terremotos que he traído al mundo*

Ya deberíais estar convencidos de que nuestro universo podría contener otras dimensiones espaciales agazapadas; sin duda, mientras continúen siendo lo suficientemente pequeñas, no habrá nada que las descarte.

BRIAN GREENE,  
*The Elegant Universe*





## PRIMERA PARTE

### ESCOCIA

## Quin

«No estaría mal salir viva de esta», pensó Quin. Se agachó hacia la derecha, mientras la espada de su adversario pasaba silbando a su izquierda, a punto de rebanarle un brazo. Ella tenía su propia arma en la mano, recogida en la forma de un látigo. Lo abrió de un golpetazo y se convirtió en una larga espada. «Sería una pena que me abriera la cabeza ahora que estoy a punto de conseguirlo». El gigantón con el que luchaba parecía encantado con la idea de matarla.

Le daba el sol en la cara, pero se la cubrió con el arma por instinto y detuvo el mandoble de su oponente antes de que le partiera la cabeza en dos. La fuerza del golpe sobre su espada, como un árbol que le caía encima, hizo que le temblaran las piernas.

—Ya te tengo, ¿sí o no? —bramó su adversario.

Quin no conocía a ningún hombre que pudiera hacerle sombra a Alistair MacBain. Ahí estaba, de pie ante ella, con su pelo rojo resplandeciendo como el halo de un demonio escocés entre los polvorientos rayos de sol que entraban por el tragaluz. Era también su tío, pero eso carecía de importancia en ese momento. Quin se escabulló hacia atrás. El enorme brazo de Alistair blandía su descomunal arma como si fuera la batuta de un director de orquesta. «Quiere matarme de verdad», pensó.

Barrió la habitación con la mirada. John y Shinobu, sentados en el suelo del granero, la miraban aferrados a sus espadas látigo como si les fuera la vida en ello, pero ninguno de los dos podía ayudarla. Ese era su combate.

—No sirven de mucho, ¿verdad? —comentó su tío.

Quin se apoyó sobre una rodilla y vio como Alistair, con un golpe de muñeca, cambiaba la forma alargada y esbelta de su enorme espada látigo por un grueso y amenazante espadón, el arma favorita de los escoceses para asestar el golpe de gracia. El oscuro material del que estaba hecha se derritió como si fuera aceite y luego se solidificó. Quin se preguntó a cuántos de sus ancestros habrían hecho picadillo con espadas como esa.

«Estoy pensando y eso provocará mi ruina», se dijo.

Un Seeker no piensa cuando lucha. Y a menos que Quin dejara de dar vueltas a la cabeza, Alistair esparciría sus sesos sobre la limpia paja que había en el suelo del granero. «Y encima, acabo de barrerlo —pensó. Y luego—: ¡Por Dios santo, Quin,

para ya!».

En cuanto apretó el puño con fuerza se centró. De repente se hizo la calma.

El espadón de Alistair pendía sobre su cabeza. La miró desde arriba, blandiendo la espada con ambas manos, los pies ligeramente separados, uno detrás del otro. Quin apreció un minúsculo temblor en su pierna izquierda, como si perdiera por un breve momento el equilibrio. Con eso bastaba. Era vulnerable.

En el preciso instante en que la espada de Alistair habría tenido que atravesarle la frente, Quin se agachó, se deslizó hacia él y giró la muñeca para transmutar su espada látigo, que se derritió sobre sí misma, convirtiéndose durante un segundo en un líquido negro aceitoso para después tomar la forma sólida de una gruesa daga.

El espadón de su tío erró el golpe e impactó tras ella pesadamente sobre el suelo del granero. Quin se abalanzó sobre Alistair y le clavó la daga en la pantorrilla izquierda.

—¡Ah! —gritó el gigantón—. ¡Me has pillado!

—Te he pillado, tío. ¿Sí o no?

Quin esbozó una sonrisa de satisfacción.

En lugar de separar la carne del hueso, su espada látigo se hizo líquida al tocar el cuerpo de Alistair, ya que las armas de ambos estaban configuradas en modo de entrenamiento y no podían dañar realmente a su adversario. Pero si hubiera sido un combate real, y así lo había sentido ella, Alistair habría quedado impedido.

—¡Punto! —gritó desde el otro lado de la sala el padre de Quin, Briac Kincaid, marcando el final del combate.

Quin oyó los vítores de John y Shinobu. Apartó el arma de la pierna de su tío y esta retornó a su forma de daga. La espada de Alistair había quedado incrustada un par de centímetros en la compacta superficie del granero. Giró la muñeca y transmutó la espada látigo, que se retorció y salió del suelo para volver a formar una espiral sobre su mano.

El combate había tenido lugar en la pista central del inmenso granero de entrenamiento, cuyos viejos muros se alzaban alrededor del suelo de tierra, cubierto de paja. Pasaba luz natural a través de las cuatro grandes claraboyas del tejado de piedra y la brisa entraba por las puertas abiertas del granero, que dejaban ver un extenso prado.

Cuando su padre, el instructor principal, saltó al centro de la pista, Quin se percató de que el combate con Alistair había sido solo un calentamiento. La espada látigo que Briac blandía en la mano derecha era un juguete comparada con el arma que llevaba colgada sobre el pecho. La llamaban el «perturbador». Forjada en un metal iridiscente, parecía el cañón de un arma enorme, como un mortero. Quin clavó la vista en el arma, observando como destellaba el metal a medida que su padre se movía hacia la luz.

Miró a Shinobu y a John, que parecieron entender lo que pensaba: «Preparaos. No tengo ni idea de lo que pasará a partir de ahora».

—Ha llegado el momento —advirtió su tío Alistair a los tres aprendices—. Ya tenéis la edad. Alguno —añadió mirando a John— es incluso mayor de lo que debería.

John tenía dieciséis años, uno más que Quin y Shinobu. Según la cronología habitual ya tendría que haber prestado su juramento, pero él había comenzado a entrenarse más tarde, a los doce, en tanto que Quin y Shinobu se iniciaron a la edad de ocho años. Esto le suponía una fuente constante de frustración y, al escuchar el comentario de Alistair, se sonrojó, lo cual tuvo un efecto evidente sobre su pálida piel. John, un chico guapo de rasgos finos, ojos azules y pelo castaño con tímidos reflejos dorados, era fuerte y rápido. Quin estaba enamorada de él desde hacía un tiempo. John le dirigió una mirada interrogativa: «¿Estás bien?». Quin asintió.

—Hoy tenéis que haceros valer —continuó Alistair—. ¿Sois Seekers? ¿O sois unos pequeños trozos de boñiga de caballo que tendremos que barrer del suelo?

Shinobu alzó la mano y Quin sospechaba que diría: «Pues resulta que soy un trozo de boñiga de caballo, señor...».

—No estamos de broma, hijo —repuso Alistair, interrumpiendo el chiste de Shinobu antes de que pudiera empezar.

Shinobu, hijo del gigante pelirrojo que había intentado decapitarla, era su primo. Su madre era japonesa y en su rostro confluía lo mejor de Oriente y Occidente en una mezcla cercana a la perfección. Tenía el pelo lacio y de color rojo oscuro, y un cuerpo musculoso que superaba ya la media japonesa habitual. Bajó la vista al suelo a modo de disculpa por haberse tomado ese momento a la ligera.

—Para Quin y para ti puede que sea el último combate de prácticas —explicó Alistair a Shinobu—. Y tú, John, tienes la oportunidad de demostrar que este es tu sitio. ¿Entendido?

Todos asintieron. Sin embargo, los ojos de John estaban fijos en el perturbador que Briac llevaba atado al torso. Quin sabía lo que estaba pensando: «Es injusto». Y tenía razón. John era el mejor guerrero de los tres..., salvo cuando había un perturbador en juego.

—¿Te preocupa esto, John? —preguntó Briac golpeando la extraña arma que llevaba en el pecho—. ¿Te desconcentra? Ni siquiera lo he conectado todavía. ¿Qué pasará cuando lo haga?

John tuvo la sensatez de no responder.

—Poned vuestras armas en modo de combate real —les ordenó Alistair.

Quin miró el mango de su espada látigo. En el extremo de la empuñadura había una ranura minúscula. Se llevó la mano a un bolsillo cosido en el viejo cuero de su bota derecha y sacó un pequeño objeto parecido a un cilindro aplastado que estaba hecho del mismo oscuro material aceitoso que la espada. Lo introdujo en la ranura de la empuñadura y ajustó automáticamente los pequeños diales del artilugio. Cuando el último de esos discos estuvo en su lugar, la espada látigo emitió una delicada vibración y Quin notó la diferencia instantáneamente, como si el arma se preparara

para realizar su verdadero cometido.

Tocó la punta con la mano izquierda y observó cómo se derretía diluyéndose por su piel. No podía dañar su propio cuerpo, ni siquiera en estado «real». Pero no mostraría piedad en la carne de cualquier otro.

Se le aceleró el pulso al ver como Alistair y su padre ponían sus espadas látigo en modo real. Un combate de verdad no era tarea fácil. Pero si tenía éxito estaría a unos minutos de la aprobación de Briac, de unirse a sus ancestros en las nobles actividades de los Seekers. Había oído las historias que Alistair contaba sobre Seekers que usaban sus artes para hacer un mundo mejor desde su más tierna infancia. Y desde que tenía ocho años se había entrenado para desarrollar esas artes. Si pasaba la prueba, se convertiría al fin en uno de ellos.

John y Shinobu habían terminado de ajustar sus espadas látigo y el granero estaba impregnado de una nueva energía, unas ganas terribles de que empezara todo. Quin cruzó una mirada con John que decía: «Podemos hacerlo». John asintió sutilmente. «Prepárate, John —pensó—. Haremos esto los dos juntos y permaneceremos unidos...».

Un sonido estridente atravesó el granero, tan penetrante que Quin se preguntó por un momento si solo lo oía ella. No tuvo más que mirar a John para percatarse de lo contrario. El perturbador, esa especie de cañón extraño que llevaba su padre, había entrado en acción. La base le cubría todo el pecho y tenía que llevar unas cintas enganchadas a la espalda y los hombros para asegurarlo. El cañón tenía un diámetro de treinta centímetros, pero, en lugar de un solo agujero, había cientos de pequeños orificios en el metal iridiscente. Esas aberturas estaban colocadas al azar y tenían diferentes tamaños, lo que en cierto modo le daba un aspecto más terrorífico. Cuando el perturbador estuvo funcionando a pleno rendimiento el estridente aullido que emitía el arma se transformó en un chasquido eléctrico.

Shinobu sacudía la cabeza como si quisiera sacarse ese sonido de los oídos.

—¿No es un poco peligroso usar ese juguetito en un combate tan numeroso? —preguntó el chico.

—Si perdéis el combate es muy probable que salgáis heridos —repuso Alistair—, o incluso... perturbados. Hoy todo vale. Pensadlo bien.

No era la primera vez que los aprendices veían el perturbador en acción; incluso habían aprendido a esquivarlo en sesiones de tiro individuales, pero nunca habían practicado con él en un combate real. La función del perturbador era inspirar miedo, y estaba consiguiéndolo. «Nuestro propósito es noble —repetía Quin para sí—. No tendré miedo. Nuestro propósito es noble. No tendré miedo...».

Alistair enganchó a su espada un objeto que sacó de un abrevadero al otro lado del granero. Se trataba de un pesado disco metálico de unos dos centímetros de ancho cubierto con una gruesa lona y embadurnado de brea. Lo lanzó al aire.

Mientras el disco de hierro se alzaba por encima de su cabeza, Alistair encendió una cerilla. Después, el aro cayó sobre él y volvió a ensartarlo con la espada látigo.

Los tres aprendices observaron como le prendía fuego. Alistair hizo girar el disco sobre su espada con un brillo maligno en la mirada.

—Cinco minutos —advirtió mirando el reloj que había en la pared—. Que no se extiendan las llamas, manteneos a salvo y que el disco esté en vuestra posesión al final.

Los aprendices echaron un vistazo por el granero. Había balas de paja contra las paredes, paja suelta sobre el suelo, pies de madera que sostenían equipos de combate, cuerdas de escalada colgando del techo. Por no hablar del granero en sí, cuyos muros de piedra se sostenían gracias a vigas de madera y travesaños. En breve, estarían lanzándose ese disco en llamas en una sala llena de leña.

—¡Que no haya llamas! —musitó Shinobu—. Tendremos suerte si no arde el edificio entero.

—Podemos hacerlo —susurraron Quin y John al mismo tiempo.

Intercambiaron una rápida sonrisa y Quin sintió como John pegaba su cálido y fuerte brazo al de ella.

Alistair lanzó el disco hacia los travesaños.

—¡Demostrad lo que valéis! —bramó Briac, sacando su propia espada látigo.

Tras esto, Alistair y él se lanzaron hacia los aprendices con sus armas en alto.

—¡Voy por él! —gritó Shinobu, apartándose de la trayectoria de Alistair para correr al centro del granero, donde el disco caía dando vueltas hacia el suelo cubierto de paja.

Quin advirtió que Briac iba directamente a por John. Transmutó la forma de su espada látigo por la de una cimitarra y cortó el aire en un amplio arco con la intención de partirlo por la mitad. Observó como John sacaba su espada látigo para bloquearlo y enseguida lo tuvo encima.

—¡Lo tengo! —gritó Shinobu al tiempo que ensartaba el disco con su espada látigo.

El objeto se deslizó hasta su mano y el fuego le quemó los dedos, así que tuvo que devolverlo a la punta de la espada.

Alistair arremetió contra Quin y ella se hizo a un lado, transmutando su espada en una de hoja más pequeña para golpear a su espalda. Pero él ya esperaba ese movimiento y neutralizó el ataque fácilmente.

—¡Demasiado lento, muchachita! —exclamó—. Has dudado al golpear. ¿Por qué? Un día tendrás el artefacto máspreciado de la historia de la humanidad en tus manos, ¿o no? No puedes dudar. Cuando estés en el Allá, cuando saltes al intermedio, la duda será fatal.

Ese era el mantra de Alistair con el que llevaba años martilleándoles la cabeza.

John y Briac intercambiaban golpes. Briac parecía empeñado en matarlo en cuanto se presentara la oportunidad. John mantenía el tipo; era un guerrero extraordinario cuando se concentraba. Pero Quin supo en cuanto lo miró que John luchaba con rabia y que el perturbador lo aterrorizaba. A veces podías transformar la

rabia y el miedo en energía útil. Pero en condiciones normales cualquier tipo de emoción era una desventaja. Te hacía dispersarte, gastar energía inútilmente.

De pronto, Quin se percató de que Alistair la había hecho retroceder hasta John para luchar contra ambos. Briac quedaba libre para enfrentarse a Shinobu. El ronroneo del perturbador se intensificó hasta alcanzar un volumen insoportable.

—¡Voy a soltar el disco! —gritó Shinobu.

Justo entonces el perturbador que llevaba Briac sujeto al pecho disparó. Shinobu lanzó el aro hacia los travesaños que había por encima de las cabezas de Quin y John mientras el cañón del perturbador liberaba miles de furiosas chispas eléctricas. Las centellas corrían por el aire hacia Shinobu, zumbando como un enjambre de abejas.

Este se arrojó bajo la descarga y rodó por el suelo. Como no tenían un humano al que alcanzar, las chispas chocaron contra la pared trasera del cobertizo en una explosión de luces de los colores del arcoíris.

—¡Lo tengo! —gritó John apartándose del combate con Alistair para enganchar el disco con su espada.

Una gotita de brea se desprendió del aro de metal y cayó sobre una bala de paja, que se prendió al momento. John apagó las llamas con los pies mientras el disco bajaba hasta su mano y se la quemaba.

—¡Shinobu! —gritó lanzándolo otra vez hacia los travesaños.

Saltó frente a Quin y la sustituyó bajo la lluvia de golpes de Alistair, mientras Shinobu cogía el disco al otro lado de la sala.

Quin intentó descansar el brazo un momento, pero Briac se acercaba con el perturbador. Las centellas se abalanzaban hacia ella entre chasquidos y zumbidos.

Si dejaba que esas chipas la alcanzaran jamás se libraría de ellas. No la matarían, pero significarían su fin. «Un campo perturbador es peor que la muerte». Quin dejó de pensar en eso. Pronto sería una Seeker, una exploradora de las sendas ocultas. Solo importaba el combate; las consecuencias no existían.

Saltó a un lado, agarró una cuerda de escalada y se balanceó hasta quedar fuera del alcance del perturbador. Las chispas pasaron de largo y danzaron por todo el muro que había detrás, dispersándose sin causar daños.

Se plantó en el suelo junto a su padre, que ya estaba girándose para atacarla y transmutando su arma en una diabólica espada de hoja fina. No le dio tiempo a recuperar el equilibrio y el metal se le introdujo en la camisa por el antebrazo, atravesándole la piel.

Su brazo empezó a sangrar y tal vez le doliera, pero no tenía tiempo para pensar en ello. El aullido histérico del perturbador volvía a entrar en acción.

Shinobu luchaba ahora contra Alistair. John tenía de nuevo el disco en su poder y lo giraba alrededor de la espada para evitar quemarse la mano al tiempo que saltaba sobre otra bala de paja para apagarla.

Briac se giró y disparó el perturbador una vez más, apuntando a John en esta ocasión.

—¡John! —gritó Quin.

Este, al ver que las chispas se dirigían hacia él, lanzó el disco sin mirar.

Quin esperaba que se tirase a un lado, pero John se había quedado paralizado mirando las centellas, súbitamente perdido.

—¡John! —volvió a gritar.

En el último momento, Shinobu abandonó su combate con Alistair para lanzarse sobre él. Ambos aprendices cayeron a salvo de la trayectoria del perturbador. Las centellas golpearon el muro contra el que John tenía apoyada la cabeza y desaparecieron entre resplandores.

Presa de la preocupación por John, Quin había olvidado el disco y el voraz anillo rebotaba en el suelo de paja, prendiendo fuego a su paso.

El perturbador volvía a aullar a la máxima potencia. Quin observó la cara de satisfacción de su padre al dirigirlo de nuevo contra John.

Este se volvió, paralizado. Contemplaba las chispas que se dirigían hacia él, hipnotizado por su espantosa belleza. Para siempre, así era el perturbador. Cuando las chispas te alcanzaban se apoderaban de tu mente para no salir jamás de ella. Y John parecía aguardar su llegada.

Vio que Shinobu lo apartaba de una patada, sacándolo de la trayectoria del perturbador por segunda vez.

John cayó al suelo y esta vez permaneció allí.

Quin recuperó el disco en llamas y saltó sobre el fuego que había dejado a su paso. Por primera vez en el combate sintió que la furia se apoderaba de ella. Su padre arremetía exclusivamente contra John. Aquello no era justo.

Arrojó el disco a Shinobu, corrió al otro lado del granero y se lanzó contra Briac, que cayó al suelo con el perturbador. Las chispas salieron despedidas hacia el techo y rebotaron entre los travesaños, creando un dibujo caótico.

Quin se disponía a atravesar a su padre con todas sus fuerzas.

—¡Punto! —gritó Briac antes de que llegara a golpearlo.

Obedeció la orden instantáneamente y plegó su espada látigo.

Shinobu atrapó el disco llameante por última vez. Quin miró el reloj, sorprendida de que solo hubieran pasado cinco minutos. Le había parecido una eternidad. John se levantó lentamente del suelo. Todos intentaban recuperar el resuello.

Briac se puso en pie. Ambos instructores compartieron una evaluación silenciosa del combate. Alistair sonrió. Entonces Briac les dio la espalda y se dirigió hacia la sala de equipamientos cojeando levemente.

—¡Quin y Shinobu, a medianoche! —gritó sin darse la vuelta—. Nos veremos delante del monolito. Tendréis una noche ajetreada. —Se detuvo a la puerta del almacén—. John, has superado a los otros y a mí mismo en muchas ocasiones, pero no he visto pruebas de esa destreza aquí. Nos veremos en la campiña a la hora de la cena. Tendremos una charla sincera.

Y con eso, cerró la puerta con fuerza tras de sí.

Quin y Shinobu se miraron. Quin ya no estaba furiosa. En el fondo quería gritar de alegría. Nunca había luchado así. Esa noche prestaría su juramento. Al fin comenzaría la vida que había soñado desde niña. Pero también compartía el dolor de John, que se había quedado cabizbajo en el centro del granero.

## John

John se alejó del granero de entrenamiento a medida que el sol desaparecía sobre el cielo de la hacienda escocesa. Quin y él se habían marchado por separado, como siempre hacían, pero sabía que ella estaría esperándolo.

Hacía mil años, en esos dominios hubo un castillo que pertenecía a una rama lejana de la familia de Quin. Se había quedado en ruinas y sus torres semiderruidas se cernían sobre el ancho río que rodeaba las tierras. Mientras caminaba, veía la punta más alta en la distancia.

Actualmente la hacienda estaba formada por antiguos caseríos, la mayoría de ellos construidos a lo largo de los siglos con piedras sacadas del propio castillo. Las casas estaban diseminadas alrededor de un vasto prado al que llamaban «la campiña». Era primavera y la campiña rebosaba de flores silvestres. Más allá del prado comenzaban los bosques, una alta arboleda llena de robles y olmos que daban sombra a las casas y se extendían hasta sobrepasar los límites de las ruinas del castillo.

En uno de los extremos de la campiña había establos. Algunos albergaban animales, pero otros, como el enorme granero de entrenamiento, servían a los aprendices para practicar sus habilidades como futuros Seekers.

John bordeó el bosque a través de las sombras y luego se sumergió en las profundidades de los árboles. Se le aceleró el pulso, pese al abatimiento que sentía por su clamoroso fracaso en las prácticas. Cuando estaba en el bosque con Quin, entraba en otro mundo, lejos de aquellos fragmentos de su vida que solían eclipsar todo lo demás. Hacía días que no estaba a solas con ella y reunirse con ella le parecía lo más importante en ese momento.

Nunca elegía el mismo sitio para esperarlo, pero no debía de andar muy lejos. John se encontraba en la parte del bosque que más les gustaba, donde las copas de los grandes árboles se tocaban, tapaban el sol y daban sombra y paz al suelo del bosque. Al poco de estar allí sintió que unas manos le rodeaban la cintura y una barbilla se apoyaba sobre su hombro.

—Hola —le susurró Quin al oído.

—Hola —contestó él con una sonrisa.

—Mira lo que he encontrado...

Lo cogió de la mano. Quin tenía el pelo moreno, cortado a la altura de la barbilla y una bonita cara de piel clara y grandes ojos negros. Esos ojos que lo miraron con

picardía y lo invitaron a seguirla. Lo llevó hasta un lugar en el que la forma de los robles creaba un pequeño espacio oculto en el centro. Quin pasó a través de un hueco entre dos árboles y llevó a John de la mano.

Un momento después estaban juntos en la espesura.

—No es precisamente la habitación más cara del hostel del pueblo... —murmuró ella.

—Es mejor —dijo él—. En un hostel no estaríamos tan juntitos.

En realidad no cabían los dos y John se veía obligado a pegarse a ella, algo que no le disgustaba en absoluto. Se agachó para besarla, pero Quin le puso ambas manos en las mejillas para detenerlo.

—Estoy preocupada —susurró.

John lo sabía. Sentía las vibraciones que emanaba su cuerpo, como el calor que desprende el asfalto en verano. Tenía razones para estarlo, obviamente. Los conocimientos que ponían en sus manos eran antiguos y estaban fuertemente protegidos. En el caso de John, solo la perfección en las tareas asignadas le haría ganarse el privilegio de aprenderlos. No era precisamente uno de los favoritos de Briac y seguramente su reciente fracaso en el combate fuera la excusa que este había estado buscando.

—Nunca había oído a mi padre decirte algo tan... definitivo... —susurró—. ¿Y si quiere echarte?

Tenía tantas ganas de encontrarse con ella en el bosque que había olvidado su temor durante unos minutos, pero entonces volvió a sentirlo con toda su intensidad. Era el mejor guerrero de los tres y sin embargo había fracasado en el combate. Había fallado en el momento menos oportuno.

Dejó caer la cabeza sobre un tronco. Luchó durante un instante contra la imagen de una piedra enorme que tiraba de él hacia el fondo del océano. «No, no puedo fracasar. No fracasaré», pensó.

Toda su vida giraba en torno a la ceremonia de juramento. Su nombre era John Hart. Conseguiría recuperar lo que le pertenecía y no estaría a merced de nadie nunca más. Había jurado conseguirlo y mantendría su promesa.

—Briac tiene que tomarse esto en serio —dijo a Quin, esforzándose por sonar convincente, tanto para ella como para sí mismo. Tenía que superar su desazón—. He estado... fatal en el combate, ¿verdad? Tiene que ser estricto. Es el protector de las sendas ocultas y todo eso. Pero ha pasado años entrenándome. Estoy a punto de conseguirlo. No estaría bien que me echara ahora.

—Claro que no estaría bien. Estaría fatal. Pero dice que...

—Tu padre es un hombre honesto, ¿no? Hará lo que es debido. No me preocupa. Y a ti tampoco debería preocuparte.

Quin asintió, pero sus ojos negros zozobraban en un mar de dudas. No podía culparla. Ni siquiera él creía lo que había dicho sobre Briac. Sabía perfectamente qué tipo de hombre era el padre de Quin, pero se aferraba a la esperanza de que cumpliera

su palabra. Cuando hizo esas promesas había testigos presentes. Si Briac no cumplía su compromiso...

Intentó pensar en otra cosa. Su vida en esas tierras junto a Quin había sido buena, mucho mejor de lo que jamás habría imaginado, y no quería que eso cambiara.

Quin y John se habían hecho amigos el mismo día que se conocieron. Entonces eran unos críos —John solo tenía doce años—, pero, aun así, lo primero que pensó fue en lo guapa que era.

Durante ese primer año, Shinobu y ella iban frecuentemente a visitarlo a su propio caserío, pero disfrutaba más cuando estaba a solas con ella. A Quin le encantaban sus descripciones de Londres, y ardía en deseos de mostrarle el resto de la hacienda.

Cuando la madre de John aún vivía, le advirtió de que no bajara la guardia con nadie y él había seguido su consejo. Pero disfrutaba escuchando historias de la familia de Quin, las leyendas de esas tierras. Y a Quin parecía gustarle su compañía, no porque tuviera dinero o porque su familia fuera importante, sino simplemente porque le caía bien. Solo por ser quien era. Era la primera vez que le pasaba algo parecido, pero incluso a sus doce años John se negaba a que eso lo enterneciera. Tal vez Quin solo fingiera interesarse por él para superar sus defensas y aprender sus secretos. A pesar de eso, pasaba tiempo con ella. Mientras que con Shinobu hacía prácticas de combate, con Quin daba paseos.

Y un día a ella habían empezado a salirle... curvas. No se había percatado de lo que podían distraer esas curvas. Supo que aquello era un problema cuando a los catorce años, estaba sentado en la clase de lengua y se descubrió a sí mismo mirando cómo la esbelta cintura de Quin se redondeaba hasta formar sus caderas. Tenían que leer neerlandés en voz alta, pero él estaba imaginando cómo su mano acariciaba el contorno de su cuerpo. Intentaba quitársela de la cabeza, seguir siendo frío y calculador, como a su madre le habría gustado, pero le resultaba imposible creer que la amistad de Quin fuera una farsa.

Después, cuando ella casi había cumplido los quince, los emparejaron en un combate de prácticas especialmente complicado en el granero de entrenamiento. Alistair los hacía luchar juntos una y otra vez, pidiéndoles siempre que combatieran hasta el límite de sus fuerzas.

—¡Vamos, John! ¡Pégale! —gritaba Alistair, al parecer pensando que John daba facilidades a Quin.

Tal vez sí estuviera poniéndoselo fácil. Era invierno, ella tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con el esfuerzo del combate mientras danzaba ágilmente con su espada.

Quin le pegó con fuerza y John cayó al suelo. Puede que se dejara, porque no le importaba caer. Se imaginaba en el suelo con ella... Después, el combate acabó y ambos se quedaron recuperando el resuello, mirándose desde el otro extremo de la zona de prácticas.

Cuando Alistair les dio permiso para marcharse, John salió aturdido del granero, intentando alejarse de ella todo lo posible. No era capaz de ver hacia dónde se dirigía. Solo la veía a ella. El deseo de estar con Quin lo superaba.

Se detuvo detrás del edificio y se escondió tras los troncos de los yermos árboles caducos. Y se quedó allí apoyado contra la piedra, echando vaho por la boca.

No quería sentir lo que estaba sintiendo. Su madre lo había prevenido contra el amor en muchas ocasiones. «Cuando amas, expones tu pecho a una daga», le había dicho hacía muchos años. «Cuando amas con todo tu ser, clavas esa daga en tu corazón». El amor no entraba en sus planes. Pero ¿cómo podía uno anticiparlo? No era solo su belleza lo que deseaba. Era toda ella: la chica que hablaba con él, la que se mordía el labio cuando se concentraba profundamente, la que sonreía cuando caminaban juntos por el bosque.

Apoyó la mejilla contra la fría piedra del establo y sintió como se le aceleraba el corazón mientras intentaba librarse de su imagen.

Entonces Quin apareció, a la vuelta de la esquina del granero, a pocos metros de él. Miraba al frente, hacia el bosque, también aturdida. Sus miradas se cruzaron y John se percató al momento de que había ido a su encuentro.

La cogió por la manga del abrigo y la atrajo hacia sí. Luego los brazos de ella lo rodearon. A pesar de que ninguno de los dos había besado a nadie con anterioridad, John se descubrió besando a Quin. Era suave y cálida, y le devolvía sus besos.

—Me moría de ganas de que hicieras esto —susurró ella.

A él le habría gustado decir algo romántico y controlado como: «Eres preciosa», pero, en lugar de eso, le salió la pura verdad:

—Te necesito —le susurró al oído—. No quiero estar solo... Te quiero, Quin.

Y se besaron de nuevo.

Luego se oyeron unas fuertes pisadas que se acercaban y ramitas que se partían. Era Alistair. Habrían reconocido su forma de caminar en cualquier parte.

Se separaron automáticamente y se alejaron el uno del otro. Quin lo miró una última vez más antes de desaparecer enseguida por la otra esquina, sin dar tiempo a que Alistair llegara a esa parte del granero.

Ese fue el comienzo de sus encuentros furtivos en el bosque. Quin estaba bastante segura de que sus padres no lo aprobarían, así que mantenían sus sentimientos en secreto. Pero al final resultaba obvio que todos los habitantes de la hacienda estaban al corriente del cambio en sus relaciones. Al cabo de poco tiempo notó que la mirada de Briac era más fría y que Shinobu se mostraba un tanto irritado con él. John intentaba justificar sus sentimientos. Aunque fuera amor lo que sentía, ¿no podía convertirse en una ventaja? ¿No tendría Briac que sentir más aprecio por él cuando supiera cuánto significaban el uno para el otro? ¿No era cierto que si conseguía convencer a Briac para casarse con ella se crearía una alianza? Tener a Briac como aliado no sería agradable, pero tal vez fuera un modo de que cumpliera su promesa, al menos por un tiempo.

John estaba convencido de que un sentimiento que lo hacía tan feliz no podía ser malo. Le maravillaba lo bien que se sentía en ese momento abrazando a Quin entre aquellos árboles. Cuando estaban a solas imaginaba que ella permanecería a su lado para siempre. Al final, Quin lo comprendería todo, incluso lo de su propio padre...

—No quiero que te preocupes —dijo obligándola a que lo mirara a los ojos—. Seré un Seeker, igual que tú. Aunque tarde un poco más en conseguirlo. Así está escrito que sea, juntos los dos.

Quin pareció tranquilizarse un poco. Casi sonreía.

—Así ha de ser —coincidió—. Pues claro que sí. —Su seguridad animó a John—. Mira —continuó—; tú eres más fuerte que Shinobu y mucho más que yo. Seguramente seas el más inteligente de los tres. Solo hay alguna cosilla que no haces tan bien.

—Si te refieres al perturbador...

—Sí, me refiero al perturbador. A todos nos da miedo.

—No era solo miedo —respondió John, reviviendo el momento en su cabeza—. Estaba paralizado, Quin. Imaginaba esas centellas alrededor de mi cuerpo...

—Basta. —Lo dijo con firmeza, y John sintió que la desazón volvía a embargarlo. Tenía que centrarse, especialmente ese día—. No quieres acabar agonizando y luchando contra tu propia mente —añadió—. Pues claro que no. Pero tienes que ver el perturbador como si fuera cualquier otra arma. Nosotros utilizamos nuestro control mental para evitarlo en combate.

—«Mi mente es un músculo que ha de estar siempre alerta» —contestó John citando a Alistair, el instructor preferido de ambos—. Pero no estoy seguro de que eso me funcione cuando hay un perturbador de por medio.

—Intenta concentrarte en el alto propósito de nuestro entrenamiento —le aconsejó ella con un tono amable—, en la suerte que tenemos de que esta sea nuestra vocación. Convertirse en Seeker es más importante que nuestras vidas, más importante que los miedos personales. —Su voz era apasionada, como siempre que hablaba de ese tema—. Formamos parte de algo... excepcional. A mí me asusta tanto como a ti, pero combato mi miedo pensando en eso. Ya sabes, no es solo por los perturbadores. Cuando visites el Allá necesitarás tener ese control mental. O, de lo contrario, jamás regresarás.

John se dio cuenta de que la miraba con compasión. Era una chica con brillo en los ojos, nacida en la familia y siglo equivocados. Sí, formaban parte de algo excepcional, algo más importante que ellos mismos, pero él lo describiría con palabras diferentes: «despiadado» y «mezquino», eso se ajustaba más a la realidad. Briac era ambas cosas. John sabía que esa noche ella visitaría el Allá y después, cuando prestara su juramento, traspasaría esa barrera. Seguramente Quin no estaba al tanto de qué sucedería entonces, pero John sí. Su madre al menos había sido sincera con él, al contrario que el padre de Quin.

¿Cómo se sentiría cuando descubriera la verdad, cuando supiera que la nobleza de

los Seekers había existido en otro tiempo pero que ese ya no era el propósito de Briac y que sus habilidades se usarían con unos fines completamente diferentes?

John le preguntó con ternura:

—¿Tú qué piensas que haréis esta noche tras prestar juramento?

—Briac ha dicho que sería una operación para la que necesitaremos toda nuestra destreza. —Observó como se perdía su mirada—. Sea lo que sea, siento que cada una de las generaciones de mi familia de los últimos mil años espera a que me reúna con ellos —añadió—. Llevo toda la vida esforzándome para alcanzar este objetivo.

John también sentía esas generaciones a su espalda que esperaban el día de su juramento. Lo había prometido. «Recupéralo y véngate por lo que nos han hecho. Nuestra casa resurgirá».

—¿Y qué pasa con el athame? —preguntó John en voz baja, pronunciando la palabra «A-dza-mey».

Quin se sorprendió, tal y como él esperaba, ya que John no tenía acceso todavía al conocimiento secreto que habían recibido Quin y Shinobu. Se quedó mirando como lo tanteaba, preguntándose dónde habría aprendido esa palabra.

—Si sabes eso ya estás a medio camino de saberlo todo.

—Sé que de eso habla Briac cuando dice «el artefacto máspreciado de la historia de la humanidad». Y sé que es una daga de piedra.

—Tan solo lo he visto, John. Un par de veces. Ni siquiera yo lo he usado todavía.

—Hasta esta noche —apuntó él.

—Hasta esta noche —coincidió Quin, que sonrió, embargada de nuevo por la emoción del momento que estaba a punto de vivir.

Oyeron estruendosos gritos de alegría en la distancia. Quin se agachó y se asomó por el hueco entre los árboles para echar un vistazo a la campiña. Las voces procedían de los caserones situados al otro lado del prado. Shinobu y su padre festejaban el éxito en las pruebas de combate. Alistair podía ser brusco y brutal sobre la pista de prácticas, pero cuando compartía el tiempo libre con su hijo mostraba su lado más entrañable.

John siempre había creído que Shinobu estaba enamorado de Quin, pero eran primos lejanos, y a ella jamás se le habría ocurrido tener una relación amorosa con él.

—Están celebrándolo —susurró John—. Nosotros también deberíamos hacerlo.

—¿Y qué tenías en mente? —preguntó ella en voz baja.

John la atrajo hacia sí con delicadeza y la besó. Esta vez Quin no volvió la cara.

Nunca habían querido pasar a mayores.

Quin esperaba el momento oportuno. Todavía tenía que prestar su juramento y le quedaba al menos un año bajo la tutela de sus padres hasta que la considerasen adulta. Pero John y ella soñaban con acampar en el río, o con una habitación en algún hostel, algún día, cuando pudieran al fin entregarse el uno al otro.

Sin embargo, algo parecía haber cambiado. Tal vez fuera su emoción por lo que sucedería esa noche, o el brillo que le daba el triunfo en el combate, pero John sintió

algo diferente en la manera en que lo besaba. «Me ama —pensó—. Y yo la amo a ella. Quiero que estemos juntos, incluso cuando lo sepa todo».

Con el paso de los años el suelo del bosque se había cubierto con las hojas caídas de los árboles y John la recostó sobre el suave lecho.

—Vamos a mi casa... —susurró.

—¡Chist! —susurró ella llevándose una mano a los labios—. Mira.

Desde donde estaban tumbados vieron una silueta que salía de las profundidades del bosque y se dirigía hacia ellos. John levantó a Quin y se ocultaron tras las ramas. Observaron cómo la figura se acercaba hasta hacerse reconocible. Era la Joven Dread, que llevaba una ristra de conejos muertos colgada a la espalda.

Por su cara, siempre habían imaginado que tenía unos catorce años, pero por supuesto, con los Dreads el tema de la edad era delicado. La Joven Dread había llegado a la hacienda hacía unos meses, junto al otro, al que llamaban el Gran Dread, un hombre corpulento con pinta de pocos amigos que parecía rondar los treinta.

Briac no había explicado mucho sobre qué hacían allí esos Dreads, pero al parecer su misión era supervisar el ritual del juramento. Briac, que no mostraba deferencia prácticamente hacia nadie, parecía extrañamente respetuoso con el Gran Dread. Los aprendices habían decidido que un Dread era como un juez del adiestramiento Seeker, con una historia detrás que solo podían imaginar, ya que sus instructores no daban más pistas.

Si la Joven Dread tenía realmente catorce años, era pequeña para su edad. Su cuerpo era tan delgado que parecía malnutrido, pero sus músculos decían justo lo contrario. Eran como delicados cables de acero que sujetaban su pequeño cuerpo. Tenía el pelo de un color marrón corriente, pero era abundante y le llegaba casi hasta la cintura. Parecía que no se lo hubiera cortado nunca y que rara vez se hubiera peinado, como si recibiera todos los consejos de belleza del Gran Dread, que obviamente no tenía ni idea de cómo educar a una chica.

Caminó hacia ellos con ese extraño andar que compartían ambos Dreads. Sus movimientos parecían lentos, casi señoriales, como una bailarina interpretando la parte más triste o seria de la obra. Y entonces, de improviso, se movió a una velocidad completamente diferente. Mientras la observaban, se oyó un pájaro cantando desde el prado y la cabeza de la Joven Dread empezó a dar vueltas de aquí para allá, tan rápido que casi no podían seguir el movimiento. Cuando identificó la procedencia del ruido continuó su camino, inalterable y grácil como una escultura de mármol resucitada.

—Fíjate en esto —susurró Quin tan bajo que, a pesar que sus cabezas casi se tocaban, John apenas pudo oírla. Sacó el cuchillo de su cinturón sin hacer ruido. Esperó hasta que la Dread hubiera llegado a una parte soleada que cegara momentáneamente los movimientos desde las sombras. Entonces Quin armó el brazo y arrojó el cuchillo hacia la Joven Dread tan fuerte como pudo.

El cuchillo dibujó una curva perfecta entre las sombras dirigiéndose justo al punto

hacia el que caminaba la Dread, de modo que entraría de lleno en su trayectoria y atravesaría su cabeza por un lado.

Pero eso no fue lo que sucedió.

La Joven Dread continuó con su avance inalterable hasta que el arma estuvo prácticamente sobre ella. Entonces todo su cuerpo se activó explosivamente. Su brazo derecho salió propulsado y agarró el cuchillo en el aire. Se dio la vuelta tan rápido que casi pareció hacerse borrosa ante el oscuro fondo del bosque y devolvió el cuchillo hacia ellos como una nube de tormenta que descarga un rayo. Lo impulsó con tal velocidad que se oyó cómo rasgaba el aire. Tanto John como Quin se agacharon.

El cuchillo dibujó una parábola perfecta desde donde estaba la Dread, rodeó el conjunto de árboles y se hundió hasta la empuñadura a pocos centímetros de la parte del tronco donde Quin todavía tenía apoyada la mano. La vibración del impacto recorrió todo el árbol y llegó a los pies de John.

—¡Buen disparo! —gritó Quin saludando a la chica—. A ver si me enseñas a hacerlo algún día.

Los ojos de la Dread se desplazaron lentamente hasta su escondite, como si incluso desde esa distancia pudiera examinarlos minuciosamente. John y Quin percibieron algo en sus ojos que los incomodó y se separaron instintivamente, como si su intimidad no resistiera esa feroz mirada. La Joven Dread parecía a punto de decir algo, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

Se oyó un nuevo ruido en el bosque. Quin, John y la Dread alzaron la vista y vieron un aeromóvil que desprendía una grave vibración y rodeaba las tierras para aterrizar en la campiña. Resultaba tan extraño ver un aeromóvil en la hacienda que incluso la propia Dread permaneció observando el vehículo unos segundos antes de dar media vuelta y seguir con su paso firme.

John y Quin se apresuraron hasta los límites del prado y vieron a un individuo que salía del vehículo y se dirigía hacia el caserón de Briac, al otro lado de la campiña. John corrió entre los árboles lo más deprisa que pudo para ver al hombre de cerca.

Quin llegó a su altura.

—¿Qué pasa?

El visitante se volvió un instante para echar un vistazo a la hacienda. John se detuvo. ¿Eran imaginaciones tuyas o la cara de ese hombre le sonaba de algo? Lo cierto es que cuando llevaba muchos meses en la hacienda, lejos de Londres y de las multitudes, todas las caras nuevas le resultaban familiares.

—No lo sé —le respondió—. ¿Crees que podrás enterarte de quién es?

—Estoy segura de que si es importante Briac nos lo dirá.

—Yo no —repuso él en voz baja. Miró a Quin y añadió con picardía—: Pero si te da miedo escuchar a escondidas...

—¿Miedo? —Lo empujó, indignada, y a John le agradó ver que estudiaba al

visitante con más interés—. Hummm... —susurró—. Si averiguo algo interesante te buscaré. —Besó a John levemente en los labios—. Sé que Briac hará lo correcto contigo esta noche. Te dirá cosas duras, pero no te expulsará del entrenamiento. Por supuesto que no.

Dicho esto, corrió por delante de él, hacia los caseríos. John empezó a prepararse para su enfrentamiento con Briac. Siguió a Quin con la mirada y observó como agitaba su pelo moreno y su grácil cuerpo. A diferencia de la majestuosa gracia de la Joven Dread, Quin estaba llena de vida.

## Quin

Quin se volvió para mirar a John mientras se alejaba corriendo del bosque a través de las altas hierbas de la campiña. Permanecía al pie del prado, donde lo había dejado, a la sombra de un gran olmo. Aunque la seguía con la mirada, sus ojos parecían encerrarse en sí mismos, como si pensara en cualquier cosa menos en ella.

Quin siempre había pensado que John tenía una mirada profunda. Cuando estaban juntos sus ojos resplandecían de amor y alegría, pero otras veces sus ojos se veían desamparados y hambrientos, como si buscaran algo lejano y fuera de su alcance.

Sus ojos fueron lo primero que la atrajo de él. John tenía solo doce años cuando llegó a la hacienda, pero Briac le hizo quedarse en un caserón separado en el bosque, completamente solo. Quin y Shinobu lo visitaban a menudo, intrigados por tener a otro niño en la hacienda, especialmente uno tan cosmopolita, que había vivido en Londres y había estado en tantos otros sitios.

Al principio John parecía recelar de la compañía, y esa mirada suya los ahuyentaba. Hablaba muy poco de temas personales, pero Quin acabó decidiendo que el tormento de sus ojos azules no era rabia ni miedo a que lo traicionaran, como había pensado al principio, sino simplemente soledad. Empezaron a pasar más tiempo juntos y esa mirada se fue transformando lentamente en algo que recordaba a la felicidad.

Mientras caminaba por la campiña todavía sentía el peso de sus labios en la boca, sus brazos rodeándole la cintura. Se volvió para mirarlo furtivamente antes de llegar al caserón, pero ya se había ido.

Momentos después trepó a una ventana que había en la pared trasera de la casa de sus padres. Entró a gatas en la despensa, que comunicaba con el salón, y oyó al visitante del aeromóvil en plena conversación con Briac.

—Podría haber una desaparición —decía su padre—. En tal caso, la búsqueda se prolongaría indefinidamente. Eso tiene sus pros y sus contras.

Sin hacer ruido, Quin apoyó la oreja en la estrecha puerta de la despensa, lo cual le permitía oír mejor y atisbar una pequeña parte de la sala a través de una rendija entre la puerta y el marco.

Su padre estaba sentado en el viejo sillón de cuero, situado bajo una serie de antiguas ballestas que colgaban del techo y junto a un arcón decorado con grabados de carneros (el símbolo de la familia) que estaba lleno de cuchillos. Hablaba con el

visitante, un hombre de unos veintitantos años que se calentaba las manos al vivo fuego de la chimenea.

La ropa que llevaba el tipo parecía cara, aunque Quin era consciente de su poca objetividad para juzgar estilos de vestir. Prácticamente no había salido de la hacienda en sus quince años de vida.

—También podríamos cortar todo de raíz sin dejar rastro —continuó Briac pasándose una mano por sus cabellos oscuros que también había heredado Quin. Su padre todavía no tenía una sola cana. A punto de cumplir los cuarenta, era igual de esbelto y fuerte que de joven, aunque en realidad a ella siempre le había parecido un ente todopoderoso e intemporal, como el cielo o la tierra—. Depende de lo que necesite —decía al visitante—. Nosotros creamos una circunstancia que sirva a sus objetivos. ¿Sabe usted qué necesita?

Briac hacía cuanto podía por parecer amigable y educado con el visitante, lo cual le resultaba inquietante a Quin. Estaba acostumbrada a que el rostro y las palabras de su padre fueran severos. A menudo tenía miedo de él. Aceptaba sus formas como algo necesario para el entrenamiento: la preparaba para una vida que sería dura, pero esa dureza estaba al servicio de un bien superior. Un Seeker estaba destinado a formar parte de los pocos elegidos que accedían al mundo intermedio y podían cambiar las cosas.

El visitante comenzó a responder a la pregunta de Briac en voz tan baja que Quin no distinguía las palabras. Parecía emocionado, pero daba la impresión de no atreverse a hablar en voz alta. Quin pegó más la oreja a la puerta de la despensa.

Briac alzó una mano.

—Un momento, si no le importa —dijo—. Preferiría continuar nuestra discusión fuera.

El joven asintió y ambos se levantaron para salir. Cuando el visitante se dio la vuelta, Briac atravesó la habitación en tres zancadas y le dio un buen empujón a la puerta de la despensa, golpeando la cabeza de Quin, que quedó despatarrada en el suelo.

Se levantó lentamente y salió tambaleándose de la alacena hacia la cocina, frotándose la cabeza. Oyó cómo se abría y cerraba la puerta principal del caserón y vio a través de una ventana cómo Briac y el visitante caminaban hacia el prado. Al parecer, su padre quería intimidad.

—Quin, ¿qué hacías ahí?

Fiona Kincaid, su madre, estaba sentada a la mesa de la cocina con una jarra ante ella. Cuando le llegó el tufo a alcohol supo que su madre estaba bebiendo esa fuerte sidra a la que se había aficionado en los últimos años. El guiso que cocinaba al fuego para la cena y el pan que había en el horno inundaban el caserón con deliciosos olores. Los aromas de la cocina eran la base de su infancia, junto al perfume de las altas hierbas que cubrían la campiña y la fértil tierra bajo los árboles del bosque. El olorcillo a alcohol que había en el aire era lo único que rompía el repentino acceso de

alegría que había sentido. John lo conseguiría. Shinobu y ella también. Así estaba escrito. La vida con John sería como siempre había imaginado.

—¿Estabas escuchando a escondidas? —preguntó su madre.

—Creí que hablaban de lo de esta noche —explicó Quin, dejándose caer en un asiento frente a Fiona y abrazándose las rodillas.

Su madre llevaba sus oscuros cabellos rojos recogidos en una trenza y la miraba con rostro impasible.

Incluso sin sonreír, su cara era hermosa. Todos lo decían. Se había quedado mirando por la ventana cómo se alejaban Briac y el visitante. Luego volvió a su jarra de sidra y se puso más seria.

—¿Qué has oído? —preguntó su madre.

—Nada —respondió Quin. Entonces le sobrevino un terrible pensamiento—. No iréis a casarme, ¿no?

Esta ocurrencia cogió a Fiona por sorpresa y sus labios esbozaron una tímida sonrisa.

—¿Por qué íbamos a casarte? ¿Te ha parecido guapo el chico?

—No, no sé. No estoy muy acostumbrada a... —balbuceó interrumpiéndose a media frase por vergüenza.

—Pues claro que no vamos a casarte —contestó su madre con una amable sonrisa.

—No digas «Pues claro que no» —repuso ella—. ¿No fue eso lo que te pasó a ti? —En realidad su madre nunca se lo dijo expresamente, pero esa era la impresión que daba la descripción que Fiona hacía de su cortejo y matrimonio con Briac Kincaid. Nunca hablaba de amor, sino más bien de que sus padres «la habían juntado».

—Bueno, pues no vamos a casarte... con él —espetó Fiona para provocarla.

—Yo sé que antes se hacía —continuó Quin—. Proteger la descendencia. Mantener el control.

La verdad es que entendía la importancia de los matrimonios de conveniencia. Casarse con alguien en quien su padre confiara ayudaría a mantener sus conocimientos y armas bajo el control directo de Briac. Siempre le habían dicho que Briac y Alistair eran los últimos Seekers, y Shinobu y ella tenían que seguir la tradición sin romper el linaje. Y John también, por supuesto, pero su linaje ya estaba perdido, porque su familia prácticamente había desaparecido. En teoría, a Quin le encantaría casarse con quien sus padres quisieran, pero en realidad tenía grandes esperanzas en que esa elección coincidiera con la suya.

Su madre dio un largo sorbo de la jarra y negó con la cabeza.

—No vamos a casarte con nadie, Quin. Aunque a tu padre le gustaría. Creo que ya hemos planificado bastante tu vida. Deberías casarte con quien tú quisieras.

Quin miró hacia el prado por el que acababa de pasear junto a John, y volvió a embargarla un sentimiento de felicidad. Decidió arriesgarse. Faltaban solo unas horas para que prestara su juramento. Pronto la verían como a una persona adulta.

—Mamá, tú sabes ya a quién he elegido, ¿verdad?

Su madre siguió la trayectoria de su mirada, pero allí solo había hierba y árboles.

Fiona preguntó lentamente:

—¿Y es él?

—¿El qué?

—¿Es John Hart tu pareja?

Quin notó como sus mejillas enrojecían.

—¡Mamá!

—Creo que habéis estado viéndoos a escondidas desde hace tiempo. ¿Habéis hecho...?

—¡No! —La conversación había dado un giro brusco y dramático—. Un momento, ¿qué estás preguntando?

—¿Os habéis besado?

—Ah..., sí. —A pesar de la vergüenza que sentía, Quin se descubrió sonriendo—. Sí, eso sí lo hemos hecho.

—Y... —insinuó Fiona.

—¿Y qué? —Quin estaba pensando en la forma en que John la había tumbado sobre el suelo y en cómo clavaba esos ojos solitarios en ella... Se miró las manos y dijo—: Nos hemos besado. Bastantes veces. ¿No lo sabes ya, mamá? Antes sabías esas cosas sin tener que preguntármelo.

—A veces sí, pero esta vez no. ¿Estás segura de que no habéis hecho nada más?

—No soy tonta, mamá. Briac ya la tiene bastante tomada con él. No quiero que vaya persiguiendo a John por ahí con una escopeta.

Fiona sonrió sinceramente al escuchar sus palabras y su rostro se iluminó como pocas veces lo hacía. Durante un instante, Quin apreció la belleza de su madre en todo su esplendor, como un cálido sol de primavera apareciendo tras unas nubes de tormenta.

—Mamá —dijo Quin decidiendo que ya, puestos a pasar vergüenza, podía tirar más del hilo—, ¿tú crees que a papá le importará?

—¿Que le importará qué?

—Que me case con John.

Quin contuvo la respiración en cuanto pronunció esta frase, preocupada por la reacción de su madre. Pero ¿por qué no hablar de matrimonio? John era la pareja perfecta. Pertenecía a una familia tan antigua como la suya, ¿no? Y él también quería sacar provecho de su adiestramiento para hacer el bien al mundo. Podrían vivir los dos juntos en la hacienda, o tal vez irse a algún sitio más exótico, pero en cualquier caso trabajarían juntos, lucharían juntos, ayudarían al mundo juntos. «Temednos, tiranos y malhechores...». Y, por supuesto, lo amaba con locura. Seguro que sus padres se percataban de sus sentimientos.

Quin siguió con la mirada a su madre, esperando su respuesta mientras ella se levantaba para supervisar el estofado. A Quin le habría gustado saber qué misterios

encontraba ahí dentro. Al fin y al cabo, era estofado. Podías cocinarlo durante días si querías.

Fiona, dándole la espalda, preguntó:

—¿Te ha pedido que te cases con él?

—Bueno, todavía no. Pero creo que los dos lo pensamos.

—Eres muy joven —dijo Fiona con cariño—. Nunca lo habría imaginado. Todavía me sorprende un poco que hayas escogido a John.

Quin no estaba segura de a qué se refería su madre con eso. ¿A quién iba a escoger, a un extraño al que aún no había conocido? ¿Un hombre mayor que su padre eligiera por ella? Pero, de todas formas, se apresuró a añadir:

—No me refiero a hacerlo ahora. Algún día. ¿Crees que a papá le importará?

Fiona se volvió hacia ella, secándose las manos en el delantal y evitando mirarla a los ojos.

—Creo que tu padre pondrá muchos reparos, sí. Y todavía tienen que pasar muchas cosas hasta que estés preparada para casarte.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Pero, Quin —continuó Fiona, ignorando a su hija, como si tuviera que soltar las palabras antes de que se desvanecieran—, no importa lo que él piense. Es tu vida.

Quin, ligeramente sorprendida, observó atentamente la expresión de su madre, que parecía un poco alterada. Al fin y al cabo, Briac era... Briac. Su absoluta autoridad formaba parte de esa extraña y privilegiada vida que le había tocado.

—Ma...

—Tu vida es tuya —repitió Fiona, casi con urgencia, sentándose al lado. Miró por la ventana y luego volvió la vista hacia ella—. Si tú... si tú quisieras reunirse con John ahora mismo... si quisieras irte ahora mismo de la hacienda con él... y llevar un tipo de vida diferente, lo comprendería. —Le resultó tan raro que dijera esas palabras que pensó que su madre tenía que estar más borracha de lo que parecía—. No estoy borracha, Quin.

—¡Yo no he dicho eso! Pero... Ahora que lo dices, sí que huelo algo en tu jarra.

—No estoy borracha —repitió Fiona.

—Yo no he dicho que lo estés.

—Sí lo has dicho.

No tenía sentido discutir acerca de si había dicho esas palabras o no, así que no se molestó en hacerlo.

—Esta noche prestaré mi juramento, mamá. ¿No te lo ha dicho Briac? No puedo abandonar la hacienda.

—Sí, me lo ha dicho. —Fiona apoyó una mano sobre la de su hija y la apretó con firmeza—. Pero yo te digo esto: presta tu juramento solo si de verdad quieres hacerlo.

Quin se quedó sin palabras por un momento. Al final, consiguió decir:

—¿Qué... qué he estado haciendo aquí toda mi vida, si no? Pues claro que quiero hacerlo. Ya sé la suerte que tengo.

—¿Estás segura?

Quin sonrió a su madre como a un niño que tiene un miedo irracional. Su madre no llegó a prestar el juramento. Fiona les enseñaba idiomas, matemáticas e historia, materias que no estaban ligadas directamente al mundo de los Seekers. Aunque a su madre no le gustaba hablar de ello, por los comentarios que hacía Briac, Quin entendía que Fiona había completado todo el entrenamiento, pero algo evitó que fuera nombrada Seeker. No todos los aprendices lo conseguían y en cierto modo esto había arruinado la vida de su madre, tal vez fuera incluso la causa de su afición al alcohol. Pero Quin la quería y no quería ver a su madre triste precisamente ese día.

Tomó a Fiona de la mano con cariño.

—No tengo ninguna duda —afirmó—. Y haré que estés orgullosa de mí. Estoy destinada a alcanzar grandes cotas.

Sus palabras no tuvieron el efecto deseado. Su madre la escrutó con la mirada durante un momento, con desesperación. Luego se quedó cabizbaja y asintió para sí.

—Por supuesto que lo harás —dijo intentando esbozar una sonrisa—. Y yo te deseo toda la felicidad del mundo, cariño mío.

Fiona volvió a levantarse y a mirar el estofado. Se enjugó las lágrimas con rapidez, tanto que Quin pensó que habían sido imaginaciones suyas. Cogió la copa de Fiona, olisqueó lo que quedaba de sidra y la tiró por el fregadero para que su madre no bebiera más.

Quin oyó el sonido del aeromóvil que despegaba fuera, le dio un beso en la mejilla a su madre y corrió a la puerta principal. Desde allí vio cómo el vehículo ascendía sobre el prado en lentos círculos hasta desaparecer en el cielo. Se dirigía hacia el sur, a algún sitio ajeno a su vida, tal vez a Edimburgo, o Londres, quizá más lejos, incluso. Tal vez también ella pudiera ver pronto esos lugares. Una vez que visitara el Allá podría ir a cualquier parte. Y entonces, el mundo se abriría a sus pies y ella sería uno de los actores de su inmenso escenario y cumpliría con su destino.

Quin se dirigió hacia el bosque con la idea de encontrarse de nuevo con John y decirle que no había podido averiguar nada sobre el visitante. A medio camino de la campiña lo vio. John y Briac paseaban juntos. Su padre tenía una mano apoyada sobre el hombro de su amigo, que miraba al suelo. Casi sentía el peso de los pasos de John, como si su padre lo condujera al patíbulo.

«Sé que mi padre hará lo correcto, John —pensó—. Te quedarás en la hacienda y terminarás tu adiestramiento. Todo saldrá bien».

Nunca volvería a pensar de ese modo.

## John

Caminaba por la campiña junto a Briac, que apoyaba la mano en su hombro. Eso le incomodaba. Era como tener pendiendo sobre su cabeza un hacha de guerra, igual de duro e inmisericorde. Hasta ese momento habían paseado en silencio, pero al final John no pudo soportarlo más.

—Me ha fallado el control mental —dijo—. No lo niego. Pero es solo cuando tienes el perturbador...

Briac resopló, lo hizo callar y caminó más de veinte pasos en silencio. John intentaba decidir si tenía que repetir lo que acababa de decir o sorprenderlo con algo nuevo cuando sintió que Briac le apretaba el hombro con fuerza. Unas tenazas de metal habrían sido más agradables.

—Siempre has creído que tenías derecho a esto, John Hart —añadió Briac.

Su voz era suave, y eso lo intimidó. No había nada en la naturaleza de Briac que fuera suave.

—Mi adiestramiento era...

—No solo el adiestramiento —interrumpió Briac con una voz más grave incluso y los dedos de la mano hundiéndose en su hombro—. Todo esto. —Hizo un leve gesto con la otra mano que pareció abarcar las ochocientas hectáreas de la hacienda.

—Nunca he querido sus tierras, señor. —John mantuvo el control de su voz, pero sintió que la rabia se concentraba en la boca de su estómago.

Hacía todo lo posible por comportarse de manera amistosa con Briac, pero no era fácil.

—¿En serio? —preguntó Briac—. Entonces ¿has hecho que mi hija se enamore de ti por razones puras y desinteresadas?

—Tal vez simplemente me quiera —espetó John.

El amor de Quin era lo único absolutamente cierto de su vida y Briac no tenía ningún derecho a arrebatárselo.

Briac hundía cada vez más los dedos en su cuello, pero John se negaba a apartarse. Con el padre de Quin resistirse solo servía para que el castigo fuera peor y se alejara más de sus objetivos. «Cuando recupere lo que es mío, no estaré más a tu merced, Briac. Y Quin tampoco».

—Quin no te pertenece, John.

—A usted tampoco, señor.

Briac soltó a John y lo empujó hacia delante.

—Todo me pertenece —le contestó—. ¿Es que no te has dado cuenta todavía?

Estaban bordeando el bosque, por la parte de la campiña que daba al río. El sol acababa de ponerse detrás de las colinas dejando la hacienda en penumbra. A la izquierda de John, entre el prado y el lejano río, había una extensa franja de floresta. Y colindando con el prado, estaban los caserones de los Dreads. Habían permanecido vacíos durante todos sus años en la hacienda hasta hacía unos meses, cuando habían llegado la Joven y el Gran Dread. El tercer caserón estaba igual de oscuro que siempre. John se preguntó si habría un tercer Dread esperando en alguna parte.

La hacienda al completo estaba mucho más deshabitada de lo que había estado en el pasado. Su propia madre le había contado que cuando era pequeña hubo varios aprendices entrenando en ella. Y antes de su época los había a pares y abarrotaban los caserones de piedra ocultos en lo más profundo de la maleza, que ahora permanecían vacíos. La hacienda estaba poblada por tres aprendices, los padres de Quin, el padre de Shinobu, algunos temporeros y, en ese momento, los Dreads.

Los dos Dreads estaban sentados alrededor del fuego de la pira que había fuera de sus caserones. La Joven Dread estaba vestida para la batalla, con su espada látigo, varios cuchillos desplegados en el cinturón y el pelo recogido dentro de un casco de piel. Estaba afilando una larga daga con un esmeril a la luz del fuego, desplazando las manos por la cuchilla con una precisión rítmica y constante. La luz anaranjada del fuego danzaba sobre su cara, proyectando oscuras sombras alrededor de sus ojos. Al otro lado, el Gran Dread ponía aceite en su propio cuchillo mientras soltaba una letanía a la joven con una voz tan fría y dura como la cuchilla que tenía en la mano. Cuando hacía una pausa, la Joven Dread respondía a la letanía.

Ninguno de los dos hombres se movió mientras los Dreads hablaban, pero estos los siguieron con la mirada durante unos momentos. John sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

Pasaron por delante del tercer caserón de los Dreads, vacío y silencioso, y luego se alejaron de los bosques y atravesaron la pradera hacia los establos del ganado y los graneros. John se esforzaba por controlar sus emociones, pero sintió un hormigueo de nerviosismo. Sabía hacia dónde se dirigían. La mano de Briac se hundió de nuevo en el cuello de John.

—Briac, prestaré mi juramento. Debo hacerlo.

—El deber no existe, John. Solo existe el éxito o el fracaso. Y tú has fracasado.

Esas cuatro palabras le sentaron como un golpe bajo. Hasta que oyó la palabra «fracaso» había albergado la esperanza de que Briac sería justo, de que mantendría sus promesas y terminaría su adiestramiento.

—Soy el más fuerte de los tres —musitó—. Sabes que es cierto.

—Lo eres —coincidió Briac—. Eres un guerrero fuerte. Pero también un guerrero distraído, emocional. Y ambas cosas son mortales para un Seeker, para ti y para tus compañeros.

Caminaron junto a los establos de piedra, donde John oyó el pifiar de los caballos, cómodos en sus cuadras. Por un momento fugaz imaginó que Briac lo había llevado allí para pedirle una nueva demostración de sus dotes de jinete. Pero no se detuvieron en los establos.

Pasaron junto al establo del ganado, que emanaba un hedor especial, desagradable y también reconfortante a su manera. Briac continuó andando mientras empujaba a John por la espalda con fuerza. Se dirigían a un edificio que transmitía unas sensaciones completamente diferentes.

Ante ellos se erguía el viejo granero. La mitad del techo estaba derruida, pero la otra mitad del edificio continuaba intacta. Desde una ventana que había en lo más alto de la parte que seguía en pie, una débil luz se vislumbraba en la penumbra, una luz teñida de color azul metálico.

John se detuvo. La mano de Briac empujó su espalda con más fuerza. Pero John se mantuvo inmóvil.

—No quiero entrar ahí —espetó.

—Vamos a entrar.

—Ya lo he visto.

—Y lo verás de nuevo.

—No.

John odiaba el tono quejica que adoptaba su voz, pero Briac sabía perfectamente cómo hacer que se sintiera impotente. «Tienes que mantener el control, en cualquier circunstancia». Su madre le había dicho esas palabras. Tenía que encontrar el modo de recuperar el control.

Briac retiró el brazo de la espalda de John y pasó delante.

—Puedes irte si quieres, pero nunca sabrás lo que tengo que decirte.

John se quedó allí inmóvil un minuto mientras observaba a Briac, cada vez más borroso en la creciente oscuridad. Pasaba la mayor parte de sus días en la hacienda intentando olvidar lo que había en ese granero. Pero, tanto si lo evitaba como si no, seguiría estando allí. Aun así, sus pies no querían dar un paso adelante. Todo su ser ansiaba dar media vuelta y salir corriendo. Pero al final se apresuró y dio alcance a Briac cuando este abría la puerta del granero.

En su interior la luz de las estrellas se colaba por la mitad del tejado que se había derrumbado, proporcionándoles la suficiente iluminación para seguir su camino. De las lúgubres esquinas llegaban olores a paja rancia, malas hierbas y roedores, unos olores que recordaba de la última vez que había entrado a ese lugar.

En el otro lado del granero habían construido una sala moderna. Parecía un Lego gigante metido dentro de otro juguete más grande y antiguo. Las paredes de esta sala eran de cemento suave y estaban cerradas por una enorme puerta de acero. Los dos hombres atravesaron el granero y John observó que Briac introducía una combinación en la cerradura. La puerta de acero se abrió.

Briac hizo señas a John para que entrara primero. Al traspasar el umbral le

invadió un olor a hospital, mezcla de desinfectante y carne en putrefacción. La débil luz azul que había visto desde fuera procedía de un banco de equipamiento médico empotrado bajo la única ventana de la sala, en lo más alto de la pared.

En el centro de la habitación yacía una figura sobre una cama, casi imposible de distinguir a la tenue luz, salvo por un halo de centellas que flotaban alrededor de su cabeza y su torso, y brillaban levemente con diferentes colores. John habría jurado que la primera vez que había entrado allí, hacía varios años, las chispas eran más brillantes.

Cuando Briac encendió la luz principal su primer instinto fue cerrar los ojos, pero se obligó a mirar. La forma tumbada en la cama parecía inerte. La respiración asistida y las máquinas, no obstante, decían lo contrario: la forma esquelética que yacía ante él estaba viva, aunque solo fuera técnicamente.

A John se le hizo un nudo en la garganta. La edad y el sexo de la figura eran imposibles de discernir, y la carne parecía haberse arrugado por causas diferentes al paso del tiempo. Su pelo era gris y con calvas; gran parte de él se le había caído. Los huesos sobresalían a través de la piel y aunque los músculos prácticamente habían desaparecido, las articulaciones habían quedado rígidas en posiciones incómodas. La cara era especialmente esquelética, con la carne hundida y la mandíbula prominente. Por debajo del cuello, una bata de hospital vieja y sucia daba a la figura cierta sensación de intimidad.

Briac se quedó en silencio un rato, obligando a John a contemplar el cuerpo. Con el brillo de la luz era más difícil distinguir las chispas, de modo que John sentía que los ojos le jugaban una mala pasada, un efecto que le daba mareos y ganas de vomitar. Se recordó a sí mismo a los siete años, viendo un entramado de resplandores brillantes como pequeñas explosiones eléctricas antes de cerrar los ojos con fuerza. «Haz que paguen por esto...».

—Esto es un Seeker que se encontró con un campo perturbador —explicó Briac interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Te parece una visión agradable?

—No.

—Este cuerpo lleva aquí años.

—Ya me lo habías enseñado. Ya lo sabes. Nos lo enseñaste a todos.

John luchaba por controlar su voz. Estaba claro que Briac disfrutaba mostrándole a esa criatura torturada.

—Sí. Lo mantengo aquí para que lo vean los aprendices. Un Seeker debe saber a qué se enfrentará antes de hacer su juramento.

A John le dio asco el tono prepotente de Briac.

—Si quieres que los aprendices sepan a lo que tienen que enfrentarse deberías decirles lo que hacen los Seekers después de prestar el juramento —replicó.

Briac lo ignoró.

—Quieres acceder al artefacto máspreciado de la humanidad sin habértelo ganado. A pesar de que el resultado sería este —dijo señalando la figura en la cama

—. Para ti o para aquellos que confían en ti. Como Quin.

—Me lo he ganado —espetó John—. Puedo ganármelo. Simplemente haces como si no pudiera.

—Mantener esto vivo precisa energía —musitó Briac dirigiendo de nuevo la atención de John hacia la figura de la cama—. Al principio, cuando los músculos funcionaban, había tirones y convulsiones, pero ya no. Solo quedan las chispas, que se van apagando poco a poco. Aparte de los nutrientes, tengo que alimentar el cuerpo con una corriente eléctrica. Si no, las chispas agotarían su vida en unos cuantos días.

Briac abrió uno de los párpados de la figura y se quedó mirando el ojo inerte, que había perdido el color que en su día tuviera, y lo dejó cerrarse de nuevo.

—Deja de alimentarlo —dijo John. Intentaba no mostrar emoción en su voz, pero percibía su tono de súplica—. Los muertos deberían descansar en paz.

—¿Te parece inhumano? —preguntó Briac con fingida sorpresa—. Esto es una importante herramienta de adiestramiento.

John contempló el cuerpo, las calvas del pelo, la bata de hospital. Igual que le pasó años atrás, la primera vez que vio a esa horrible criatura, ansiaba levantar esa bata de hospital y buscar la prueba que presentía encontrar allí.

Como si leyera su mente, Briac se interpuso entre John y la cama. Se quedó mirando sus viejas botas de cuero, con las suelas reforzadas y las puntas de acero, tan fuera de lugar en ese ordenado enclave médico. Eran las botas de un hombre que hacía cosas horribles. John sintió otro acceso de náuseas.

Se obligó a levantar la cabeza para mirar al hombre mayor a los ojos.

—Es una pena que no murieras en las prácticas de combate —susurró Briac con voz siniestra—. Habría sido perfecto. Nadie habría podido culparme.

—Eres una bestia —le respondió John con calma—. ¿Qué pasará cuando Quin averigüe lo que eres y lo que esperas de ella?

—¿Yo soy una bestia? —preguntó Briac sin alterar la voz—. ¿Y tú qué eres?, ¿un angelito?

—Hiciste una promesa. Había testigos.

—Tenía que entrenarte. Te he entrenado lo mejor que he podido. Cumpliste los dieciséis el mes pasado. Un Seeker tiene que prestar juramento a los quince años.

—Llegué tarde. Era mayor que Quin y Shinobu...

—Ese no es mi problema.

—Era un niño. Mi abuelo necesitó tiempo para convencerse de que no corría peligro viniendo...

—Has perdido tu oportunidad.

John miró fijamente a Briac. Había luchado durante años por ocultar su odio. En ese momento volvía a él con tal intensidad que casi quedó paralizado. Así no lo conseguiría. «Hay muchas cosas que intentarán desviarte del camino. Y el odio es una de ellas...».

El odio. Casi lo hacía temblar. Pero habló con toda la calma que pudo.

—Ese «preciado objeto» del que siempre hablas, ¿de quién es, Briac? ¿A quién pertenece? —Briac armó el brazo para abofetear a John en la cara, pero este se agachó y se acercó más a él—. Tú deberías ayudarme —añadió—. Un día Quin y yo nos casaremos. Podrías pactar una tregua conmigo ahora, restablecer los lazos entre nuestras casas, ganarte lo que tomaste injustamente. Antes de que tenga que...

—Tú no tienes casa, John —respondió Briac bruscamente, interrumpiéndole—. Yo mismo me encargué de que no la tuvieras. Estás solo y Quin nunca será tuya. El athame acaba en manos de la persona a la que pertenece, en este caso, yo. —Se miraron a los ojos—. Le dije a tu abuelo que habías fracasado, para siempre. Se enfadó mucho. —Briac sintió un evidente placer al darle esa mala noticia—. Espera tu regreso a casa.

Un enorme océano de desesperanza se apoderó de John. Tenía que salir de él antes de que se lo tragara.

—Recoge tus cosas —espetó Briac—. Mañana te llevaré a la estación de tren. Ahora vete.

Y John obedeció. Salió a tientas de la improvisada sala de hospital y del granero en ruinas, se detuvo en la puerta, respiró profundamente el frío aire de la noche, llenándose los pulmones como un atleta que se prepara para un esprint.

Y corrió.

## Shinobu

El pueblo de Corrickmore estaba tranquilo esa noche, salvo por unos cuantos pescadores que deambulaban por el lugar, demasiado borrachos para marcharse a sus casas y demasiado ruidosos para quedarse en el bar. Sus voces reverberaban en las casas que daban al mar cuyos residentes abrían a su vez las ventanas de golpe para gritarles que se callaran antes de que llamasen a la policía.

Shinobu y Alistair caminaban por el otro lado de la calle, en la misma orilla. Tenían el buche lleno de pastel de cordero con cebolla del Friar's Goat, el bar que había en la zona norte de la ciudad, y compartían una enorme botella de cerveza que habría bastado para cuatro o cinco hombres normales y era casi suficiente para saciar a Alistair.

—Tampoco hace falta que bebas mucho —advirtió Alistair viendo a Shinobu empinar la botella—. Tenemos toda la noche por delante. —Dio una palmada en el hombro a su hijo, que derramó un trago grande de cerveza sobre sus propios zapatos—. Bebe un poquito más, hijo —dijo su padre, inclinando la botella sobre sus labios de nuevo—. Y luego un poco más.

Shinobu negó con la cabeza y devolvió la botella a su padre. No le gustaba la cerveza y no le apetecía nada que sus zapatos estuvieran más pegajosos todavía. Fue danzando hasta su padre como un boxeador en el ring y le soltó un puñetazo en el estómago. Era bastante parecido a pegarle al *David* de Miguel Ángel; Alistair le sacaba un palmo y Shinobu corría más riesgo de autolesionarse que de hacer daño a su padre. Alistair simplemente sonrió mientras daba un largo trago a la cerveza.

—Dime qué haremos esta noche, papá.

Shinobu bailaba alrededor de su padre y soltaba el brazo en cuanto tenía oportunidad.

—No puedo.

Se quedaron mirando a los pescadores, que habían llegado a la esquina y se volvían más bulliciosos al tiempo que el verso final de su cantinela de borrachos se hacía ininteligible. Entonces uno de ellos se marchó a casa dando tumbos, con lo que dejó a los que estaban discutiendo sobre el primer verso de una nueva canción.

—No parecen muy tristes, ¿verdad? —preguntó su padre pasándose la mano por su pelo rojo.

—¿Quiénes?, ¿los pescadores? —preguntó Shinobu—. Están borrachos como una

cuba.

—¿Y nosotros no?

—Yo no. Tengo trabajo que hacer esta noche.

—¿Te crees que no se puede trabajar borracho? A veces estar borracho ayuda — dijo Alistair.

Shinobu le lanzó un puñetazo en la boca del estómago, jugando.

—¡Vamos, devuélveme el golpe! —Alistair le dio un rechazazo sin ganas y Shinobu lo esquivó fácilmente—. ¡Tu hijo prestará juramento esta noche! Puedes hacerlo mejor.

—Los jóvenes borrachos no parecen tristes —reflexionó Alistair mientras le lanzaba otro puño a Shinobu.

Shinobu dribló el golpe de su padre y miró a los tres pescadores que quedaban, uno de los cuales vomitaba ruidosamente sobre una papelera.

—Tal vez no conozcan los secretos del universo —continuó diciendo Alistair—. No forman parte de nuestro club... especial. Pero lo pasan bien.

—Papá, uno de ellos se está limpiando el vómito en la camisa del otro.

Le soltó un puñetazo en el hombro que habría tumbado a un hombre más pequeño.

—¡Uf! —gruñó Alistair, asimilando el golpe. Se quedaron observando a los pescadores con más atención y vieron a otro de ellos a punto de echar las túrdigas en la misma acera—. Sí, puede que sean un poco asquerosos —admitió Alistair. Cruzó la calle y se alejaron de la playa hasta una calle más pequeña con ordenadas hileras de casas de ladrillo—. Que sepas que esos capullos no son el mejor ejemplo —continuó su padre, intentando volver a dejar claro lo que parecía querer dejar claro—. Pero estas casas de aquí están llenas de personas. De toda condición.

—Papá, ya he estado aquí antes y lo sabes.

—Sí, claro que lo sé —repuso su padre con una sonrisa. Le dio un leve golpecito en la nariz, como si compartieran un secreto—. Más veces de las que me has contado.

Corrickmore era la ciudad más cercana a la hacienda, a unos cincuenta kilómetros. Y era cierto, Shinobu había ido más veces de las que le había contado a su padre. En ese pueblo había chicas. Y a ellas, Shinobu pronto lo descubrió, les gustaba mucho su aspecto («como una estrella de cine asiática»), cómo se movía («como un tigre») y cómo hablaba («¡todo un caballero!»). En realidad les gustaba todo lo que veían en él.

—En cualquier caso —continuó Alistair, y dio otro largo sorbo a la cerveza—, muchas de esas personas son felices. Incluso sin todas esas cosas especiales que tú has aprendido.

Shinobu por fin dejó de bailar alrededor de su padre y se paró a descansar frente a él. Quiso pararlo empujándole en el pecho. Era como intentar detener una locomotora y Shinobu se vio arrastrado varios pasos antes de que su padre parara.

—¿Crees que sería más feliz sin lo que he aprendido?

Su padre bajó la vista hasta él y luego desvió la mirada.

—Yo no digo eso. No exactamente. —Rodeó a Shinobu y siguió caminando. Esa parte el pueblo estaba en silencio, iluminado por varias farolas y el brillo ocasional de una pantalla de televisión en el interior de alguna casa—. Lo que digo es que te he criado en la hacienda y te he llenado la cabeza con mis cosas. —A Alistair no se le daba muy bien hablar. Shinobu se daba cuenta de que le costaba mucho escoger las palabras adecuadas—. Es normal que quieras hacer lo que te han enseñado, pero... puedes... Hay más opciones, hijo. ¿No te lo he dicho nunca?

—No necesito más opciones, papá. Me encantan los combates, el control que tengo de mi mente, todas las viejas historias.

Le lanzó varios puñetazos en el trasero para ratificar sus palabras. Alistair apenas se inmutó.

—Las cosas ya no son como en las viejas historias —murmuró Alistair. Se quedó callado un momento, y luego añadió—: A tu madre le gustaba caminar hasta el pueblo. ¿Te acuerdas? Le gustaba ver el mundo de fuera.

—Claro que me acuerdo.

Sorprendido por el cambio de tema, Shinobu dejó de golpear a su padre y alzó la vista para mirarlo bien. Por norma, Alistair nunca hablaba de su madre, Mariko. Había muerto en un accidente de coche, siete años atrás. Los recuerdos que Shinobu tenía de ella iban desapareciendo, pero recordaba bien algunas cosas, como caminar con ella por el prado de la hacienda mientras le explicaba el significado del honor. Recordaba su preciosa cara japonesa y su pequeña estatura. Al lado de su padre parecía una muñeca. Pero, aun así, siempre pareció igual de fuerte que él. Salvo hacia el final, cuando enfermó, justo antes del accidente.

—Tu madre no quería que pasaras toda tu vida en la hacienda —prosiguió Alistair.

—Pero ya he pasado toda la vida en la hacienda. He pasado toda la vida entrenándome para visitar el Allá, papá. Toda la vida, y ahora estoy preparado. Esta noche entraremos juntos.

Alistair se detuvo. Incluyó la cabeza para mirar a Shinobu a los ojos.

—No es el Allá lo que tiene que preocuparte —explicó con cariño—, sino adónde iremos después.

—Cuéntamelo.

—No puedo. Ojalá pudiera, hijo, pero no puedo.

Alistair parecía sufrir. Se frotó la cara con las manos. Habían parado delante de una casa baja. Las cortinas estaban echadas, pero se veían las siluetas de una familia desplazándose por su interior y se oía el ruido procedente de la cocina: el silbido de una tetera, alguien gritando que las galletas estaban hechas.

—¿Reconoces este sitio, hijo?

Shinobu observó la casa y sonrió.

—Aquí vive una chica a la que conozco. —Se volvió hacia su padre, sorprendido

—. ¿Cómo lo sabías?

—Yo sé muchas cosas —respondió Alistair—. ¿Es tu novia?

Shinobu se percató de una figura que se movía en la habitación de arriba. Era la chica en cuestión, Alice. Podía ver su frente cerca de la ventana.

—No estoy seguro —repuso encogiéndose de hombros—. Parece que le gusto. Me dejó que la besara.

—¿Te dejó? ¿Y te gustó?

—Sí.

Shinobu sonrió de nuevo. Como si ambos no supieran que besar a una chica era un acto placentero.

—Hijo, hazme el favor de observar detenidamente el pueblo. Mira bien las casas, la gente, la vida que llevan. Una vez que prestes juramento y te conviertas en Seeker, nunca verás el mundo con los mismos ojos.

Shinobu echó un vistazo a su alrededor, divertido con la actitud de su padre — rara vez le había oído decir tantas frases juntas—, pero también confundido.

—Papá, no sé a qué te refieres. Durante toda nuestra vida, Quin y yo hemos...

—Lo sé. Y también sé lo que sientes por Quin.

Shinobu sintió como se ruborizaba y apartó la mirada. Podía hablar tranquilamente sobre cualquier chica... menos ella.

—Es mi prima —murmuró.

Se habían criado con la palabra «primos» interponiéndose entre ellos, aunque en realidad su parentesco no era tan cercano. Alistair y Fiona eran primos segundos, lo que convertía a Quin y a Shinobu en primos terceros. Y en algún momento, muchas generaciones atrás, uno de sus ancestros se había vuelto a casar, lo cual significaba que su parentesco era incluso menor de lo que parecía. Shinobu había estudiado este parentesco hasta donde pudo sin levantar las sospechas de su padre. Sin embargo, Quin siempre los había llamado «tío» y «primo» respectivamente, con lo que solo podía quererlo como a un miembro de la familia. Y aunque a ella él le parecía «bello» —le había oído usar esa palabra—, para Quin su belleza era como la de una pintura, algo que se admira pero no se quiere tocar. A Shinobu le parecía el peor de los cumplidos.

—Sí, es tu prima —añadió Alistair en voz baja—, y algo más. Habéis entrenado juntos desde que erais pequeños. Y no quieres apartarte de ella. Pero... —Miró a la gente de la casa a través de las cortinas— ahí hay una chica a la que parece gustarle. Quiero que sepas que, si quisieras, podrías quedarte aquí. Podrías quedarte, y yo me marcharía. Me lo tomaría mal. Briac se lo tomaría mal, pero ya lo arreglaría con él. Tú eliges.

En los ojos de Alistair se dibujaba la súplica. Shinobu no había visto nunca esa expresión en el rostro de su padre. Le incomodaba, era como si por un momento dejara de pisar tierra firme.

—Papá, por favor, cuéntame por qué dices eso.

—No puedo —respondió—. He prestado juramento. —Tenía los ojos clavados en Shinobu, como si quisiera leer su mente—. Pero debes saber que, si escoges volver a la hacienda conmigo, tu vida será diferente. Podrás amar a una mujer como yo amo a tu madre —Shinobu se percató de que usaba el presente y no pudo evitar preguntarse si estaría muy borracho—, pero ella nunca sabrá todo sobre ti.

Esa noche se suponía que iba a ser de celebración, pero Shinobu se sentía cada vez más incómodo bajo la mirada escrutadora de su padre. ¿Por qué no podía el gigantón romper la tensión reinante soltando un sonoro eructo u orinando en el portal de cualquier casa? Pero no había nada en el rostro de su padre que indicara que estuviera divirtiéndose.

Shinobu supo que no se libraría de esa incomodidad hasta que tomara a su padre en serio. Se apartó de la casa para colocarse en medio de la calle, de modo que pudiera ver mejor a Alice en la habitación de arriba. Estaba inclinada sobre un escritorio, probablemente haciendo los deberes. Era una chica guapa, amable, y se mostraba encantada de que Shinobu le prestara atención. Le dijo que nunca había conocido a nadie como él, que ningún «tío bueno» había querido hablar con ella.

Alistair tenía razón. El mundo estaba lleno de personas, y puede que muchas de ellas fueran felices. Sin duda muchas de ellas eran chicas, y, si él quisiera, no le costaría mucho encontrar a la más divertida, la más guapa, la más feliz, y convencerla de que se enamorase de él. Pero ¿a qué le llevaría eso? Al vacío, pensó. Para él solo había una chica, la chica con la que se había criado. Tal vez ella nunca lo amara del mismo modo, pero compartían una vida, un objetivo. Serían como los Seekers de la antigüedad, y sus habilidades y buenas obras se convertirían en leyenda. «Temednos, tiranos...», como decían los antiguos Seekers. Shinobu y Quin protegerían a la buena gente. Nunca podría dar la espalda a ese honorable propósito.

Se volvió y puso las manos sobre los brazos de Alistair.

—Gracias, padre. He tomado mi decisión. Quiero ir a casa.

Shinobu estaba seguro de que la luz de la tenue y parpadeante farola que tenían más cerca le estaba jugando una mala pasada, porque por un momento pareció que Alistair estaba a punto de llorar. Luego su rostro se aclaró y asintió con gran seriedad, como si acabara de decidirse lo más importante del mundo.

—Muy bien, hijo mío, volvamos a casa.

## Quin

Quin siguió a su padre por el sendero que llevaba al bosque y, a pesar de que había sido un día cálido, sintió un frío intenso en el aire de la noche. Un débil haz de luz de luna delineaba las oscuras ramas que había sobre ellos y daba forma al pequeño sendero del bosque, sirviéndoles de guía.

En el bosque los búhos estaban despiertos y salían de caza. A lo lejos, como siempre, Quin oía el rumor del río, que formaba un recodo al llegar a las ruinas del castillo, lo rodeaba y bajaba al llano que había más allá de sus pastos, para después continuar hasta el lejano lago y el mar.

Sentía la tierra del bosque bajo sus zapatos, suave y mullida. Sentía el soplo del aire nocturno en las manos y la cara. Pero había algo más. Sentía la hacienda al completo, todo el bosque, Escocia entera. Le parecía ser tan grande como todas esas cosas. Había trabajado media vida para llegar a esa noche. Todo lo que había aprendido, todo el adiestramiento, la había conducido hasta allí. En breve, prestaría juramento, como tantas generaciones de su familia habían hecho antes que ella.

Aunque su padre nunca respondía a nada que tuviera que ver con lo que haría una vez prestado el juramento, tenía la cabeza atiborrada de viejas historias. Alistair era genial contando cuentos de niños en las noches frías y oscuras. Cuántas veces Shinobu y ella se habían sentado junto al fuego mientras él los obsequiaba con leyendas de Seekers que habían destronado a reyes tiranos, Seekers que liberaban tierras ancestrales de terribles criminales, Seekers que habían deshecho todo tipo de ultrajes en Europa y otros lugares. Había crecido siendo consciente de que formaba parte de esa antigua tradición.

Más adelante vio llamas, una pequeña fogata en un claro en las profundidades del bosque. Podía apreciar mejor la silueta de su padre caminando delante de ella, sus anchos hombros se recortaban contra el brillo anaranjado del fuego.

Pronto salieron de la senda y llegaron a un espacio abierto. Había levantado un monolito en el centro del claro, cubierto con líquenes y musgo. Esa piedra estaba ahí desde antes de que se construyera el castillo en ruinas. Era de la época en que esa tierra pertenecía a los druidas. Su padre decía que sus ancestros más lejanos habían sido druidas. Su familia llevaba allí desde tiempos inmemoriales.

El fuego ardía vivamente frente al monolito. Shinobu y Alistair ya estaban allí, como también los dos Dreads. Quin ya sabía que no había la posibilidad de que John

estuviera con ellos esa noche. Aunque Briac continuara con su entrenamiento —algo que, obviamente, haría—, John tenía que aprender todavía muchas cosas antes de prestar juramento. A pesar de ello, su ausencia le partía el corazón. En el fondo había esperado durante años que él diera también ese paso junto a Shinobu y ella. «No importa», se dijo. John acabará pronto su instrucción y nos seguirá.

Cuando Quin se acercó al grupo vio que todos iban vestidos como ella, con sencillas prendas de ropa negra, un peto de piel cubriendo el pecho y un casco, también de cuero. A pesar de su atuendo similar, los Dreads daban la sensación de pertenecer a una época completamente distinta. Sus ojos en sombra y expresiones impasibles les conferían un aspecto fiero y temible ante la fogata. Tal vez fueran jueces Seekers de alguna clase, pero parecían estar hechos de un material inhumano y arcaico.

Quin se colocó junto a Shinobu e intercambiaron una mirada. Shinobu tenía el pelo metido dentro del casco, como ella, y los ojos en penumbra, pero estaba segura de que hacía esfuerzos por no sonreír. Su cuerpo estaba completamente erguido, como a punto de levitar. Ella también sentía una gran emoción ante el próximo acontecimiento. Se saludaron levemente con la cabeza y sin necesidad de palabras supo que ambos pensaban lo mismo: «Llegó la hora de la verdad».

Quin se preguntaba qué tendrían que hacer. ¿Cuál sería el equivalente moderno de esas grandes hazañas de las que habían oído hablar cuando eran pequeños? Obviamente empezarían con actos heroicos pequeños, menores. ¿Acaso el mundo no estaba lleno de injusticias? Seguro que podrían contribuir con una innumerable cantidad de pequeños gestos valerosos.

La Joven Dread atizó el fuego con sus majestuosos movimientos, reagrupando las ascuas y añadiendo más leña sobre ellas. Entonces cogió una larga vara de hierro y puso la punta entre las brasas. Quin exhaló el aire lentamente. Ese trozo de metal representaría el culmen de la ceremonia de esa noche. Alargó el brazo y tiró de la manga de Shinobu en un gesto de camaradería. Este respondió apretándole la mano. Tras esto ambos se quedaron contemplando la vara de metal en el fuego y las olas de calor que ascendían por encima de él.

—Demos comienzo a la ceremonia —intervino Briac sin alzar la voz, pero con tono autoritario.

Los dos Dreads se apartaron del fuego y miraron a los presentes. Shinobu y Quin se volvieron hacia sus padres.

Alistair tenía a su lado un gran arcón de madera abierto que había transportado hasta el claro. Empezó a sacar las armas y les arrojó a los chicos sus correspondientes espadas látigo. Hasta entonces habían permanecido guardadas en el establo de entrenamientos, pero a partir de este momento las guardarían ellos mismos. También les entregó cuchillos y dagas, y luego cogió algunos para él mismo.

Alistair volteó un compartimento del interior del arcón y mostró más armas. Sacó varias y las dejó sobre la tierra del bosque. Quin vio a la luz de la hoguera que eran

armas modernas.

«¿Pistolas?». Miró a Shinobu, que estaba tan sorprendido como ella. Obviamente habían entrenado con pistolas. Habían utilizado prácticamente cualquier tipo de armas. Pero esas no eran las armas propias de los Seekers.

Observó como Briac escogía dos pistolas y las guardaba en unas cartucheras que llevaba tan bien escondidas bajo los pliegues de la ropa y el peto que Quin no las había visto. Alistair hizo lo mismo. Después, Briac señaló a los aprendices.

—¿Escogeréis otras armas?

—¿Las necesitaremos, señor? —preguntó Shinobu, adelantándose a ella.

—Probablemente no —respondió Briac—. Vosotros elegís.

Quin se adelantó lentamente y escogió una pistola y cartuchera pequeñas, que se colocó en el trasero. Shinobu no cogió ninguna.

Alistair cerró el arcón y se levantó para ponerse frente a ellos como Briac.

—Esta noche nos sentimos honrados por esta doble presencia —intervino Briac formalmente señalando a los Dreads. Hablaba como si hubiera aprendido de memoria esas palabras—. Están aquí para ser testigos del último estadio de vuestro entrenamiento. Esta noche observarán las formalidades finales y velarán vuestro juramento, si tenéis éxito.

Quin examinó de nuevo a los Dreads. Ya estaban armados, aunque no llevaban pistolas. La mano derecha de la Joven Dread descansaba junto a su espada látigo, y la izquierda, junto a su larga daga. Con el pelo recogido, parecía mucho más joven que Quin y resultaba turbador verla tan impasible, como una niña a la que hubieran robado sus emociones naturales. El Gran Dread tenía una expresión muy diferente, intensa y expectante. Permanecía tan inalterable que Quin tuvo la impresión de que siempre había tenido ese aspecto, como si sus facciones hubieran sido cinceladas al principio de los tiempos.

—Nuestros respetados visitantes están armados —continuó Briac—, pero no participarán en las próximas acciones salvo que se vean obligados por las circunstancias. Permitid que probemos nuestra valía asegurándonos de que eso no suceda. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo, señor —respondieron Shinobu y Quin al unísono, aunque esta última no tenía ni idea de a qué estaban accediendo.

—Es hora de embozarnos en las capas —les comunicó Briac.

Esas eran las palabras rituales. A pesar de su confusión acerca de las armas, Quin volvió a sentir ese palpito.

Briac y Alistair se ajustaron las capas a los hombros. Después se volvieron hacia los aprendices e hicieron lo propio con ellos. Quin notó el peso del espeso paño que la envolvía. «Por fin comenzará mi vida», pensó.

Tras esto, con unos gestos suaves y calculados, Briac sacó un objeto del interior de su capa. Todos los ojos se volvieron hacia él.

Se trataba de una larga daga de piedra blanquecina.

Quin se descubrió aguantando la respiración. La daga medía unos treinta centímetros y era bastante roma, así que obviamente no estaba hecha para cortar. Tenía una empuñadura cilíndrica, formada por varios discos de piedra superpuestos, unos diales que, como Quin sabía, podían accionarse independientemente. Cuando el fuego se reflejó sobre la daga pareció avivarse y perder algo de color, creando una pálida luz alrededor de la hoja.

Recibía el nombre de athame, era la herramienta del Seeker. John había bromeado con la descripción de Briac («el artefacto máspreciado de la humanidad»), pero la antigua daga que tenían ante sí no era cosa de risa.

Quin había visto el athame dos veces anteriormente, ambas con Shinobu, cuando las prácticas de combate habían salido especialmente bien, pero nunca habían podido observarlo detenidamente. Su entrenamiento con la daga de piedra estaba a punto de comenzar. En toda la historia de la humanidad solo habían podido utilizarla los Seekers que hubieran prestado juramento. En eso residía su poder.

—El athame —recitó Briac—. El explorador de caminos ocultos.

Entonces, casi por sorpresa, sacó otro objeto de su capa. Este no era una daga, aunque resultaba bastante parecido. Estaba hecho de la misma piedra clara y era un poco más largo que el athame, con un sencillito mango en un extremo y una hoja plana y roma ligeramente curvada.

Quin y Shinobu se miraron sorprendidos el uno al otro. No habían visto ni oído hablar de ese objeto antes. Briac lo había mantenido en secreto, un último misterio antes de que pronunciaran sus juramentos.

—El reanimador —entonó Briac—. Compañero del athame, al cual da vida al tocarlo. —Lo sostuvo en alto un momento para que lo admiraran. Luego preguntó—: ¿Están vuestras armas preparadas?

Shinobu, Quin y Alistair comprobaron sus armas por última vez y respondieron al unísono:

—¡Preparadas!

Los Dreads no se movieron ni respondieron. Simplemente observaban. Briac volvió a ocultar el reanimador bajo su capa. Después ajustó los diales que conformaban la empuñadura del athame. Cada disco tenía varias caras y cada una de ellas representaba un símbolo. Briac los combinaba de una manera específica.

—¡No penséis! ¡No dudéis! —ordenó Alistair—. ¡La duda es el enemigo del Seeker!

«¡No dudaré! ¡No dudaré!», se decía Quin. Miró a Shinobu y supo que estaba repitiéndose las mismas palabras.

—¡Preparaos para recitar vuestros cánticos! —gritó Alistair.

Briac sostuvo el athame y el reanimador sobre su cabeza, y los hizo entrechocar. En el momento del impacto el athame emitió una vibración grave y penetrante que se expandió a su alrededor y resonó en toda la explanada. La daga de piedra cobraba vida.

Briac movió el athame en dirección a la vibración. Al hacerlo, dibujó un enorme círculo en el aire ante ellos, que pronto se convirtió en una puerta circular, un susurrante agujero en la tela del mundo, una abertura hacia la negrura del más allá.

«Una anomalía», pensó Quin, sorprendida de ver que era igual a como su padre la había descrito. El portal que había dibujado los transportaría hasta el Allá.

El borde del círculo estaba formado por bucles blanquinegros que se movían en espiral, los contornos irregulares de un mundo seccionado por las vibraciones del athame. Luego esos contornos se apretaron y formaron unas líneas sólidas que enmarcaban la puerta y parecían vibrar con la energía que fluía hacia su interior, hacia la negrura del más allá.

Quin comenzó su canto, igual que Shinobu, que seguía junto a ella:

*Conocerse a uno mismo,  
conocer el hogar,  
una imagen clara  
de adónde quiero regresar,  
del lugar al que iré.  
Y la velocidad de los caminos intermedios  
hará que vuelva a casa a salvo.*

Uno a uno, los Seekers y los Dreads atravesaron la anomalía. Quin fue la última en saltar sobre la abertura y entrar en la oscuridad del otro lado. Una vez que estuvo dentro, se volvió. La anomalía susurraba detrás de ella y el susurro empezó a perder su ritmo. Aún podía ver el bosque y la hoguera a través del círculo. Luego, lentamente, los bucles blancos y negros se ensancharon, temblaron al juntarse unos con otros y el agujero desapareció. Estaban en la oscuridad.

«Soy una Seeker de la oscuridad y los caminos ocultos intermedios —pensó—. Temednos, malhechores...».

Comenzó a sentir como algo tiraba de ella, como si su control mental se relajara, como si el tiempo cambiara, se hiciera más largo, se ralentizara. La invadió una sensación de eternidad, como las frías aguas de un lago. Podía imaginar como se dejaba ir en esas aguas...

Se obligó a comenzar su cántico de nuevo:

*Conocerse a uno mismo,  
conocer el hogar,  
una imagen clara,  
de adónde quiero regresar,  
del lugar al que iré.  
Y la velocidad de los caminos intermedios,*

*hará que vuelva a casa a salvo.*

El cántico la hizo volver en sí. Su nombre era Quin. Vivía en el Ahora.

Se encontraban en el Allá y el único sonido era el de las respiraciones de sus compañeros. A excepción del propio athame, que brillaba levemente, poco más se veía. Apenas podía distinguir las manos de su padre sobre él, cambiando los diales de la empuñadura para crear un nuevo conjunto de símbolos. Y después oyó que el athame y el reanimador chocaban el uno contra el otro. Las vibraciones de la daga volvían a envolverlo todo.

Observó como el athame realizaba un corte circular en la oscuridad y sesgaba el camino desde la posición que ocupaban, desde el no-espacio, el no-lugar, el no-tiempo, el intramundo, el Allá, para volver al universo real.

Ante ellos apareció una nueva anomalía, una órbita rodeada por esos parpadeantes bucles blanquinegros, pero esa vez la energía del corte parecía fluir hacia el exterior, de la oscuridad hacia el mundo. A través del agujero se veía una gran extensión de césped que atravesaba jardines y llegaba a una enorme mansión en la lejanía. La casa estaba en silencio. Estaban en mitad de la noche.

Atravesaron la anomalía y pisaron el césped. Quin miró hacia atrás y vio que el portal perdía su consistencia y se desplomaba sobre sí mismo, al tiempo que los bordes se unían en un rumor discordante y desaparecían. Se giró y vio a Shinobu observándolo también junto a ella.

Quin se volvió hacia la mansión. No estaba segura de lo que había imaginado, pero no era eso. «¿Qué esperaba?», se preguntó. En realidad su idea era perseguir a algún criminal en su primer encargo, o salvar a alguna mujer a la que estaban pegando y violando, o proteger a un niño en medio de una guerra civil de un país del tercer mundo. Empezar con gestas pequeñas, pero importantes. Suponía que esperaba que la arrojaran al caos y no a esa tranquilidad. Y tal vez esperaba llegar a algún lugar pobre y no a una hacienda preciosa.

Miró una vez más hacia la tranquila casa en la distancia. Tal vez fueran a detener alguna terrible injusticia cuando alcanzaran esa casa grande y pacífica bajo la luz de la luna. Tal vez esa casa ocultara algo horrible.

La mirada de Shinobu se cruzó con la suya. También él parecía inseguro.

Ambos estaban dudando.

—Estamos pensando —susurró—. Y eso hará que fracasemos.

—No lo haremos —susurró él en respuesta—. Hay muchas clases de personas malas, ¿verdad? Temednos, malhechores.

—Temednos, malhechores —repitió Quin, asintiendo para convencerse.

«Nuestro objetivo es loable —se dijo—. No tendré miedo».

Briac y Alistair se dirigían silenciosamente hacia la mansión, con los Dreads siguiendo de cerca sus pasos. Shinobu y ella siguieron a sus padres, corriendo a gatas como tantas otras veces habían hecho en el adiestramiento.

«¡No dudaré!», se dijo Quin descubriéndose con la espada látigo ya en la mano.

## Quin

Quin estaba postrada a gatas junto al fuego, mirando al suelo y conteniendo las arcadas. A su lado, de rodillas, Shinobu intentaba recuperar el aliento.

Volvían a estar en la explanada, pero era imposible calcular cuánto tiempo había pasado. ¿Hacía una hora que habían salido de la hacienda? ¿Un día? ¿Un año? Cualquier cosa parecía posible.

Shinobu se derrumbó y dio de bruces contra el polvo y las hojas secas.

Las ascuas del fuego seguían rojas, así que no podía haber pasado más de una hora. La Joven Dread añadía más madera para reavivar la lumbre.

Quin no podía recuperar el resuello. Se miró el brazo. Vio que tenía sangre desde el codo hasta los dedos, reseca y convertida en una pasta pegajosa, pero no veía ninguna herida. Recordó que la habían herido en las prácticas de combate. Pero había sido en el otro brazo. Esa sangre no era suya.

Shinobu, con la cara aún pegada al suelo, inspiraba largas bocanadas de aire como quien se está ahogando, pero tras una rápida inspección vio que él tampoco parecía herido.

Entonces Quin advirtió un mechón de cabello rubio en la sangre que tenía pegada al brazo. Sintió arcadas de nuevo. Se frotó la piel con unas cuantas hierbas secas para intentar desprenderse de esos pelos. Antes tenía una pistola, pero había desaparecido.

Briac la empujó con el pie y la tiró al suelo.

—Parad —dijo con voz irritada—. Los dos.

Shinobu intentaba calmar su desesperada respiración. Se había quitado el casco. Tenía los rojos cabellos apelmazados sobre la frente y el rostro lívido a pesar de la cálida luz del fuego.

Alistair se encontraba junto a ellos, pero no miraba a Shinobu ni a Quin, sino hacia las brasas.

Briac se volvió hacia los dos Dreads, que se colocaron de nuevo al otro lado de las llamas, en su posición formal. Parecían igual de tranquilos y enteros que antes de que salieran de la hacienda. De hecho, si Quin no los hubiera visto recorrer los terrenos de aquella mansión con sus andares gráciles y conscientes, si no se hubiera percatado de su presencia silenciosa en aquella gran habitación de la casa en la que resonaban los gritos, habría creído que los Dreads no se habían movido de allí. La Joven Dread seguía con el rostro impasible, como si tuviera la cabeza en cualquier

otra parte, muy lejos de los oscuros bosques.

—¿Se han cumplido los mínimos? —les preguntó Briac.

El Gran Dread dio un paso al frente.

—Los mínimos han sido cumplidos. Sus habilidades, tanto físicas como mentales, son suficientes para usar el athame.

Su voz sonaba rara. Ponía un extraño énfasis en cada una de las sílabas, como si no hablara su lengua materna, como si el propio hecho de hablar fuera algo inusual en él.

—Trae el hierro candente.

La Joven Dread se puso unos gruesos guantes de cuero y sacó la larga vara de metal del fuego. El extremo, que había estado entre las brasas todo ese tiempo, tenía la forma de un athame.

Briac levantó a Shinobu para que se arrodillara ante el fuego.

—Shinobu MacBain, te invito a pronunciar tu juramento y comprometerte como Seeker.

Shinobu tenía una expresión al mirar a los ojos de Briac que Quin jamás había visto antes en su perfecto rostro: odio.

Después, Briac se dirigió hacia Quin y la hizo arrodillarse junto a Shinobu.

—Quin Kincaid, te invito a pronunciar tu juramento y comprometerte como Seeker.

Miró fijamente a su padre y observó esos rasgos tan parecidos a los suyos: el pelo y los ojos negros, la piel clara. Pero ellos dos eran completamente diferentes. Sentía el mismo odio que había visto en la mirada de Shinobu. Su padre la había engañado durante todos esos años. La vida con la que soñaba era pura ilusión.

—Pronunciad vuestro juramento —ordenó Briac.

Ninguno de los dos habló. El olor de la sangre pegada al brazo le provocó nuevas arcadas y acabó echando los restos de la cena.

Briac la abofeteó.

—Pronunciad vuestro juramento.

No dijeron palabra.

Briac hizo un gesto afirmativo a los Dreads. El Gran Dread apareció detrás de Shinobu y le puso un cuchillo en la garganta. La Joven Dread fue a por Quin, que sintió la hoja en su cuello. Quin miró de reojo a Alistair, que se había retirado más allá de la explanada y miraba hacia otra parte.

—Pronunciad vuestros juramentos —ordenó Briac de nuevo.

La Joven Dread apretó el cuchillo contra la piel de Quin. Sintió que el filo de la hoja se hundía en su cuello al tragar saliva. «He sido una ingenua —se dijo Quin mientras brotaban lágrimas de sus ojos—, pero he hecho todas esas cosas con mis propias manos». La expresión de su padre decía que estaba dispuesto a matarla si fuera preciso. Tras haber visitado el Allá, la única opción era tomar los votos o morir.

Podía negarse, permitir que ese engendro de catorce años con forma de chica la

matará. ¿Estaba dispuesta a acabar con todo, a no saber nunca más de su madre, a no volver a ver a John?

El cuchillo atravesaba su piel. La sangre manaba de su cuello.

—¡Pronunciad vuestros juramentos!

Estaba adiestrada para obedecer las órdenes de Briac. Comenzó a pronunciar el juramento. En cuanto comenzó Shinobu se unió a ella y lo pronunciaron juntos, como siempre habían imaginado.

Todo cuanto soy  
lo dedico a los sagrados secretos de mi arte,  
de los cuales no hablaré  
a quien no haya tomado los votos.  
Ni el miedo ni el amor ni siquiera la muerte,  
quebrantarán mi lealtad en los caminos ocultos intermedios  
que vienen oscuramente a mi encuentro.  
Escutaré el sendero correcto hasta el fin de los días.

Briac sostuvo en alto el athame de piedra. Quin advirtió que tenía un zorro diminuto grabado en la empuñadura, un detalle delicado en ese momento de barbarie. El emblema de su familia era un carnero, el de la de Shinobu un águila, ¿por qué llevaba grabado entonces un zorro en ese athame? Entonces Briac empujó sus cabezas hacia la hoja roma de la daga de piedra y los obligó a besar su fría superficie.

Quin siempre había sabido que su padre era duro, pero estaba segura de que sus propósitos eran nobles. En ese momento comprendió que no había nobleza alguna en aquello y que tal vez nunca la había habido. Briac no solo era duro, sino simplemente inhumano.

Los Dreads los tenían bien sujetos. Quin notó como las pequeñas y fuertes manos de la Joven Dread tiraban de su brazo izquierdo mientras lo sostenían. Luego Briac pegó el hierro candente a su muñeca izquierda y grabó la marca del athame en su piel. Quin profirió un grito de dolor al sentir el metal caliente. Estaba marcada de por vida como Seeker.

Antes creía que portar ese emblema sería motivo de orgullo, pero había pasado a significar algo completamente diferente.

Estaba condenada.

## John

John emergió de entre los árboles y salió de la penumbra del bosque, encontrándose con el sol del atardecer. El pequeño establo de piedra estaba un poco más arriba, al borde del desfiladero. Allí el murmullo del río se convertía en un grave rugido y a medida que se acercaba al cobertizo veía a lo lejos el agua, que erosionaba la base del barranco en su curso hacia las tierras bajas al este y al sur de la hacienda.

Es posible que ese establo fuera en su día una avanzada del castillo, un puesto de vigilancia. Pero mientras que el castillo había quedado en ruinas, el viejo granero continuaba en pie y su techo de pizarra parecía tan pesado y sólido como las piedras de sus muros.

Tras la conversación de la tarde anterior con Briac, John estaba demasiado enfadado para ver a nadie y quería pasar la noche solo. Había ido a su caserón para recoger sus pocas pertenencias. Briac lo llevaría a la estación de tren esa misma noche y John abandonaría la hacienda hasta que encontrara la forma de regresar a ella.

Esperaba que Quin fuera a verlo esa mañana, tras lo que sospechaba que habría sucedido la noche anterior antes del juramento. Había pasado todo el día imaginando que irrumpía en su caserón indignada con la falta de honradez de su padre, furiosa al saber que, además de eso, también había expulsado a John. Pero Quin no había aparecido. ¿Estaría dispuesta a seguir los pasos de Briac? ¿La habría perdido? Resultaba tan doloroso pensarlo que había dado un puñetazo a la pared para atenuar la sensación de desesperanza.

Al final, no pudo tolerar su ausencia durante más tiempo y fue a buscarla. No estaba en ninguno de los caseríos ni establos de los alrededores de la campiña, así que ese pequeño puesto sobre el desfiladero era su última alternativa.

—¿Quin? —gritó al llegar al cobertizo y ver la puerta abierta.

No hubo respuesta.

Entró en el establo. Los cubiles, que en otro tiempo se habían usado para guardar animales, se pudrían tirados en el suelo. El espacio estaba más iluminado de lo que esperaba. A cada extremo de la estructura, en el techo, había grandes aberturas circulares a modo de ventanas sin cristales. El sol entraba por el oeste arrojando su amarilla luz sobre los travesaños y el dormitorio improvisado del desván.

Allí fue donde la encontró, en ese pequeño espacio con una tarima de madera

empotrada en la pared. En el suelo descansaba una bala de paja nueva que seguramente había subido la propia Quin. Estaba deshecha, esparcida por la tarima como base para una sencilla cama. Vio una lamparilla en el suelo, apagada, con una caja de cerillas al lado. Resultaba obvio que tenía intención de pasar la noche allí a solas.

Quin estaba sentada en la plataforma, abrazándose las rodillas y mirando fijamente un viejo televisor portátil. No volvió la cabeza cuando John trepó hasta la tarima.

Ver a Quin mirando la televisión en ese establo perdido era algo tan raro que por un instante John se quedó sin palabras. Y cuando se decidió a abrir la boca se detuvo, porque algo llamó su atención en las noticias que Quin estaba viendo en el viejo receptor. Se había desatado una lucha de poderes en una importante compañía francesa, una de esas enormes organizaciones que controlaban de todo un poco en prácticamente cualquier parte del mundo, algo parecido al imperio industrial controlado por su propio abuelo. Según la crónica, el jefe de la compañía francesa había desaparecido junto a su familia. Algunas fuentes especulaban sobre ciertos problemas repentinos de salud. Otros temían que hubieran sido víctimas de un crimen violento, pues se habían encontrado restos de sangre en sus dominios. En cualquier caso, tanto él como su esposa e hijos estaban en paradero desconocido, y esa inesperada ausencia dejaba el negocio expuesto a un gran peligro de absorción por parte de otra compañía.

John habría jurado que el nombre del empresario francés le sonaba de algo. Nunca le habían interesado mucho las charlas de negocios de su abuelo. Su infancia siempre estuvo rodeada de ese ruido de fondo que él se esforzaba por ignorar. Su madre consideraba que tales trabajos no estaban a su altura. Pero, aun así, había oído hablar de negocios a su padre durante años. ¿De qué le resultaba familiar ese nombre?

—¿Quin?

Sin mirarlo, su amiga estiró el brazo y apagó el televisor.

John se sentó junto a ella en la tarima. Le echó el pelo hacia atrás, la besó bajo el lóbulo de la oreja y vio que llevaba un vendaje en el cuello. Quin no se inmutó. Simplemente se quedó mirando por la ventana.

—¿Pronunciaste el juramento? —Por un momento John se preguntó si su extraño comportamiento se debía a que había fracasado. Pero Quin, sin decir palabra, le tendió su muñeca izquierda vendada—. ¿Puedo verlo?

Quin lo miró fugazmente y volvió a apartar la vista. Su fina piel blanca estaba más pálida de lo habitual, sin el rubor normal de sus mejillas. Sus bonitos ojos negros parecían carbones sobre la nieve. Se encogió de hombros.

John le remangó el vendaje. Allí, terriblemente hinchada, estaba la forma de la daga, grabada a fuego en su piel.

—Lo hiciste —dijo.

—Sí —confirmó ella, sin mostrar emoción alguna—. Hice todo lo que me pidió.

John esperaba que estuviera enfadada. Pero era peor que eso; estaba conmocionada. Al parecer, la operación que Briac les había encargado había sido especialmente cruel. Se preguntó qué habría hecho él en su situación. ¿Habría sido capaz de seguir adelante? «Haz lo que tengas que hacer», insistía su madre. «Lo haré —se dijo a sí mismo en ese momento—. Aunque sea duro».

—No fue como tú pensabas que sería... —murmuró con ternura.

Se trataba de una afirmación, no de una pregunta.

Quin apartó el brazo y lo pegó a su cuerpo.

—No —admitió.

Entonces Quin escrutó con detenimiento el rostro de John, como si intentara recordar cómo se habían conocido. Alzó una mano y le acarició la mejilla.

—¿Y tú qué? —preguntó al fin—. ¿Qué te dijo Briac cuando os visteis ayer?

—Me ha echado.

—Eso es absurdo. Tiene que terminar el adiestramiento.

Dijo esas palabras automáticamente, pero parecían vacías de significado para ella. Esas frases pertenecían a una obra en la que había actuado años atrás.

—Sí, absurdo. Porque tu padre es un hombre honrado, ¿no? —Se miraron a los ojos y finalmente compartieron la verdad acerca de Briac. Quin se esforzaba sin éxito por no llorar. Se echó a los brazos de John, que la apretó fuertemente contra sí—. Ha pasado toda la vida haciéndote creer una cosa mientras te preparaba para otra —susurró en voz baja—. Ahora ya lo sabes.

Quin temblaba contra su pecho al tiempo que lloraba a lágrima viva.

—¿Quieres decir que sabes lo que hicimos? —susurró mientras lloraba—. ¿Cómo puedes saberlo?

—No sé exactamente lo que pasó anoche —respondió John—. Pero sí sé a qué se dedican los Seekers y qué hace Briac. No hace falta más que ver el estado en que te encuentras.

La separó un poco de sí, lo justo para poder mirarla a los ojos. Pero ella apartaba la vista.

—¿Cómo sabes tú lo que hace realmente un Seeker? —preguntó Quin.

—Mi... madre —contestó a regañadientes.

—Tu madre —susurró—. Nunca hablas de ella. Catherine.

—Sí.

A John le resultaba extraño hablarle de su madre, a sabiendas de que esta jamás habría aprobado su relación con Quin. «Cuando amas, abres tu corazón a una daga». Escuchar el nombre de su madre en boca de Quin le hacía sentirse incómodo; era como si dejara al descubierto sus vergüenzas.

Quin, como si presintiera lo que él pensaba, dijo:

—Mi madre pronunció su nombre varias veces, pero tampoco le gustaba hablar de ella. ¿Tu madre te contó... cosas concretas sobre la actividad de los Seekers?

John tenía un nudo en la garganta. Su madre había hecho mucho más que contarle lo que hacían los Seekers. Se lo había puesto delante de los ojos, involuntariamente.

—Me contó... algunas cosas —respondió esforzándose por mantener el tono de voz—. ¿Quieres explicarme lo que hicisteis anoche?

—No —repuso ella de inmediato. Luego, con más tranquilidad, añadió—: No quiero hablar nunca más de eso. —Se limpió la mejilla bruscamente con la palma de la mano—. ¿Siempre fue así? ¿Durante todos estos cientos y miles de años?

—No lo sé, pero así es como actúa Briac. Tu padre tendría que habértelo advertido.

—¿Por qué? —preguntó con voz entrecortada.

—¿Por qué tendría que habértelo advertido?

—No, ¿por qué estás aquí si lo sabías, John? ¿Por qué te quedaste aquí?

—Yo, yo no quiero hacer... lo que fuera que os pidiera hacer —dijo entre titubeos—. Pero es un derecho que me pertenece por nacimiento, Quin. Igual que te pertenece a ti. Tengo que tomar los votos. Tengo que convertirme en Seeker y conseguir un athame. Las cosas tienen que volver a su cauce...

—¿Conseguir un athame? —lo interrumpió, demudando el rostro casi con pena—. ¿Acaso crees que mi padre querrá prestarte el suyo? ¿Acaso crees que le quitará los ojos de encima?

—Quin, hay dos athames en estas tierras. Y uno de ellos no debería estar aquí. ¿También ha estado ocultándote esta información? Uno es de la familia de Alistair, pero el otro...

—No importa, no importa —dijo, sin dejarle acabar ni escucharlo realmente—, porque me voy. Por la mañana me iré.

Hablaba en voz baja, pero con pasión, más para sí que para John, como si hablar del athame lo eclipsara todo salvo sus ganas de marcharse.

—Quiero que te marches de aquí, pero conmigo —dijo él—. Quiero que huyamos juntos. Pero... todavía no. —Le puso una mano debajo de la barbilla para que lo mirara—. Quin, tienes que quedarte y dejar a tu padre que te enseñe el resto. Todo lo que hay que saber del athame. Para que podamos comprenderlo.

Quin soltó una extraña risa sofocada.

—No pienso usarlo nunca jamás.

—Lo usarás —dijo él con ternura—. Hemos nacido para eso.

—No —repuso ella, apartando los ojos de él a su pesar—. No pienso volver a hacer nada que tenga que ver con eso.

John vaciló. Estaba a punto de pedirle algo que a él mismo le costaría horrores hacer. Pero había cosas más importantes en juego.

—Quin, por favor, escúchame... ¿No puedes... evitar la peor parte y seguir aprendiendo a usar el athame?

—¿Evitar la peor parte? —repitió ella alzando la voz—. ¡Con Briac es imposible hacer eso!

—Pero si te quedas, si aprendes un poco más..., tengo un plan.

A Quin le costaba mucho concentrarse en él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Sabías que ahora, después de tomar los votos, están obligados a contártelo todo?

—¿A contarme qué?

—Todo lo que saben, todo lo que les hayan enseñado. Una vez que pronuncias el juramento solo tienes que preguntar.

—¿En serio?

Había un ápice de interés en su voz.

—Mi madre me lo explicó.

De hecho, fue una de las últimas cosas que le dijo, mientras su sangre se derramaba por el suelo como si la herida no importara y él hacía todo lo posible por hacerla callar. «Tiene que contarte todo lo que quieras saber —dijo—. Pero antes tienes que pronunciar tu juramento».

—Ayer habría encontrado eso fascinante —murmuró bajando la vista hasta la paja sobre la que estaba sentada—. Pero hoy... no quiero saber nada más. Y, John..., tú tampoco quieres saberlo. Créeme.

John volvía a sentirse desesperado.

—¡Todavía nos quedan muchas cosas que saber! —respondió con vehemencia, elevando la voz a pesar de sus esfuerzos. Le sacó la espada látigo del cinto y la sostuvo entre ambos—. ¿Ves tu espada látigo? Alistair dice que todas las espadas látigo del mundo fueron creadas hace mil años. ¿Cómo? Ninguna fábrica de armas moderna podría construir una hoy en día. Lo sé, mi abuelo es propietario de una de ellas.

Quin cogió la espada látigo y volvió a meterla en la funda.

—Sabemos cosas que nadie más sabe —dijo sin verdadero interés.

—Pero ¿cómo hemos llegado a saberlas? ¿Y cuántos de nosotros las saben?

—¿A qué te refieres? —le preguntó Quin—. Ya no quedan más Seekers.

Eso es lo que Briac y Alistair les habían contado muchas veces. Ellos eran los últimos Seekers y la mayor parte de sus conocimientos y su historia se habían perdido. John estaba convencido de que esa era la explicación que convenía a Briac para evitar las preguntas difíciles de los aprendices. Y, como Quin siempre había admirado a su padre, nunca lo puso en duda.

—Entonces ¿por qué nos preocupan tanto los perturbadores? —preguntó John.

Quin seguía con la mirada perdida.

—Porque los perturbadores son las armas más peligrosas que tienen los Seekers y fueron creadas para inspirar terror.

Simplemente repetía como un loro las palabras de Briac.

—Acabas de decir que no hay más Seekers —hizo notar John gentilmente—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a alguien que tenga un perturbador si somos los únicos

Seekers que quedan?

—Algún intruso podría apoderarse de uno —respondió Quin lentamente, como si fuera la primera vez que se lo planteaba.

—Es posible —concedió él—. Pero no es la explicación más lógica, ¿verdad?

Los ojos de Quin volvieron a concentrarse en él poco a poco.

—¿Tú crees que habrá más como nosotros? ¿Otros Seekers?

—¡Tiene que haber más, Quin! Y yo no soy el primero que hace estas preguntas. Había un... —Se interrumpió. Quería contárselo, pero no podía atreverse a mencionar el libro. Eso era un secreto entre su madre y él. Tomó las manos de Quin entre las suyas—. Hay una historia. Te preguntas si siempre ha sido todo así. ¿Por qué no nos ha contado Briac nuestra historia?

—No la sabemos. Muchos conocimientos se han perdido.

—¿Es eso cierto? Ahora puedes preguntárselo. Tienes que quedarte aquí y aprender lo que puedas. Dentro de unos meses ya no necesitarás a Briac. Podrás abandonar esta hacienda y enseñármelo. Ahora eres una Seeker. Tienes tanto derecho a nombrarme Seeker como cualquier otro. Estaremos juntos. Dentro de unos meses volveremos a estar juntos.

Quin lo escuchaba, pensativa. Entrelazó sus dedos con los de John.

—¿Qué haríamos entonces? —preguntó—. Cuando te haya enseñado y pronuncies tu juramento.

—Nos quedaríamos con uno de los athames. Y podríamos... Decidiríamos qué queremos hacer. Juntos.

—¿Como qué?

—Podríamos... decidir qué procedimiento seguir —respondió John, intentando escoger las palabras adecuadas, las palabras que pudieran convencerla. Al final, se lo contaría todo, ella lo entendería y lo ayudaría—. Yo tengo...

—Tú lo tienes todo. ¿Acaso no es tu abuelo uno de los hombres más ricos de Inglaterra? ¿Para qué quieres el athame? ¿Para qué quieres que me quede aquí y que haga todo lo que Briac me pida?

—No lo tengo todo, Quin —replicó John con frustración—. Mi familia... la familia de mi madre, hace tiempo que no lo tenemos todo. Y mi abuelo... La situación es... complicada.

Esa palabra no bastaba para definir la relación con su abuelo, pero no se le ocurría nada mejor por el momento.

—¿Me contarás qué le pasó a tu madre, John?

Ya se lo había preguntado antes, cuando eran mucho más pequeños, y él se había negado a explicárselo. Pero Quin presentía que la respuesta era muy importante y que estaba relacionada con el hecho de hacerse Seeker y con las vidas de ambos.

John se esforzó por respirar lentamente, con calma.

—La mataron —repuso—. Antes de que yo llegara a conocerla realmente. La mataron ante mis propios ojos. O casi.

—Oh. —A Quin se le demudó la cara—. Lo siento, John. Lo siento mucho.

Volvió a rodearlo con sus brazos y él la apretó contra sí, sintiendo su calidez. Estaba evitando darle detalles de la muerte de su madre. Los detalles eran esenciales en ese caso, pero no estaba preparado para contarlos todavía.

—Cuando apartan de tu lado a alguien a quien quieres te das cuenta de lo que es importante —susurró—. No quieres que haya nadie con el poder de decidir quién vive y quién muere. Así no se puede estar seguro.

—No —aceptó ella apretándose contra su mejilla—. Así no se puede estar seguro.

—¿Y si fuéramos nosotros quienes decidiéramos, Quin? —susurró—. Lo haríamos mejor. Tomaríamos las decisiones correctas. Decisiones buenas. Al final podríamos... podríamos tomar el tipo de decisiones que los Seekers debieron haber tomado siempre. Haríamos que las cosas volvieran a su lugar.

Quin lo besó tiernamente en la mejilla. Luego se retiró y lo miró a los ojos.

—¿Tomaríamos las decisiones correctas, John? No estoy tan segura.

—Pues claro que lo haríamos. No somos como Briac.

—Pero lo que dices es... es lo mismo que diría Briac, ¿no te das cuenta?

—No es lo que diría Briac...

—Si me quedo, si te enseño —dijo interrumpiéndolo—, seremos iguales que él, aunque empecemos con buenas intenciones. John —añadió con voz desconsolada—, yo creo que ya soy como él. Lo noto, y ahora ya es demasiado tarde.

—Quin...

Quin apartó la vista y miró por la ventana, hacia el río. Parecía asaltarla una nueva idea y se volvió hacia él con un tono cada vez más apremiante.

—Podríamos estar juntos..., si nos marchamos ahora mismo. Me desprendería de mi espada látigo, de todo. Olvidaríamos lo que hemos aprendido aquí. Podríamos bajar por el río y marcharnos. Ahora mismo. ¿No sería eso lo mejor?

Se miraron fijamente durante un buen rato. John se imaginó aceptando. Podía vivir con Quin. Sus vidas serían sencillas, y seguramente felices. Pero había dado su palabra hacía tiempo de cumplir su promesa.

—Quin..., necesito esto..., lo que tenemos aquí en la hacienda. No puedo abandonarlo. Aunque Briac me eche encontraré la forma de volver.

Sus palabras quedaron en el aire hasta que Quin susurró:

—¿Aunque yo no pueda formar parte?

Obligarse a asentir fue una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida.

—Sí —respondió—. Aunque no puedas formar parte. Yo sí formo parte. Lo siento.

Quin se quedó en silencio, hasta que al fin dijo:

—Cuando me vaya mañana, nunca regresaré.

No había esperanza alguna en su voz y John se percató de que no podría convencerla, esa vez no. Encontraría otra forma de conseguir lo que buscaba y esperaba que para entonces ella estuviera lejos y a salvo. Tal vez fuera mejor así.

Repasó frenéticamente todas las posibilidades en su cabeza.

Sentía un cosquilleo en el estómago, un presagio de los peligros que correría. Veía ante sí las implicaciones de unas acciones que cambiarían su vida para siempre.

Se levantó y fue hasta la ventana del establo. Puso las manos en el alféizar para no perder el equilibrio. Un momento después, Quin se levantó de la cama y lo abrazó. Sentir su calor era un alivio.

Se volvió y sus labios se encontraron y ambos se fundieron en un melancólico abrazo mientras el sol se ocultaba.

«¿Será esta la última vez que la bese?», se preguntó.

## John

La nave pendía sobre Londres a cincuenta pisos de altura, flotando con sus silenciosos motores entre los altos edificios del distrito financiero. Su forma era un cruce entre zepelín y transatlántico. Era enorme y su resplandeciente cubierta metálica cegaba desde el exterior por momentos, sobre todo al mediodía. Era conocida con el nombre de *Traveler*.

A bordo de ella, John recorrió uno de los pasillos superiores y llamó a la puerta del despacho de su abuelo. Intentaba evitar su encuentro con Gavin Hart desde que había regresado a la nave la noche anterior. John nunca sabía qué cabía esperar de su abuelo al regresar después de un tiempo.

Gavin abrió personalmente la puerta e hizo entrar a John, no sin antes mirar a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie los hubiera visto.

—John, me alegro de verte.

Cerró la puerta y volvió a mirar rápidamente atrás, como si pudiera haber alguien emboscado en la habitación, justo a su espalda. Después le puso las manos sobre los hombros y apretó, lo cual para el viejo significaba dar un abrazo. El esfuerzo pareció agotarlo. Se puso a toser y a carraspear para intentar aclararse la garganta.

—Me alegro de verte, abuelo. ¿Estás enfadado conmigo?

—Siéntate, siéntate —dijo en voz baja el viejo, esforzándose por dejar de toser.

Le acercó una silla a su escritorio antiguo y luego se dejó caer sobre la suya, en el lado opuesto. Detrás de Gavin había unos grandes ventanales a través de los cuales John veía los rascacielos de Londres deslizándose. Los edificios más altos eran como espigas de trigo metálicas que se mecían suavemente a merced de las corrientes de aire.

«Dejaremos que piense que el *Traveler* es suyo, John, pero fue construido para ti». Eso le había dicho su madre cuando era un crío. Lo había puesto encima de un taburete alto para que sus idénticos ojos azules estuvieran a la misma altura. «Los Seekers no pueden abordar el *Traveler* por medio del athame. Te he proporcionado una casa que es justamente lo que necesitas para mantenerte a salvo. Y también una familia con un nombre, que supone otro tipo de protección».

Gavin tenía ochenta y cuatro años. Tenía el pelo corto y cano. Llevaba un traje hecho a medida, como siempre, pero se había aflojado el nudo de la corbata y su chaqueta estaba arrugada, como si hubiera dormido con la ropa puesta. Se le veía

nervioso y no paraba de darse tirones de las solapas entre sus ataques de tos. John advirtió la suciedad de sus manos, algo insólito en él.

—Pues claro que no estoy enfadado contigo, John. Pero las cosas van mal.

—¿Le pediste a Briac que me trajera?

Gavin pareció sorprendido. Sostenía en las manos una cara pluma a la que le ponía y quitaba el capuchón con nerviosismo.

—Yo... no. Obviamente, siempre he querido que vuelvas. Solo nos tenemos el uno al otro, ¿verdad? Pero no, Briac Kincaid dejó claro que tenías que volver aquí. Ya, ya, ya. Para siempre, para siempre, para siempre.

A esto le siguió una risita que enseguida se transformó en otro ataque de tos.

Gavin no se concentraba en lo que decía y tosía demasiado. Siempre había sido proclive a los tics y a extraños manierismos físicos, algo cuyo origen John adivinaba. Pero ese día se le veía peor de lo habitual y le entró un ataque de pánico. ¿Habría empeorado la salud del viejo?

—Y ellos lo saben —dijo su abuelo inclinándose sobre la mesa y hablando casi en un susurro, como si temiera que alguien pudiera escucharlos.

—¿Qué quieres decir con «ellos»? —preguntó John.

—Mi sobrino Edward y su hijo —explicó. Volvió a toser, un ruido cavernoso muy desagradable—. Saben que has tenido que regresar y que no lo has conseguido.

—¿Cómo podían saber ellos lo que hacía en la hacienda? —preguntó John alzando la voz sin poder remediarlo—. Ni siquiera tú lo sabes, abuelo.

—Bueno, yo... Eso no lo sé, es verdad. Tu madre y tú nunca me contasteis mucho. Pero sé que estás siguiendo sus pasos, y yo... he tenido que explicárselo a Edward.

Gavin estaba poniéndose rojo y John se dio cuenta de que aguantaba la respiración haciendo grandes esfuerzos por no toser. Volvió a mirar atrás, como si en los dos últimos minutos transcurridos hubiera podido colarse alguien en la habitación sin que nadie lo hubiera visto.

—¿Has tenido que explicárselo a Edward? —dijo John preguntándose si esa conversación trataba sobre algo real o simplemente formaba parte de las paranoias de Gavin, que ya eran bastante fuertes en el pasado y parecían alcanzar nuevas cotas—. ¿Por qué tenías que contárselo a tu sobrino?

—Está desafiando el organigrama de la familia, John. ¿No te he contado eso? Porque, como bien sabes, tu padre y tu madre nunca se casaron.

Gavin había nombrado heredero a John cuando este nació. En aquella época su familia poseía un nombre prestigioso con una larga historia en Inglaterra, pero no mucho dinero, así que a nadie le importó que el título de heredero recayera en un hijo ilegítimo. Pero después de que Catherine, la madre de John, hubiera ayudado a Gavin a amasar una gran fortuna, y entre los dos hubieran construido el *Traveler*, que dominaba los cielos de Londres, las cosas habían cambiado y algunos miembros de la familia habían empezado a discutir sus decisiones, especialmente su elección del

heredero.

De hecho, Gavin había mencionado esa lucha varias veces a John, pero este estaba tan inmerso en su adiestramiento en la hacienda, tan seguro de que conseguiría convertirse en Seeker, que había ignorado los detalles.

—Pero los has llevado a juicio, ¿no? —preguntó John, intentando mostrar paciencia con un tema que le resultaba cansino—. ¿No dijiste eso hace unos años?

—Sí, sí, sí. Los he llevado a juicio. Siempre luchando. Pero me temo que, finalmente, pueda estar perdiendo la batalla.

Le costó trabajo pronunciar esas palabras y le sobrevino un violento ataque de tos seca. John se levantó de un salto, pasó al otro lado del escritorio para darle un golpe en la espalda y apretó el botón para llamar a una asistenta.

Una vez que estaba más cerca se percató de que las pupilas de su abuelo estaban más dilatadas de lo debido. John, repentinamente preocupado, perdió el hilo de sus pensamientos. ¿Y si fuera cierto que las cosas iban tan mal?

Entró una asistenta con una bandeja con té. Era Maggie, una mujer que siempre había aparentado setenta años, pero que debía de rondar ya los noventa. Había cuidado de John desde que era un bebé, tal vez antes, desde su nacimiento. John se tranquilizó al verla servir el té para Gavin con sus elegantes modales de otra época. En caso de que su abuelo se estuviera muriendo, ella se lo habría contado.

Gavin cogió el té con gratitud y sorbió de él mientras se levantaba y se dirigía hacia el ventanal. Seguía tosiendo, pero a medida que sorbía la bebida caliente y seguía con la mirada los edificios del exterior sus espasmos se apaciguaron.

Maggie jugueteaba con la tetera detrás de John, que permanecía de pie junto a la silla de su abuelo. Este le dirigió una mirada y dijo sin pronunciar las palabras una voz alta:

—¿Qué le pasa?

Ella se acercó a su oído y habló tan bajo que John apenas distinguió lo que dijo. Pero llevaban años comunicándose de esa forma, así que estaba bastante acostumbrado a sus murmullos.

—La dosis es cada vez menos efectiva —dijo con su tono bajo de costumbre—. Cada vez le pongo más. Yo creo que acabará recuperándose, pero por ahora se le va la cabeza. Puede que esté un poco loco. Ten cuidado con lo que dices.

John asintió, con los ojos clavados en su abuelo.

Maggie salió de la habitación al tiempo que Gavin se daba la vuelta. Caminó lentamente hacia su escritorio y se sentó, todavía bebiendo el té. John volvió a la silla que ocupaba frente a él.

—¿Estás mejor, abuelo?

Gavin asintió y luego se aclaró la garganta con cuidado. Tras un momento, volvió la cabeza de nuevo y luego miró a su nieto.

—En caso de que nuestras empresas estén en peligro, mi sobrino tendría ciertos derechos respecto a las decisiones que se toman —dijo en voz baja, como si

estuvieran conspirando—. Así es como la ley gobierna a familias como esta. Y me temo que nuestras empresas están, de hecho, en peligro. Le he dicho a Edward que tengo toda, toda, toda la fe en que eres el mejor heredero que puede salir de nuestra familia. Que pondrás las cosas otra vez en su sitio. Lo harás. En el lugar que les corresponde. Y le he dicho que estabas recibiendo una educación privada en Escocia.

—Suenan razonable. ¿Cómo puede quejarse de eso?

—Lo que pasa es que... hemos sufrido algunos contratiempos el último año. Contratiempos económicos de grandes dimensiones. Y eso hace que el tiempo vaya en nuestra contra. Un contratiempo que pone el tiempo en nuestra contra.

Sonrió para sí, como si fuera un extraordinario juego de palabras.

—Eres un hombre de negocios malísimo, abuelo.

John no lo dijo con crueldad. Simplemente constataba un hecho. Su madre y él lo sabían desde hacía años. Gavin no era un hombre de negocios, pero quería a John y eso a ella le parecía más importante que cualquier otra cosa. Catherine siempre había pensado que ella y el athame, que le facilitaba el acceso a cualquier persona y prácticamente a cualquier sitio, podrían reparar los errores del abuelo. Y tal vez habría podido hacerlo, de haber permanecido con vida.

—¿«Un hombre de negocios malísimo»? —preguntó su abuelo, ofendido—. ¿Te parece justo decir que soy «malísimo», John? Puede que no sea tan bueno como todos creían. Se suponía que tu padre se encargaría de cuidar de los negocios. Con la ayuda de tu madre.

Ese era el plan, según tenía entendido John. Unir en matrimonio el nombre de su padre, su prestigio familiar y las habilidades de su madre, para crear una alianza imbatible de poder y riqueza. John nunca entendió por qué eran tan importantes la posición y el dinero, pero su madre había insistido en que lo eran, que servían para protegerlo, igual que el *Traveler*.

Gavin se había quedado triste y pensativo, como siempre que se mencionaba a los difuntos padres de John. Él no había llegado a conocer a su padre, Archie, ya que murió antes de que naciera, pero Gavin siempre le decía que se parecían mucho. Y el abuelo parecía echar de menos también a Catherine, como si la considerara su propia hija.

—Tienen que ver algo que salga bien, John. Esperaba ansiosamente a que acabaras... en la hacienda. Para que me ayudaras, como hacía tu madre. Esperaba que pudiéramos planear algo. Restaurar nuestra fortuna.

Gavin siempre se había mostrado reacio a que John se educara con Briac. Intentó mantenerle lejos de la hacienda y seguro en el *Traveler*. Pero cuando la fortuna empezó a desvanecerse, accedió a regañadientes a que se marchara, a que siguiera los pasos de su madre.

Gavin se había interrumpido para aflojarse más la corbata, como si se ahogara, aunque luego continuó:

—John, cuando Briac llamó hace dos semanas para decirme que tenías que irte...

—¿Hace dos semanas? Abuelo, Briac me dijo que había fracasado hace solo dos noches. ¿No lo ves? Nunca tuvo la intención de cumplir su obligación conmigo, con nosotros. No pensaba permitir que tuviera éxito. Tenía planeado mi fracaso de antemano.

—Por favor, John, deja que termine. —Gavin tamborileó con los dedos sobre el escritorio y frunció los labios, al parecer intentando elegir las mejores palabras de una lista de opciones igualmente desagradables—. Si no puedo aumentar nuestra fortuna, y rápido, tú no serás mi heredero y yo no estaré al cargo. Me quitarán el *Traveler*, se lo llevarán todo. Así que hice una cosa que sé que no te gustará, algo que dije que nunca... —Se detuvo y luego se apresuró a seguir—: Tenemos un competidor francés, un grupo de empresas grande, y yo...

Llamaron suavemente y la puerta del despacho se abrió. Un joven entró, cruzó la habitación y se puso a hablar a Gavin al oído. John se sobresaltó al darse cuenta de que había visto antes a ese hombre. De hecho, tan solo unos días antes. Había llegado a la hacienda en un aeromóvil y estuvo hablando con Briac en privado.

John recordó inmediatamente a Quin sentada en el desván del establo, viendo las noticias sobre ese empresario francés y su familia, que habían desaparecido, o más bien muerto. Comprendió enseguida lo que su abuelo había hecho. La rabia ascendía por sus entrañas desgarrándolo por dentro en su esfuerzo por permanecer en silencio hasta que el hombre saliera de la habitación.

Cuando lo hizo, John se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio, mirando fijamente a Gavin. Notaba como su cara enrojecía hasta arderle. Gavin parecía avergonzado y se encogió en su asiento, evitando la mirada de su nieto.

—Abuelo, tú... ¿hiciste que Briac atacara a esa familia francesa? Después de que Briac te contara lo mío, ¿tú vas y lo contratas? ¿Le pagaste para que hiciera lo que él hace? ¿Para que se librara de ellos?

—Estaba desesperado, John. No podía contar contigo ni con tu madre para que lo hicierais por mí. ¡Estamos acorralados! Ahora podremos adquirir fácilmente esas empresas. Nuestra fortuna...

—¡No me importa el dinero! —gritó John golpeando la mesa con los puños—. ¡No me importan los negocios! Catherine te advirtió de que nunca usaras a otros. Especialmente a Briac. Briac es... ¿No lo entiendes? Esto le da más razones para no querer adiestrarme, para impedir que lo consiga. ¿Para qué hacerlo cuando tú acudes a él? Estás dejando que controle nuestras vidas otra vez...

—A mí sí me importa el dinero, John —repuso Gavin levantándose. No elevaba el volumen para no volver a toser, pero su voz tenía la intensidad de un grito. John se dio cuenta de que por primera vez su abuelo se mostraba fuerte en la conversación, pero también parecía un perturbado. Gavin le dio otro sorbo al té y agarró el asa con tanta fuerza que la taza tembló—. A mí sí me importa el dinero. Eso fue lo que prometí cuando elegí a tu madre para mi hijo. Cuando Catherine murió creí que podría hacer que todo funcionara. No puedo. No lo he conseguido. ¡Lo siento! —

Bebió un poco más de té, pero le dio un acceso de tos y derramó el líquido sobre el escritorio. Miró a John con los ojos desorbitados mientras limpiaba el escritorio frenéticamente con la manga de la camisa—. ¡No conseguirán echarme! La nave, el dinero, este es mi legado, John. Mío y tuyo. ¡Pero si te peleas conmigo, si me desprecias, no me responsabilizo de mis actos!

Con los ojos abiertos como platos y el té derramándosele por la barbilla, parecía completamente ido.

John no podía verlo así. Bajó la vista y sus ojos repararon en el armario que había detrás del escritorio de su abuelo. Las puertas estaban abiertas y dentro se veían varias cajas abiertas y pilas desordenadas de ropa y objetos mecánicos. Parecían completamente fuera de lugar en el despacho de Gavin, que siempre tenía una apariencia profesional y estaba pulcramente ordenado.

John, atraído por la curiosidad, miró los objetos que se entreveían por las puertas. Había una caja de herramientas en el estante de abajo, de esas que usaban los mecánicos para reparar los coches de antes, con llaves manchadas de aceite y un pequeño soldador. Incluso había piezas de coche reales —un cambio de marchas clásico, un cacharro grasiento del interior de un motor de gasolina—. Junto a esto había pilas de camisetas y chaquetas que parecían pertenecer a un adolescente.

John lo comprendió entonces. Eran las cosas de Archie. Pertenecían a su padre, el hijo de Gavin. A Archie le gustaban los coches. Era una de las pocas cosas que su abuelo le había contado de él. Años atrás su abuelo le había hablado de esa afición con orgullo y él estaba contento por saber algo de Archie, pero en realidad reparar coches viejos era algo tan ajeno a su propia vida que lo había puesto triste, como si su padre y él no tuvieran nada que ver.

Gavin había empaquetado y guardado las cosas de su hijo hacía años, diciendo que de lo contrario no habría podido seguir adelante tras el inmenso dolor que le causó la muerte de Archie. Y, sin embargo, ahí estaba, revolcándose en el recuerdo de su hijo, muerto tanto tiempo atrás.

Al fijarse mejor, John advirtió manchas de grasa en el traje de Gavin y restos de aceite en las uñas y las manos. Había estado hurgando entre las cosas de Archie, quién sabe si no se habría pasado horas sentado allí solo con esos objetos, perdido en el pasado. Era algo tan impropio de Gavin que John se preguntaba si no se le habría ido la cabeza demasiado.

A John no le importaba la fortuna familiar. Pero en realidad necesitaba los recursos y hombres de su abuelo para conseguir el athame. A pesar de que el estado de Gavin no le permitía tener una conversación racional ni ser responsable de ningún negocio, su abuelo seguía estando al mando.

«Cuando recupere el athame, podré apartarme de todo esto, ¿no?», se preguntaba John. Pero... «Los Seekers no pueden usar el athame para subir al *Traveler*», había dicho su madre. La nave era valiosa. El *Traveler* todavía podía protegerlo. Y su madre lo había construido a base de mucho esfuerzo. La idea de que otros se

apoderasen de él lo ponía furioso.

Se inclinó sobre la mesa y le limpió el té de la barbilla con cuidado. El viejo seguía de pie, pero se había quedado mirando el escritorio. Pasó una mano por encima como si no comprendiera cómo podía estar mojado. A John le dio pena. Tal vez Gavin acabara recuperándose pronto, como había dicho Maggie, pero aunque no lo hiciera, aunque se volviera loco para siempre, John no se veía capaz de abandonarlo, sabiendo que la culpable de su locura era Catherine.

John, exhausto, volvió a sentarse.

—¿Quieres restaurar tu fortuna? —preguntó al fin—. Dame unas semanas y recuperaré todo lo que robaron a mi madre. Y procuraré ayudarte.

Gavin pareció volver en sí. Se agachó hasta sentarse, mirando fijamente a su nieto. Y luego dijo:

—¿Unas semanas?

—Unas semanas, abuelo. Tengo que planearlo y conseguir a los hombres adecuados. Tendrás que proporcionarme hombres.

—John, están vigilando todos mis movimientos, esperando para saltarme a la yugular. Y demostrar que soy, que soy... un incompetente. No sé si podré proporcionarte...

—¡Abuelo! No puedes darte por vencido. Sigues estando al mando. Si consigo lo que busco podrás olvidarte del resto de la familia. No importarán. Podremos hacer lo que queramos.

—Sí, sí, de acuerdo. Veré lo que puedo hacer —dijo mirando de nuevo por la habitación en busca de espías ocultos. El viejo vio que las puertas del armario estaban abiertas y que se veían las cosas de Archie. Se giró para cerrarlas, mirando a John de reojo con cara de sentirse culpable, y se volvió de nuevo—. No grites, John —murmuró—. Por favor. Hace que me dé vueltas la cabeza.

John se relajó al ver a su abuelo sentado al escritorio con los hombros caídos.

—Todo irá bien, abuelo —le dijo con ternura—. Yo arreglaré las cosas.

John salió del despacho de Gavin hacia la proa del *Traveler* y subió por la escalera. Su apartamento, en la última planta de la nave, lo recibió con unas sobrecogedoras vistas de Londres. Por entonces era muy pequeño, pero todavía recordaba la época en que construyeron el *Traveler*, cuando Catherine y el athame que le pertenecía por derecho propio ayudaron a Gavin a crear el imperio familiar.

John cruzó la habitación principal. Regresaba cada año de la hacienda para visitar a su abuelo cuando llegaban las vacaciones, pero su residencia había permanecido prácticamente intacta mientras duró su entrenamiento en Escocia. Todo estaba tal como lo había dejado. Desde la cocina, que dominaba la trayectoria del *Traveler*, se veía el Támesis. Distinguió a lo lejos la punta del edificio donde vio por última vez a su madre. Permaneció un rato mirándolo, pensando en el apartamento secreto que

había descubierto y en el que se coló aquella noche, sin saber las consecuencias que acarrearía ese inocente acto de desobediencia. Observó como el edificio pasaba por debajo de él hasta que la nave hizo un ocho y comenzó a volver por donde venía.

John se apartó de la ventana y se dirigió hacia la última habitación, su dormitorio. Separó una parte del laminado de madera de la pared y apareció su armario, al fondo del cual había una amplia caja fuerte empotrada en el casco de la nave. Estaba seguro de que los sirvientes, los trabajadores, e incluso el propio Gavin habían mirado esa caja fuerte en algún momento y se habían preguntado qué guardaba en su interior. Su abuelo decía que no sentía curiosidad por los métodos de Catherine, que no tenía interés en conocer sus secretos, pero John apostaba a que el viejo había contratado a expertos cerrajeros para intentar abrirla y descubrir qué había dentro con la esperanza de encontrar un talismán mágico que devolviera las cosas al punto en que estaban cuando ella vivía. Su madre, sin embargo, había diseñado esa caja fuerte junto al propio arquitecto del *Traveler* y habrían tenido que destrozarse la nave para poder abrirla.

John introdujo una combinación y puso los ojos ante el escáner. Las gruesas puertas de metal se abrieron. Solo había un objeto dentro, la última cosa que conservaba de su madre. Descansando entre las paredes acolchadas de la caja fuerte había un perturbador.

John sintió una fuerte repulsión al ver el arma, pero la cogió de todos modos y la sacó con esfuerzo. La estructura de metal iridiscente, prácticamente maciza y con el añadido de su grueso arnés de cuero, pesaba tanto como parecía. Se lo llevó a la cama y lo puso sobre su regazo. Tocar el perturbador le ponía de los nervios y le revolvía un poco el estómago, pero a pesar de ello se obligó a revisar todas sus partes. Vida o muerte, cordura o locura, reposaban en sus manos.

«Haz todo lo que tengas que hacer», había dicho su madre. Briac siempre estuvo en su contra, Quin no pensaba ayudarlo por el momento y Gavin apenas mantenía la cordura. Solo él podía mantener su promesa. Seguramente tendría que hacer cosas desagradables, pero haría lo que fuera necesario, de la mejor forma que pudiera.

¿Qué pensaría Quin si pudiera verlo? Quin. Se la imaginó sentada a su lado y fantaseó con que se inclinaba para besarla.

«Habrá muchas cosas que intentarán alejarte del camino. El odio es una de ellas, y el amor, otra».

Se obligó a concentrarse. El perturbador había sido creado para inspirar terror. Si cumplía con su cometido no tendría que llegar a usarlo. Y Quin se encontraría ya lejos de la hacienda, como ella misma le había dicho.

## Maud

Era alrededor de medianoche, la luna todavía no había salido y estaba sola en la casi completa oscuridad del bosque. Se desplazaba con paso sigiloso, tal como había aprendido de pequeña. Ya no sabía caminar de otro modo. La habían alargado tantas veces que su cuerpo solo podía transportarla tal y como ella percibía el fluir del tiempo: suave, continuo, rítmico.

Los niños de la hacienda la llamaban la Joven Dread. Ese, por supuesto, no era su nombre. Tenía un nombre real, aunque ya nadie lo usaba. Pero ella podía recordarlo si quería.

Consideraba niños a los tres aprendices —dos de ellos ya habían sido nombrados Seekers—, aunque en ciertos aspectos eran mayores que ella, lo cual era un misterio difícil de resolver.

«Maud». Su nombre afloró a su memoria. Afloró a su conciencia como un tesoro que emerge del fondo del océano. «Me llamo Maud».

Oía que llamaban a su compañero el Gran Dread, aunque de hecho era el Dread Mediano y su querido maestro, el Viejo Dread. Esos jóvenes Seekers no conocían todavía todo lo que necesitaban saber acerca de los Dreads.

Llevaba sobre los hombros un ciervo que había abatido con una flecha. Cada vez pesaba más, pero el peso poco importaba. Hacía lo que tuviera que hacer, sin pensar en las molestias.

El ojo normal no habría tenido suficiente luz para orientarse en el bosque. Pero a la Joven Dread le bastaba con el mínimo brillo de una estrella. Tal vez se debiera también a esos continuos estiramientos, o quizá fueran las enseñanzas del viejo maestro, pero sus ojos se adaptaban al rango de luz que precisaran. Era posible que hubieran aprendido a tomarse el tiempo necesario para recoger la luz del entorno hasta tener la suficiente para llevar a cabo el trabajo encomendado.

Oyó un ruido a lo lejos. Se detuvo a medio paso para escuchar, con el pie levitando a centímetros del suelo. Oía el lejano canto del río, las aves nocturnas que cazaban entre los árboles, incluso los insectos que se desplazaban por el suelo a sus pies. Pero ese ruido sonaba diferente. Provenía del sur, la parte más salvaje de la hacienda. Prestó atención y lo oyó de nuevo. Sonaba a problemas.

Aceleró sus movimientos y cambió de posición instantáneamente. Soltó el ciervo que llevaba sobre los hombros de inmediato y, antes de que tocara el suelo boscoso,

ya corría a toda velocidad entre los árboles, hacia el sur de la hacienda, en dirección al olmo gigante que había al borde de la explanada. Su cuerpo se movía con tal rapidez que apenas notaba el contacto con el suelo. Llegó al olmo enseguida y saltó a sus ramas más bajas. Escaló el tronco hasta la copa como si fuera un jaguar y se quedó allí escondida entre las hojas, mirando hacia el sur, de donde procedía el ruido.

Se veían caballos, seis concretamente, con sus jinetes a lomos. Repasó toda la hacienda desde su punto estratégico. Nadie podía ver aún a esos hombres montados a caballo. Habían elegido el camino perfecto para entrar en esas tierras sin ser advertidos.

Lanzó la vista en esa dirección como le había enseñado el viejo maestro, enviándola a través de la distancia hasta alcanzarlos. Enseguida pudo observarlos como si estuviera de pie frente a ellos. Llevaban armas y máscaras de gas, pero había uno que, a pesar de llevar el rostro cubierto, le resultaba familiar.

Tenían un perturbador. El hombre que le resultaba familiar se lo ajustaba a otro en el cuerpo mediante unas correas.

La Dread lanzó esta vez su oído hacia allí y las palabras le llegaron como si estuviera entre ellos.

—Esto pesa un montón —se quejó el hombre mientras le ajustaban el perturbador a la espalda.

—Recuerda, solo sirve para dar miedo —advirtió aquel al que había reconocido. Hablaba con un tono grave completamente antinatural. Sonaba como un demonio, no como una persona, una voz que siseaba y carraspeaba—. No dispares a menos que yo lo ordene. ¿Has entendido? Hay personas inocentes ahí. Yo solo quiero la daga de piedra.

El hombre asintió con un gruñido y sus dedos exploraron los mandos del perturbador. Los otros revisaban las armas mientras los caballos no dejaban de moverse de un lado a otro.

La hacienda estaba siendo atacada.

Lanzaría sus pensamientos. Se comunicaría mentalmente con el Dread Mediano, su compañero. Era el modo más rápido de prevenirle para que él decidiera si quería alertar a los residentes de la hacienda. Se arrojó hacia él mentalmente, enviando sus pensamientos a través de la distancia hasta su pequeña casa de piedra. Estaba allí; podía sentirlo. Pero ante el mínimo roce su mente tuvo que retirarse. Con el viejo maestro se comunicaba fácilmente de ese modo. Con el Mediano era diferente. Se caían tan mal que los pensamientos languidecían antes de poder enviarlos.

Tendría que contárselo en persona. Sabía que le pegaría, como siempre que hablaba sin que él le preguntara. Pero no creía que le diera una paliza cuando escuchara lo que tenía que contarle.

La Joven Dread bajó por el árbol saltando de rama en rama hasta que pisó la suave tierra del bosque y echó a correr.

## Shinobu

Shinobu había colocado tres monigotes en el suelo del granero donde entrenaban. Era pasada la medianoche y tenía todo el recinto para él. Se desplazaba de una figura a la otra con la gracia de un bailarín y cuando pasaba entre ellas las golpeaba con fuerza. Esa noche no llevaba armas, solo se valía de sus puños.

El muñeco más grande, al que prestaba especial atención, era aproximadamente del tamaño de su padre. Un puñetazo por cada día del mes anterior. Aporreó el tosco fantoche por el centro hasta que consiguió derribarlo. Se puso a pegarle al siguiente. Este se acercaba más al tamaño de Briac y no le resultó complicado imaginar su cara en el lienzo mientras le daba una buena tunda. Y el tercero, el más pequeño, ¿quién era? ¿Tal vez Quin? Se moría de pena al atacarlo. Se centró en la cara, pegándole cada vez con más fuerza. Cuanto más despiadado fuera, antes acabaría ese combate. Estaba liberando a ese muñeco de su tormento. Le lanzó un gancho y lo derribó.

—Nada era como habíamos pensado —susurró al pequeño pelele que yacía en el suelo—. Me quedé solo por ti.

Shinobu permaneció un momento en silencio, se levantó y prestó atención mientras un hilo de sangre de uno de sus nudillos caía al suelo. Oyó un rugido lejano. Como una tormenta. O tal vez... ¿fuego? En cuanto se dirigió hacia las puertas del granero, oyó unos gritos que atravesaron la campiña.

## Quin

—Estás asqueroso. ¿Sabes qué? —preguntó a su caballo quitándole el bocado—, es difícil saber si eres un caballo o un cerdo.

Quin estaba en el establo cepillando a Yellen, el enorme caballo alazán que le había regalado su madre al cumplir los diez años de edad. El corcel le mordisqueaba la mano juguetonamente mientras ella le rascaba el lomo. Detrás de Yellen, al fondo de la caballeriza, había una bala de paja fresca. Quin se preguntó si podría pasar allí la noche. De pequeña había dormido allí muchas veces hecha un ovillo junto a su enorme caballo. En ese momento le atraía más la idea de dormir allí que en casa.

Brotaron varias lágrimas de sus mejillas que cayeron al suelo de la caballeriza. Se las enjugó torpemente con el dorso de la mano. Durante el mes anterior le había sucedido frecuentemente: lágrimas que salían de la nada. Una nueva lágrima se deslizó por su rostro, pero la ignoró. Estaba cansada de su propia debilidad.

—¡Vuélvete! —ordenó al caballo. Yellen torció las orejas y se quedó mirándola sin entender nada. Movi6 la cabeza y se puso del otro costado—. Ya no sabes inglés, ¿verdad, pedazo de vago?

Cuando hablaba con su caballo conservaba su buen talante. Con las personas lo había perdido. Ese año no había pasado mucho tiempo con Yellen. Había dedicado toda su atención a John. Pero este se había marchado. También ella tendría que haberse ido, pero seguía allí. Y su caballo era el único ser conocido que no le recordaba cosas que prefería olvidar.

—Tranquilo —dijo apaciguándolo al ver que pateaba el suelo—. O no te quitaré el barro.

Aunque se había prometido a sí misma que se marcharía, acabó quedándose en la hacienda. La noche que John se despidió de ella durmió sola en aquel desván del establo junto al acantilado. El sol que entraba por la ventana oriental la despertó por la mañana.

Estuvo tumbada unos minutos, sintiendo la calidez sobre sus ojos cerrados. Permaneció inmóvil mientras el sol se elevaba lentamente, hasta que la luz se derramó sobre sus manos y piernas. Al cabo de un rato el calor de los rayos le hizo notar la marca del athame que llevaba en la muñeca izquierda. Sintió la pulsión a pesar de llevarlo vendado.

«Sigue ahí. Siempre estará ahí, recordándome lo que he hecho con mis propias

manos».

Entonces pensó que aunque se marchara eso no cambiaría las cosas. Jamás olvidaría el tipo de persona que era y cada vez que un extraño la mirara se preguntaría si también él lo sabría. Y si se marchaba ¿qué pasaría con Fiona y Shinobu? Se quedarían sin ella, abandonados a su propia suerte con Briac.

De modo que decidió quedarse.

Después de aquella primera noche, Briac los había llevado a cinco misiones más. Ya lo entendía todo: la fortuna que mantenía la hacienda, el sustento de su familia. Y ya sabía que no había nada virtuoso en ello.

Cada vez que volvían de una nueva misión, la idea de irse le parecía más lejana. La habían educado para obedecer a Briac a pies juntillas. Era difícil romper ese hábito. Y cuanto más lo ayudaba, cuantas más misiones cumplía, más se parecía a él y menos merecía escapar. John decía que ella había nacido para usar el athame. Quin se preguntaba si también habría nacido para ser como Briac.

Observaba cómo movía el cepillo por la grupa del caballo y tuvo la sensación de que había perdido la conexión con sus brazos y piernas, de que su cuerpo no le pertenecía. Sus nuevas cicatrices estaban sanando. Tenía la brecha del antebrazo que le había hecho su padre durante el último combate de prácticas, el pequeño corte en el cuello del cuchillo de la Joven Dread y la marca de la muñeca izquierda. Las ampollas del hierro candente habían desaparecido y ya solo se veía la forma del athame, que seguía enrojecida y sensible. Las cicatrices también le parecían ajenas, como si las viera en otra persona.

Se interrumpió sin ser consciente de ello y se quedó mirándose la mano derecha, enganchada a la correa del cepillo de cerdas. Movié el meñique para asegurarse de que la mano seguía obediéndola en ciertos momentos.

—John... —pronunció en voz alta, y luego se detuvo, avergonzada.

Se imaginaba frecuentemente con él, rodeada por sus cálidos brazos mientras descansaba la cabeza sobre su pecho. Cuando volvía a la realidad se quedaba fría, preguntándose si como él no estaba con ella se apreciaría la soledad en sus ojos. Aun así, se alegraba de que no estuviera allí. John seguía queriendo convertirse en Seeker, a pesar de sus advertencias. Al marcharse, se había salvado a sí mismo de cometer un grave error.

Yellen volvió a patear el suelo y torció las orejas.

—Tranquilo —murmuró.

El caballo volvió a hacerlo y empezó a tirar de la rienda. Quin oyó que los otros caballos de las cuadras también pifaban y relinchaban.

Entonces percibió el olor.

Humo.

Se quedó quieta y prestó atención. Oía gritos en la lejanía y algo más; reconoció un tumulto grave que llevaba escuchando desde hacía rato. Quin salió de la caballeriza de Yellen y se dirigió a la puerta del establo. Al abrirla sintió una ola de

calor y se encontró ante un muro de fuego. Tardó un momento en comprender lo que veía. Los árboles cercanos al establo estaban ardiendo, o, mejor dicho, estaban siendo devorados por las llamas.

Se oían gritos en la campiña y se distinguían siluetas en la distancia: varios caballos al galope montados por sus jinetes. La hacienda estaba siendo atacada.

Quin cerró la puerta y se apoyó contra ella un momento mientras valoraba la situación. El fuego estaba a pocos metros de la estructura de madera del establo. Los caballos piafaban, relinchaban y algunos incluso pateaban las caballerizas.

Quin le pasó la mano por el hocico a Yellen para calmarlo, le colocó las bridas y le puso rápidamente una manta y una montura.

Miró a través de las puertas traseras y solo vio oscuridad. Ni los hombres ni el fuego habían alcanzado ese lado del establo, así que abrió por atrás y sacó a los caballos de las cuadras. El humo era cada vez más denso y estaban a punto de sufrir un ataque de pánico, pero Quin ondeó una cuerda por uno de sus flancos y los atrajo hacia la salida. Cuando salieron al aire libre de la noche se quedaron rondando junto a ella, demasiado asustados para alejarse del establo.

Quin vio algo brillante que surcaba el cielo a unos veinte metros de ella. Justo al coger las riendas de Yellen, uno de los olmos que había junto a los establos del ganado se prendió fuego. En las ramas de su copa vio una antorcha y también distinguió a la persona que la había lanzado, una silueta emboscada con una máscara y ropa negra que se alejaba a caballo a través de la campiña.

Como hacía semanas que no llovía, el árbol crepitó y comenzó a arder ferozmente, aterrorizando a los caballos. Uno de ellos se sobresaltó y arremetió contra los demás. Esto provocó que todos los animales, incluido Yellen, se dirigieran hacia el bosque y Quin se vio envuelta en una marea ecuestre. Cayó al suelo, pero alguien la recogió.

—¡Quin!

—¡Shinobu!

Llevaba ceniza en el pelo y la cara tiznada.

—Vamos —ordenó—. ¡Tenemos que llegar al bosque!

Corrieron a través de la nube de humo hasta que alcanzaron los árboles. Una vez allí se ocultaron tras unas ramas y se pusieron a toser.

—Hay una casa en llamas —informó Shinobu—. Creo que es la tuya. Lo he visto desde la campiña.

Shinobu, como ella, llevaba su espada látigo a la cintura. A la espalda, una vieja ballesta que parecía a punto de hacerse pedazos y un carcaj con saetas. Había arramblado con el escaso arsenal del granero de entrenamiento.

—¿Quién nos ataca?

Al formular la pregunta pensó en hordas de víctimas sombrías que acudían a la hacienda para vengarse de ellos. Pero obviamente la respuesta no era ningún misterio. En cuanto pronunció las palabras supo quién les atacaba. Se le revolvió el estómago.

«Aunque me eche, encontraré la forma de volver», había dicho John. Quin se percató de que en parte estaba esperando su regreso. Pero no así. ¿De verdad estaba incendiando la hacienda?

—Desde el otro lado veremos mejor —dijo Shinobu sin mirarla a los ojos.

—¿Y mi madre?

—No la he visto.

Quin volvió a salir corriendo, pero Shinobu la agarró del brazo.

—Espera —ordenó—. Espera, ¿qué queremos hacer?

—Encontrar a mi madre y luego a nuestros padres.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—Estoy de acuerdo en buscar a Fiona, pero ¿para qué queremos encontrar a Briac y a Alistair? —preguntó.

—¡Nos están atacando! Son mejores guerreros que nosotros.

—No nos están atacando. Los están atacando a ellos. —Se quedó mirándose los pies, toda una vida de lealtad le impedía pronunciar su pensamiento en voz alta. Al fin, la miró fijamente a los ojos y dijo—: Nunca hemos hablado de ello, Quin, pero ¿por qué quedarnos después de lo que nos han obligado a hacer?

Quin luchó por un instante contra el instinto reflejo de seguir a su padre. Pero Shinobu tenía razón. Pronunciaba las palabras que ella misma habría tenido que decir. Proponía que hicieran juntos algo que ella tendría que haber hecho un mes atrás. Puede que la hacienda estuviera en llamas, pero ese ya no era su hogar.

—Podríamos encontrar a Fiona y largarnos —dijo lentamente.

—Con suerte, Briac y Alistair pensarán que nos han matado —respondió Shinobu—. Esta es nuestra oportunidad. La oportunidad perfecta. No volveremos a tenerla. Quin asintió.

—Está bien. Encontremos a mi madre.

Corrieron hasta que rodearon la campiña y se acercaron a las casas.

Allí se detuvieron y se acuclillaron tras un árbol caído. Su propia casa estaba ardiendo. Detrás de ella, más lejos, se veía la de Shinobu, también en llamas. Y también los otros caserones, los que se internaban en el bosque y no se usaban desde hacía décadas. Todo ardía.

—¿La ves? —preguntó Quin.

—No... Sí. ¡Allí está!

Fiona estaba en medio de la campiña, camino de los pastizales que había detrás del ganado. Su hermoso rostro estaba contraído en una mueca de terror y el pelo se le había prendido fuego, sus cabellos rojos estaban coronados con un halo de llamas rojas que la perseguían en su huida. ¿Por qué corría hacia la campiña en lugar de refugiarse en el bosque? Se le encogió el corazón al ver que su madre se tambaleaba. Estaba borracha.

Quin empezó a correr hacia ella, pero Shinobu la detuvo, poniéndole una mano en

el hombro.

—¡Ellos también la han visto! —susurró.

Tenía razón. Tres de los jinetes galopaban tras Fiona.

—Mira —dijo Shinobu.

Entonces distinguieron perfectamente al primero de ellos. Llevaba una máscara, pero lo habrían reconocido en cualquier parte.

Era John. Quin sabía que sería él, pero no esperaba verlo allí incendiando la hacienda oculto tras una máscara. Y además se dirigía directamente hacia Fiona.

—Es a Briac a quien odia —se apresuró a decir Quin—. Siempre lo ha odiado. No le hará daño a mi madre. Sé que no lo hará. ¿Lo ayudamos, Shinobu? Él solo quiere...

Se quedó muda al ver que los tres jinetes alcanzaban a Fiona. Dos de ellos la agarraron y la arrojaron brutalmente sobre la montura. Oyó como su madre los maldecía por toda la campiña.

Quin estaba de pie. Shinobu la cogió del brazo y tiró de ella de nuevo.

—¿Qué haces?

Fiona gritó en la distancia. Uno de los hombres la abofeteó y le ataron las manos.

—Tengo... tengo que hablar con él.

—¡No! —susurró Shinobu agarrándola fuertemente del brazo—. Nos está atacando. Está quemando la hacienda. Podría hacer cualquier cosa, ¿no lo ves? Hacerle daño a tu madre, a ti. ¡Ese no es tu novio! ¡Es otra persona! Si queremos salir de aquí con Fiona necesitamos mejores armas.

Quin se quedó inmóvil, asimilando lo que Shinobu decía.

—Sí... tienes razón.

Le costó mucho esfuerzo apartarse de él. John estaba... irreconocible en ese momento. ¿Iba también contra ella o solo contra Briac? ¿Sería capaz de hacerles daño?

Observó a Fiona, que seguía forcejeando con los hombres en la campiña. Parecían dispuestos a herirla y Quin había tomado la determinación de sacar a su madre viva de la hacienda.

—¿Sabes dónde guardan las armas? —preguntó Shinobu—. ¿Están en vuestra casa?

—¿No estaban en el granero de entrenamiento?

Shinobu negó con la cabeza.

—Vamos. Buscaremos en ambas casas.

La cogió de la mano y corrieron juntos hacia los caserones en llamas, ocultándose entre los árboles. Pasaron la cabaña en la que vivía John. También le habían prendido fuego. Los muebles de su interior ardían y el humo salía por la puerta. Tampoco había por qué quemarlo todo. Aquello era un acto de puro odio.

Llegaron al pie del bosque y cruzaron corriendo un espacio abierto que llevaba hacia el caserón de Quin, pero este apenas podía llamarse así. Para cuando llegaron a

él estaba siendo devorado por las llamas.

## Maud

La Joven Dread y el Dread Mediano estaban lejos de la zona de las casas y los establos. Se encontraban en la cima de una pequeña colina situada en el interior del bosque, con las espaldas apoyadas contra los troncos de los árboles y envueltos en sus capas, prácticamente invisibles. Desde esa posición privilegiada veían cómo ardían todos los edificios sin excepción, salvo las cabañas de los Dreads.

Tenía dormida la mejilla en la que el Mediano le había propinado un puñetazo. Había llegado a su casa tras una frenética carrera, pero antes de que pudiera abrir la boca para explicarle que estaban siendo atacados se encontró con su puño en la cara. En cualquier caso, había procedido a explicarse. En cuestión de segundos, siguiendo las órdenes del Dread Mediano, habían reunido todas las armas y se habían internado en el bosque.

Una mujer gritaba en la campiña. Se trataba de la pelirroja. Fiona, ese era su nombre. La Joven Dread vio que dos hombres le apagaban el fuego de la cabeza a golpes y la montaban en uno de sus caballos. Maud lanzó su vista y oídos, y observó atentamente cómo uno de ellos pegaba a Fiona y el otro, el joven al que reconocía a pesar de la máscara y el desagradable sonido metálico de su transformada voz, le ataba las manos.

—¡No le peguéis! —gritó el de la voz extraña—. ¡No quiero hacerle daño! —Y después, a Fiona—: Por favor, por favor, no te resistas. Solo necesito a Briac.

—Me gustaría ayudarles —dijo la Joven Dread. Sus palabras salieron a un ritmo acompasado, apaciguador, en consonancia con sus movimientos al caminar. Su voz no mostraba emoción alguna, aunque la sintiera—. Varios de ellos han sido nombrados Seekers.

El Mediano armó el brazo y le soltó una bofetada en la otra mejilla. Maud ya sabía que lo haría. En su alterado sentido del tiempo había visto su brazo avanzar hacia ella como una tormenta en la lejanía. Podría haberse apartado, pero no tenía sentido. Si no aceptaba su bofetada entonces, encontraría otra ocasión para pegarle, y más fuerte.

Deseaba ayudar a los habitantes de la hacienda, especialmente si podía hacerse sin herir al aprendiz de la máscara. Pero, en realidad, esa no era su tarea. Los Seekers marcados debían tener su propia autonomía. El trabajo de los Dreads era observar, supervisar las juras de los nuevos Seekers y actuar solo en determinadas

circunstancias. Lo que sucedía en ese momento, la disputa por el control de un athame entre dos familias que tenían iguales derechos sobre él, no era parte de su trabajo. Incluso el viejo maestro y el Mediano estarían de acuerdo en eso. Su misión era únicamente proteger el athame de los Dreads, que estaba a salvo en la capa de su compañero, junto a la mano que acababa de golpearla.

Interferir no era parte de su cometido. Pero ya lo habían hecho en el pasado. Un pensamiento afloró a la superficie lentamente: «Una mujer de pelo castaño, un niño que se oculta bajo el suelo...». Se supone que no debían interferir, pero aun así lo habían hecho. «Y ahora mira lo que pasa». En la campiña, el joven aprendiz daba órdenes a los otros. «El niño se ha convertido en hombre y ahora ese hombre está furioso...».

## Quin

A través de la ventana de su casa incendiada, Quin veía las llamas que consumían la mesa de la cocina elevándose desde las juntas del suelo de madera. Las paredes de la salita, con sus viejos expositores con armas, estaban ardiendo completamente, igual que las vigas de madera del techo. La casa desprendía tanto calor que apenas podía acercarse a ella. Aunque ocultara armas en su interior estarían completamente inservibles.

Shinobu había ido por su cuenta a buscar en su propia casa, así que Quin inspeccionaba los alrededores del caserío sola. A poca distancia había un cobertizo de piedra que no habían alcanzado las llamas. Aun así, cuando cogió el viejo candado y marcó la combinación, le llegaron ráfagas de calor. Quin abrió la puerta y vio las armas.

Ya llevaba la espada látigo a la cintura, pero cogió su capa y varios cuchillos. Palpó con cuidado las paredes del cobertizo en busca de algún compartimento secreto donde Briac pudiera guardar más armas. Habría sido muy propio de su padre que le ocultara cosas, pero no encontró nada.

En ese momento se oyó un fuerte estruendo, como un disparo de escopeta, que se elevó sobre el rugido de las llamas. Quin se apartó del cobertizo a tiempo de ver cómo se derrumbaba el techo del caserío. La enorme cruceta que lo sujetaba se había partido y caían al interior inmensos trozos de pizarra.

Una vez que se hubo hundido el tejado, la chimenea cayó por un costado. Quin saltó hacia atrás al ver que toda la columna de ladrillos se estrellaba contra el cobertizo, aplastándolo como si fuera de papel. Se alejó de allí tambaleándose entre una lluvia de piedras ardiendo.

Pero cuando cayeron todos los ladrillos descubrió que había una superficie lisa, dura y pintada bajo las ruinas del cobertizo. Se puso de rodillas y la desenterró. Había algo de metal. El viento arreció contra la casa incendiada y Quin se tapó la cara para protegerse de la nueva ráfaga de calor. Después sacó puñados de tierra y piedras hasta que descubrió una cámara de cemento bajo el suelo.

La cámara no tenía ningún sistema de apertura evidente. Seguramente estaba diseñada para que se abriera solo mediante el tacto de Briac. Para guardar armas no era necesaria tanta seguridad. Solo había un objeto en la hacienda lo suficientemente preciado para ese tipo de escondrijo.

La temperatura se hacía insoportable. Sacó la espada látigo y dio varios golpes de muñeca, transmutándola en una gruesa daga que acababa en punta de aguja. Después arremetió con la afilada punta contra el borde de la cámara, donde debían de estar los goznes de la puerta. La espada dejó una muesca ridícula antes de salir despedida.

Volvió a colocar la punta de la daga sobre la muesca. Si eras capaz de dominar los sutiles movimientos necesarios podías manipular la estructura molecular de la espada látigo. Quin despejó su mente y se concentró, ignorando las olas de calor que amenazaban con prenderle fuego al pelo. Se afanó en hacer una serie de movimientos imperceptibles con la muñeca y ordenó a su espada que estrechara la punta y ahondara más.

El viento cambió de dirección y le llevó un golpe de humo. Cerró los ojos y volvió a mover la muñeca hasta ver como la punta se hundía más y reducía su tamaño para poder atravesar el metal.

Sintió que la espada se deslizaba casi imperceptiblemente por la superficie de la cámara. Volvió a manipularla, reduciendo los bordes para que se afilaran tanto como la punta. Al hacerlo, la espada comenzó a deslizarse hacia abajo, cortando de forma firme y continua. Había atravesado el metal. Arrastró el arma por la ranura lentamente, cortándolo todo a su paso. Bajo sus manos sintió como se partía un gozne y luego el otro. La puerta se soltó de golpe. Consiguió levantarla a duras penas con su espada látigo y la apartó a un lado.

Ahí estaban el athame y el encendedor, esperando a que los recogiera y usara un Seeker, su amo.

Quin sabía que si de verdad querían abandonar la hacienda con Shinobu no deberían llevarse el athame. Podría dejárselo a su padre, que lo utilizaría como siempre había hecho. O... podía dárselo a John, que tan desesperado estaba por tenerlo.

Se protegió la cara del calor e intentó localizarlo entre la nube de humo, pero estaba rodeada de oscuridad.

Volvió a la cámara. Podía entregarle el athame a John y pedirle que liberase a su madre. Y también podía dárselo, apaciguarlo y marcharse con él a lomos de su caballo. Así estarían juntos. Su ira, su ataque, solo era resultado del injusto trato de Briac.

Sin embargo, recordó las palabras que le había dicho aquella noche en el establo junto al desfiladero. «¿Y si fuéramos nosotros quienes decidiéramos, Quin? —había susurrado John—. Lo haríamos mejor. Tomaríamos las decisiones correctas. Buenas decisiones». Era muy fácil decir que cuando tuvieras el poder tomarías las decisiones correctas, pero John no comprendía qué significaba tener el poder en tus manos para decidir sobre la vida y la muerte.

Además, si conseguía el athame, necesitaría que ella le enseñara a usarlo. Tendría que ayudarlo a dar los primeros pasos hacia el Allá y más lejos aún. Se convertiría en su guía.

—Lo siento —susurró mientras cogía la daga de piedra y el reanimador de la cámara y los guardaba bajo su capa—. No seré yo quien te convierta en Briac.

Pero había algo más dentro de la caja de metal: un libro con una tapa de piel y una tira de cuero a su alrededor. La cubierta estaba gastada y brillaba, como si muchas manos la hubieran tocado con delicadeza a lo largo de innumerables años. Lo hojeó y vio que se trataba de una especie de diario. La mayor parte estaba escrito con una ordenada letra femenina, si bien podía apreciarse la impronta de numerosas manos en él. Las primeras páginas eran el ejemplo del tipo de letra apretada que había estado en boga años atrás. Y había otras páginas escritas con hermosas letras góticas, solo empañadas por las gotas de tinta que habían caído de la pluma. También había hojas sueltas de un pergamino suave y fino —papel vitela, creía recordar, según las lecciones de historia de su madre—. Esas hojas sueltas estaban laboriosamente decoradas, dobladas con esmero y metidas entre el resto de las páginas.

Durante ese rápido vistazo advirtió decenas de ilustraciones pintadas a mano, muchas de las cuales representaban toscas formas animales. Hubo una que le llamó particularmente la atención, un diagrama dibujado en una de las esquinas superiores de una página: tres óvalos entrelazados. Parecía el dibujo de un átomo simplificado.

En ese preciso momento se oyó un grito a lo lejos. Quin introdujo el libro con cuidado en uno de los bolsillos de su capa y se alejó corriendo de la casa hasta alcanzar los árboles.

Shinobu había ido a casa de su padre en busca de la reserva de armas. Sin embargo, cuando Quin llegó allí se la encontró también en llamas, desmoronándose. Shinobu no estaba. Al sur de la campiña se oyó el sonido estruendoso que se produce cuando algo grande y pesado cae al suelo. Quin se volvió, pero el humo le impedía localizar la procedencia del sonido. No obstante, sí podía distinguir su propia casa, y allí descubrió a su padre. Salía de entre los árboles y se dirigía hacia su incendiada casa, agachándose para que no lo vieran.

Al ver que su padre llevaba ropa de calle normal, Quin se percató de que había salido de la hacienda en uno de sus frecuentes viajes, esos viajes por encargo que Shinobu y ella tendrían que llevar a cabo. No conocía a través de qué medios secretos contactaban con él para comunicarle esos encargos, pero estaba claro que su padre había establecido un método hacía tiempo para que lo encontrara el tipo de gente adecuado.

Briac se detuvo a cierta distancia del caserón y miró al sur de la campiña. El viento cambiante había disipado el humo por un momento. Briac, y también Quin desde su privilegiada situación en la casa de Shinobu, vieron al grupo de jinetes de John reunidos junto al taller. Resultaba difícil distinguir los detalles desde esa distancia, pero uno de los caballos llevaba a dos personas, una de ellas con una larga melena roja. Su padre observó brevemente a los jinetes y luego continuó hacia su caserío sin volver a dirigir la mirada hacia su madre. «Ni siquiera le importa», advirtió Quin.

Briac buscaría el athame y el reanimador al llegar a la casa, y para entonces Quin esperaba estar muy lejos cuando se percatara de que habían desaparecido.

Shinobu y ella habían acordado que si se separaban seguirían a Fiona. Quin comenzó a desplazarse en esa dirección al tiempo que el humo lo enturbiaba todo de nuevo y la ocultaba bajo su manto.

## John

La puerta del taller, tirada por cuerdas que iban atadas a los caballos, cedió y se abrió. En su interior, John y sus hombres encontraron a Alistair MacBain pertrechado con unos auriculares en los oídos sobre un banco de trabajo, concentrado en un pequeño artilugio mecánico. El aparato desprendía una profunda vibración que llegaba mucho más allá del taller. Incluso John la podía sentir en sus propios pulmones.

En cuanto la puerta se derribó, el gigantón se puso en pie de un salto y se volvió para enfrentarse a los seis hombres. Los ojos de Alistair encontraron rápidamente al hombre del perturbador y luego se fijaron en que Fiona estaba retenida en el último de los caballos. Se dirigió hacia John mientras se quitaba los auriculares.

—¿Necesitas una máscara para pelear conmigo? —preguntó—. ¿Qué se ha hecho de tu honradez?

—Lo mismo podría preguntarte yo —repuso John con la voz demoníaca que reproducía la cajita que llevaba sujeta al cuello.

—¿Ni siquiera puedes usar tu propia voz?

John sabía que todos lo reconocerían, pero no fue capaz de entrar en la hacienda sin disfrazarse. Estaba allí para tomar lo que le pertenecía. Sabía que para conseguirlo tendría que aterrorizar a los habitantes de la hacienda y resultaba más fácil enfrentarse a ellos con una máscara, asustarlos y darles órdenes.

Además, la máscara era liberadora. Había mantenido bajo estricto control su odio hacia Briac, pero en ese momento, oculto tras la máscara, podía sacarlo a la superficie. Le había prendido fuego a su propia cabaña, en las profundidades del bosque. Briac lo había mantenido allí durante años, como un animal abandonado al que se permite quedarse al borde del campamento, lo suficiente cerca para ver la fogata, pero sin sentir su calor. Daba miedo lo bien que sentaba dejar aflorar el odio, ver cómo ardían los cimientos.

Sus hombres habían prendido fuego al resto de las casas sin que él pudiera impedirlo y descubrió que era liberador verlas arder, destruir por completo el hogar de Briac. Al fin y al cabo solo eran casas. Sus hombres se habían asegurado de que estuvieran vacías antes de incendiarlas. Aunque a John no le preocupaba la idea de herir a Briac, las otras personas de la hacienda eran un caso aparte. Quería mantenerlos a salvo.

Fue un alivio no encontrar a Quin por ninguna parte. Seguramente se había

marchado, como le había dicho que haría la última vez que se vieron. Estaba en algún lugar lejano y a salvo.

Sentado a lomos de su caballo desde el exterior del taller sus ojos advirtieron el aparato en la mesa que había detrás de Alistair. Parecían unas pinzas de presión, pero no estaban hechas de metal, sino del mismo material aceitoso que las espadas látigo. Fuertemente aprisionado entre ellas había un athame.

John nunca tuvo permiso para entrar en el taller, por lo que no había visto antes ese artilugio. Miró de nuevo los auriculares, que colgaban del cuello de Alistair, y se dio cuenta de que la vibración procedía del propio athame y no de las pinzas. Alistair estaba haciendo algo con la daga, tal vez afinándola, y los auriculares servían para protegerle los oídos.

—¿De quién es ese athame? —preguntó John con su voz distorsionada.

—Pues resulta que es mío —respondió Alistair. Y luego, con más delicadeza—: ¿Acaso creías que era el de ella?

John bajó del caballo y entró en el taller, haciendo un gesto afirmativo al hombre del perturbador. El hombre pasó la mano por uno de los laterales del arma y esta se puso en funcionamiento, emitiendo un pitido agudo.

—Con cuidado —advirtió Alistair al hombre—. Ese juguetito es peligroso. Apuesto a que no te ha contado cuánto.

John estudió el interior del athame. En la empuñadura había un diminuto grabado de un águila, el símbolo de la familia de Alistair y Shinobu. No era el grabado que esperaba encontrar, pero mejor un athame cualquiera que ninguno.

—Ya te he dicho que es mío —repitió Alistair.

John estudió las pinzas. Eran más complicadas de lo que parecían a simple vista. La daga de piedra estaba fuertemente sujeta por puntos diferentes. Y había una especie de cuchilla suspendida sobre la superficie del athame que John suponía que pelaría diminutas cantidades de piedra para afinar a la perfección la vibración del athame. Aunque con un mal uso esa cuchilla podía causar graves daños. John extendió la mano hacia una de las palancas, pero se detuvo. No quería arriesgarse a estropear el athame.

—¿Cómo se saca? —preguntó manteniendo el tono de voz, lo cual hacía que sus palabras sonaran como un gruñido.

—Eso no puedo contártelo —le respondió el gigantón, con los ojos fijos en el perturbador.

Era difícil que Alistair, quien había intentado ayudar a su madre en un momento, le cayera mal. Pero John se recordó que ese hombretón había sido un fiel aliado de Briac Kincaid durante años. John no pensaba marcharse de allí sin un athame. Si Alistair lo ayudaba todo sería más sencillo y nadie resultaría herido. Lentamente, manteniendo la mano firme, con su pistola apuntó a la cabeza de Alistair.

—Sí puedes contármelo. Yo sé que puedes.

—De acuerdo, me has pillado. Puedo. Pero no quiero.

—Esto no tiene por qué ser difícil —dijo John con su voz carrasposa y siseante.

—Me temo que lo es —contestó Alistair. John asintió sutilmente. El perturbador dejó escapar un aullido más agudo, preparándose para disparar—. ¿Crees que podré contártelo mejor cuando esté en un campo perturbador, chaval?

—Muy bien. —John vaciló, ya que no podía asegurar que sus hombres seguirían sus órdenes y no matarían a nadie sin que él diera instrucciones directas de hacerlo. Luego hizo señas al que sujetaba a Fiona por detrás en el caballo.

John hizo lo posible por no ver como el hombre le pinchaba el cuello con el cuchillo y Fiona emitía un grito ahogado. Mantuvo la mirada sobre Alistair.

—Saca la daga del aparato —ordenó con voz firme.

—No puedo hacerlo —respondió Alistair—. Mis sentimientos no importan, el athame es más valioso que cualquier vida.

No obstante, sus ojos expresaban todo lo contrario. Su mirada a Fiona lo delataba.

John se preparó mentalmente y volvió a hacerle señas al hombre. Este comenzó a practicar un corte superficial en el cuello de Fiona, que forcejeaba frenéticamente, mientras la sangre se derramaba por su fina y blanca piel.

«Solo es un poco de sangre. No será un corte profundo —se dijo John—. ¡No le hagas un corte profundo, por favor!». Tragó saliva, con la mirada fija en Alistair, que miraba al suelo para no ver cómo seguían cortándole el cuello a Fiona. Al final, el gigantón cedió. Estiró el brazo y comenzó a aflojar las palancas de las pinzas de presión que sujetaban la daga. El hombre del cuchillo detuvo sus movimientos.

—Con calma —dijo John a Alistair.

Las manos de Alistair se desplazaban lentamente por las múltiples palancas del aparato. A medida que el artilugio se soltaba, el propio athame comenzó a moverse. Cuando John ya esperaba que la daga cayera sobre la mesa, Alistair sujetó la palanca más larga suavemente con ambas manos. Entonces la giró por completo, hizo fuerza con sus enormes brazos, tiró de ella con un movimiento brutal y repentino y la cuchilla del aparato penetró en la daga profundamente.

De improviso, el athame comenzó a emitir terribles vibraciones. Todos podían sentir las en los dientes, en los huesos. Era como un metal que se desgarrara, como si machacaran un cristal. Los músculos de John se tensaron, los puños se le cerraron y las piernas comenzaron a agarrotarse.

Al otro lado del taller, el hombre del perturbador experimentaba ese mismo agarrotamiento de los músculos justo cuando su caballo, igualmente afectado, se tambaleó hacia atrás. La mano derecha del hombre, involuntariamente, se aferró al perturbador y el arma se disparó.

A John le rechinaban los dientes incontroladamente. Vio las chispas del perturbador que se dirigían hacia él, pero apenas podía mover las piernas. Se arrojó al suelo con mucho esfuerzo y cayó como un saco de patatas.

Las chispas le pasaron por encima e impactaron sobre Alistair.

La vibración del athame se detuvo en seco, como si una fuerza invisible la

sofocara.

Se produjo un gran silencio y todos recuperaron poco a poco la movilidad de los músculos. Entonces, Alistair comenzó a gritar y a golpearse en la cabeza.

John se levantó como pudo y cogió el aparato que sostenía el athame. Se dio cuenta de por qué se había detenido la vibración. La cuchilla del aparato se había clavado profundamente en la empuñadura de la daga y había destrozado la hoja. Había trozos de piedra todavía incrustados en las pinzas. Otros se habían dispersado por el banco de trabajo, junto a un puñado de polvo grasiento. El mismo color de la piedra había cambiado para convertirse en algo gris, sin brillo. Cualquier energía que estuviera alojada en ese antiguo artilugio había desaparecido.

Alistair fue dando tumbos hasta la puerta del granero. Sus rojos cabellos estaban de punta y chispas multicolores danzaban alrededor de su cabeza y sus hombros. No podía andar en línea recta, sino que daba vueltas continuamente sobre sí mismo, lanzaba puñetazos al aire y luego volvía a tambalearse hacia la puerta. Fiona lloraba desconsoladamente mientras lo observaba y los hombres de John lo miraban en silencio, asombrados.

El propio John sintió náuseas al ver a Alistair atravesar la puerta dando tumbos rodeado de aquellos destellos multicolores. Esa sensación estaba mezclada con un arrepentimiento tan fuerte que le causaba dolor físico: «¡Alistair no!».

Fue corriendo hasta su caballo y se montó de un salto. Se acercó al hombre del perturbador y le dio una bofetada. Sabía que el estado en que se encontraba Alistair no era culpa de ese hombre, pero no podía detener su ira, contra Briac, por ponerlo en esa posición, y contra sí mismo, por perder el control de la situación.

—¿Cómo has podido? —gritó John con su voz distorsionada—. Era un buen hombre y tú lo has destruido. —Se llevó las manos a la cabeza durante un momento y luego ordenó—: ¡Encontrad a Briac!

La detonación del rollo de explosivos de John se llevó la mitad de la pared, pero la decrepita silueta no se movió, ni un leve parpadeo. La posición de la figura que estaba sobre la camilla y las tenues centellas que danzaban sobre su cabeza permanecían exactamente igual que las había dejado el mes anterior.

John se adentró entre el polvo y el humo, y cruzó la sala. Sus ojos supervisaron los aparatos médicos que había en la pared trasera y luego se sentó al borde de la camilla.

Nunca había estado a solas con esa criatura. Siempre lo había hecho en presencia de Briac y con una gran tensión. Entonces, con cuidado, sus dedos encontraron el borde del viejo camisón de hospital que tapaba a la figura y remangaron su decrepita pierna izquierda. En la parte superior del muslo había una cicatriz arrugada del largo de una mano humana. Parecía una herida de espada o cuchillo cosida con total negligencia.

John sabía que encontraría esa cicatriz, pero aun así quedó sobrecogido al palparla. Briac había estado ahí con él en dos ocasiones, disfrutando sádicamente mientras obligaba a John a mirar a esa figura torturada y putrefacta mientras este último se obligaba a fingir que no tenía ni idea de quién se trataba.

Volvió a poner el camisón en su lugar. Aunque no podía soportar la idea de tocar el cuerpo se obligó a sí mismo a colocarle una mano sobre los huesudos hombros. Observó sus ojos hundidos, la nariz decrepita, la mandíbula prominente. No quedaba nada de lo que en su día fue una cara.

Sacó un cuchillo y lo colocó sobre el pecho de la criatura. Se dijo que bastaría con un solo empujón fuerte para introducir la hoja en el corazón y acabar con esa situación. Sostuvo el cuchillo en alto durante un minuto entero, intentando hacerlo, pero no podía. Al fin, dejó caer la mano y se quedó allí sentado durante un largo rato, sin saber cómo actuar a continuación. Lentamente, como si no pudiera soportar su propio peso, la cabeza se le fue hacia delante hasta quedar apoyada sobre el colchón junto a la figura. Cerró los ojos y presionó su frente contra la vieja sábana. Las lágrimas comenzaron a brotar quedamente, pero pronto salieron a borbotones. Era un sollozo con convulsiones, como el llanto de un niño pequeño que descubre que su mundo se está desmoronando.

Después se levantó de la cama todavía llorando y cortó a ciegas todos los cables de los tubos intravenosos. Una a una fue apagando todas las máquinas de la sala.

Cuando todo el equipo médico quedó en silencio se volvió para mirar el cuerpo que yacía sobre la cama, esperando ver algún cambio. Pero no vio ninguno. La figura estaba completamente inmóvil y las chispas seguían danzando alrededor de su torso.

Se percató de que podían pasar horas, o incluso días, antes de que la figura muriera y desaparecieran las centellas. Seguro que tras todo ese tiempo su fin sería indoloro.

Se quedó parado ante el agujero de la pared y se aflojó la caja de distorsión que llevaba al cuello para que su voz no sonara demoníaca:

—Pronto habré recuperado lo que nos pertenece por derecho —dijo en voz baja, sintiendo ajena su voz natural—. Haré que paguen por lo que te han hecho y devolveré las cosas a su debido lugar. —Hizo una pausa, mirando el cuerpo por última vez—. Adiós, madre.

John se ajustó la caja de nuevo al cuello y volvió a adentrarse en la noche.

## Shinobu

Shinobu agarró a su padre por sus enormes hombros, intentando tranquilizarlo. Alistair le lanzó un puñetazo. Su hijo lo esquivó y se encontró las grandes manos del gigantón alrededor del cuello. Pero el cerebro de Alistair volvió a retorcerse antes de poder hacerle daño. Soltó a Shinobu y cayó de rodillas, golpeándose la cabeza contra el suelo.

—Papá, ¿me reconoces?

Le alzó la cabeza de modo que pudieran mirarse a los ojos. Había salido la luna, que iluminaba el suelo del bosque. Su padre se quedó quieto por un breve instante, con los ojos como platos, sin expresión y con cortes en las cejas de darse cabezazos contra el suelo. Luego se abalanzó sobre él. Intentó agarrarlo del cuello otra vez y le arañó la piel con las uñas. De repente se detuvo entre gruñidos y comenzó a golpearse las piernas.

«El campo distorsiona tus pensamientos. Imaginas algo, pero el campo perturbador lo cambia y te lo devuelve transformado». Shinobu recordaba las propias palabras de Alistair. Había estado machacándoles con los peligros de los perturbadores durante años. «Tu mente se hará un nudo por dentro, se partirá, colapsará. Querrás quitarte la vida, pero ¿cómo? Ni siquiera ese pensamiento podrás controlarlo...».

El humo se expandía prácticamente por toda la hacienda, dificultando la visión y la respiración. Shinobu había revisado su casa en busca del baúl de las armas, pero lo único que encontró fue una columna de fuego allí donde antes había estado su hogar. Había ido más lejos, a las cabañas de los Dreads, con la esperanza de que allí hubiera armas. Los edificios no estaban en llamas, pero sí desiertos. Los Dreads se habían marchado con todas sus pertenencias.

Quin y él habían acordado seguir a Fiona si se separaban, así que volvió a rodear la campiña y se internó en el bosque para llegar al taller. A medio camino, en una parte del bosque que el humo todavía no había alcanzado, encontró a su padre, tambaleándose entre los árboles, atrapado en una telaraña de centellas de las que jamás podría escapar.

Shinobu se avergonzó al darse cuenta de que Alistair no le daba pena. Si a su padre lo hubieran perturbado solo unas semanas atrás, antes de su primer encargo, Shinobu habría quedado destrozado. Pero su corazón era ya insensible.

Completamente insensible. Había permitido que tomara la decisión equivocada. Sí, se lo había advertido, pero tan sutilmente que resultó imposible para Shinobu entenderlo. ¿Cómo habría podido hacerlo?

No había hecho nada para impedir que fuera a su primera misión y pronunciara su juramento. Alistair sabía lo que significaba y había consentido que sucediera. Y luego los había acompañado junto a Briac en más misiones, sin decir una sola palabra.

—¿Por qué no lo evitaste? —gritó Shinobu a Alistair—. Si me lo hubieras explicado yo te habría escuchado...

A Alistair le rechinaban los dientes, como si librara una batalla en su interior. Gritó y se las ingenió para sacarse un cuchillo del cinturón al mismo tiempo. Acuchilló el aire con la hoja y se golpeó la cabeza con la empuñadura. Luego alzó el cuchillo y arremetió salvajemente contra Shinobu. Este detuvo el golpe y lo empujó. Alistair cayó al suelo, sin cejar en su intento de apuñalarlo. Se percató de que lo hacía con la empuñadura y que quería ponérsela en la mano.

Shinobu cogió el cuchillo y su padre se alejó rodando, arañándose los dedos con las raíces de los árboles. Luego intentó patear las piernas de su hijo. Shinobu dio un paso atrás y se apartó de él.

Su deber era liquidar a su padre. Eso era lo que se suponía que tenía que hacer cuando un camarada caía en un campo perturbador, acabar con él. El campo era permanente y solo un monstruo permitiría a alguien sufrir de ese modo.

«Si soy un monstruo es por tu culpa —se dijo Shinobu—. Tú me animaste a que lo hiciera».

Guardó el cuchillo en su cinturón y se marchó.

## Quin

Quin seguía la voz de John a través del humo, tan espeso a su alrededor que se veía obligada a arrastrarse por el suelo y taparse la nariz y la boca con la capa. Había seguido esa voz por toda la campiña y al fin se acercaba a ella.

Obviamente, no se trataba de la voz real de John, sino de ese sonido metálico y desagradable del que se servía, creyendo que podía aislarse de lo que estaba haciendo. Esperaba que Shinobu también oyera su chirrido distorsionado y estuviera por allí con un buen arsenal preparado. No quería hacerle daño a John, pero las armas parecían imprescindibles para recuperar a su madre.

—No tengo lo que buscas.

Se trataba de una nueva voz, la de su padre.

—Sí lo tienes —repuso John—. Cuando me lo devuelvas podrás recuperar a tu mujer.

—¿Recuperar a mi mujer? —repitió Briac con un tono de burla en su réplica—. ¿Con eso quieres negociar?

Se levantó un poco de viento y Quin se descubrió inesperadamente en una zona despejada de humo. La luz de la luna, en lo más alto, le permitió ver que estaba de nuevo cerca de las ruinas ahumadas de su propia casa, justo al pie de la campiña. Distinguía perfectamente a su madre enfrente, montada a caballo, con un hombre tras ella. A pocos metros John se encaraba con Briac en las altas hierbas de la campiña, rodeados por un círculo de jinetes.

Quin se agachó entre los chamuscados tallos de un metro de altura que poco antes conformaban una pradera.

—Puedes matar a mi mujer solo una vez —le desafió Briac—. ¿Y luego qué?

«Eres una bestia», pensó Quin mirando a su padre.

—Eres una bestia —dijo la voz alterada de John, recogiendo los pensamientos de Quin.

—Sí, soy una bestia —coincidió Briac—. Pero no tengo el athame.

—Muy bien —repuso John.

Quin observó como John sacaba una pistola y disparaba a Briac en la pierna. Su padre gritó y quedó medio incorporado en el suelo, con la sangre brotándole por el muslo a través de los pantalones.

—Ahí tienes una cicatriz apropiada para ti —dijo John con su voz inhumana.

Sabía que ver a su propio padre sangrando tendría que molestarla, pero no podía evitar sentir una gran satisfacción con su dolor. «Briac nos habría matado a cualquiera de nosotros si hubiera tenido que hacerlo», pensó, admitiendo por fin la verdad.

Miró a John. La máscara ocultaba su rostro, pero todo su cuerpo reflejaba su odio hacia Briac y la desesperación por conseguir el athame. «¿Estará tan desesperado como para herir a mi madre?», se preguntó. Sintió una necesidad imperiosa de sacar el athame de su capa y lanzárselo. Ese simple acto pondría fin al ataque y haría feliz a John al mismo tiempo.

«¿Y luego qué?», se preguntó. «¿Y si decidiéramos nosotros, Quin? —le había preguntado él en el establo—. Lo haríamos mejor...».

—¿Dónde está el athame? —volvió a preguntar John a Briac, devolviendo a Quin al presente.

—¡No lo tengo! —gritó su padre, agarrándose la pierna herida—. ¡Mátame, mátala, mata a quien quieras! Pero ¡sigo sin tenerlo!

Con todas las miradas puestas en su padre era el momento perfecto para actuar. Quin se puso en cuclillas y se dirigió hacia su madre agachada entre la hierba. Al acercarse vio un reguero rojo que manaba del cuello de Fiona. Tenía una herida grave y estaba todo cubierto de sangre. ¿Era John el culpable de eso?

Quin sacó un cuchillo de la funda que llevaba a la cintura, pensando: «Espero que estés sobria, madre». Fiona volvió la cabeza y la miró directamente, como si lo hubiera oído. Al ver el cuchillo movió la cabeza levemente, dejando ver que lo había comprendido. Su caballo era el que estaba más alejado del círculo que formaban los hombres y en ese momento pasaba desapercibido.

—Me han traicionado —dijo Briac frenéticamente mientras John se acercaba—. ¡No lo tengo, ya te lo he dicho!

John le disparó de nuevo, esa vez en el hombro. Briac cayó hacia atrás y la nueva herida sangró enseguida, empapando la camisa.

—No te preocupes —espetó John con su horrible voz—. Yo te lo coseré. Creo que tengo hilo y aguja en alguna parte.

Quin aprovechó el momento. Lanzó su cuchillo, consciente de que no era tan buena como la Joven Dread, pero con la esperanza de que su talento bastara. El cuchillo rasgó el aire humeante y se adentró en la garganta del hombre que agarraba a su madre. Este intentó sacárselo, pero Fiona le giró la cabeza antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo y la echó hacia atrás, clavándoselo hasta el fondo.

Quin corrió agachada hacia su madre. Bajó del caballo tanto a Fiona como a su captor, que se agarraba el cuello desesperadamente. Por los quejidos agonizantes, estaría muerto en cuestión de pocos minutos. Quin recuperó su cuchillo, cortó las cuerdas de las manos de su madre y corrieron de nuevo hacia el humo.

Cuando pasaron las casas en llamas y estuvieron entre los árboles, Quin se detuvo para examinar la herida que su madre tenía en el cuello. Seguía sangrando, pero el

corte no era tan profundo como para que supusiera una amenaza inmediata. ¿Pretenderían John y sus hombres hacer una herida superficial? ¿O había sido cuestión de suerte?

—Tu padre... —susurró Fiona.

—Nos vamos —repuso Quin con firmeza, y aunque no lo pronunciara, quedaba claro que se refería a: «Nos vamos sin Briac»—. En cuanto encontremos a Shinobu.

Cogió a su madre de la mano y corrieron hacia el interior del bosque, dirigiéndose a la parte occidental de la campiña. Ese era el único sitio donde podía estar Shinobu, a menos que se hubiera marchado de la hacienda.

—John es capaz de matar a tu padre —espetó Fiona.

Desde esa nueva posición volvían a verlos. John se acercaba a Briac con un cuchillo en la mano. Quin se percató en ese momento de que quería que lo matara. No le importaba si John era peligroso o estaba ido. Solo quería que acabara con Briac. Eso la liberaría. Los liberaría a todos. Estaba a punto de responder a su madre: «Te prometo que si John no lo mata lo haré yo misma», cuando una silueta grande que se movía en las profundidades del bosque llamó su atención.

—¡Mira! —susurró—. ¡Ahí está Yellen!

## Maud

La Joven Dread y el Dread Mediano estaban apostados en las ramas de un roble enorme al pie del bosque, observando al aprendiz de la máscara. Tenía un cuchillo en la mano y se acercaba a Briac, que yacía herido sobre la hierba de la campiña.

—¡Tenéis que hacer algo! ¡Tenéis que hacer algo! —empezó a gritar Briac.

Aunque su compañero estaba inmóvil como una piedra y respiraba con tal suavidad que apenas podía apreciarse, Maud percibía la tensión que sentía el Mediano.

—¡Tenéis que ayudarme! —gritó Briac.

«Está hablando con nosotros —observó para sus adentros la Joven Dread—. No. Está hablando con el Mediano —se corrigió—. Estos dos tienen secretos entre ellos».

Y el Mediano atendió a su ruego. Movi6 ligeramente la cabeza para observarlo. Su cuerpo se puso en tensión, listo para acelerar.

—Señor —dijo la Joven formando esa palabra con enorme concentración—, como habéis dicho, solo estamos aquí en calidad de observadores.

Desde donde estaba pertrechado en el árbol, no podía pegarle y esa vez, ni siquiera pareció considerar esa posibilidad. Estaba concentrado únicamente en Briac.

En la campiña, el aprendiz enmascarado también se había dado cuenta de que Briac hablaba con los Dreads.

Se levantó y gritó al viento:

—Debéis...

Pero el resto de sus palabras quedaron ensordecidas por el inhumano chillido de su falsa voz. Intentó gritar de nuevo, pero sus palabras eran puro ruido. El aparato que transformaba su voz había dejado de funcionar.

—¡Si me apuñala no sé lo que podría contarle! —gritó Briac—. O qué podría averiguar... El libro...

La Joven tenía los ojos puestos en el Mediano. Estaba preparado para acelerar sus movimientos, con los pies al borde de la rama. El Mediano tenía miedo de lo que Briac sabía o de lo que podía revelar. «Y el libro». Maud recordaba ese libro y también al niño bajo el suelo.

El aprendiz se quitó algo del cuello y gritó con su propia voz.

—Debéis permanecer al margen. Tenéis vuestras reglas. ¡Él las rompió primero!

La Joven lanzó su vista hacia Briac. Su pierna y hombro heridos sangraban

abundantemente y era evidente que las fuerzas le iban abandonando. No cabía duda de que si esperaban demasiado moriría desangrado.

—Señor, tiene razón —convino Maud—. Briac fue quien robó el athame...

El Mediano entró en acción. La alcanzó desde el otro lado del tronco y la empujó de la rama, tirándola al suelo. Estaba a poco más de tres metros y superó la caída con facilidad, pero la reprimenda del Mediano era evidente. Lo miró desde el suelo. Tenía una ballesta en las manos cargada con una saeta.

—He tomado mi propia decisión —le dijo—. Y tú debes obedecerla.

—¡Ayudadme! —volvió a gritar Briac.

El Mediano soltó la saeta de su ballesta y uno de los hombres de John cayó de su caballo.

—Dispárales —ordenó el Mediano a Maud.

La Joven Dread se apresuró, con su propia ballesta ya en las manos y una saeta dispuesta casi instantáneamente. Dejó el asta volar y observó como impactaba en el hombro de otro de los hombres de John, tal y como era su intención, tirándolo al suelo.

El aprendiz y los hombres restantes —solo quedaban dos— estaban desconcertados. El Mediano soltó otra saeta al ver que uno de ellos intentaba huir al galope. Alcanzó al caballo y el hombre dio una voltereta.

El aprendiz ya solo disponía de un hombre. Ambos intentaron huir como pudieron, uno a pie y el otro, el que llevaba el perturbador, a caballo. La Joven Dread apuntó al aprendiz con su flecha. Podía matarlo fácilmente. Solo tenía que soltar la mano derecha. Pero, pese a lo que el Mediano dijera, esa no era su obligación. Antes le había impedido que ayudara al resto de los habitantes de la hacienda con la excusa de no interferir. Por esa misma razón, no podía obligarla a matar a John. Ya habían actuado demasiado. El chico, que ya se había convertido en un hombre, que corría por su vida, no era competencia suya.

El Mediano había corrido a campo abierto y arrastraba a Briac hacia los árboles. Se reunió con él al pie del bosque, con la ballesta colgada a la espalda. El Mediano, todavía en modo de velocidad extrema, soltó a Briac y se revolvió contra ella. La Joven esquivó su puño, pero él tenía una daga en la otra mano y ya se la había clavado en un lado del abdomen.

Maud se retiró, sintió como salía la hoja del cuchillo de su cuerpo y se llevó la mano a la herida. La sangre se deslizó entre sus dedos.

La mano de la Joven salió despedida y rajó el pecho del Mediano.

—No lo has matado —espetó este. Tenía la voz todavía acelerada, pero sus movimientos iban volviendo al ritmo sosegado de costumbre. Aunque le sangraba el pecho, ignoró la herida—. Tenías que haberlo matado.

La Joven Dread no contestó. Rasgó un trozo de su capa para detener la hemorragia de sangre que brotaba de su abdomen. Luego se anudó otro trozo a la cintura para sujetar el primero con fuerza. Notó como se debilitaba su cuerpo, pero el

viejo maestro le había enseñado que la debilidad no importaba. Que a pesar de todo se seguía adelante.

—Véndale el brazo —ordenó el Mediano.

Este se agachó para hacerle un torniquete por encima de la herida de bala que tenía en la pierna derecha. La Joven se arrodilló al otro lado y contuvo la hemorragia del hombro.

Briac estaba prácticamente a punto de perder la conciencia cuando terminaron. El Mediano se inclinó sobre él y le abrió un ojo.

—¿Dónde está el libro? —preguntó.

La sangre de su pecho goteaba en la camisa de Briac, pero él seguía sin prestar atención a la brecha.

—Está a salvo —musitó Briac—. Mientras lo esté yo.

—¿Dónde? —exigió saber el Mediano.

—A salvo...

Y tras decir eso, quedó inconsciente. El Mediano lo zarandeó violentamente, pero Briac no despertó.

Mientras observaba esto, la Joven Dread cayó al suelo. Lanzó su mirada hasta su propia herida y vio que manaba lentamente, en función de la velocidad a la que se conducía en ese momento. Sin embargo, cuando la apuñaló, la sangre salió a borbotones, al ritmo de sus movimientos de batalla. Vio un enorme charco que empapaba el suelo a su alrededor. La herida no importaba, pero si perdía la suficiente sangre su cuerpo simplemente dejaría de funcionar.

El Mediano estaba de pie sobre ella, rompiendo una tira de su capa al tiempo que hundía un pie mezquinamente en su herida. La miraba de la misma forma en que tantas veces lo había visto mirar a los pequeños e indefensos animales: como si se regodeara con su dolor. Maud no podía moverse, pero tampoco tenía intención de gritar.

El Mediano sacó el athame de los Dreads de un bolsillo de su capa. Era más pequeño que los otros, de más bella factura. La Joven, tirada en el suelo, vio el grabado en la base de la empuñadura: tres óvalos entrelazados. El Mediano sacó el delicado reanimador de su escondrijo, una ranura en la base del mango. La vibración inundó su interior cuando los hizo entrechocar.

El Mediano dibujó un círculo en el aire, cortó la tela del mundo y abrió una compuerta hacia el Allá. Abrazó a Briac y se lo echó al hombro.

—Ahora ya puedes morir, si quieres —dijo a Maud.

Luego atravesó el umbral de la anomalía con Briac en brazos y penetró en la oscuridad que había tras ella.

La Joven Dread vio al Mediano a través de la compuerta. Había soltado a Briac y estaba vendándose la herida sangrante del pecho con la tira que había rasgado de su propia capa. La Joven se aferró al suelo y se arrastró hacia la compuerta, cuyos contornos vibraban con la energía que fluía hacia el interior del «lugar». Pero su

cuerpo no aceptaba las órdenes. Apenas se había desplazado unos centímetros cuando los bucles de luz y oscuridad comenzaron a desvanecerse, se confundieron unos con otros y se dispersaron. Poco después, la anomalía había desaparecido, llevándose consigo al Dread Mediano.

Él había prometido no hacerle daño, pero el caos de la hacienda le proporcionaba la excusa perfecta. Cuando llegara el día de explicarle su muerte al maestro, podría decir que había sido causada por el ataque de John.

Dejó descansar la cabeza sobre la tierra. Sintió el frío suelo del bosque contra su mejilla. Sus ojos se cerraron, lentamente.

## Shinobu

Shinobu estaba casi al norte de la campiña, siguiendo el sonido de la voz distorsionada de John, cuando sus dedos palparon la inscripción de la empuñadura del cuchillo. Alzó el arma a la luz anaranjada de la casa incendiada más cercana y descubrió una serie de letras y números en la empuñadura. Pasó unos momentos examinándola hasta que consiguió distinguir las letras: «HK MMcB AMcB». Junto a estas habían cincelado delicadamente los números de un año cerca del extremo del mango.

Resiguió con un dedo las letras, como si no pudiera dar crédito a lo que veía.

HK MMcB AMcB

Y la fecha inscrita en el cuchillo era de seis años atrás.

«MMcB». «McB» era obviamente MacBain, su apellido. Y «MMcB» solo podía ser Mariko MacBain. Su madre. Y «AMcB», ¿sería por Alistair? ¿Y «HK»...?

Su padre no había querido apuñalarlo, sino entregarle el cuchillo por la empuñadura. Alistair, a pesar de los efectos del campo perturbador, había conseguido mantener el control de su mente para darle el cuchillo a su hijo. Con ese mensaje inscrito en él.

Su madre había muerto hacía siete años en un accidente de tráfico, pero ese cuchillo tenía sus iniciales y las de su padre junto a una fecha más reciente. ¿Sería posible que...?

«Oh, Dios», exclamó sin poder contenerse.

Había abandonado a su padre para que muriera de la peor forma posible. Se había negado a ofrecerle esa mínima muestra de compasión que se le daría a cualquiera, incluso a un enemigo. Se había comportado como un niño mimado en su propia cara. En ese momento recordó pequeños fragmentos de conversaciones que había tenido cuando era pequeño con su padre sobre la familia de su madre y lo comprendió todo.

«Tu madre es japonesa, Shinobu, pero su familia vive en Hong Kong desde hace mucho tiempo —le dijo Alistair en una ocasión que se quedaron solos, mientras paseaban por la costa de Corrickmore—. A veces te imagino allí».

Shinobu volvió a mirar las inscripciones del cuchillo. La imaginó llevando el

arma a alguna parte para hacerle el grabado. Imaginó a su padre recibiendo el regalo secreto, guardando el cuchillo consigo todos esos años como prueba de que ella estaba a salvo y no los había olvidado. ¿Era eso posible?

Volvió corriendo por donde había llegado, tapándose la boca para que no le entrara humo en los pulmones, pero el aire estaba más limpio en el bosque y entre los árboles podía desplazarse a mayor velocidad.

Encontró a Alistair en la falda de una colina, tendido en el suelo. Shinobu se arrojó de rodillas junto a su padre y se esforzó por ver las centellas del campo perturbador, pero había muy pocas y desaparecían con rapidez, incluso a la tenue luz de la luna. Puso las manos sobre el cuerpo de su padre con el corazón encogido y le dio la vuelta.

El gigantón estaba completamente inmóvil, con los ojos medio abiertos. Tenía severos cortes en la cara y una brecha enorme que sangraba en un lado de la cabeza, donde el cráneo se veía aplastado.

Shinobu le palpó el cuello, pero no tenía pulso. Alistair estaba muerto. Las últimas chispas del perturbador desaparecieron bajo su atenta mirada.

Normalmente, un hombre atrapado en un campo perturbador no puede conectar sus pensamientos durante el tiempo suficiente para poner punto final a la agonía. Pero la pequeña roca cubierta de sangre que había cerca de él contaba otra historia. Después de lo que parecían muchos intentos, Alistair había logrado golpearse la cabeza con suficiente fuerza contra la roca para acabar con su suplicio. Su padre consiguió hacer por sí solo lo que Shinobu se había negado a cumplir.

Se sentó sobre los talones, embargado por un remordimiento insoportable.

—Lo siento... —balbuceó—. Lo siento mucho... ¿Es verdad que ella estaba allí? ¿Todo este tiempo? Oh, Dios, no valgo nada...

Dejó caer la cabeza contra el pecho de su padre, paralizado momentáneamente por la vergüenza.

Las pisadas de caballo al otro lado de la colina recordaron a Shinobu que se encontraba en medio de una batalla y que su dolor tendría que esperar. Se apartó de Alistair y salió corriendo.

En la cima de la colina, ante la brillante luz de la luna que atravesaba un claro entre los árboles, tuvo una visión mucho más agradable. Un poco más abajo, al pie de la ladera, estaban Quin y Fiona, ambas montadas a lomos de Yellen. Cuando Shinobu apareció en la cima de la colina, Quin alzó la vista y le hizo señas. Luego se llevó la mano a la capa y sacó el athame. La luna se reflejó sobre él y pareció resplandecer sutilmente en su mano.

Shinobu sintió un ápice de esperanza. Podían huir de la hacienda juntos, en ese mismo momento. Bajó la colina hacia ellas.

—¡Quin! ¡Quin! ¡Estáis aquí!

Shinobu volvió la cabeza. Era John, que la llamaba con su voz real, y sonaba confundido. Iba a caballo, igual que el hombre del perturbador, y acababan de llegar

al pie de la colina.

John galopaba hacia Quin. Shinobu captó el momento en que sus ojos vieron el athame.

—Lo tienes tú —exclamó—. ¡Lo tienes, gracias a Dios!

Quin tiró de las riendas de Yellen y el caballo comenzó a recular. Parecía indecisa.

—No pasa nada —la tranquilizó John—. Estás a salvo. El athame está a salvo. Nos hemos encontrado. Creía que te habías marchado.

Quin miró a Shinobu, que seguía oculto entre los árboles a mitad de la subida para que John no lo viera.

«Quin quiere escapar —pensó—. Pero quiere hacerlo sin hacerle daño a John». Shinobu, después de lo sucedido con Alistair, no tenía tantos reparos.

—No puedo dártelo, John —le advirtió Quin con voz trémula—. Es mejor que no lo tengas. Lo siento, pero es mejor que no lo tengas.

Su mirada se cruzó con la de Shinobu de nuevo y este comprendió al instante lo que pretendía hacer. Se libraría de John usando el athame.

Antes de que este pudiera acercarse más, Quin tiró del bocado de Yellen, lo espoleó con los talones y marchó con su madre al galope.

—¡Quin, espera! ¡Escucha!

John espoleó al suyo para seguirlos.

—¡Ya no te hace caso! —advirtió Shinobu con cierto entusiasmo cruel. Tardó un instante en quitarse la ballesta de la espalda, colocar una saeta y dejarla volar.

La saeta no dio a John, pero sí se hundió en su montura y atravesó la carne del caballo, que reculó y emitió un alarido, cruzándose en la trayectoria del otro jinete. El hombre, desequilibrado por el peso del perturbador sujeto a su pecho, se tambaleó en la montura y estuvo a punto de caer.

Shinobu aprovechó ese momento para salir de entre los árboles y correr colina abajo hacia ellos.

A medio camino vio que John sacaba la saeta y recuperaba el control de su caballo herido. Tras eso, cabalgó hacia la campiña para atrapar a Quin.

Shinobu echó a correr de cabeza hacia el segundo hombre, lo alcanzó y lo derribó violentamente de su montura. El hombre cayó al suelo y quedó prácticamente aplastado por el peso del perturbador. Shinobu le rompió la ballesta en la cabeza, haciendo añicos la vieja arma.

—¡Esto es por Alistair! —gritó.

Luego saltó sobre la montura y fue en busca de John. Quin y Fiona iban por delante, atravesando la campiña con Yellen a toda velocidad. John fustigaba al caballo con las riendas y el animal dejaba un reguero de sangre por uno de sus blancos flancos.

Shinobu espoleó al equino y lo fustigó hasta que llegó a la campiña a toda velocidad. El caballo dio un acelerón y alcanzó a John. Estaban cabeza con cabeza. El

viento se había llevado el humo de la campiña y la luna brillaba sorprendentemente en el cielo.

—¡Solo quiero lo que me pertenece! —gritó John, todavía enmascarado.

—¿Y Alistair qué?

—¡No ha sido a propósito! ¡Por supuesto que no!

Shinobu estiró el brazo e intentó hacerlo caer del caballo. Pero, en lugar de desmontarlo, John tiró de él inesperadamente y le hizo perder el equilibrio. Shinobu le estampó una mano en el hombro para impedir la caída. Con la otra, intentó quitarle las riendas. John las agarró con fuerza, su caballo giró bruscamente y arrastró a Shinobu sacándolo de la silla. Este, con las piernas colgando al liberarse de su caballo, se enganchó al hombro de John férreamente y chocó contra él con todo su peso. Entrelazó una pierna con la de él para evitar la caída y se aferró con desesperación al arzón de la silla.

A pesar del traqueteo del caballo bajo su peso, Shinobu notó que las manos de John buscaban su pistola. Sentía ya su frío metal sobre el hombro. ¡John iba a disparar! Shinobu tenía la mano sobre el arzón y rozaba las riendas. Las enganchó con un dedo y tiró de ellas, haciendo girar la cabeza del caballo.

El animal reculó, giró sobre sí mismo y, a punto de caer, los arrojó a ambos al suelo y los hizo rodar por la pradera. La pistola se disparó sin herir a nadie. Tras esto empezaron a golpearse, como en una pelea de bar. Salvo que el brazo de John, el que sostenía el arma, estaba malherido. Se había hecho daño en la caída. Volvió a disparar con la pistola descontroladamente y Shinobu le propinó un puñetazo en la muñeca herida y notó que se rompía. John profirió un alarido al tiempo que soltaba el arma.

A menos de cincuenta metros, el hombre del perturbador corría hacia ellos por la pradera. Shinobu oyó el aullido del arma, dispuesta a disparar. Se levantó inmediatamente y corrió hacia Quin.

## Quin

Quin tiró de Yellen para que se detuviera, sintiendo un dolor punzante que recorría su pecho hasta adormecerlo. De repente, le costaba respirar.

Shinobu corría hacia ella a pie. Alzó el athame por encima de su cabeza y sacó el reanimador de su capa.

—¡Agárrate fuerte a mí, madre! —exclamó.

Veía como Fiona se abrazaba a su cintura, pero no sentía los brazos.

Shinobu solo había cubierto la mitad de la distancia que los separaba y John había vuelto a su caballo y empezaba a arrearlo. Estaba lesionado, pero su furia era desesperada. Quin sabía que no tenía más que darle el athame para acabar con todo. Estaba implorando su ayuda. Pero no podía hacerlo. Había herido a Fiona e intentado disparar a Shinobu, dos personas que jamás le habían hecho daño alguno. Y si era capaz de herirlos a ellos en su intento por conseguir la daga de piedra, ¿qué no haría cuando estuviera en su posesión?

—¡Agárrate, madre! —gritó, y espoleó a Yellen hacia Shinobu—. ¡Deprisa, Shinobu!

Consiguió golpear el athame con el reanimador a pesar del cansancio que recorría sus músculos.

Sintió crecer la vibración de la daga de piedra bajo el ruido que hacía el caballo de John galopando hacia ellos y su propia respiración dificultosa. Tenía mareos y los brazos parecían pesarle cientos de kilos, pero consiguió parar a Yellen. Lo agarró por las crines, se inclinó hacia delante y usó el athame para rasgar un inmenso círculo en el aire por delante de su caballo.

Shinobu casi había llegado. Tenía el pelo rojo manchado de ceniza y los ojos desorbitados de correr a toda prisa. John lo seguía de cerca.

Los bucles de luz y oscuridad empezaban a unirse y formar ante ellos un portal circular, cuyos bordes bullían con una energía que tiraba hacia su interior, hacia la oscuridad.

—¡Quin, no! ¡Por favor, espera! —gritó John.

Apenas sentía su pecho y la insensibilidad se extendía a los brazos. Notó una leve presión en la cintura cuando su madre se agarró con más fuerza. Quin picó espuelas sobre Yellen y el caballo saltó hacia delante, describiendo un arco alto y perfecto, como si saltara por encima de una valla. Atravesaron la abertura limpiamente, al

tiempo que los bucles comenzaban a suavizarse y deshacerse con un sonido siseante.

—¡Shinobu!

Intentaba gritar, pero su voz salía apagada. Shinobu estaba allí. Se arrojó a través de la anomalía que se cerraba tras ella. Los bucles blanquinegros eran ya como un río entrecortado que los transportaba a todos hacia la oscuridad. Quin volvió la cara a tiempo de ver a John, que se había quitado la máscara y seguía galopando hacia ellos. Su rostro se descomponía al mirarla a través de ese portal menguante, y curiosamente, en lugar de mirarla a la cara, tenía los ojos fijos en su pecho.

—Oh, Dios, no... Quin... —lo oyó decir.

Bajó la vista y vio una enorme mancha roja que se extendía funestamente por su camisa. La habían disparado.

Tras esto la anomalía se autorreguló y los alejó del mundo de la hacienda hasta que se sumieron en la oscuridad.

## Quin

Quin cayó del caballo y aterrizó en el vacío.

Su madre estaba con ella, en alguna parte. Quin notaba como Fiona palpaba a ciegas, intentando encontrarla en la oscuridad.

—No te veo... No te veo...

La voz de su madre sonaba extraña, como un calco agudo y estirado de su voz real.

Quin no sentía el pecho, pero sabía que esa insensibilidad no duraría eternamente y, cuando acabara, empezaría a agonizar.

Comenzaba a tener escalofríos y la respiración entrecortada.

—Me han disparado —susurró—. Tal vez sea mejor así...

—Calla, calla —dijo Fiona.

Había una gran confusión de brazos y piernas, como si hubieran entrado diez personas con ellos a través de la anomalía.

—John podría haberte matado... Todo ha salido mal...

—Calla, Quin. —La voz de Fiona sonaba lejos, pero estaba segura de que la mano que tenía en su estómago era suya—. ¿Qué ha salido mal? Estás aquí conmigo. Hemos escapado.

—He hecho cosas malas, mamá. Demasiadas. No puedo librarme de ellas.

«Una imagen clara de mi hogar, y allá adonde iré...». Quin oía a Shinobu entonar el cántico temporal. Estaba llegando.

Su propio sentido del tiempo estaba cambiando.

—¿Cuánto tiempo...?

—¿Cuánto tiempo de qué?

—¿... llevamos aquí?

—No lo sé —respondió Fiona a lo lejos.

Quin notó una mano en el brazo derecho y luego otra en el izquierdo. Incluso en la oscuridad supo que se trataba de Shinobu. Había cierta inteligencia y seguridad en la forma en que sus manos se desplazaron por sus brazos hasta alcanzar el athame y el reanimador. Empezaba a enfriarse mucho y él estaba caliente.

—No sé adónde ir —susurró.

—Yo sí —respondió Shinobu. Acercó su mano a ella—. ¿Podrás mantenerte despierta?

—No lo sé.

—Inténtalo. Tienes que intentarlo.

—Todo se ha fastidiado.

—Sí —convino él.

El tenue brillo del athame le permitió ver como ajustaba los diales y preparaba una nueva combinación de coordenadas.

Shinobu hizo entrecerrar el athame con el reanimador y Quin se vio envuelta por la vibración. Se le cerraron los ojos.

—Quin, no puedes dormirte, por favor. —Notó que la movía—. Fiona, agárrala por los pies. ¡Fiona!

Quin se obligó a abrir los ojos, vio la nueva anomalía y oyó su rumor. La estaban llevando en brazos. Cuando volvió a abrir los ojos, sintió el aire fresco en la cara. Estaban en el exterior, en algún lugar al aire libre y la brillante luz del sol le daba en la cara.

Estaba a punto de perder la conciencia. Oyó sirenas, voces en una lengua extranjera. Rostros asiáticos a su alrededor. Su pecho estaba inundado con un dolor caliente y rojo de una intensidad sobrecogedora.

Cerró los ojos durante un buen rato. Tras esto, la imagen de una tranquila habitación iluminada con velas y un hombrecillo de pelo cano con los ojos rasgados y un rostro brillante. El dolor empezaba a desaparecer. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Horas? ¿Días? Tal vez no se encontraba allí en absoluto, sino en el Allá. Se oía hablar a sí misma. Sus ojos no querían permanecer abiertos.

El hombrecillo estaba susurrando algo. Quin no estaba segura de entender lo que le decía. Parecía que tuviera los oídos tapados con algodón. Pero, a pesar de todo, se veía envuelta en una sensación de felicidad y luego volvió a perder la conciencia.

## Shinobu

Shinobu esperó a la noche, cuando el Bridge parecía más desierto. Había recorrido enrevesados pasillos y oscuras escaleras para llegar hasta allí. Al final había alcanzado las vigas exteriores y caminaba por el mismo borde como un gimnasta sobre una barra de equilibrios.

Veía el puerto y los cientos de miles de luces que había a cada lado del Bridge, más luces de las que jamás había visto en un solo lugar. El agua del mar brillaba junto a la costa y reflejaba el resplandor de los edificios, tan altos y esbeltos que parecían monstruosos juncos que se balanceaban delicadamente en la noche. Pero allí, bajo el Bridge, el agua estaba oscura.

Tenía la imagen de su padre grabada a fuego en la memoria: Alistair con los dientes apretados y el rostro retorcido de dolor, cubierto de sangre y arañazos por los cabezazos que se había dado contra el suelo. Una y otra vez, sentía como Alistair le ponía la empuñadura del cuchillo en la mano, intentando ayudarlo en su último destello de cordura. Y Shinobu no había hecho nada por él.

Todo era culpa de John. El ataque era culpa suya. Pero ¿quién podía culparlo por odiar a Briac? ¿Podía él culpar a John por atacarlos? No. Él habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar. También él había soñado con arremeter contra Briac.

En cambio, Alistair era su propio padre. Shinobu podría haber mostrado clemencia con él cuando más lo necesitaba y se había negado a hacerlo. Y lo había hecho por decisión propia.

Colocó una mano en una de las vigas de acero que había sobre su cabeza y se apoyó en ella, asomándose a las profundas aguas que corrían bajo el puente, llevadas por la marea. Sacó el reanimador, escondido entre su ropa, y lo arrojó a las profundidades lo más lejos que pudo. Después se desplazó por la estructura externa del Bridge, saltando de una viga a otra. Cuando le pareció haber llegado al mismo centro de la arcada del puente, sacó el athame. Lo lanzó a lo más alto del cielo nocturno dibujando una parábola y luego lo vio descender hasta que llegó al agua y desapareció inmediatamente de la vista.

«Que el océano se los lleve y se trague el recuerdo de esas centellas. Que se lo trague todo...».

Volvió a la carretera central del Bridge y se dirigió a casa del maestro Tan. Tras subir unas escaleras exteriores, miró por la ventana de la segunda planta. Quin yacía

sobre una camilla en una habitación iluminada por la luz de las velas, con el pecho envuelto en un complejo vendaje y agujas de acupuntura con incienso de hierbas en las puntas colocadas por todo el cuerpo. En otra habitación que había un poco más allá vio a Fiona, que dormía en un sofá con el cuello vendado.

Quin había estado muerta por un tiempo, estaba seguro. Cuando la llevaron al Bridge no respiraba, se había quedado fría. En ese momento tenía los ojos cerrados, pero sus mejillas estaban sonrosadas. Mientras la observaba, incluso le pareció que hablaba.

El maestro Tan estaba inclinado hacia la cabeza de Quin, diciéndole algo en voz baja. Shinobu empujó la ventana y deslizó el cristal unos centímetros arriba para poder escucharlo.

—Pequeña, pequeña —decía el maestro Tan con palabras que parecían sacadas de un sueño febril—, esto no es necesario. —Alisó con una mano las arrugas de preocupación que crispaban la frente de Quin—. Puedes olvidar si así lo deseas... Puedes olvidarlo todo. —Quin movió la cabeza de un lado al otro—. Olvidar es... tan simple como decidirlo, tan reconfortante como meterse en una cama caliente —murmuraba—. Pequeña, te has marchado y has vuelto. La reinención es el presente que puedo ofrecerte. —Quin volvió a fruncir el entrecejo—. Puedes tomar esa decisión en un instante, o esperar toda una vida. Puedes olvidarte de todo —susurró—. ¿Qué eliges?

Mientras Shinobu contemplaba la inquietud que surcaba su rostro, Quin murmuró algo al maestro Tan y sus facciones se relajaron. Al cabo de un breve tiempo pareció caer en un sueño natural.

¿Sería verdad eso? ¿Era posible borrarlo todo de la pizarra y empezar a escribir de nuevo? Shinobu se presionó la cara con las palmas de las manos, intentando sacarse de la cabeza la imagen de su padre tirado en el suelo del bosque con la cabeza sangrando.

Allí estaba Quin, su prima. ¡Prima lejana!, quiso siempre puntualizar. Debería permanecer a su lado. Tal vez cuando se recobrara sería capaz de verlo como él siempre la había visto a ella. Después de la noche en que habían sido nombrados Seekers quiso llevarla consigo, pero no lo hizo. Cada vez que la mirase, recordaría demasiadas cosas desagradables. Y la verdad era que ya no podía percibir en sí mismo a la persona que le habría gustado que Quin viera. Había acompañado a Briac en esas misiones por decisión propia. Había abandonado a su padre. Ya no era el mismo de antes.

Se marcharía. Cuando Quin se recobrara allí con el maestro Tan, Fiona y ella serían libres para desaparecer en el mundo, lejos, donde nadie, ni siquiera Shinobu, pudiera encontrarlas nunca.

—Adiós, Quin.

Susurró estas palabras y corrió escaleras abajo.

Salió apresuradamente del Bridge y se adentró en la noche de esa nueva y extraña

ciudad en la que su madre tal vez todavía lo esperase y donde quizá fuera posible comenzar una nueva vida.

INTERLUDIO

OTROS TIEMPOS Y LUGARES

## John

John se había quedado dormido en la cama pequeña. Se despertó al oír el estruendo. Había alguien haciendo mucho ruido en el salón. Un momento después se produjo otro estruendo, seguido de varios más, y luego oyó una palabrota. Era la voz que esperaba escuchar. ¡Su madre había llegado a casa!

John sacó sus pequeñas piernas de la cama y corrió hasta la otra habitación. Allí estaba su madre, de pie en medio del salón. Frente a ella había una cómoda tirada, con los cajones fuera y su contenido esparcido por el suelo.

Se fijó en estos detalles solo de pasada, porque había algo mucho más importante que llamaba su atención: sangre. Sangre por todas partes. Por un momento pensó que podía ser pintura, pero no lo parecía. Era más... real. Tenía los pantalones manchados de arriba abajo. Se había formado un charco a sus pies y los papeles que habían salido de los cajones estaban salpicados. Su pelo castaño, atado en una cola, también estaba manchado de rojo.

—¡Mamá! —gritó el niño, demasiado asustado para acercarse a ella.

Catherine interrumpió un momento su frenética búsqueda en los cajones.

—John...

Estaba tan sorprendida de verlo que tardó varios segundos en moverse. Se quedó mirándolo con el entrecejo y la boca fruncidos.

John centró su atención en el corte que veía en la parte superior de su pierna izquierda. Tenía los pantalones rotos y se había atado una tira de tela alrededor de la herida, pero seguía sangrando. Por todas partes.

—Cariño... —susurró su madre—. ¿Qué haces aquí?

—E... encontré esta dirección. Estaba en un bolso que tenías en casa.

Fue hacia ella y luego se detuvo. Era probable que estuviera enfadada con él.

Su madre siguió con el ajeteo, buscando entre los papeles que había esparcidos por el suelo. Sus dedos apresaron un libro grueso con las tapas de cuero. Se quedó mirándolo, como si una vez encontrado no supiera qué hacer con él.

—No tendrías que estar aquí —dijo, más a sí misma que a John.

Esas palabras le hicieron sentirse mal. Había ido al apartamento por su propia cuenta para darle una sorpresa.

A su madre le costaba un esfuerzo tremendo respirar. Avanzó hacia él dando tumbos y se arrodilló para ponerse a su misma altura y mirarlo a los ojos. Cuando lo

agarró por sus pequeños hombros, el fuerte olor metálico de la sangre penetró en su nariz. Era aterrador.

—Deberías estar en el *Traveler*. A salvo.

—Que... quería verte. Te fuiste hace mucho. Y estás herida.

No estaba seguro de que su madre lo escuchara realmente. Había girado la cabeza para escuchar otra cosa, tal vez a otra persona. O puede que simplemente estuviera pensando en algo.

—Llegarán dentro de poco. ¿Cuánto tardarán? ¿Lo conseguiremos?

John sabía, a pesar de tener solo siete años, que hablaba consigo misma y no esperaba respuesta. Su madre guardó el libro de cuero en la cintura de los pantalones de John y se levantó como pudo.

—Ven —dijo cogiéndolo de la mano—. No puedo llevarte a casa, pero sí cerca. Encuentra a un policía. Dile el nombre de tu abuelo. Tienes que mantener este libro a salvo. Maggie sabrá dónde hay que esconderlo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó tirándole de la mano en un intento de que lo mirara a los ojos—. Tenemos que ir al médico, ¿no?

Catherine se sacó algo de la chaqueta. Parecía una daga, pero estaba hecha de piedra. Comenzó a girar los diales de la empuñadura. Luego se detuvo y entornó los ojos como si no pudiera ver bien la daga a pesar de tenerla delante.

—¿Puedo hacer una cosa? —preguntó John.

Catherine miró la brecha que tenía en la pierna izquierda. Se había formado otro charco a los pies de John. Fue entonces cuando él se percató de que no había sangre en la entrada del apartamento. El caos empezaba y acababa en el centro de la habitación.

Su madre perdió el equilibrio y cayó con todo su peso sobre una de sus rodillas.

—No, no, no... —murmuró.

Se apoyó en los hombros de John e intentó levantarse, pero sus piernas ya no obedecían. Se había quedado sin fuerzas. John no sabía cómo ayudarla y estaba al borde de un ataque de pánico.

—No puedo llevarte conmigo —susurró ella finalmente—. Podría arriesgarme por mí, pero no puedo correr el riesgo de abandonarte en el Allá.

Lágrimas calientes brotaban de los ojos de John y caían al suelo, junto al charco de sangre.

—Por favor, mamá. ¿No podemos ir a ver a un médico? Ellos tienen vendajes y esas cosas. Pueden curarte la pierna.

Su madre había quedado postrada sobre el parquet. Apenas parecía capaz de mantener los ojos abiertos. Se deslizó hasta él, le quitó el pelo de la cara con sus manos ensangrentadas y se acercó cuanto pudo.

—Solo tengo unos minutos. Averiguarán adónde tienen que seguirme. No tardarán mucho.

Se llevó las manos a la cabeza, esforzándose por pensar.

—Lleva el libro allí —le dijo señalando un armario que había en la pared—. Mira en ese aparador.

John se sacó el libro de piel de la cintura del pantalón con manos temblorosas y atravesó la habitación. Al fondo del armario había una caja fuerte con la puerta de metal abierta.

—Ponlo dentro y ciérrala. El botón rojo la asegura. Él querrá encontrarlo... Así tendré algo con lo que negociar...

Su madre se desvanecía.

John hizo lo que le pedía y metió el libro en la caja fuerte. Volvió junto a su madre. Apenas respiraba entrecortadamente.

—Necesito que hagas... exactamente lo que te digo. Rápido. ¿Podrás?

John asintió.

—Buen chico. En ese banco... hay una puerta. Yo no puedo tocarla o dejaré rastros de sangre... Ve y ábrela. Espera... los zapatos. —Le miró los zapatos, que estaban milagrosamente limpios de sangre—. Vale. Ve y ábrela.

John caminó hacia el largo banco que había a un lado del salón y levantó el pesado panel que le servía de asiento. Había un espacio debajo con la forma de un ataúd que contenía diversos trastos: cojines, herramientas, una manta.

—¿Quieres que me meta ahí dentro? —preguntó John.

—Ahí no... Debajo. Hay otra puerta. Busca con la mano... una palanquita pequeña. Si la empujas se desliza.

John palpó el interior del asiento. Sus pequeños dedos localizaron la palanca oculta. La empujó y el fondo del ataúd se deslizó varios centímetros hacia la pared.

—Deja las cosas encima, si puedes —dijo.

Se metió dentro del banco y se apretujó para entrar por la puerta del fondo. Debajo de esta había otro espacio que bastaba para ocultar a un adulto.

—Ahora ciérrala —le apremió Catherine.

John empujó las almohadas y las otras cosas a un lado para que no quedaran atrapadas en la puerta. Luego se agachó y cerró el panel que quedaba encima de él. Le preocupaba quedarse a oscuras, pero se dio cuenta de que podía ver. Había unas pequeñas ranuras en la base del banco y a través de ellas se veía el salón.

Su madre estaba tendida en el suelo a varios metros de distancia. Tenía los ojos abiertos, sin expresión. Su pecho subía y bajaba. Al cabo de un momento cerró los ojos, sacó fuerzas de donde no tenía y se apresuró a acercarse un poco más a él. John veía su cara a través de las ranuras.

—Hay una palanca detrás de ti —explicó—. Sirve para cerrar el banco.

John se dio la vuelta y palpó la pared. Tocó una pieza de metal plana con los dedos y la presionó. El pesado asiento se cerró de golpe y oyó un golpetazo sobre su cabeza.

Catherine cogió la daga de piedra del suelo y la sostuvo en alto para que John la viera bien. Respiraba de manera extraña, como si el aire no llegara a entrar bien en

sus pulmones.

—Mamá, por favor, ¿por qué no vas al médico? —preguntó. A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, John lloraba de nuevo—. Yo me quedaré aquí, si eso es lo que quieres.

—Necesito que me escuches con mucha atención. —Se interrumpió para respirar—. ¿Ves esta daga?

—Sí, madre.

—Se llama athame. Repítelo para que lo recuerdes: «Adzami».

—«Adzami», susurró John.

—Esto te pertenece por derecho de nacimiento, John. Ha pertenecido a nuestra familia desde... cientos... puede que miles...

Hizo una pausa, intentando respirar. Tardó un buen rato en proseguir.

—A lo mejor puedes contármelo después de ir al médico —sugirió John.

Para entonces ya había mucha más sangre alrededor de Catherine que cuando se había metido en su escondrijo. John se acercó más a las ranuras de madera del banco y su pie tropezó con algo. Estiró el brazo y sintió un metal frío y suave. Había una especie de casco en el suelo del refugio. Lo echó a un lado para poder acercarse al máximo a las rendijas.

—Somos una familia antigua. Nos han traicionado... Asesinado... robado... —Volvió a interrumpirse—. No hay tiempo, maldita sea... Maggie tendrá que explicártelo. —Inclinó la daga de piedra hacia él—. Nos la robaron, la perdimos durante un siglo... Yo la recuperé. —Acercó más el athame hacia él—. ¿Ves esto? —dijo señalando la empuñadura.

Había un animal diminuto grabado en la piedra.

—Un zorro —dijo John, reteniendo la palabra en su garganta.

—Un zorro. Nuestro símbolo. Con el athame... nos da poder sobre la vida y la muerte. —Rio quedamente, lo que interfirió en sus intentos por respirar—. Excepto ahora... Ahora significará mi muerte.

—Mamá, por favor...

—Tú sí tendrás el poder de la vida y la muerte, John. Tú decidirás. Ellos me han... traicionado... Creen que somos... pequeños y débiles, impotentes..., fáciles de matar... ¿Somos fáciles de matar, John?

—No —susurró.

—No. El athame te permitirá... decidir... Ahora se lo llevarán, pero tú lo recuperarás.

—¿Cómo voy a...?

—Les haré aceptar... un trato... Briac. Briac Kincaid. Repite este nombre.

—Briac Kincaid —repitió en voz baja.

—Estaba con otras personas hace un momento, así que creo que habrá... testigos. Lo obligaré a prometer... que te eduque..., si tú se lo pides. Cuando pronuncies tu juramento él tendrá que contarte... todo lo que quieras saber. Todo, John. Pero antes

tienes que pronunciar tu juramento. Y ser lo bastante fuerte para poder recuperarlo.

—¿Qué es mi juramento?

—Ya lo sabrás. El libro... Yo sé más que ellos... Más que esos dos. —Estaba sonriendo—. Es tan valioso como la daga si se pone en las manos adecuadas. Ahora tendré que darle este libro, pero tú tendrás que volver a encontrarlo, y también... Hemos escrito... Un millar de años... Estoy tan cerca... —Se vio obligada a detenerse. John advirtió que, aunque su madre respiraba, no parecía hacerle ningún bien hablar. El charco de sangre se hacía cada vez más grande. Se preguntó cuánta sangre podía contener un cuerpo. Al final, continuó—: Tu juramento y nuestro athame, el del zorro. Prométemelo...

—Lo prometo —dijo.

—Repítelo, John.

—Lo prometo. Mi juramento y nuestro athame, el del zorro.

Sus lágrimas brotaban ya libremente. Las oía golpear la madera a sus pies.

Catherine dejó caer el athame al suelo. Su pecho se elevaba y bajaba con rapidez.

—No debes tener miedo a actuar... Tienes que estar dispuesto a matar...

—¿Qué quieres decir?

—Es necesario hacerlo... para sobrevivir... A veces por el dinero... como hice yo para conseguir el *Traveler*... Son muertes insignificantes... Otras tendrán más importancia... para que paguen por esto —dijo señalando hacia el enorme charco de sangre que se extendía a su alrededor—. Haz lo que tengas que hacer. Sin tener piedad de nadie, ¿me entiendes?

—Sí —dijo con la voz rota.

—Nuestra casa resurgirá de nuevo, y las otras caerán... tal como debió suceder hace ya tiempo. —Cada vez hablaba más bajo. Hasta que su voz se convirtió en un susurro—. Cierra los ojos.

—¿No puedes ir al hospital...?

Una vibración, grave y penetrante, sacudió la habitación. John la sintió en el estómago.

—Están llegando —advirtió Catherine, cerrando sus propios ojos—. No hagas ruido... veas lo que veas. Dile a Maggie lo que ha pasado. —Su voz se desvaneció y a John le pareció que se había quedado dormida. Luego se reanimó—. Prométemelo. John. Ni un ruido.

—Lo prometo —susurró.

Catherine sonrió.

John se enjugó las lágrimas con la mano y advirtió la mancha roja que tenía en la manga a la tenue luz que entraba por las rendijas. Seguramente su madre había teñido su mejilla de sangre.

La vibración creció hasta que lo envolvió por completo. Después llegaron voces de la nada. A pesar de que la puerta principal no había sido abierta, vio pies de diferentes personas caminando por el salón. La vibración disminuyó y le permitió oír

las voces de dos hombres. Uno de ellos hablaba de manera extraña y espaciada, el otro con brusquedad e impaciencia. No veía sus caras, pero uno de ellos se detuvo frente a Catherine y John se fijó en sus botas: gruesas, de piel vieja con suelas de seguridad y las puntas reforzadas con hierro. John pensó que eran las botas de un asesino.

Las piernas y pies del segundo hombre quedaban al otro lado de la habitación, y apenas podía verlo. Pero había otros zapatos cerca, mucho más pequeños, hechos con un cuero suave de otros tiempos. Parecían pertenecer a una chica, pero quienquiera que fuera su propietario no llegó a decir palabra, simplemente se arrodilló sobre el suelo, dándole la espalda a John, y comenzó a vendar las heridas de su madre. La pequeña figura volvió la cabeza en una ocasión y John vislumbró sus ojos bajo un casco de piel. Le preocupaba que lo hubieran visto, así que apretó fuertemente los párpados con la esperanza de volverse invisible. No pudo evitar llorar. Se llevó un brazo a la boca para enmudecer el sonido.

Una voz de hombre preguntaba:

—¿Dónde está?

Su madre respondía. Su respiración era jadeante, pero hablaba con amabilidad.

—Allí. Puedes forzar la caja fuerte y destruirlo o hacerme una promesa... Ante estos testigos.

John oyó una nueva voz al otro lado de la habitación, procedente del suelo, que pertenecía a otro hombre.

—Yo seré tu testigo, Catherine —se ofreció.

Sus palabras sonaban forzadas, como si el que hablaba sufriera un gran dolor.

John se atrevió a abrir los ojos durante un momento, con la esperanza de ver quién había hablado. Vislumbró una figura grande con el pelo rojo tirada en el suelo, que se sujetaba el pecho con las manos como si estuviera gravemente herida. Entonces la silueta más pequeña se colocó justo delante de John. Era la chica de nuevo. Cerró los ojos con fuerza y se pegó a la pared trasera de su escondite.

Su madre habló durante un rato, tan bajito que John no pudo distinguir las palabras y luego se oyó un chirrido agudo cada vez más fuerte y un estallido. Era un sonido horrible, así que se tapó los oídos con las manos. Al cabo de un rato, cuando abrió los ojos, vio luces de colores danzando alrededor de la habitación. Luego volvió a cerrarlos y procuró hacerse tan pequeño y silencioso como pudo.

Pasaron muchas horas hasta que finalmente salió del banco y de aquel apartamento vacío con el suelo ensangrentado. Desde allí, aquel niño de siete años sin madre, y con una promesa que pesaba como una losa, recorrió las calles de Londres de regreso al *Traveler*.

## Maud

Estaban jugando a policías y ladrones. A Maud le tocaba salir corriendo de la cola de los niños en la plaza del pueblo y ser perseguida por otro. Maud gritó y corrió a través del barro. Al volver la vista vio que su perseguidor era el chico alto que cojeaba, Michael. A pesar de su lesión en el pie, era muy rápido. Balanceaba las piernas con un estilo de correr propio y, como las tenía muy largas, podía seguirla sin problemas mientras ella se zambullía en los charcos y cruzaba los profundos surcos que dejaban los carros.

Los quince niños restantes empezaron a dispersarse por la plaza del pueblo y los callejones adyacentes, y sus perseguidores intentaban tocar al ladrón al que perseguían y obtener un prisionero para su equipo.

Las piernas de Maud a la edad de siete años se movían tan rápido como podían, pero en la parte baja de la plaza, llena de barro y excrementos de animales, aquello no bastaba. La falda de su vestido, que antes era de color muy claro, estaba cubierta de porquería y hojas que volaban por toda la ciudad en esa mañana de otoño.

Se atrevió a echar una ojeada atrás y descubrió que el chico que cojeaba se había detenido. Había perdido un zapato en el lodazal e intentaba volver a meter el pie dentro sin pisar el suelo. Maud se escondió en un callejón, corrió diez pasos y luego anduvo de lado por el diminuto pasaje que llevaba hasta la taberna. Allí siguió avanzando lentamente con la espalda pegada a la pared.

Oyó que el chico llegaba al callejón. Intentó mantener los ojos cerrados, creyendo que eso la ayudaría a pasar desapercibida, pero cuando los pasos se acercaron no pudo resistir echar un vistazo. Michael pasó de largo por la entrada a su pequeño pasaje.

—Maudy, ¿dónde estás? —le oyó gritar desde un poco más lejos—. Aquí ya no vale. El patio de la cárcel se acaba aquí.

Maud sonrió y se adentró más en el callejón trasero. Este la llevaría a otra calle y desde allí podría volver a la base sin que la cogieran, y sin salir de los límites del patio.

—¡Maudy! —gritó el chico de nuevo—. ¡Eso no vale!

Su voz sonaba más lejos. Había continuado por el callejón principal y cuando ella saliera por la otra parte estaría demasiado lejos para poder cogerla.

El olor de los animales impregnaba su olfato a medida que avanzaba por el oscuro

y embarrado pasillo. A su izquierda el diminuto pasaje llevaba a un patio empedrado detrás de la posada, donde había varios caballos atados. Hacía semanas que no retiraban los excrementos y el olor era penetrante. Maud pasó a hurtadillas por la entrada al recinto con la intención de colarse en el oscuro pasaje que había tras él, pero algo llamó su atención.

En la parte trasera de la posada había una habitación que daba al callejón. La persiana de la ventana estaba medio abierta y oyó voces que discutían en el interior.

—No creas que harás cambiar al Viejo de opinión —decía una de las voces—. Ha habido otros Jóvenes antes que tú, pero yo sigo aquí.

Maud quedó intrigada. La voz de ese hombre sonaba cruel, lo cual la asustó, pero también parecía extranjera y eso la atrajo. Hablaba su propia lengua, pero lo hacía de un modo curioso.

—No puedes evitar que hable con mi propio maestro —repuso otra voz mucho más joven—. Los dos hemos pronunciado el mismo juramento.

—¡Juramento! —espetó el mayor, prácticamente escupiendo la palabra—. Alargado, así es como estoy. Desde hace más años de los que se pueden ya contar.

«¿A qué se referirá con “alargado”?». ¿Es que era un hombre largo y delgado? ¿Lo habrían puesto en el potro de tortura? La curiosidad pudo con Maud. Se acercó más. Poniéndose de puntillas podía ver a través de la rendija que quedaba entre la persiana y el muro de piedra. La habitación estaba a oscuras, casi tanto como el callejón en el que ella se ocultaba, pero distinguía las caras de ambos hombres. Aunque a ninguno de ellos parecían haberlo alargado.

—Estuviste con una mujer —dijo el joven—. Te vi. En la habitación de arriba.

El joven también hablaba raro. No tenía acento de extranjero, pero su voz era muy pausada, como si lo tuviera pensado todo de antemano y las palabras salieran de su boca a un ritmo continuo.

—A nadie le importa lo que vieras —repuso el mayor.

—Nos apartamos de la humanidad para no enturbiar nuestro juicio. Eso dice nuestro juramento. El Viejo tendrá noticias de esto.

El más joven hizo ademán de salir al patio de los establos, pero el mayor se interpuso en su camino y le cerró el paso. Aunque hablaban despacio, sus movimientos eran tan rápidos que Maud no sabía cómo habían cruzado la habitación tan pronto. Tuvo que deslizar los pies un poquito para no perderlos de vista. Un nudo de la madera se había desprendido de la persiana y solo tenía que desplazarse a su izquierda para verlos a través del agujero dentado.

—El Viejo no tendrá noticias de nada —dijo el mayor, poniendo un brazo sobre la puerta que debía de dar al patio de los establos.

—Déjame pasar —le advirtió el joven.

—Pasarás cuando yo te lo permita.

El mayor tenía algo brillante en la mano que no estaba allí un momento antes. Maud creyó que sería un cuchillo, pero ¿de dónde había salido? Se percató de que el

más joven también tenía un puñal en la mano. Las armas habían aparecido como por arte de magia.

—¿Qué pasó con el Joven anterior a mí? —preguntó el pequeño, oponiendo su cuchillo al del hombre mayor—. Fue cosa tuya.

—Ah, ¿sí? —respondió el otro—. Tú no estabas presente. El Viejo tampoco estaba. ¿Quién sabe?

Los cuchillos entraron en acción. Desde la posición de Maud fue como ver una maraña de brazos y el brillo de las hojas de sus puñales parpadeando una y otra vez. Uno de los cuchillos pareció desaparecer en el interior del pecho del más joven.

Tras eso el chico cayó al suelo. El mayor le puso una mano en la espalda para evitar que hiciera mucho ruido al caer.

Una vez en el suelo el joven susurró:

—Lo he puesto por escrito. Todo.

Habló en voz tan baja que Maud tardó un momento en comprender lo que había dicho.

El hombre mayor lo zarandó rudamente por la camisa.

—¿Qué has puesto por escrito? —preguntó.

—Muchas cosas de ti —respondió el chico en voz incluso más baja—. Otros sabrán de qué pasta estás hecho...

El mayor lo zarandó con más fuerza.

—¿Dónde?

El chico esbozó una sonrisa, pero ya no pronunció más palabras. Se había quedado mirando fijamente al mayor, y Maud comprendió que el chico había dejado de respirar.

Maud quedó sobrecogida. Había visto a varios muertos en su corta vida. A veces, durante el invierno, los pedigüños morían de frío en la plaza del pueblo o por los caminos. Pero era la primera vez que presenciaba cómo moría un hombre. Maud se percató de que había hecho demasiado ruido y se agachó tan rápido como pudo para ocultar su cabeza.

Apenas hubo pasado un instante y ya tenía al hombre allí, justo encima de ella. Había cruzado la habitación en un abrir y cerrar de ojos y estaba de pie ante la persiana. Maud podía oírlo respirar.

Los postigos se abrieron. Maud cerró los ojos en un intento de hacerse invisible y pegó todo su cuerpo a la pared, como si pudiera meterse dentro de la piedra. Había un ancho alféizar bajo los postigos. Lo notaba ahí, sobre su cabeza. ¿Sería lo suficientemente ancho para ocultarla a su vista? Maud no estaba segura de ello. Notaba el barro húmedo de su falda y sus brazos, que hacían de ella poco más que una mancha borrosa en ese callejón apenas alumbrado. Tal vez no pudiera verla.

De improviso, el hombre se apartó de la ventana. Maud no esperó a ver cuál sería su próximo movimiento. Se puso en pie de golpe y pasó por aquella diminuta calleja, tan estrecha que se veía obligada a caminar de lado. En su carrera tiró varios cubos

con comida para los cerdos que había tras la tienda del carnicero, desatando a su paso una tremenda barahúnda de ruidos metálicos y gritos de animales. Maud salió corriendo, aterrorizada de que la persiguiera aquel hombre, arañándose los brazos con las paredes.

Al fin consiguió llegar a una calle más ancha y llena de gente. El camino estaba tan embarrado que los pies se le hundieron hasta los tobillos, pero no le importó. Giró al llegar al fondo y sintió alivio al ver que la plaza del pueblo estaba igual de llena que antes. Se perdió entre la muchedumbre que deambulaba ante la carnicería y tiraba de carros que llevaban a los puestos del mercado.

Al pasar por delante de la posada una mano la agarró del hombro. Al girarse, descubrió, muerta de miedo, al hombre al que había visto en la habitación de atrás. Llevaba puesta una larga capa, pero su cara era la misma.

—Tú —espetó el hombre. Maud se quedó paralizada. Esperaba que apareciera un cuchillo en sus manos de un momento a otro—. Tráeme agua. Quiero lavarme.

Aquel hombre la había confundido con una de las sirvientas de la posada. No iba a apuñalarla. Se desembarazó de él y corrió a través de la plaza.

Momentos después otra mano volvió a agarrarla. Maud cerró el puño y lo lanzó contra su agresor. Su puñetazo alcanzó a Michael, el cojo, en plena cara. El chico cayó de espaldas en un charco lleno de barro.

—Te he cogido limpiamente, Maudy. ¡Eres mi prisionera! —exclamó mientras se revolvía en el barro e intentaba ponerse en pie.

—Está bien —accedió ella, contenta de ver a su amigo—. Soy tu prisionera.

Lo agarró de la mano y lo ayudó a levantarse.

Caminaron juntos hasta el otro extremo de la plaza, donde la mayoría de los niños se preparaban para jugar otra ronda de policías y ladrones. El chico cojo la llevó triunfalmente junto a los demás. Estaba tan contento de volver con una prisionera que no le importaba el puñetazo en la cara.

Semanas más tarde, cuando ya casi había olvidado lo sucedido en la posada, los hombres y los cuchillos, sus padres la hicieron salir de casa para dar la bienvenida a una visita honorable. Esa mañana la habían bañado en una bañera con agua caliente y llevaba un bonito vestido bastante incómodo en el que su madre y la sirvienta la habían embutido con gran dificultad. Incluso le habían hecho trenzas con cintas en el pelo.

El padre de Maud era primo del señor de esas tierras, el barón, y su familia vivía en una casa de piedra grande en lo alto de la colina desde la que se avistaba el pueblo. Aunque Maud solía escaparse para jugar con los pueblerinos, sabía perfectamente que no era uno de ellos. Maud, por ejemplo, sabía leer, algo que la mayoría de los niños del pueblo jamás llegarían a hacer.

Tenía la sensación de que, precisamente por su educación, se marchaba entonces bajo la tutela de ese visitante. Era el año de nuestro Señor de 1472 y entonces era bastante común instruir a los hijos fuera. Su hermano mayor se había ido a recibir su

educación con los monjes y su otro hermano era escudero de su primo el barón, que vivía en el castillo que se veía a lo lejos en la colina, tras el ancho río.

Normalmente, las chicas eran enviadas a servir a grandes damas en parajes lejanos, pero estaba claro que el visitante no era representante de ninguna gran casa. Llevaba una simple túnica, como un monje, atada a la cintura. Encima, una larga capa que parecía contener numerosos bolsillos interiores, todos llenos de objetos cuyos extraños contornos se apreciaban a través del paño. Y era viejo. Maud, con siete años, no discernía muy bien cuánto y tampoco le preocupaba mucho. Para ella era suficiente saber que tenía el pelo largo surcado de canas y una barba que le llegaba hasta el pecho.

El padre de Maud no era afectuoso con nadie y todos en la casa, incluida ella, lo temían. Sin embargo, trataba al viejo vestido con una simple túnica como si fuera de la realeza. Llamó a los sirvientes para que llevaran vino y comida, le ofreció una cama, y luego más vino.

El viejo respondió a todos los ofrecimientos con cortesía, pero solo aceptó tomar una sencilla comida. Cuando los presentaron, toda su atención se centró en Maud. Ella decidió que lo que más le gustaba de él eran sus ojos. Captaron su esencia con solo mirarla. No veían solo la ropa, los zapatos y el pelo, que, al fin y al cabo, eran cosa de su madre, sino que veían algo en su interior. Tenía el rostro muy serio, pero sonreía con la mirada.

Al principio, Maud se negó a marcharse con él y quedó asombrada y agradecida al ver la vergüenza que pasaba su padre. El viejo visitante no discutió con ella. En lugar de eso, una flor apareció inesperadamente en su mano. Ella no vio cómo había llegado a su mano, pero ahí la tenía, como por arte de magia, y se la regalaba.

Maud quedó trastocada durante un instante, pero solo duró un instante. La flor olía bien y el hombre se la puso detrás de la oreja. Antes de que se diera cuenta ya estaba bajando por el camino con sus pertenencias en un hatillo que él mismo llevaba colgado al hombro. Cuando se dio la vuelta vio a sus padres en lo alto del camino, observando su partida. Normalmente su padre siempre estaba enfadado con Maud por su comportamiento y por primera vez le pareció que estaba orgulloso de ella.

—Volveréis a ver a vuestros padres —dijo el hombre al darse cuenta de que miraba atrás—. Os lo prometo. Los veréis muchas veces durante los próximos años.

Hablaba de un modo extraño. Sus palabras parecían salmos o poemas, y a Maud algunas le sonaban raras, como si hubiera aprendido a decirlas de manera diferente a ella. Al principio esto la había incomodado pero ya empezaba a acostumbrarse.

—¿Cuándo volveré a verlos? —preguntó.

—Pronto —prometió él—. Y pasado un tiempo, si no os gusta vivir conmigo, podréis volver con ellos. Así que, como veis, no hay nada que temer.

—¿Cómo habéis hecho aparecer esa flor?

—La tenía en el bolsillo.

—No os he visto sacarla del bolsillo. Al principio no estaba en vuestra mano y

luego ha aparecido.

—Ah. Veo que sois muy observadora. Eso me gusta —dijo él con un brillo en sus afectuosos ojos—. Puedo moverme con rapidez cuando quiero.

—Pero ¡si no os habéis movido en absoluto!

—Me he movido. Muy rápido. Y lo mismo haréis vos, cuando yo os enseñe a hacerlo.

Maud sonrió al oír eso. Cuando lo conoció entendió que su intención era darle una educación. Sospechaba que sería mucho más interesante que la que habían planeado para ella sus padres, que ponían especial énfasis en la costura y los instrumentos musicales.

Caminaron durante un rato en lo que Maud sintió como un silencio muy agradable.

—Espero que me guste vivir con vos —dijo al cabo de un rato.

Sin embargo, cuando conoció a su compañero de viaje, esas buenas sensaciones se desvanecieron. Casi había conseguido olvidar lo del hombre y la taberna. Y en ese momento lo tenía a su lado. Acababan de presentárselo como acompañante y profesor. Los crueles ojos de aquel hombre se posaron en ella. Tras eso hizo un gesto afirmativo al viejo, pero no le dirigió ni una palabra de bienvenida.

Por un momento fue presa del pánico. ¿La reconocería de cuando había ignorado su orden de llevarle agua frente a la posada? ¿La reconocería del callejón? Pero, aunque la hubiera visto, entonces estaba muy sucia, vestía ropas viejas, y no creía que ese hombre reconociera a los niños individualmente. Probablemente para él todos los niños eran iguales.

—Tendremos que cuidar muy bien de esta Joven —dijo el viejo al otro con su voz inalterable.

El otro se echó una bolsa al hombro y emitió un gruñido por toda respuesta, y así continuaron su camino.

Maud cogió de la mano al viejo y le consoló sentir que se la apretaba con fuerza. Tenía entendido que antes eran tres. El viejo, el mediano y el joven al que había visto en la posada. Habían pasado a llamarla a ella «la Joven». Era la sustituta de ese chico, que a su vez había sustituido a otro.

No se atrevió a mirar al Mediano durante todo el camino. Si era cierto lo que había dicho en la posada, hubo varios jóvenes antes que ella y todos habían acabado muertos. Se le ocurrió la idea de huir, regresar a casa, pero eso podría hacerle sospechar y animarlo a perseguirla. Además, no quería separarse del viejo.

Este, tal vez presintiendo su cambio de humor, se acercó a ella y comenzó a hablarle de nuevo.

—Ahora, pequeña, si vais a quedaros con nosotros, habéis de saber que nos apartamos de la humanidad. ¿Por qué? —Se golpeó un lado de la cabeza—. Para no enturbiar nuestro juicio. Temednos, tiranos y malhechores.

Esas mismas palabras había dicho el joven en la posada. Maud miró de reojo al

otro, pero este no daba muestras de estar escuchando su conversación.

—Al principio —comenzó el viejo con una sonrisa en los labios—, estaba el rumor del universo...

## John

—¡No estoy llorando! —protestó John, hundiendo aún más la cara entre la montaña de ropa.

—Vamos, John, sal de ahí —dijo Maggie con delicadeza al otro lado de la puerta del armario.

—No estoy llorando —repitió sintiendo cómo la bufanda azul de su madre absorbía sus lágrimas.

La puerta del armario resonó ante los intentos de Maggie de entrar. Se agarró a las pertenencias de Catherine, que lo rodeaban en la oscuridad. Había conseguido cerrar la puerta haciendo cuña por debajo con una bufanda de su madre, pero Maggie estaba consiguiendo abrirla y empezaba a entrar luz.

Se tapó la cara con la tela. Oyó que ella empujaba la puerta y pronto sus manos lo cogieron por debajo de los brazos y lo alzaron. Cuando abrió los ojos John se encontró con su arrugada cara, mientras ella se arrodillaba frente a él dentro del armario de su madre.

—No estoy llorando —susurró otra vez, a pesar de que notaba la humedad de sus mejillas.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó, echando una ojeada a la pila de cosas que había amontonadas en el suelo—. ¿Son las pertenencias de tu madre?

Había bufandas, sombreros, fotografías y cosas pequeñas que antes estaban colocadas en las estanterías. Eran los objetos que más le recordaban a Catherine.

—Estaban metiéndolas en cajas. ¡Querían llevárselas!

—John...

—El abuelo me ha dicho que no podía seguir viendo tanto sus cosas. Yo he chillado y le he saltado encima de un pie. Le he dicho que se fuera al infierno.

Maggie lo cogió de los hombros con más firmeza. Sus dulces ojos ya no lo miraban con tanta dulzura.

—Tu abuelo te quiere, niño —dijo.

—No me quiere.

—John, sabes que te quiere. —Lo zarandeó un poco para asegurarse de que prestaba atención—. No quiere verte triste durante tanto tiempo. Ha pasado un año. Está preocupado por ti.

—Quiere hacerla desaparecer.

—No. Le preocupa que quieras ser como ella. No quiere perderte también a ti.

—Pero ¡yo seré como ella, yaya!

—John, no puedes llamarme así. Aquí no, no si quieres que sigamos juntos. Te lo conté para que supieras que tienes más familia. Pero nuestros lazos de sangre son secretos.

—Lo siento. No lo diré más.

—No soy tu abuela realmente.

—Eres la abuela de mamá.

—Soy más vieja que eso, niño. Ven.

Lo cogió de la mano y lo sacó del armario. John dejó que lo sentara sobre la antigua manta escocesa bordada que tenía encima de la pequeña cama en su habitación de sirvienta del *Traveler*, que estaba situada en la cubierta de abajo, donde el motor rugía constantemente.

Había varias imágenes de castillos enmarcadas en las paredes. Algunas eran fotografías; otras, bellos dibujos a carboncillo. Maggie caminó hasta la primera y la descolgó. Era una fotografía en blanco y negro de una fortaleza con torres redondas bajas y un muro parcialmente en ruinas.

—¿Dónde está ese castillo, Maggie? —preguntó.

—Pues resulta que está en Francia. Pero para mí ese castillo solo es un recordatorio de lo que hay detrás. —Se sentó en la cama con él y dio la vuelta al marco. Quitó la tapa con cuidado. Ocultas entre un trapo y la propia imagen había un montoncito de fotografías. Las manos de Maggie temblaron ligeramente cuando las sacó y las colocó del revés encima de la cama—. Eres más joven de lo que a mí me gustaría para esto, John. No te lo enseñaría ahora si no fuera tan necesario que lo supieras. —Comenzó a darles la vuelta a las fotografías una a una sobre la manta escocesa—. De los primeros años no tenemos fotografías, pero las que conservamos cuentan lo suficiente de nuestra historia.

Al principio, John no entendía esas imágenes en blanco y negro. Le parecían completamente caóticas. Pero luego todas ellas cobraron sentido en su cabeza a la vez. Eran retratos de la muerte. Personas muertas en habitaciones destrozadas. No era la muerte que salía por la televisión. Era mucho peor, mucho más funesta.

En las fotografías se veía a un hombre, una mujer y cuatro niños con ropas que parecían tener más de un siglo de antigüedad. Tenían cortes. Les habían practicado un gran número de incisiones profundas y meticulosas.

El hombre y la mujer parecían pegados a la pared con pegamento, con la cabeza caída hacia delante. Cuando John miró de cerca vio los largos cuchillos que sobresalían de sus hombros, unos cuchillos que les habían hincado hasta traspasar la carne y la pared que había tras ellos.

En las fotografías no se veía nada rojo —ni de ningún otro color—, pero había algo en la calidad de ese blanco y negro que permitía imaginar el color carmesí intenso de esa sangre que manaba de sus heridas hasta caer al suelo. Los cuatros

niños no estaban ensartados a la pared, sino que yacían en posiciones agónicas, con la ropa rasgada por los cortes y enrojecida con su propia sangre. El más pequeño no debía de tener ni cinco años. Estaba tirado boca abajo junto a sus hermanas y la sangre alrededor de su cabeza formaba un oscuro halo.

En un trozo limpio de la camisa blanca del más pequeño había algo dibujado con un dedo mojado en sangre. Era la figura de un animal.

—¿Quiénes son? —preguntó John.

Maggie cogió una fotografía en la que se veía detalladamente al más pequeño.

—El pequeño sobrevivió —explicó—. Lo encontramos... El fotógrafo descubrió que todavía respiraba. Era un milagro, aunque quedó inválido para el resto de su vida. Este era tu tataratatarabuelo, John.

John no podía apartar la vista del niño, más pequeño incluso que él mismo, tirado en el suelo junto a la falda de su hermana.

—¿Esto es un oso?

—Sí. Es el símbolo de la casa del hombre que los asesinó —respondió.

—Nosotros somos el zorro —susurró John.

—Sí, somos el zorro.

Había más fotografías ocultas en otros marcos. Maggie las cogió una a una y le hizo mirarlas. Las imágenes eran un museo del horror que avanzaba en el tiempo hasta que las fotografías que vio fueron en color. Eran tíos lejanos, bisabuelos, primos de todas las clases. La mayoría salían jóvenes en las fotografías, muertos de formas terribles: apuñalados, disparados, estrangulados, ahogados. En muchas de ellas había un animal dibujado con sangre en una de las víctimas.

Los rostros empezaban a hacerse borrosos, pero al final llegó a una joven a la que John reconoció. Sus ojos azules estaban aterrados y se agarraba con las manos una herida abierta en el estómago.

—¿Es... es mi madre? —preguntó.

—No, hijo, pero se parecen mucho, ¿verdad? Era la hermana mayor de tu madre, Anna.

A pesar de la brecha que tenía en la mejilla, la chica era hermosa y se parecía tanto a Catherine que a John le costaba mucho creer que no fuera ella.

—Lo grabó —añadió Maggie en voz baja—. Tengo la película. Quiero que la veas.

Maggie sacó una fina pantalla de vídeo oculta en uno de los marcos y la puso sobre el regazo de John. Dio un golpecito a la pantalla y apareció una imagen. Seguramente estaba grabada con un móvil desde el suelo, medio escondido bajo una cama, pero la imagen era lo suficientemente clara.

John no quería verla, pero fue incapaz de volver la cabeza. Vio a la hermana de su madre, arrastrándose por el suelo mientras un joven de pelo moreno se interponía entre ella y la cámara. Las palabras del hombre se perdían entre los gritos de la chica, pero sus acciones no dejaban lugar a dudas. Practicaba lentos y horribles cortes sobre

ella de espaldas a la cámara. En una ocasión miraba a su derecha, hablaba excitadamente con una persona en otra parte de la habitación y algunas de sus palabras eran audibles: «... no escuché... está furioso...».

Al final la chica se quedó en silencio. Cuando el hombre se apartó John vio lo que le estaba haciendo. La había desangrado a través de la incisión practicada en el vientre. Y había dibujado una forma en la camisa con su propia sangre: un carnero.

John apartó la vista, sobrepasado, pero había más. Las últimas fotografías eran de una habitación que conocía. Se trataba del salón de su madre, tal y como lo había visto por última vez. El enorme charco de sangre se extendía por el suelo, formando una mancha donde había estado su cuerpo. Eso ya lo había visto cuando escapó de esa habitación. Pero no había visto la forma animal dibujada en la esquina del charco de sangre reseca: un carnero.

La oscuridad empezó a cernirse en torno a él y le entraron náuseas. Se quedó acurrucado en la cama de Maggie hecho un ovillo, hasta que al cabo de un rato ella lo sacudió por el hombro.

—Incorpórate, John —dijo.

Su voz era amable, pero firme, y John hizo lo que le ordenaba. Maggie se arrodilló para ponerse a su altura. Siempre le había parecido una señora muy mayor, pero en ese momento no se la veía ni vieja ni joven, sino simplemente embargada por la emoción.

—Han intentado reducirnos a la nada, John. Solo estarán contentos cuando hayamos desaparecido.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Las otras casas. Nosotros somos el centro y el origen de los Seekers. Quieren hacernos desaparecer. Han intentado aplastarnos durante cientos de años.

—A mí también me matarán, ¿verdad? —preguntó, con los ojos inundados de lágrimas.

—Seguro que lo intentan en cuanto tengan oportunidad.

John se puso a llorar.

—Llora todo lo que quieras —repuso Maggie—. Pero las lágrimas son un paso hacia la muerte. Tu madre escogió otro camino. ¿Comprendes su camino?

John miró las fotos extendidas sobre la cama y luego miró a Maggie. Asintió.

—Pronunciar mi juramento —respondió—. Recuperar el athame y hacerles pagar por lo que nos han hecho. Encontrar su libro, porque ellos se lo llevaron cuando...

—Sí —accedió Maggie—. Todo eso. Pero ¿por qué? —John la miró, sin saber qué contestar—. Algún día, con el athame y el libro, John, destruirás las casas que nos han hecho daño. Y pondrás las cosas en su sitio. Serás como éramos al principio: poderosos, pero buenos.

Se quedó sentado en la cama en silencio durante un rato, pensando en aquel hombre de pelo moreno que había asesinado a la hermana de su madre. No era la primera vez que lo veía. Ya había visto sus botas en el salón de Catherine, antes de

que esas luces de colores y el horrible aullido agudo acabaran también con ella.

—Tienes ocho años, John. Eres demasiado joven, pero eso es irremediable. Elegir el camino de tu madre significa que tendrás que crecer muy rápido. Tienes que estar dispuesto a...

—Hacer lo que tenga que hacer —finalizó él—. Incluso matar. Lo sé.

—Es fácil decirlo. Pero habrá muchas cosas que intenten apartarte del camino. El odio es una de ellas y el amor es otra. Los dos están en todas partes y ambos son peligrosos.

—Parece que todo sea peligroso.

Maggie sonrió.

—Para ti sí.

—Ya he elegido, Maggie —le dijo—. Se lo prometí a mi madre. —Asintió hacia las fotografías—. Y a todos ellos.

Su voz le sonó diferente, como si hubiera envejecido en los últimos minutos.

—Muy bien, John. Ahora tienes que escuchar lo que te diré de tu abuelo. —Lo cogió de la mano y lo obligó a mirarla—. Él quería a tu madre; la necesitaba. Ahora ella no está, y tu padre, tampoco. Tú eres todo lo que tiene. Es un hombre débil y quiere mantenerte a salvo.

—Prometí que empezaría mi entrenamiento...

—Lo harás. Convenceremos a Gavin. Por ahora, déjale disfrutar teniéndote cerca. Su posición, esta casa, te protegerán mientras seas pequeño. Si traje a tu madre a esta familia fue por una razón. —Señaló las fotografías que había encima de la cama y luego le sujetó la cabeza con ambas manos y la juntó con la suya—. John, tu abuelo cree que es fuerte, pero no lo es. Así que no lo molestaremos con nuestros planes secretos. ¿Lo entiendes? Haremos nuestros planes en privado.

John asintió con seriedad. Lo entendía.

—Nuestros planes son secretos —dijo.

—Mientras tanto, le pediré que traiga instructores al *Traveler* para que te enseñen a luchar. ¿Quieres que hagamos eso?

John asintió de nuevo. Se le iban los ojos hacia las imágenes de muerte que yacían sobre la manta escocesa. Sería bueno aprender a defenderse.

Maggie volvió a inclinarse hacia él y susurró:

—Y hay otro secreto más. Tú quieres a tu abuelo y tu abuelo te quiere a ti. Pero si eso cambiara algún día, tenemos una forma de controlarlo...

—El chico quiere disculparse con usted, señor.

John estaba ante la puerta de las dependencias de su abuelo, sosteniendo una gran caja con las pertenencias de su madre en las manos. Maggie estaba detrás de él. Cuando Gavin sonrió y se hizo a un lado para dejarle pasar, John notó que ella le apretaba el hombro.

—Siento haberte dicho esa palabrota, abuelo —susurró—. Comprendo que no puedo estar mirando las cosas de mi madre todo el tiempo.

—No pasa nada, John —repuso Gavin, sentándose en el pequeño sofá que había junto a la chimenea. John se sentó junto a él y dejó a sus pies la caja con las pertenencias de Catherine. Gavin le puso una mano a su nieto en la cabeza y se aclaró la garganta como solía hacer, con ese sonido carrasposo—. Tu madre me ha dado mucho, John. Yo quiero que la recuerdes. —Su abuelo lo miraba con cariño—. Pero cuando te quedas todo el día mirando sus cosas me preocupo. Tú no... tú no tienes que hacer lo que hacía ella. Esas cosas peligrosas. Ella restauró nuestra fortuna. Ya está hecho. Podemos sobrevivir sin arriesgarnos a perderte.

John alzó la vista hacia el viejo y asintió, como si estuviera de acuerdo.

—Lo entiendo —susurró.

Gavin lo atrajo hacia sí y se quedaron sentados un rato mirando el fuego tranquilamente. Pero los ojos del chaval no tardaron en desviarse hacia la caja abierta que descansaba en el suelo. Encima de todo se veía una foto de su madre y él. En la imagen estaban sentados en el suelo de la habitación de Catherine en el *Traveler* y ella lo rodeaba con sus brazos. Sus ojos lo miraban desde la fotografía, y John tuvo que reprimir las ganas de llorar.

Se levantó del sofá y empujó la caja hacia su abuelo.

—Quédate con esto, abuelo, por favor.

Gavin miró dentro de la caja, cogió la fotografía y examinó las otras pertenencias de Catherine.

—Deberías quedártelas, John. Son pocas cosas.

—No —susurró el niño—. Tienes razón. No debería mirarlas tanto. No quiero estar triste y enfadado todo el tiempo.

—¿No te gustaría guardar la fotografía al menos? —le preguntó.

—Quizá cuando sea mayor. Ahora la llevo aquí dentro —respondió llevándose una mano al pecho—. Como tú llevas a mi padre.

—Sí, como yo llevo a tu padre —murmuró Gavin.

Él no tenía fotografías de su hijo Archie a la vista. Archie, que había muerto antes de poder casarse con Catherine, antes de que naciera John. Gavin decía que le costaba mucho llevar una vida normal cuando veía fotos de su hijo. John lo entendía. También él tenía que seguir adelante con su vida, una vida llena de peligros que requeriría toda su atención.

Gavin cerró la caja y guardó la foto de Catherine. Pero John sentía que ella seguía estando con él, que su hermana mayor también estaba con él, que todos aquellos que habían sido torturados y asesinados seguían estando con él. Los llevaba a todos en su interior.

## Quin

«Al principio estaba el rumor del universo».

Shinobu y Quin se habían sentado con las piernas cruzadas en el suelo del granero de entrenamiento. Alistair, tras arrastrar hasta allí la vieja pizarra, se plantó delante de ella, con todo el aspecto de profesor que podía tener un corpulento guerrero escocés. Había empezado bien, poniéndose unas gafas bajo el pelo rojo y despeinado. Sin embargo, también llevaba una ajustada camiseta de entrenamiento sin mangas que dejaba a la vista sus enormes brazos. Se había puesto unos pantalones de profesor que usaba de vez en cuando. Se había esmerado en planchar la raya que recorría ambas perneras, pero el efecto quedaba neutralizado por el hecho de que Alistair iba descalzo.

El gigantón repitió:

—Al principio estaba el rumor del universo. —Miró a sus pupilos—. ¿Qué significa esto?

Shinobu levantó la mano.

—¿Sí, muchacho?

—La vibración de todas las cosas —respondió Shinobu.

Quin alzó el brazo.

—¿Sí, muchacha?

—Toda la materia del universo vibra —dijo Quin—. Átomos, electrones, incluso las partículas más pequeñas.

—Correcto. Bien los dos.

Alistair separó sus inmensos brazos del pecho, cogió un trozo de tiza y comenzó a dibujar un átomo. Hizo demasiada fuerza y rompió la tiza dos veces antes de terminar el dibujo. Quin sonrió.

—No te rías de mí, niña —le advirtió de buen talante—. Harás que me sienta mal, ¿no te parece? Bueno. ¿Qué es un rumor, sino una vibración? Cuando algo vibra necesita al menos dos dimensiones, ¿verdad? Al menos de arriba abajo y de lado a lado. ¿Estáis de acuerdo?

Quin y Shinobu asintieron, impresionados por la cantidad de palabras que pronunciaba Alistair, que normalmente decía las mínimas. Tal vez esa lección fuera tan emocionante para él como para ellos, de ahí sus esfuerzos por parecer académico. Se volvió y dibujó una onda de vibración en dos dimensiones.

Quin sorprendió a Shinobu mirándola. Habían cumplido ambos los catorce el mes anterior y, aunque llevaban años practicando combates, Briac no les había dado permiso para comenzar la instrucción en particular con Alistair hasta entonces. Eso significaba que creía que conseguirían tomar los votos. Briac los veía lo suficientemente buenos para ser Seekers. Quin, emocionada por ellos dos, sonrió a Shinobu.

Alistair se aclaró la garganta.

—Hijo, si ni siquiera puedes concentrarte en la lección, a lo mejor deberías decírselo, ¿no?

—¿El qué, señor? —preguntó Shinobu, sorprendido.

Apartó la vista de Quin rápidamente.

Ella se quedó mirándolo y vio que se sonrojaba y parecía encogerse. Supuso que el padre de Shinobu lo había cogido soñando despierto con una de las muchas chicas que conocía en Corrickmore. Eso explicaría la mirada inexpresiva que le había dedicado los últimos minutos; su cabeza estaba en otra parte. Era tan guapo que no le sorprendía que hubiera tantas chicas detrás de él. Quin levantó la mano para darle tiempo a recobrase.

—¿Cómo lee usted la mente, señor? ¿Y por qué yo no puedo?

—¿Cómo leo la mente? No lo hago en absoluto —contestó Alistair—. Mi hijo lleva escrito claramente en la cara lo que está pensando. No hace falta leerle la mente. —Se quitó las gafas y limpió la montura cuidadosamente con el borde de la camiseta imperio poniendo cara de académico—. ¿Por qué no puedes tú leer la mente? La respuesta es que tal vez sí puedas hacerlo.

—La verdad es que no, señor.

—Tal vez puedas, chica, pero no sabemos si llegarás a hacerlo. Puede que ocurra de repente, en cualquier momento antes de que seas mayor, cuando entrenes la mente como hacemos ahora. —Volvió a ponerse las gafas y Quin se percató de que no llevaba lentes, solo eran para aparentar—. Cuando seas adulta, sabrás si puedes hacerlo o no. Yo no puedo. Tu madre, Fiona, se dio cuenta de repente de que podía cuando era niña. De la noche a la mañana podía leer la mente como si fuera un libro. Pero creo que ya no tanto.

—Todavía lo hace, señor —aportó Quin—. Sobre todo cuando pienso cosas que no quiero que sepa.

—Ah, por supuesto. Ahora, si las mejillas de mi hijo han dejado de arderle, podemos continuar con la lección. Decidme, ¿puede algo vibrar en tres dimensiones? —Ambos coincidieron rápidamente en afirmar que así era—. ¿Y en cuatro?

Shinobu alzó la mano.

—Ah, muchacho, esta sin duda te la sabes. ¿Cuál es la cuarta dimensión?

—El tiempo, señor —respondió.

Esto obviamente lo habían estudiado antes, pero todavía no tenían claro su importancia.

—Correcto. Una piruleta para el maestro MacBain después de clase. Que podrá compartir, si así lo desea. —Al decirlo, miró a Quin con picardía y Shinobu volvió a sentirse incómodo. Alistair continuó. Dibujó en la pizarra un cubo en tres dimensiones y lo atravesó con una larga flecha—. El tiempo. Toda vibración sucede a través del tiempo. Pero el universo tiene algo muy extraño...

—¿Más extraño que un hombre con una camiseta imperio y pantalones de vestir, señor? —preguntó Shinobu.

Quin dejó de sonreír. Desde la muerte de la madre de Shinobu, Alistair había tenido que ejercer de padre y madre para él, de modo que le dejaba hacer bastante el tonto. Pero nunca se sabía si se lo permitiría en el transcurso de una clase.

Por suerte, Alistair sonrió y suspiró profundamente.

—¿Es que no tienes ningún respeto? Es mi camiseta imperio de los domingos, ¿no? Atentos, por favor. Hay algo extraño en el universo. Las vibraciones de los átomos, de los electrones y de partículas más pequeñas incluso no cuentan exactamente. Les pasa algo raro, ¿verdad? Hasta que entendemos que vibran en otras dimensiones que no vemos en nuestro entorno. —El corazón de Quin se aceleraba de la emoción. Alistair iba a decirles algo importante. Podía presentirlo—. Tenemos las tres dimensiones que vemos y la que sentimos: el tiempo. Pero hay más. Escondidas entre las vibraciones más pequeñas del universo, hay otras dimensiones. Estas se deslizan a través de nuestras propias dimensiones como hilos móviles conectados entre sí. —Se volvió hacia la pizarra y dibujó algo parecido a hilos entrecruzados que formaban un trozo de tela—. Sí, y el tiempo se mueve de esta forma, ¿lo veis? —Señaló la larga flecha recta que había dibujado antes—. Pero ¿entonces? —Se encogió de hombros—. Tal vez el tiempo no sea tan sencillo. ¿Y si pudiéramos desplegar esas dimensiones ocultas? ¿Y si pudiéramos abrirlas y meternos dentro de ellas? ¿Qué sensaciones tendríamos? ¿Adónde nos llevarían?

Ambos estudiantes se quedaron en silencio un momento, mirando a Alistair y su sencillo dibujo.

Al final, Quin preguntó:

—¿Podemos hacer eso realmente, señor?

Alistair soltó la tiza y, sonriendo, cruzó sus enormes brazos sobre el pecho.

—Eso es todo por hoy.

SEGUNDA PARTE

HONG KONG

*Dieciocho meses después*

## Puerto de Victoria

El diminuto sumergible se desplazaba por las profundidades del puerto, fotografiándolo todo. Se movía en zigzag, lo que le permitía cubrir poco a poco toda la superficie del fondo. Todas las mañanas emergía a la superficie para recargar sus baterías al sol y transmitir las fotografías a la costa. Después volvía a sumergirse y continuaba recorriendo el fondo marino.

En tierra firme esas fotografías eran revisadas por unos ordenadores que las cotejaban con las demandas de los clientes y determinaban si ahí abajo había algo interesante. En un puerto tan antiguo como el Victoria y en una ciudad tan grande como Hong Kong, siempre había algo interesante bajo el agua.

Aquel día, cuando el sumergible salió a la superficie cabeceando sobre la estela de un barco enorme, transmitió, entre cientos de imágenes, una fotografía de un estilizado objeto de piedra enterrado prácticamente por completo en la arena. A simple vista no significaba nada, pero se veía lo suficiente para que un ordenador lo relacionara con una extraña petición que alguien había hecho desde el otro extremo del mundo.

## Quin

El agua descendía a gran profundidad bajo sus pies y estaba muy fría. Cerca del fondo, donde nunca penetraba el sol, se volvía completamente negra. Había algo depositado allí que se movía. Quin sentía como emergía desde la oscuridad de las heladas simas abisales y ascendía poco a poco. A medida que ascendía se movía a mayor velocidad, hacia aguas cada vez más claras. En breves momentos saldría a la superficie. Después continuaría su ascenso, atravesaría las vigas del Bridge, remontaría sus distintos niveles uno a uno hasta llegar a la habitación donde se encontraba y la rodearía por completo. Ya estaba allí, envolviéndola y arrastrándola hacia el océano, donde acabaría ahogándose.

—¡Nos vamos!

Quin se despertó.

Estaba tumbada en una cama, cerca de una pequeña ventana redonda. Sus ojos se pasearon por la habitación sin poder reconocer nada. En una de las paredes había un cartel del cuerpo humano en el que se mostraban los puntos de acupuntura y los reflejos musculares. Junto a él, un calendario con un dibujo de un dragón chino. Veía un armario abierto con ropa oscura lisa colgada. Al lado de este, un esqueleto de medicina con una cinta en la cabeza y una bata azul puesta y sobre él fotografías de personas que le resultaban totalmente desconocidas.

Al mirar hacia arriba vio que el techo era bajo. Había un mapa en él que cubría prácticamente toda la superficie. Mostraba, al estilo de los viejos grabados, una ciudad muy poblada que cubría toda una isla y se extendía a través de la península cercana. Se trataba del mapa de la ciudad de Hong Kong. Su nombre estaba escrito en el centro con letras historiadas.

Sobre el mapa, entre el barrio de Kowloon, en la zona peninsular, y la isla de Hong Kong se distinguía un gran puente. «Ahí es donde estoy», recordó. Estaba allí, en su habitación, en la casa que compartía con su madre, en el Transit Bridge, que era un mundo en sí mismo y conectaba Kowloon con la isla de Hong Kong, en la ciudad del continente asiático del mismo nombre. Ese era su hogar en ese momento. Tal vez siempre lo había sido.

Estiró el cuello para mirar por la ventana. A través de ella se veían los altos edificios que había al otro del Puerto de Victoria y debajo sus grises aguas, que huían arrastradas por la marea. Observar la corriente la dejó un poco mareada. Al parecer

era por la mañana.

—Estabas gritando algo.

Su madre la miraba desde el umbral de la habitación. Fiona llevaba un vestido de seda brillante, con su pelo rojo recogido en un elaborado peinado que enmarcaba su piel de porcelana y sus ojos azules. Se quedó dudando si entrar o no, resplandeciente de belleza. Al cabo de un rato, se sentó en la cama cautelosamente junto a su hija, como si temiera que esta fuera a morderla. Quin advirtió que los movimientos de su madre eran seguros y gráciles, lo que significaba que aún no había empezado a beber.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona—. Decías que querías irte, o algo parecido. — Quin cerró los ojos, sintiendo aún el mareo. La sensación del sueño seguía afectándola, esa cosa que subía sin parar...—. ¿Te encuentras bien? —repitió. Fiona le tocó la frente con su mano, fría. El sueño se desvaneció y se le pasaron los mareos. Recuperó la conciencia de sí misma y abrió los ojos—. Eso es —dijo sonriendo.

Quin quería que su madre le quitara la mano de la frente. ¿Cuándo se habría lavado las manos por última vez? Todos esos hombres con los que Fiona alternaba, las drogas que tomaba en los tugurios, todo lo que su madre tocaba estaba concentrado en esa mano, partículas de otras personas y lugares que entonces manoseaban a Quin. Solo de pensarlo, le entraban ganas de vomitar.

Se volvió hacia el lado de la ventana y dio la espalda a Fiona, haciendo que la mano resbalara de su frente.

—No te voy a pegar nada, Quin —dijo Fiona con calma.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. —Su madre se levantó y volvió al umbral—. Tengo una entrevista. Volveré a la hora de comer. Si te apetece podríamos comer juntas.

Al ver que Quin no respondía, Fiona se volvió y salió de la habitación.

«Ahora lo llaman “entrevistas”», pensó Quin.

—¡Son entrevistas! —gritó su madre desde la escalera—. Como las de cualquier otra mujer de negocios.

Instantes después sonaron las campanitas de la puerta principal, indicando que Fiona había salido de la casa.

Quin cerró los ojos y se tapó la cabeza con la manta. Se quedó así varios minutos, pero no pudo volver a dormirse. De todas formas, tampoco estaba segura de querer seguir durmiendo. Tal vez ese sueño continuara persiguiéndola.

Notaba el lugar donde la había tocado su madre. Ahí estaban esas diminutas partículas en su piel. Aunque no se vieran, Quin podía sentir las.

Tiró las mantas al suelo y fue al baño, donde pasó varios minutos lavándose la cara y las manos, evitando mirarse el brazo izquierdo, como siempre hacía. Cuando consiguió por fin sentirse limpia, se puso una camiseta de manga larga. Se la remangó un poco por las muñecas y se miró en el espejo.

—Quin —dijo, como quien practica su propio nombre.

Su pelo moreno era largo ya y se la veía más pálida que nunca, ya que pasaba casi

todo el tiempo entre las sombras del Transit Bridge. Sus ojos negros parecían de alguien mayor de dieciséis años, pensó.

Le quitó la cinta del pelo al esqueleto que había en un rincón de su habitación y se la anudó a la cabeza. Le quitó también la bata y se la puso. La bata y la cinta en el pelo eran su distintivo como sanadora. A sus dieciséis años, era joven para ejercer esa profesión, y obviamente todavía era una aprendiz. Pasó la vista por las fotografías que había colgadas en la pared. Las reconocía. Eran sus pacientes. Había hecho algo bueno por cada uno de ellos. Había tenido mucha suerte al recibir ese puesto. En su modesta forma, hacía un bien al mundo.

Acercó su frente al huesudo cráneo del esqueleto y le dijo:

—Hoy ayudaré a alguien. Si tengo suerte ayudaré a muchos. Si tengo mucha suerte, ayudaré a...

Llamaron a la puerta de abajo e interrumpieron su ritual matutino.

Antes de llegar a la mitad de las escaleras, ya estaban llamando otra vez, con mayor insistencia.

—¡Voy! —gritó en chino.

—¡Emergencia! —exclamó la voz también en chino desde el otro lado.

Era una de las pocas palabras que Quin identificaba perfectamente. Abrió la puerta y encontró a una mujer asiática de unos cuarenta años que llevaba un niño en brazos.

—¡Emergencia! —gritó la voz de nuevo, esta vez en inglés al ver su rostro occidental.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Quin al tiempo que le quitaba al niño de los brazos y lo llevaba a la trastienda.

Una vez allí, tumbó al niño en la camilla que había entre las altas estanterías con hierbas chinas y las agujas de acupuntura que todavía estaba aprendiendo a usar.

—Ha sido algún tipo de droga —explicó la mujer. Su acento era prácticamente imposible de detectar, casi como si el inglés fuera su lengua nativa. Estaba aterrorizada, pero hablaba claramente, no era de esas personas que pierden el control con facilidad—. Su hermano mayor... habrá dejado algo en un cajón. Akio lo ha encontrado y se lo ha tragado. No sé lo que era. Tal vez Shiva, puede que opio incluso...

La Shiva era una de las drogas que corrían por todos los antros que había en los bajos fondos del Bridge.

—¿Sabes que solo soy una aprendiz? Deberíamos llamar a mi profesor, el maestro Tan.

—Vengo de allí —repuso la mujer—. El maestro Tan estará fuera esta mañana. Su madre me ha indicado cómo llegar.

Quin podía imaginarse perfectamente a la anciana y diminuta madre del maestro Tan enviándole a esa mujer. Vivían apenas a tres casas de distancia, pero eso no significaba que fuera el mejor sitio para llevar al chico. La mujer se había quedado

mirando a Quin, como si buscara algo oculto en ella.

—Por favor...

Quin ya estaba examinando el cuerpo inanimado del niño, los ojos, sus uñas, el color de la piel, todos los lugares en los que el maestro Tan le había enseñado a reconocer los indicios. Resultaba raro, el niño tenía la misma cara de su madre, pero su pelo era de un tono rojizo. Tal vez no fuera la primera vez que veía algo parecido, quién sabía. Le insertó rápidamente tres agujas: una en la cabeza, otra en la muñeca y otra en el tobillo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ha ingerido la droga?

—Media hora, más o menos —respondió la mujer.

—Lo mejor sería que lo lleváramos al hospital... —comenzó a decir Quin.

—¿Quin?

—¿Sí?

La mujer asintió para sí.

—Quin, el maestro Tan confía en ti. Su madre lo dijo. Así que yo confío en ti, Quin.

Resultaba extraño el modo en que la mujer repetía su nombre, exactamente de la misma forma que lo había hecho ella unos minutos antes en el cuarto de baño. La mujer tomó a Quin por los hombros.

—Por favor. Es demasiado tarde para ir a otro sitio. Ayúdalo.

Quin asintió. Se concentró, predisponiéndose a entrar en un estado de observación intensa. El maestro Tan dijo que tenía ese don especial. Decía que la mayoría de los sanadores empleaban toda la vida en alcanzar lo que ella conseguía de manera natural. El maestro Tan, uno de los grandes sanadores del Transit Bridge, reconoció su potencial y la acogió como aprendiz.

De pie ante el niño, Quin calmó la respiración de este. Su mente se aisló de todo salvo del cuerpo que había tumbado delante de ella. Sus percepciones comenzaron a cambiar. Al cabo de un momento podía ver cosas que permanecían ocultas al ojo corriente. Observó las brillantes líneas de color cobrizo que fluían alrededor del cuerpo del niño, su campo eléctrico. Todos los cuerpos estaban cubiertos por campos como ese, que podían ser medidos con el instrumental específico. Pero ver el campo como lo hacía Quin era algo excepcional, una prueba de su intensa concentración mental. Las brillantes líneas del chico se veían interrumpidas por oscuros parches irregulares que pendían sobre los órganos afectados por la toxina.

—Tiene que expulsar el veneno —sentenció Quin. Había ayudado al maestro Tan en decenas de casos similares (en el Bridge siempre había problemas con las drogas), pero nunca había tratado a un paciente tan joven—. ¿Has podido provocarle el vómito?

—No. Lo he intentado...

No quedaba mucho tiempo. El pequeño empezaba a entrar en estado de shock. Quin se concentró más en su visión. Ya veía su propio campo de energía, líneas

brillantes que se movían por sus brazos arriba y abajo, y el pequeño torbellino descolorido que giraba sobre la vieja herida del pecho. Se concentró y sintió la energía bajando por sus manos como un río eléctrico. Al maestro Tan le impresionaba su habilidad para controlar su mente, pero a ella le resultaba fácil, como si hubiera entrenado toda la vida para ello. Tal vez fuera cierto. Su existencia anterior al Transit Bridge estaba completamente borrada de su memoria, así que era libre de imaginarlo así si quería. Le gustaba pensar que había sido entrenada desde su nacimiento para concentrarse en sus pensamientos y ayudar a la gente de esa forma.

Pasó los dedos por las sombras que se cernían sobre los órganos del niño y dejó que sus energías se fusionaran. Las oscuras nubes se desplazaron y parecieron disiparse por un momento. El niño gimió.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre.

Quin no contestó. Dirigió su energía a los músculos de su estómago. El cuerpo del niño se convulsionó.

Lo puso de costado con delicadeza y cogió un cubo. El niño se estremeció de nuevo. Y enseguida se puso a vomitar, contrayendo todo el cuerpo para expulsar el contenido del estómago.

Quin vio que las nubes negras se transformaban y empezaban a desvanecerse. Al niño se le abrieron los ojos de repente. Quin le tomó el pulso en diferentes sitios y empezó a relajarse. Se pondría bien.

—Akio, Akio —susurró la madre, inclinándose sobre él.

El niño farfulló algo en respuesta.

Por un momento, mientras la visión de Quin volvía a la normalidad, la cara de la mujer y el pelo rojizo del niño le resultaron muy familiares. Casi podía imaginarlos en un prado con los rayos del sol alzándose sobre la alta hierba...

—Quin.

Al mirar vio que la madre estaba arrodillada en el suelo delante de ella. Akio se había incorporado en la camilla, con aspecto de estar débil, pero muy recuperado. El tiempo había pasado sin que Quin lo advirtiera. Se dio cuenta de que había permanecido con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en una mano. Estaba sentada en una de las sillas, con un vaso lleno de agua en la mano.

—Por un momento he pensado que te habíamos perdido —dijo la mujer.

—Lo siento —contestó ella—. Me... había perdido.

—¿Qué edad tienes? —preguntó la mujer.

Había algo extraño en su tono, como si lo preguntara para confirmar algo que ya sabía.

—Dieciséis años —respondió.

Durante un tiempo, mientras se recuperaba de la herida del pecho, tuvo problemas para recordar su propia edad, pero se lo recordaba a sí misma frecuentemente. Entonces tenía quince años y en ese momento estaba a punto de cumplir los diecisiete.

—Dieciséis. —La mujer pareció hacer algún tipo de cálculo mental, tal vez se preguntara cuánto tiempo llevaba como aprendiz—. Lo llevas muy bien. ¿Tienes amigos aquí?

—¿Amigos? La verdad es que no.

Quin estaba un poco confusa por el cariz personal de su pregunta, pero también un poco disgustada con su propia respuesta. ¿Por qué le resultaba extraña la idea de tener amigos?

Se levantó y dio a la mujer el vaso de agua que estaba sosteniendo.

—Dale de beber esto y luego tres más a lo largo de la mañana. Necesito prepararle una infusión. ¿Puedes pasarte dentro de unas horas?

Quin se lavó las manos pulcramente de nuevo mientras el niño se bebía el vaso de agua. La mujer le había tocado los hombros un par de veces, pero estaba segura de que no había tenido contacto con su piel. No podía permitirse preocuparse por las bacterias que hubiera en la tela, aunque sospechara que estaban ahí. Si pensaba en eso se pasaría todo el día lavando la ropa.

Cuando terminó de lavarse en el fregadero volvió a ponerse los largos guantes hasta donde pudieran cubrirla. El izquierdo cubría una mancha que le desagradaba. No le gustaba verla.

La mujer no tardó en salir con su hijo en brazos.

—Gracias, Quin.

La mujer repitió su nombre de esa forma extraña y cuidadosa, como si disfrutara con su sonido.

Cuando la puerta se cerró Quin permaneció quieta durante unos minutos.

«He salvado la vida a un niño. Le he salvado la vida a un niño». Tal vez esa mujer le permitiera sacarle una foto al niño para colgarla en la pared.

Sintió un tironcillo en las comisuras de los labios y se sorprendió. Su boca había perdido la costumbre de sonreír.

## Shinobu

Shinobu estaba sudando. A pesar de lo fría que estaba el agua, sentía las gotas que caían de su frente hasta el interior de las gafas de buceo. Parpadeó para quitarse el sudor y se ajustó la lamparilla a la cabeza mientras continuaba su descenso. Su amigo Brian buceaba junto a él. Ambos llevaban pesadas herramientas de salvamento en los cinturones de sus trajes de buzo. La enorme panza de Brian, que descendía hacia aguas cada vez más oscuras, le hacía parecer una lubina gigante. «Y yo soy como una barracuda», pensó Shinobu. Había adelgazado tanto durante el último año que incluso a través del grueso traje de neopreno se le marcaban las costillas.

Acababan de entrar en la Fosa, un corte profundo en el fondo del Puerto de Victoria por donde pasaban las corrientes oceánicas y enterraban toda clase de desechos procedentes del puerto. A medida que pasaban por las altas paredes de la Fosa, el agua era más oscura y helada. Las sombras se movían incesantemente a la luz de sus lamparillas y Shinobu tenía que parpadear a menudo para desprenderse del sudor de los ojos.

—¡Brian! —gritó—. Aquí hay fantasmas.

No articulaba las palabras en realidad, ya que tenía la boca tapada con el regulador de oxígeno, pero emitió una corriente de sonido distorsionada acompañada de un montón de burbujas. Brian lo ignoró, como solía hacer cuando Shinobu intentaba mantener conversaciones bajo el agua.

El sudor le estaba haciendo la vida imposible. Se quitó las gafas de buceo y se aclaró la cara con el agua. Tras esto aspiró del tubo y nadó para alcanzar a Brian.

Un grupo de verdaderas lubinas nadaban pegadas a la pared de la fosa marina, mostrando sus aterradoras siluetas. Shinobu había tomado barritas de Shiva por la mañana, quemando e inhalando el humo de la droga en el cuchitril que compartía con Brian en el piso superior de una sala de cine en los barrios bajos de los alrededores de Kowloon. La Shiva tenía el poder de transformar la percepción, así que no era buena idea tomarla antes de un día de trabajo físico, especialmente cuando se trataba de algo tan complicado como el buceo, pero a Shinobu le costaba horrores disfrutar si no estaba muerto de miedo.

Cogió a Brian por el hombro.

«¡Esas sombras me persiguen!», gritó, emitiendo una nueva avalancha de burbujas.

Brian se sacó la pizarrilla que llevaba en la cintura y escribió por detrás de ella con su rotulador especial: CÁLLATE.

«¡Cállate tú!», replicó Shinobu, exhalando una gran cantidad de burbujas y tragando accidentalmente agua.

La expulsó con un golpe de tos. Entonces rio, asustado y entusiasmado. Bucear era lo más alejado a su vida anterior que podía encontrar, incluso más que arrojarse desde puentes y edificios, que era lo que había estado haciendo durante sus primeros seis meses en Hong Kong.

Se acercaban al fondo de la fosa marina. El fondo estaba cubierto con altas masas de sedimentos, que ocultaban todo tipo de tesoros. En una ciudad del tamaño de Hong Kong, con un puerto donde fondeaban barcos desde hacía cientos de años, podían encontrarse un sinfín de cosas. Una vez, Shinobu y Brian, con la ayuda de un soplete submarino, habían rescatado del extremo sur de la Fosa un Rolls-Royce entero, pieza por pieza. En otra ocasión habían usado explosivos para romper el casco de acero de un viejo barco de mercancías japonés y recuperar un cargamento de armas de la Segunda Guerra Mundial.

Brian seguía el sistema de navegación de un aparato que llevaba ajustado al brazo. Cuando barrieron la zona con sus lamparitas, las sombras volvieron a enloquecer. Shinobu habría jurado que había otros buzos merodeando por allí que se ocultaban en cuanto él giraba la cabeza.

Cogió la pizarrilla de Brian y escribió: NOS ESTÁN VIGILANDO.

Brian la apartó de un manotazo. Por debajo de ellos, la corriente contenía fragmentos de utensilios de cocina y una vieja televisión con una anguila oculta en el interior de la pantalla rota.

Shinobu cogió la pizarrilla de nuevo y pasó las páginas impermeables del sujetapapeles para ver la hoja de ruta. Había dejado que Brian se encargara del papeleo previo a la inmersión, sin ni siquiera molestarse en revisar lo que estaban buscando. En la mitad superior de la imagen había un objeto que les habían pedido que encontraran, fotografiado por un sumergible que vadeaba las profundidades del océano. Estaba parcialmente enterrado y resultaba difícil de distinguir en la foto. Junto a esta había un dibujo que mostraba el aspecto del objeto en su totalidad. Era una especie de daga, cuya empuñadura estaba hecha de varios anillos de piedra separados uno sobre otro con símbolos grabados en cada uno de ellos.

A Shinobu le entró un ataque de pánico. Con los sentidos alterados por efecto de la Shiva, tuvo la impresión de que una mano helada lo agarraba por los intestinos y se los estrujaba. Los habían mandado a buscar el athame que él mismo había arrojado desde el Transit Bridge hacía un año y medio.

—¡No podemos hacer esto! —gritó a Brian.

Igual que le había sucedido antes, solo emitió burbujas, y Brian ni siquiera se volvió, así que Shinobu lo agarró del hombro.

—¡Para! Tenemos que regresar.

Estaba tan nervioso que volvió a perder la cabeza y tragó un montón de agua por la boquilla. Mientras la escupía, Brian continuó buscando entre los objetos apilados, haciendo completamente caso omiso de él. Para cuando pudo respirar con normalidad, este ya le hacía señas con un gesto triunfal en el rostro y el athame en la mano izquierda.

Shinobu nadó hasta él, desplazándose tan rápido como pudo, y le hizo soltar la daga de un manotazo. Esta giró sobre sí misma y se hundió en el fondo de la Fosa.

Brian fue a recuperarla inmediatamente, pero Shinobu lo agarró por el tobillo y tiró de él. Brian Kwon era grandote y amigable, difícil de enfadar, pero en ese momento estaba cabreado. Lanzó una patada a Shinobu, que la esquivó y volvió a tirar de él, alejándolo más del athame, que se había incrustado en la arena a unos tres metros de profundidad más abajo.

Brian empujó a Shinobu. Este lo agarró del brazo sin soltarlo, pero su amigo se revolvió y lo alcanzó en el pecho con su enorme mano, sacándole la manguera de la máscara. Una nube de burbujas salió de ella y desperdició su oxígeno en el agua. Mientras Shinobu agitaba los brazos para detener la salida de burbujas, Brian se sumergió hacia el fondo.

La amenaza de muerte obligó a Shinobu a controlar el pánico. Se calmó, y en lugar de seguir a Brian, se llevó tranquilamente la mano a la espalda para cerrar la válvula maestra de la botella de oxígeno. Las burbujas dejaron de salir.

Tardó un poco en acoplar de nuevo la manguera a la boquilla. Cuando por fin consiguió ponerse el oxígeno y respirar a grandes bocanadas, vio que Brian nadaba hacia él con el athame metido bajo el cinturón. Su corpulento amigo se detuvo frente a él y sacó el sujetapapeles. En la orden del día, bajo la fotografía del athame, estaba escrita la cifra estratosférica que pagaban por recuperarlo. Brian la señaló con el dedo repetidas veces: les darían el triple de lo acostumbrado si devolvían la daga de piedra a la costa en perfectas condiciones. Tras esto, Brian se volvió y nadó hacia la superficie. «El lubina gana —se dijo—. Jamás podré hacerle rechazar tal cantidad de dinero».

Shinobu se quedó flotando en el mismo sitio durante un instante. Las barritas de Shiva estaban perdiendo su efecto y empezaba a dolerle la cabeza. Siguió la estela de Brian lentamente, mirando a los lados de tanto en tanto, esperando pillar a alguno de esos buzos sueltos que desaparecían de su vista.

Fue en uno de esos movimientos cuando lo vio. Estaba prácticamente enterrado en un montón de arena, junto a una taza de váter rota. Solo sobresalía la punta de su hoja plana. Shinobu nadó hasta allí y sacó el reanimador del sedimento.

El artilugio de piedra estaba exactamente igual que cuando lo había arrojado hacía un año y medio, su viaje al fondo del Puerto de Victoria y su posterior travesía por el lecho marino hasta la Fosa no le habían causado ningún deterioro.

Miró a Brian, que nadaba a gran distancia por encima de su cabeza. Al parecer, nadie buscaba el reanimador. Y el athame sin él no servía para nada. Lo agarró fuerte

con ambas manos y levantó la rodilla con intención de partirlo en dos. Pero se detuvo a mitad de movimiento. Muchos meses atrás había sido capaz de tirarlo, pero destruirlo era algo completamente diferente. Pensó en enterrarlo bajo el fango, pero se dio cuenta de que tampoco podía hacer eso. Tenía en sus manos uno de los artefactos más preciados de la humanidad, como su padre siempre le había dicho.

«Mi padre...». No quería pensar en él. Pero, a pesar de ello, no podía sobreponerse a la sensación de que Alistair no habría querido que se deshiciera del reanimador.

—¡Maldita sea! —gritó, provocando una nube de burbujas.

Ese objeto había sido usado para... cosas en las que no quería pensar. Pero esas cosas no ocurrían por culpa del reanimador en sentido estricto. Shinobu permaneció sumergido en el agua un momento, sosteniendo la barra en sus manos y murmurando burbujas blasfemas entre dientes. Al final acabó metiéndolo en la bolsa que llevaba a la cintura.

Alcanzó a Brian y se quedaron desafiándose mutuamente mientras ejecutaban la parada de descompresión antes de recorrer lo que les faltaba para llegar a la superficie. Tras un par de minutos fulminándolo con la mirada, Brian escribió: ¿A QUÉ HA VENIDO ESO?

Shinobu cogió la pizarrilla y escribió: PERDONA, LUBINA. LA HE CAGADO.

Su amigo grandullón pareció aceptar las disculpas y para cuando subían por la orilla del área de rescate esbozaba una sonrisa, pensando en cómo gastarían el dinero.

—¿Más barritas de Shiva? —preguntó a Shinobu, dándole un empujón cariñoso.

—No, o no dormiré en la vida.

—¿Desde cuándo duermes?

—Ahí tengo que darte la razón.

Hablaban en esa mezcla de inglés y chino que tan de moda estaba entre los jóvenes hongkoneses. A Shinobu esto le iba bastante bien. Obviamente, él no era chino, sino japonés, y todo lo que sabía de la lengua china lo había aprendido durante el último año y medio.

Salieron del agua en una zona llamada Kwun Tong, que daba al sudoeste del puerto. Desde esa posición, Shinobu veía como la enorme y alta mole del Transit Bridge surcaba el agua con su cubierta diseñada a modo de entramado de velas de barcos orientales y occidentales. Y tras el puente, al otro lado del puerto, se divisaban los esbeltos rascacielos del distrito Central ante la bruma de media tarde.

Shinobu miró el athame, que seguía remetido bajo el cinturón de Brian, y no pudo evitar preguntarse cuándo sería la entrega y quién había hecho el encargo.

Su pregunta obtuvo respuesta al momento. Dos hombres caminaban hacia ellos en el área de rescate, entre las montañas de aparatos electrónicos, piezas de coche y partes de barcos antiguos que habían sido reclamados. El primero era el capataz, un filipino bajito que, a pesar de gritarles constantemente, nunca se enfadaba, con tal de que recuperaran del fondo del puerto aquello que les pedía. El otro, un joven blanco,

caminaba entre el fango sin preocuparse en absoluto de sus pantalones y zapatos.

Se trataba de John. Por supuesto. Seguramente se habría pasado el último año y medio preguntando a compañías de rescate submarino de todo el mundo. El athame lo había llevado directamente a Hong Kong y, sin darse cuenta, ante las propias narices de Shinobu.

En el fondo sabía que tenía que matar a John. Debería correr orilla arriba y acabar con él en ese mismo momento, sin dudarle un segundo. Eso sería lo más honorable. Pero sabía de antemano que no podría hacerlo. Alistair había acabado así por culpa de John. Era culpa suya y, sin embargo, no solo suya. También era en gran parte culpa de Briac, e incluso del propio Alistair. Su padre y su tío habían elegido hacer ciertas cosas... en las que Shinobu ya no se atrevía a pensar siquiera.

Pero había otras que solo eran culpa de John, por ejemplo la herida de Quin, y lo obsesionada que estaba con él. Pero aun así... Quin ya no era responsabilidad suya. Les había dicho adiós a ella y a todos sus recuerdos de Escocia, incluido su padre. Lo que realmente necesitaba en ese momento era algo que lo ayudara a olvidarlo todo.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Brian, frustrado por el silencio de Shinobu—. ¿Vamos a uno de los garitos de opio nuevos?

—Sí, claro —accedió Shinobu con aire ausente.

Llevaba puesto todavía el equipo de buzo y su pelo rojo de antaño estaba rapado y teñido de amarillo y negro, al estilo de un leopardo. Llevaba pendientes en la nariz y en una ceja, y estaba más alto y delgado que nunca. A pesar de ello, John y él se habían criado juntos y en un perímetro de treinta metros estaría a la distancia suficiente para reconocerlo.

—Bueno, ¿a cuál de ellos? —preguntó Brian—. Me han dicho que hay uno en la cuarta planta del Transit Bridge. Es como un fumadero de opio de la China imperial que...

Shinobu armó el brazo y aporreó a Brian en la cara a media frase. Su pesado cuerpo cayó al suelo del golpe y Shinobu se abalanzó sobre él y empezó a darle una somanta de puñetazos en la cabeza. Como esperaba, Brian lo cogió por el cuello y se revolvió para dejarlo a él en la tierra mojada. En lugar de volver a pegarle en la cara, Shinobu cogió el apestoso barro a manos llenas y se embadurnó la cara y el pelo.

—¿A qué ha venido eso? —gritó Brian—. ¡No tenemos que ir al del opio! ¡Puedes elegir el que tú quieras!

Brian estaba estrangulándolo y Shinobu dejó de embarrarse para intentar apartar de su cuello las enormes salchichas que Brian tenía por dedos. El jefe corría hacia ellos, pidiendo ayuda a gritos a sus trabajadores. Un momento después, Brian tenía diez brazos tirando de él para separarlo de Shinobu.

Uno de los hombres ayudó a Shinobu, que se sentó en el suelo, tosiendo e intentando recobrar el aliento, completamente cubierto de barro. Desde allí vio a John recorrer la distancia que los separaba, preocupado por los daños que hubiera podido ocasionar la pelea. El capataz examinaba el athame minuciosamente, reprochándole a

Brian que lo hubieran cubierto de barro.

—De todas formas, estaba en el fondo del océano, jefe —espetó él.

El capataz limpió el athame y se lo entregó a John, que estaba justo delante de Shinobu. John lo cogió casi con veneración, lo alzó y examinó la piedra a la luz del sol. Estaba indemne, perfecto. Pasó el pulgar por la base de la empuñadura, donde, como Shinobu sabía, había un pequeño y delicado grabado de un zorro. El rostro de John mostraba una mezcla de esperanza y alivio que casi resultaba dolorosa de ver. Después se guardó el athame en el interior de la chaqueta y volvió tras sus pasos por la enfangada subida sin dirigirle la mirada a Shinobu.

Shinobu se limpió la frente de barro mientras observaba al capataz contando el dinero que les tocaba y dándoselo a Brian. Shinobu volvía a sudar a mares y empezó a tener una sed enorme.

—Ven, deja que te ayude —dijo Brian ofreciéndole una mano, y tiró de él.

En cuanto estuvo de pie le lanzó un directo a la mandíbula y volvió a arrojarlo al barro. Shinobu miró a Brian desde el suelo y escupió un trago de lodo.

—¿A qué viene eso?

—¿Qué coño te pasa, Barracuda? —murmuró Brian.

—¡Es que tenía una lubina enorme encima!

Se echaron a reír. No tenía ninguna importancia. Habían acabado de trabajar por ese día y los antros de drogadicción estaban aguardándoles.

Se limpiaron con el agua sucia que salía de la manguera del patio del área de rescate y se pusieron ropa de calle. Lo cual, en el lenguaje de Shinobu y Brian, quería decir tejanos apretados y chaquetas de cuero, camisetas rajadas que aguantaban con imperdibles y muñequeras de pinchos tan afilados que resultaba increíble que no se sacaran los ojos el uno al otro. A Shinobu le gustaba llevar la más ancha en la muñeca izquierda, donde cubría una vieja cicatriz que prefería no ver.

Había adelgazado tanto que los pantalones no eran tan ajustados como antes, de modo que pudo meterse el reanimador por una de las perneras y empujar la punta de su hoja roma hasta el interior de la bota izquierda.

Vio que su madre le había dejado un mensaje telefónico durante la inmersión. Le pedía que se pusiera en contacto con ella urgentemente. Debía de ser importante, porque no lo había hecho nunca. Su madre, que no estaba muerta, sino más viva que nunca, y con quien se había reunido hacía apenas un año y medio, empezaba ya a hartarse de él. Y no podía echárselo en cara.

Se dispuso a llamarla, pero entonces llegó Brian golpeando la puerta de los vestuarios para que se diera prisa. Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y se olvidó del asunto. Brian y él salieron juntos del área de rescate submarino y marcharon a la ciudad. El reanimador rebotaba contra su pierna mientras caminaba.

## Quin

Quin estaba en la trastienda de su consultorio, ordenando después de haber mezclado unas hierbas para el pequeño asiático pelirrojo, cuando sonaron las campanillas que había encima de la puerta, alertando de la entrada de alguien en la sala de espera.

—¿Mamá? —exclamó.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía, ganas de ver a Fiona para contarle cómo había salvado al niño. Al llegar a la sala principal descubrió que no era Fiona, sino un joven.

Tenía más o menos su edad y era muy guapo, de piel blanca y con el pelo castaño claro. Permanecía de pie de espaldas a la puerta y la miraba como si esperase que le salvara la vida.

Sus manos temblaron sin motivo aparente y tiró un bote de hierbas, que cayó al suelo, derramando todo el contenido.

—Quin —susurró en voz baja—, ¿eres realmente tú?

Ella tenía miedo de que su voz sonara diferente, retorcida, aterradora incluso, pero no era así. Sonaba de lo más natural y le resultaba muy, pero que muy familiar.

El chico la observaba atentamente, como si tuviera miedo de que hiciera algo peligroso o extraño. La siguió con la mirada mientras recogía el tarro de hierbas. Ella misma se sentía capaz de hacer algo impredecible. Pero ¿el qué?

Se tomó su tiempo para recoger el bote del suelo y colocarlo cuidadosamente en el mostrador. De improviso sus movimientos se habían vuelto torpes, como si sus músculos hubieran dejado de funcionar correctamente en su presencia.

—Quin —repitió.

Conocía su voz. La conocía perfectamente. Y también a él. Por supuesto que lo conocía. De algún modo había sido importante en su vida.

—¿No me reconoces? —preguntó él.

Dio un paso hacia ella.

—Claro. —Lo dijo automáticamente y se descubrió retrocediendo hasta el quicio de la puerta que había detrás de ella. Resultaba reconfortante sentir la solidez de la pared. Lo conocía. Podía imaginarse caminando hacia él y reposando la cabeza contra su pecho. Pero su mente le decía que existía una buena razón para no recordarlo—. Claro que te conozco.

El joven dio otro paso hacia ella, como si no pudiera contenerse.

—¿Cómo me llamo? —preguntó.

Quin se mordió el labio. Tenía su nombre en la punta de la lengua. Era un nombre común y, sin embargo, no podía reproducirlo. Formaba parte de esa zona gris de su mente, ese lugar donde el resto de la gente creía que residían los recuerdos. Ese espacio gris era su propio Puerto de Victoria, donde se habían hundido los primeros quince años de su vida.

El joven se acercó más. Esa forma de moverse... Lo había visto en un establo, en el campo, muy lejos de allí. Veía un río en la distancia. Las imágenes eran como las manchas que se quedan en el secante de tinta tras retirar el papel. Más que verlas, podía percibirlas.

Estaba justo delante de ella, que permanecía pegada a la pared. Olía a jabón y al aire salado del océano.

—¿Cómo me llamo, Quin?

—John —susurró.

Sintió un mareo sobrecogedor. Le flaquearon las piernas y empezó a deslizarse por la pared hasta el suelo. John la cogió. Quin se incorporó y se alejó de él, entrando en la trastienda.

No recordaba nada, pero el vacío resultaba agotador. Apenas podía caminar. Se tambaleaba. Tiró otro bote de hierbas, y oyó como se desparramaba por el suelo. No debería estar con él.

—Estaba muy preocupado —prosiguió—. Creí que... desde aquella noche...

—No.

Alzó la mano instintivamente para interrumpir sus inquietantes palabras. Ahí estaba la cara de John. Lo había visto mirándola a través de un agujero, mientras su pecho se adormecía por completo...

—Gracias a Dios, estás bien.

Suspiró y la siguió en su tambaleo hasta la camilla.

Quin tiró varios botes más de una estantería en su intento por mantenerse en pie. La vieja herida del pecho empezó a dolerle. Estaba derrumbándose literalmente; sus piernas la habían abandonado.

En lugar de caer al suelo, los fuertes brazos de John la alzaron. No la incomodó en absoluto. Y, a pesar de todo, ese chico era peligroso. No sabía por qué, pero lo era. Tanto como ella. Y juntos serían doblemente peligrosos.

—Te tengo —susurró—. Te tengo.

John subía con ella en brazos a su habitación y tuvo la sensación de estar en la cubierta de un barco que se bamboleaba. No le importaba que la tocara; no le preocupaba dónde habían estado sus manos antes. Dejó que sus ojos se cerraran. Poco después llegaban a su habitación y él la posaba dulcemente sobre la cama.

El mareo iba a peor. Ya le había pasado antes, en sus primeros meses en Hong Kong. «Es tu pasado, que intenta imponerse a tu presente —le había explicado el maestro Tan pacientemente—. Si quieres, puedes olvidarlo todo. Solo tienes que

esperar a que pase el momento».

—Estoy aquí —susurró él—. Contigo. Te he echado de menos. Dios, lo siento tanto...

¿Por qué tenía que ser peligroso estar con él? No tenía sentido. Podía dormir porque él estaba allí para velar sus sueños. Todo volvía a estar bien, porque John estaba con ella.

—Yo también te he echado de menos —murmuró, cogiéndolo de la mano al tiempo que perdía la conciencia.

## Shinobu

Shinobu echó un vistazo al objeto que tenía en la mano a través de la bruma de humo del opio. Estaba vibrando. Luchó por enfocar la vista y acabó descubriendo que se trataba de su móvil. ¿Quién podía estar llamándolo? Era mediodía. La pandilla con la que Brian y él salían no se despertaba hasta después del anochecer.

Exhaló otra nube de humo de la pipa de opio que tenía apoyada en el brazo. Era su séptima pipa y estaba alcanzando ese estado de perfección en el que sentía un equilibrio entre su cuerpo y el cielo: sin preocupaciones, sin problemas, sin gente.

Pero el teléfono seguía vibrando. Llevaba horas vibrando, aunque eso era en el tiempo del opio. En tiempo real probablemente fueran solo unos segundos.

—Calla, por favor —le susurró. Pero el teléfono no lo escuchó.

Shinobu dejó la pipa torpemente en la bandeja y se esforzó por apoyarse sobre un codo, irritado. Se frotó los ojos y miró el móvil.

—Es mi madre.

Empujó a Brian Kwon, que estaba acurrucado junto a él en la tarima, con la pipa pegada a la cara. Este gruñó a modo de respuesta y musitó:

—Mamá Barracuda.

El teléfono había dejado de vibrar y sonó un pitido que indicaba que tenía un mensaje. Su madre nunca lo llamaba. Recordó algo vagamente. ¿No lo había llamado antes ese mismo día? Dos llamadas de su madre en un día eran algo excepcional. Era más probable que te cayera un meteorito encima mientras hacías rescate submarino. La última vez que había visto a su madre se lo había encontrado inconsciente en la cocina, rodeado de barritas de Shiva, con su hermano pequeño desfallecido en el suelo del pasillo, intoxicado con el humo. Mariko le había tirado una olla enorme y le había gritado que nunca en la vida volviera a entrar en su casa. Aquello sucedió meses atrás y desde entonces no había tenido noticias suyas.

Había vuelto a recostarse sin darse cuenta. Se llevó la pipa a los labios y le dio una profunda calada.

Paseó la vista por la habitación. Era la primera vez que visitaba ese establecimiento, con sus finas sedas decorativas y tarimas de madera tallada con detalles de platería. Había infinidad de fumaderos más baratos en el Transit Bridge. Normalmente iba a los más económicos, los de las plantas inferiores, tugurios en los que te sentabas sobre una montaña de espuma de polietileno para embalar atestada de

decenas de fanáticos del opio. Pero Brian estaba ansioso por gastarse la paga extra de su día de rescate submarino. En ese otro había unas atractivas camareras que te cambiaban la carga de la pipa y servían bebidas. Shinobu advirtió que llevaban filtros en la nariz para evitar la adicción al humo.

«Humo —pensó saliendo de su placentero equilibrio—. Humo y fuego. Tendría que haberte matado, John, pero odiaba más a Briac y a Alistair...». Allí estaba su padre, con un halo de centellas alrededor de su roja melena. A Shinobu le parecía estar viendo esos cabellos de color rojo intenso, como si estuvieran al otro lado de esa misma habitación.

Poco a poco se dio cuenta de que esa cabellera roja estaba realmente al otro lado de la habitación. Aunque su mente seguía flotando, sus ojos volvían a enfocar paulatinamente y se descubrió mirando a una mujer que estaba recostada en una tarima en la parte opuesta del fumadero de opio.

Tenía menos de cuarenta años y su pelo era exactamente del mismo color que el de su padre. Era hermosa, tanto como su tía Fiona le había parecido en su momento. Esa mujer llevaba un vestido de seda al estilo chino. Estaba con un hombre de negocios europeo mayor que reposaba la cabeza en su regazo mientras ella le sostenía la pipa en los labios. Tenía un pañuelo amarillo enrollado al cuello, algo que Shinobu reconocía como el distintivo de las mujeres de compañía. Esa profesión era legal en el Bridge. Aquel hombre debía de ser un cliente que pagaba por su compañía mientras él disfrutaba en los antros de drogadicción. La mujer le hablaba en voz baja. Llevaba un discreto filtro sobre el labio.

—Lubina, esa tía es igualita que Fiona —murmuró.

—¿Quién? —respondió la voz adormilada de Brian.

—Esa mujer.

Intentó señalarla, pero no resultaba fácil mover las manos mientras levitaba por encima de ellas a tanta altura. Exhaló humo en dirección a la mujer, pero obviamente Brian estaba tumbado detrás de él y no podía verlo.

—¿Quién es Fiona? —murmuró este.

—Está ahí —repuso Shinobu tosiendo.

Justo en ese momento ella alzó la vista como si lo hubiera oído, algo altamente improbable a esa distancia. Sus ojos barrieron la habitación, se detuvieron en el rostro de Shinobu y pasaron de largo.

Era realmente Fiona. No alguien que se parecía a ella, sino ella en persona.

Shinobu sintió un molesto retortijón en el estómago. La sensación de flotar lo abandonó. No acababa de creer lo que veían sus ojos.

—Sí que es ella —susurró alargando el brazo para zarandear a Brian por el hombro—. ¡Está ahí mismo!

—Cállate, Barracuda, por favor —murmuró Brian al tiempo que le apartaba la mano—. Cierra el pico. Ciérralo como... ¡como algo que no abre el pico!

El pánico se iba apoderando lentamente de él. Hacía un año y medio que no veía a

nadie de su vida anterior. Y en un mismo día se encontraba con John y con Fiona.

—¿Por qué hoy? —preguntó Shinobu.

—Como una tortuga —murmuró Brian—. Las tortugas son silenciosas. Pórtate como una tortuga, Barracuda.

Shinobu se concentró, con la esperanza de abrirse paso a través de las ilusiones del opio. Si Fiona era una mujer de compañía, eso significaba que vivía en el Bridge. Es cierto que él mismo había dejado allí a Fiona y a Quin aquella noche, tantos meses atrás, al cuidado del maestro Tan. Pero Shinobu jamás habría imaginado que permanecerían en ese lugar. Llegar a ser residente del Bridge no era tarea fácil. Se necesitaban unas cualidades muy precisas. Al observar a Fiona al otro extremo de la sala, con su exótico rostro occidental, su extraño color de pelo y su más extraña belleza, se percató de que tal vez ella poseyera dichas cualidades.

Había dado por sentado que se marcharían de Hong Kong en cuanto Quin se recuperara, que encontrarían algún lugar recóndito en el mundo para vivir. Y, sin embargo, ahí estaba Fiona.

—Vete de aquí —susurró él.

Fiona alzó la vista de nuevo desde el otro extremo de la sala y revisó las otras tarimas con la mirada. Shinobu ocultó su cara tras el brazo.

—Vete tú —gruñó Brian—. Y cuando llegues a donde sea, hazme el favor de callarte.

Shinobu esperó a que Fiona volviera a concentrarse en el hombre que se recostaba sobre su regazo para descubrirse el rostro. Se agarró al borde de la tarima para ponerse en pie y a punto estuvo de aplastar a un camarero que pasaba en ese momento. El hombrecillo hizo señas a otros miembros del personal y entre todos consiguieron enderezar a Shinobu. A sus dieciséis años medía casi un metro noventa y fueron necesarios tres hombres para evitar que cayera al suelo.

—Señor, ¿no quiere usted volver a tumbarse?

—No —dijo apartándolos con el brazo, a punto de desplomarse esta vez sobre Brian. Se apoyó contra la pared. Dio un toque a su amigo en la pierna con la rodilla—. Bri, venga. Nos vamos.

—Chis, Barracuda —respondió—. Tortuga. Boca cerrada.

—¡Yo me voy de aquí! —exclamó zarandeándolo.

—Conviértete en sopa de tortuga —gruñó Brian. Uno de sus sebosos brazos se movió para abofetearlo, pero Shinobu lo esquivó, apoyándose de nuevo en la pared para recuperar el equilibrio.

—Pues ahí te quedas.

Salió a trompicones del bar, no sin antes arrojar un montón de billetes al camarero que lo siguió hasta la puerta.

—Señor, el Transit Bridge tiene normas estrictas respecto a la intoxicación en público. Se arriesga a que anulen su pase de visitante.

Era cierto. Shinobu se detuvo y cogió una de las máscaras de oxígeno que

colgaban del techo a la salida del bar. Permaneció unos minutos aspirando de ella, apoyado contra la pared. El desconocido contenido de la máscara despejó su cabeza inmediatamente. Todavía sentía un ligero mareo del opio, pero había recobrado el control de los brazos y las piernas.

—Gracias —respondió, y procuró caminar normalmente con la mayor dignidad posible al encuentro de las multitudes acaudaladas que lo esperaban tras el pasillo.

Ese nivel del Bridge concentraba los clubes nocturnos y antros de drogadicción más caros. Su ropa sucia y pelo teñido de leopardo llamaban demasiado la atención. Se abrió paso hasta los aerotransportadores y entonces se acordó del teléfono.

Lo sacó del bolsillo y descubrió que ya veía con claridad suficiente para leer el mensaje de su madre. Los últimos restos de su colocón de opio desaparecieron al ver su contenido. Akio había estado muy enfermo. Había encontrado algo en la habitación de Shinobu y estaba a punto de morir. Intentó recordar qué podría haber dejado allí, pero podía ser cualquier cosa. En el último año y medio, las drogas se habían convertido en sus compañeras de viaje y bien podría haber dejado infinidad de ellas en casa de su madre. El estómago se le revolvió, sacudido por una mezcla de culpa y terror.

Notó un fuerte empujón y al alzar la vista vio a Brian, que había salido tambaleándose del bar tras él.

—¿Y ahora qué? —le preguntó su amigo—. ¿Otro bar? ¿O comida?

—Espera. —Leyó el siguiente mensaje de su madre y sintió un gran alivio. Akio estaba bien. Tardó unos instantes en recobrar el aliento—. Tengo que recoger una cosa.

—¿Comida?

—No, Lubina.

—¿Cerveza? Podemos beber como los peces, Barracuda.

—Primero tengo que ir a casa.

Esas palabras parecieron confundir a Brian.

—¿A qué casa?

Llevaban durmiendo un mes en aquella habitación encima del teatro, acurrucados entre las ratas y las cucarachas, lo cual confirmaba a Shinobu al fin y al cabo que ya no estaba en la campiña escocesa.

—A casa de mi madre —contestó Shinobu.

Shinobu entró en un aerotransportador antes de que Brian tuviera oportunidad de preguntarle más cosas. Apareció en los bajos del Bridge. Estaban en penumbra, como siempre, a la sombra de la cubierta superior, que dejaba entrar muy poca luz natural. Había multitudes de visitantes vespertinos que vagaban por el paseo delante de restaurantes que servían todo tipo de comida asiática.

Al cabo de un momento, Brian salió dando bandazos del aerotransportador y ambos se unieron al trasiego de peatones del Bridge. Encima de los restaurantes había apartamentos, la mayoría de ellos con luces en su interior en los que se apreciaban

siluetas moviéndose de aquí para allá. Intercalados entre los restaurantes estaban los dispensarios de sanadores, acupuntores, herbolarios y practicantes, con más habilidades exóticas de las que Shinobu era capaz de describir.

—Está allí —dijo Shinobu al fin, mirando la dirección que su madre le había enviado y cruzando la calle.

—Esa no es la casa de tu madre.

—Cállate, Lubina. Si te portas bien te invito a una cerveza cuando acabe.

No ocurrió exactamente así. Shinobu estaba a punto de tener su tercer extraño encuentro del día.

Encontró el dispensario que estaba buscando, un pequeño y limpio escaparate con un apartamento encima. Metió la mano en el receptáculo de metal que había en la entrada y sacó una gran bolsa de plástico que llevaba escrito el nombre de Akio.

Cuando se marchaba, metiéndose la bolsa debajo de la chaqueta, la puerta del dispensario se abrió de repente. Antes de que pudiera darse la vuelta para mirar, recibió el empujón de una figura que salía como alma que lleva el diablo.

## Quin

Se oyeron gritos en la otra habitación. Quin percibía perfectamente los ruidos de pelea desde el cuarto de los niños. El pequeño la miraba con los ojos aterrorizados.

—¿Qué pasa? —le preguntó el niño en francés bajando la voz.

Ceceaba, como suele pasarles a muchos críos.

—Nada —contestó ella también en francés—. No pasa nada. Ven conmigo.

El niño estaba paralizado de miedo.

—Ven conmigo —repitió de manera más brusca.

No había tiempo que perder.

Lo destapó y lo cogió de las manos.

Se oyó un grito más alto en la otra habitación. Podía ser de mujer, pero no se distinguía bien.

El niño se puso a llorar.

—No pasa nada —le tranquilizó ella—. Te sacaré de aquí.

El niño no quería irse con ella, pero tampoco sabía cómo negarse. Lo agarró de la mano y lo llevó hasta la puerta. Desde allí veía a los otros niños, en la habitación más grande, al fondo de la sala. Nadie miraba hacia ellos en ese momento. Envolvió al niño con su capa. Lo estrechó contra sí, corrió por el pasillo y luego bajó las escaleras. Instantes después ya habían salido por la puerta lateral.

Lo cogió en brazos mientras corría por el césped.

—¿Adónde vamos? —preguntó el niño.

—Lejos de aquí —le susurró al oído—. Te pondré a salvo.

Mientras corría con el niño en brazos, Quin se percató de que estaba soñando. Aquello no era real; no era así como había sucedido. Pero al menos en sueños tomaba la decisión adecuada, la que tendría que haber tomado, y sintió que una felicidad inmensa la embargaba. No era así como había sucedido realmente, pero sentaba tan bien ser noble y valiente, aunque fuera en sueños.

## John

John observaba cómo dormía Quin apoyado contra la puerta cerrada de su habitación. En ese momento sonreía de cara a la almohada, como si tuviera un sueño delicioso. «¿Estará soñando conmigo como yo soñaba con ella?», se preguntó.

Pero muchos de los sueños que había tenido con ella no habían sido agradables. La última vez que la había visto, ella estaba al otro lado de ese extraño portal y la sangre manaba de su pecho. Una bala perdida de su propia pistola había estado a punto de matarla, y ese recuerdo era como un cuchillo de hielo que se clavaba en sus entrañas. «¿Cómo pude permitir que sucediera aquello?».

Momentos antes, cuando había llegado a su consultorio en el piso de abajo, esperaba que ella se pusiera a gritar, que pidiera socorro o lo atacara, cualquier acto parecido habría estado justificado. En lugar de eso, aunque parecía recordar su cara, al principio ni siquiera se acordaba de su nombre. De algún modo, Quin había conseguido empezar una nueva vida. ¿Era posible que hubiera olvidado lo sucedido aquella noche en la hacienda? Y de ser así, ¿significaría que estaba perdonado? ¿Tendría otra oportunidad con ella?

—¿Cómo has conseguido olvidar? —le preguntó en voz baja, volviendo a la cama.

Quin se movió en sueños, pero no despertó. John le abrió el cuello de la camisa con cuidado y se la bajó. No quería mirar, pero se sentía obligado por el remordimiento. Junto a su hombro izquierdo vio la cicatriz por donde había salido la bala. Era una marca arrugada que seguía enrojecida. Supuso que debía de dolerle de vez en cuando. Un centímetro más cerca del corazón y probablemente habría muerto.

—Creía que te había matado —susurró reviviendo una vez más el horror de aquel momento—. Creía que estabas muerta. —Se tumbó junto a ella y cerró los ojos. Su olor le trajo vívidos recuerdos de su última tarde entre los árboles—. No quiero estar solo en esto. Te necesito conmigo.

—Te necesito —murmuró ella, todavía dormida y con la sonrisa del sueño pegada a los labios. John sintió el tacto de sus manos en la cara, se inclinó hacia ella y la rozó apenas con los labios. Quin lo atrajo más hacia sí y lo rodeó con los brazos—. ¿Por qué nunca hicimos...? —comenzó a decir, empezando a despertar.

—Yo quería —susurró John.

Quin apoyó la cabeza en el hueco de su cuello.

—John —pronunció contra su piel, como si fuera una palabra extranjera que acabara de aprender—. John.

Él la abrazó y dejó que sus cuerpos se tocaran.

«Habrá muchas cosas que intenten apartarte del camino. El odio es una de ellas, y el amor, otra...». Quería decirles a su madre y a Maggie que se callaran. ¿Es que no podía estar un día, una semana o un mes en paz? ¿No podía quedarse con Quin durante un tiempo? Pero aquella promesa brillaba como una brasa ardiente en el centro de su corazón y siempre tenía sus palabras en mente.

Necesitaba la ayuda de Quin. Y ni siquiera tenía tiempo de prepararla para lo que tenía que pedirle. Había rastros de Fiona por toda la casa. Quin no vivía allí sola y su madre regresaría en cualquier momento. John había incendiado la hacienda y disparado a su hija. Estaba completamente seguro de que Fiona no lo recibiría con flores.

De hecho, incluso era posible que Fiona tuviera la mente despejada, hubiera sentido algo extraño y se dirigiera hacía allí para comprobar cómo iba todo. Tenía que convencer a Quin ya.

—Quin..., ¿me ayudarás? —murmuró—. Necesito que me ayudes.

Quin tenía los labios posados en su mejilla.

—Pues claro que te ayudaré —murmuró—. Lo que quieras.

Seguramente estaba todavía medio dormida, pero John se permitió albergar esperanzas.

Se incorporó y se puso de lado, dejándole ver claramente lo que había en la silla junto a la puerta de su habitación: el athame.

El hechizo se rompió al instante.

Quin se apartó de él y se sentó en el suelo contra la pared, abrazándose las rodillas.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

—Quin —susurró con delicadeza—, ya sabes qué es. Puede que te cueste un poco recordarlo, como cuando me has visto abajo. Pero sabes lo que es.

—No lo sé.

—Por favor, no tengas miedo. Estamos solos aquí...

Quin se puso de pie sin previo aviso y salió disparada hacia la puerta. John se precipitó para adelantarla y le cerró el paso.

—Déjame salir —gritó—. ¡Déjame salir de aquí!

Quin lo empujó, pero él no se movió. Estaba apoyado contra la puerta para que no pudiera abrirla.

—Simplemente está ahí —quiso tranquilizarla—. Ni siquiera lo estamos tocando. No pasa nada, Quin. Por favor.

Pero Quin era presa de un ataque de pánico.

—¡Apártate de en medio, John! —Y gritó con más fuerza—: ¡Mamá! ¡Fiona!

—No tienes que tocar la daga. Ni siquiera tienes que mirarla. Solo necesito que

me enseñes a usarla.

Quin no escuchaba. Se lanzó contra él y le dio un puñetazo.

—¡Déjame salir de la habitación! ¡Mamá! ¡Mamá! —Y entonces sus rodillas cedieron, como habían hecho en el piso de abajo, y cayó al suelo—. Esa no soy yo —susurró—. Ya no. Yo hago cosas buenas...

John se arrodilló.

—No intento hacerte daño. Quiero estar contigo. Solo...

—Me estoy mareando... me estoy mareando... —murmuró—. Déjame salir, por favor.

Realmente tenía cara de estar a punto de vomitar.

La levantó con cuidado y la sacó de la habitación. Cuando la llevó al baño, Quin se tiró al suelo junto al váter, llevándose las manos al estómago. No obstante, lejos del athame se calmó un poco. John se acuclilló junto a ella, intentando que lo mirase a los ojos.

—¿Por qué has venido? —preguntó—. No quiero sentir lo que siento cuando estás conmigo.

—Te quedaste en la hacienda. Sabes cómo usar el athame...

—¡No hables de eso! —susurró.

—Tengo que hacerlo. Briac no está. Alistair... —Al recordar a Alistair se quedó en silencio un momento, sintiéndose culpable. «Fue un accidente —se recordó—. Y podría haberme ayudado. Podría haber hecho lo correcto». Apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en Quin—. Tú eres la única —dijo—. ¿O Shinobu...? ¿Está él aquí? ¿Está contigo? —No había pensado mucho en él, pero la repentina idea de que continuara con ella le hizo sentir un ataque de celos.

—No sé de qué estás hablando —suspiró.

Tal vez también hubiera olvidado a Shinobu. Eso era bueno.

—Enséñame a llegar al Allá —la instó—. Enséñame. Y luego me iré, si es lo que quieres.

—Ya no soy la persona de antes —contestó Quin—. Ya no hago esas cosas.

—Enséñame y ya no... no tendrás que verme nunca más.

—John...

—Mi abuelo ya no podrá ayudarme mucho más tiempo. Casi no puede ayudarse ni a sí mismo —dijo con desesperación—. Lo prometí, Quin. Lo he recuperado. Por favor, enséñame...

—¡Para! —Se tapaba los oídos con las manos y daba cabezazos adelante y atrás en el suelo—. ¡No recuerdo esas cosas! No las recuerdo. Las he olvidado.

La agarró de los hombros con delicadeza.

—¿No te das cuentas de que todo puede arreglarse? —susurró—. Estamos aquí, nosotros solos. Juntos podemos superar todas las cosas malas que han pasado. Empezar a decidir lo que es justo por nosotros mismos.

—Para, por favor...

—Te quiero. —Le quitó las manos de las orejas—. ¿Quieres ayudarme, por favor? —Estaba arrodillado ante ella, cogiéndole las manos. Quin tenía la cara de un animal salvaje acorralado en el bosque—. Venga... —añadió en voz baja—. ¿No sería bonito que estuviéramos juntos? Como siempre hemos imaginado. Enséñame cómo funciona el athame.

Sus ojos se movían frenéticamente. Dio un cabezazo de improviso y chocó contra la frente de John, que quedó aturdido por el dolor.

Quin se levantó dando tumbos, se apoyó en el marco de la puerta del cuarto de baño y escapó corriendo escaleras abajo.

—¡Quin!

John se había levantado. Cogió el athame y corrió tras ella.

Pero Quin ya había alcanzado la puerta. La abrió de golpe y salió. John llegó a tiempo para verla abrirse paso a través de la multitud de viandantes, chocar contra uno de ellos y caer de bruces al suelo del Bridge.

Todavía sentía sus labios, pero no había sido capaz de retenerla. Volvía a fracasar en su intento por convencerla y ella lo abandonaba.

Vio como se quitaba de encima al transeúnte y salía corriendo tras levantarse. Se escapaba, pero John había dejado de ver a Quin y el Bridge. Ya solo veía la figura desplomada de un niño de cinco años, junto a sus hermanas muertas. Veía una decena de cuerpos, ahogados, clavados contra las paredes. Veía a una mujer joven muy parecida a su madre, gritando mientras Briac la desangraba hasta la muerte. Había hecho una promesa a todos ellos.

¿Habría otros Seekers que pudieran enseñarle los secretos del athame? John creía que sí, tenían que estar en alguna parte. Pero a Quin la tenía allí mismo, en ese preciso momento. Necesitaba que ella lo ayudara, aunque tuviera que obligarla. Y él creía que en el fondo ella quería ayudarlo. ¿Acabaría comprendiéndolo y perdonándolo?

John se obligó a concentrarse en el Bridge. Hizo gestos a los hombres que aguardaban fuera de la casa, unos hombres que esperaba con todas sus fuerzas no tener que utilizar, a pesar de que él mismo los había traído. Salieron de sus escondites y se reunieron con él para seguir el rastro de Quin entre la muchedumbre.

## Maud

La mente de la Joven Dread no divagaba, sino que se desplazaba en una dirección cuando necesitaba hacerlo y luego en otra. Podía quedarse pensando en una sola cosa indefinidamente hasta que fuera necesario. El pensamiento que había centrado su atención durante un largo período de tiempo era este: «Voy a matar al Dread Mediano».

A veces se imaginaba matándolo en un combate a espada, otras con veneno, y otras apuñalándolo mientras dormía. No se trataba de soñar despierta; estaba planeándolo. Por el momento, no obstante, era un plan sin acción. El Mediano estaba lejos, tal vez entrenando todavía a su sustituto.

Había dado de comer a las vacas y las estaba ordeñando. Solo quedaban dos, pero la ayudaban a sobrevivir. Cuando llenó el cubo de leche, cruzó la campiña para transportarlo del establo al taller. Era uno de los pocos edificios, junto al establo del ganado, que no había sido incendiado en el ataque.

Las maderas calcinadas y montones de piedra chamuscada se extendían por toda la campiña, reemplazando los cálidos caseríos que en su día poblaron el lugar. También habían ardido hileras enteras de árboles al pie del bosque. Las cabañas de los Dreads habían permanecido intactas, pero quedarse allí habría sido como compartir un espacio íntimo con el Dread Mediano, así que había decidido vivir en el taller.

Su caminar majestuoso era perfecto para transportar la leche, y el líquido apenas se movía del cubo. Sentía un leve dolor en el costado, donde el Mediano la había acuchillado, pero el dolor no significaba nada. Lo único molesto era la falta de entrenamiento. Llevaba un año y medio allí sola, envejeciendo.

«La vida sin entrenamiento es como tirar agua sobre arena». Estas palabras recorrían su mente como un cántico mientras caminaba. «No pertenezco a ningún tiempo. No pertenezco a ningún lugar. No pertenezco a nadie».

Aquella noche en el bosque, cuando el Mediano la abandonó y le ordenó que muriera, estuvo a punto de obedecer. La vida se le escapaba a través de la herida y empapaba la tierra del bosque. Sus ojos se habían cerrado y se preguntó qué le pasaba a alguien como ella cuando moría. ¿Acabaría todo de golpe o sería como cuando te alargaban y quedabas suspendida en un momento eterno que se estiraba a través del tiempo?

Esa noche, mientras deambulaba por las fronteras de la muerte, sintió como detenía el tiempo y se percató de que el viejo maestro la había preparado incluso para aquello. Llevó su cuerpo prácticamente a un punto muerto, pero no acabó de hacerlo. Su corazón siguió latiendo, una o dos veces por minuto; el aire seguía llegando gradualmente a sus pulmones. Dejó de morir y permaneció allí tumbada en un estado próximo a la muerte.

Así pasó toda la noche, y a la mañana siguiente, cuando salió el sol, seguía con vida. En algún momento del día aparecieron los granjeros de la hacienda, que la encontraron entre los árboles en su búsqueda de supervivientes. La creyeron muerta hasta que movió una mano para agarrar a uno de los hombres por el tobillo. Acto seguido, oyó sus gritos de sorpresa y tras esto la levantaron del suelo y se la llevaron consigo.

Permaneció al menos un mes en un extraño y alto edificio lleno de médicos, donde hicieron cosas raras con su sangre, su piel y sus huesos. El primer idioma que había aprendido fue el antiguo dialecto que usaba cuando era pequeña. Después aprendió el inglés en sus múltiples formas, que cambiaban a lo largo de las generaciones, pero le resultaba difícil entender esas nuevas palabras que usaban los hombres y mujeres que pasaban ante su cama y la pinchaban con instrumentos de metal.

Cuando se recuperó volvió a la hacienda, con una larga cicatriz roja en el costado, valiéndose por sí misma. Podía cazar y tenía las vacas. Sobrevivir no le preocupaba, pero estar sola sí. No es que se sintiera sola. La soledad era agradable después de pasar tantos años en compañía del Mediano. Era el hecho de no tener a nadie que la adiestrara y nadie con quien poder practicar. Incluso el Mediano, por más desagradable que fuera, cumplía con sus obligaciones a veces y le trasladaba los conocimientos de los Dreads.

—¿Tu propio mentor te ha hecho esto? —preguntó el aprendiz cuando regresó a la hacienda.

Se había quedado mirándole la cicatriz, que se veía debajo de la camisa, y esa atención la inquietaba. Se trataba del mismo aprendiz que había atacado la hacienda oculto tras una máscara; no estaba muy claro qué lugar ocupaba entre los Seekers.

Había aparecido allí unos meses después de que la Joven Dread regresara a la hacienda. Una tarde que llegaba a casa con faisanes para la cena lo encontró allí, sentado en el taller entre sus armas. John. Así se llamaba. Y estaba allí, entre sus propias cosas.

—¿Estás sola? —preguntó.

Ella siguió con su rutina sin contestarle, preparando el fuego para cocinar y desplumando el ave. El chico la ayudó sin hablar demasiado. La Joven Dread se dio cuenta de que se mantenía en guardia con él, pero también que sentía fascinación por él. Lo había visto a otras edades, pero en ese momento lo tenía allí, tal vez a su misma edad. ¿Qué le habría sucedido durante aquellos años de intervalo, después de

aquella noche, cuando había descubierto sus pequeños ojos bajo el suelo?

Su fascinación se veía intensificada por el hecho de no haber pasado prácticamente nada de tiempo con alguien de su propia edad. Ciertamente, su edad no era fácil de precisar, pero según el cálculo habitual, contando su estancia en el mundo ordinario, tendría unos quince años en ese momento.

Una vez que estuvieron sentados el uno junto al otro comiéndose el faisán, acabaron hablando.

—El athame que Briac Kincaid usaba se lo robaron a mi familia —explicó—. Ya lo sabías, ¿verdad?

Ella respondió con su habitual parsimonia.

—Nuestras leyes dicen que un athame ha de permanecer con su familia. Pero las familias de Seekers han acabado mezclándose, aprendiz. Nosotros los Dreads creemos que cuando el athame está en el seno de una misma familia acaba quedándose con aquel a quien le pertenece.

—Y así será —convino—. Acabará en mi poder. —Maud no comentó nada al respecto—. Cuando lo recupere —continuó— necesitaré adiestramiento para usarlo adecuadamente. ¿No crees que lo más justo sería que me ayudaras?

Maud se quedó en silencio durante un rato, con un pensamiento rondándole la cabeza. Finalmente dijo:

—Ese no es mi deber.

Fue entonces cuando advirtió la cicatriz. Ella intentó taparla con el brazo al ver que la miraba, pero era demasiado tarde. Le preguntó cómo se había hecho la herida y ella se lo contó. No sabía muy bien por qué se lo había contado, a no ser por esa extraña obligación que sentía hacia él, cuyo origen se remontaba a aquella noche de años atrás.

—Si tu propio compañero te abandonó a tu suerte para que murieras, ya no tienes obligaciones con él, ¿no te parece? —preguntó—. Pero si crees que le debes lealtad, ¿no podrías enseñarme a usar el athame y volver con él cuando yo haya aprendido, si es que quieres regresar con él?

—Si es que quiero —repitió, intentando comprender el significado de esas palabras.

—O podrías quedarte conmigo —le sugirió—. Ser tu propia maestra.

Maud sacó la mano con rapidez, le agarró el brazo izquierdo y lo giró con los dedos como tenazas. Inspeccionó su muñeca, completamente lisa, sin el athame grabado a fuego.

—No llevas la marca. No eres un Seeker —espetó ella.

—Briac cometió una injusticia conmigo. —Seguramente vio algo en su mirada, porque añadió en voz baja—: Tú presenciaste parte de esa injusticia, ¿no es cierto? —Se quedó mirando la suave y vieja piel de sus botas—. Siempre me he preguntado quién era la persona más pequeña. Hasta que un día me di cuenta de que lo sabías. Eras tú.

No respondió, pero se acordaba de John cuando era niño, acurrucado en su escondrijo bajo el suelo, cerrando fuertemente los ojos, como si eso pudiera detener las horribles cosas que veía. Aquella vez fueron demasiado lejos; se extralimitaron en sus deberes. ¿Podía hacerse algo para reparar aquello?

—No me dejó acabar el adiestramiento —continuó John—, pero tú sí puedes.

La miraba de esa forma en que mira la gente corriente, como si ella pudiera reconocer lo que él sentía y comprender lo que le parecía importante simplemente mirándolo a los ojos.

Pero Maud no podía simpatizar con los sentimientos de John. Ella era la Joven Dread. Había pasado siglos llevando una vida de quinceañera y sus deberes no tenían nada que ver con los de él. Ella y los otros Dreads se turnaban para alargarse en el tiempo y despertaban para supervisar los juramentos de los nuevos Seekers, permaneciendo apartados del resto de la humanidad para tomar decisiones justas. Ese aprendiz era tan nuevo como una brizna de hierba fresca. No era posible que él lo comprendiera.

«Y, sin embargo... —replicó su mente—, sin embargo, muchas decisiones no fueron justas. La justicia se ha convertido en algo difuso y mientras yo dormía se cometieron muchas infamias».

Se apartó de John y permaneció de pie contemplando el fuego. Al final, el aprendiz acabó marchándose.

Maud se quedó pensando en una sola cosa durante mucho tiempo: «¿Qué soy?».

En ese momento estaba completamente sola en la hacienda y entraba en el taller con su cubo lleno de leche. Ya no pensaba en cómo podría matar al Dread Mediano y en su lugar reflexionaba sobre lo que había dicho John. Esa noche, mientras cenaba frugalmente, el pensamiento que le rondaba en la cabeza era: «Me pregunto si John regresará. ¿Qué haría yo en tal caso?».

## Quin

Quin chocó contra el transeúnte con tanta fuerza que ambos cayeron al suelo. Pero no se detuvo, siguió moviéndose, rodando por el suelo y liándose entre las piernas de otros peatones. John estaba en la puerta de su casa, a solo unos metros, y la daga de piedra se encontraba en algún lugar de la casa que había a sus espaldas. Había abandonado la daga y la mayor parte de sus recuerdos en el pasado y juró que permanecerían allí.

Quin se apoyó sobre las rodillas, pero se dio cuenta de que no podía levantarse. La cabeza le daba vueltas por el impacto contra la frente de John hacía un momento y tardó un poco en percatarse de que en realidad el chico asiático al que había derribado estaba sujetándola.

—¡Eh! —exclamó agarrándola con más fuerza—. ¿Qué haces?

Quin advirtió que solo podía llamársele «chico» en caso de que esa palabra significara «adolescente larguirucho de aspecto aterrador». Intentó librarse de él, pero lo único que consiguió fue acercarlo más a ella. Se le había subido una de las mangas de la camisa en la caída y los afilados pinchos metálicos de la muñequera del chico le estaban lastimando la mano izquierda. Empezó a sangrar y cuando el dolor la llevó a dirigir la mirada a la muñeca vio junto a ella la del chico, con su gruesa pulsera, y debajo de esta, en la cara interna del antebrazo, una cicatriz con forma de daga impresa en la carne. Quin sintió náuseas al descubrir que tenía una marca idéntica en su propia muñeca, justo en ese lugar que siempre intentaba ignorar.

Al final dejó de forcejear y miró el rostro del chico. Tenía el pelo teñido al estilo leopardo y pendientes en la nariz y en una ceja. Pero ninguno de esos detalles superficiales importaba. Ese chico...

Ese chico también la miraba a ella.

—Quin... —Suspiró y le soltó las manos.

Esta vio a John de reojo en la puerta de su casa. Y más hombres cerca de él, entre las sombras. Se deshizo del chico asiático, cuyo nombre no conocía realmente, y se levantó, recolocándose la manga de la camisa. Se puso rápidamente en movimiento y se llevó las manos a la cintura de manera instintiva, como si esperase encontrar allí algún arma. «Prohibida la entrada de armas en el Bridge —se recordó—. Ya lo sabes». Entonces ¿por qué tenía la sensación de que a su brazo le faltaba algo?

Quin miró atrás y vio como John y aquellos hombres se desplazaban a través de la

multitud. Los minutos siguientes estuvieron marcados por la confusión. Una horda de turistas occidentales colapsaba el tráfico del paseo. Quin se abrió paso entre ellos con la sensación de que John cada vez estaba más cerca. Y luego cayó dentro de un aerotransportador, en una secuencia tan rápida que casi antes de entrar en el ascensor ya estaba en una planta inferior con música a gran volumen y más gente si cabía. De vez en cuando avistaba a sus perseguidores, a los que había dejado un poco más atrás.

Otro aerotransportador, descenso hacia los antros de drogadicción baratos, con sus aterradores enjambres de visitantes a la entrada. Giraba siempre a la derecha, sin darse cuenta de que sus perseguidores la empujaban deliberadamente en esa dirección hasta que fue demasiado tarde.

Corrió frenéticamente hasta otro aerotransportador que bajaba, este más pequeño y abierto solo a residentes del Bridge. Salió a un pasaje desierto y se encontró con un hombre que iba corriendo hacia ella desde la escalera. Quin huyó hacia la izquierda, la única dirección que podía tomar, y bajó por un pasillo ancho y oscuro.

Esa parte del Bridge nunca la había visto. Estaba desierta. Sus únicos habitantes eran las gigantescas piezas de maquinaria que invadían el espacio con vibraciones rítmicas y silbidos de vapor. Las pisadas de aquel hombre se aproximaban cada vez más a ella y el ruido de sus zapatos se mezclaba con el ritmo de las máquinas. Acabaría atrapándola, su pasado no la dejaría escapar y todo sucedía con demasiada facilidad. Ni siquiera había gritado para pedir auxilio.

Quin cerró los ojos sin darse cuenta. A pesar de estar corriendo para salvar su vida, se perdió durante un momento, o, mejor dicho, varios momentos. Cuando se obligó a abrir los ojos, se encontró al final del pasillo, entre enormes aparatos de aire acondicionado que desprendían calor y efluvios de aceite de motor. Ya no corría. Se dio la vuelta lentamente y se descubrió rodeada de hombres. Estaba acorralada.

Había cinco, varios de ellos jóvenes, pero todos mayores y más corpulentos que ella. Reconoció al que tenía más cerca, había visto esa cara con barba de tres días durante la persecución.

Tenía la espalda pegada a uno de esos gigantescos aparatos de aire acondicionado. Los hombres la rodeaban en semicírculo. Varios de ellos llevaban cuchillos a la cintura, a pesar de que los detectores que había a la entrada del Bridge supuestamente debían captar cualquier artefacto peligroso antes de su entrada en el Transit Bridge. Sintió que su cuerpo se preparaba para el combate, como si su instinto se apoderase de ella.

El de la perilla le arrojó algo. Ella lo cogió en un acto reflejo. A pesar de la tenue luz, en cuanto lo tocó supo que estaba sosteniendo la daga de piedra. La tiró como si estuviera ardiendo. El hombre la recogió antes de que cayera al suelo y volvió a ponérsela en la mano.

—No la vuelvas a tirar, por favor —intervino Barbitas.

Quin sintió la frialdad de la piedra cuando sus dedos apresaron la empuñadura.

—Confirma que me entiendes —dijo.

Quin asintió.

—Muy bien. Nos harás una demostración —ordenó.

—¿Una demostración? —preguntó. El hombre señaló la daga—. ¿Una demostración de qué? No sé cómo hacerlo. ¿Sabe... sabe John lo que estáis haciendo?

A pesar de que resultaba obvio que esos hombres trabajaban para John, una parte de ella le decía que si podía soltar la daga y encontrarlo todo iría bien. John estaba desesperado, lo había visto en sus ojos, pero no quería hacerle daño. Él la amaba.

Los hombres se separaron un poco para que viera lo que había detrás. Allí estaba John, acuclillado contra la pared. La miraba fijamente, con ojos torturados.

—John...

Dio un paso hacia él, pero los hombres la retuvieron.

—Por favor, Quin —suplicó—. Necesito que lo hagas. Necesito que me ayudes. No te niegues.

Quin sacudía la cabeza.

—No puedo... No sé cómo hacerlo...

—Puedes recordarlo, igual que me has recordado a mí. —Su tono era suplicante—. Puedes enseñarme. Solo tienes que hacerlo.

Empezó a ponerse histérica.

—¡Por favor, John! Yo ya no soy esa persona.

—Quin, necesito que lo hagas.

—¡No puedo! —gritó, consciente del tono enajenado de su voz pero sin poder controlarla—. Simplemente, no puedo.

John se obligó a desviar la vista. Miró al suelo e hizo un leve gesto afirmativo. Luego hundió la cabeza entre las manos mientras sus hombres cerraban el semicírculo ocultándolo de su vista. Quin volvió a sentir mareos.

—Haz una demostración —ordenó Barbitas.

—¡No puedo! —gritó ella.

El hombre le propinó un puñetazo. Quin lo esquivó automáticamente. Su brazo se incrustó en el metal del aparato acondicionado que había tras ella, provocando un estruendo. Barbitas rugió de dolor y otro hombre la agarró por la espalda y le inmovilizó los brazos.

Barbitas la golpeó con el otro brazo. Quin no podía liberarse y esa vez el puño impactó en su estómago, haciéndola doblarse de dolor. No podía respirar. El puñetazo la había dejado sin aire. «El pasado puede permanecer en el pasado». El maestro Tan se lo había prometido. No tenía por qué recordar.

El hombre que tenía detrás de ella la soltó y Quin cayó al suelo. Sintió otro calambrazo en la vieja herida del hombro y un palpito en la frente, donde había impactado con la cabeza de John. Y el suelo estaba en contacto con su piel. Suciedad, gérmenes, todo en uno. El pánico se fue apoderando de ella.

—Solo soy una sanadora —consiguió decir—. ¿Por qué...?

—Muéstranoslo —insistió el hombre.

Se quedó mirándolo con la daga todavía en la mano. Le sobrevino un pensamiento: «¡Falta algo!».

—No puedo —repuso entrecortadamente.

Oyó un ruido muy agudo por encima del zumbido de las máquinas que los rodeaban. El quinto hombre, que había permanecido de pie detrás del resto, se adelantó. Llevaba enganchado al pecho un objeto grande y feo que parecía un pequeño cañón. Estaba hecho de un metal iridiscente que centelleaba levemente, incluso a la tenue luz ambiental. El agudo aullido que salía de él aumentó y un chasquido eléctrico envolvió la boca del cañón.

—No queréis usar eso —advirtió Quin.

Las palabras salieron de ella en un acto reflejo. Se había prometido a sí misma que jamás volvería a sostener esa daga de piedra. También se había prometido, estaba segura de ello, que nunca volvería a poner los ojos en el arma que colgaba del pecho de ese hombre. Sintió como incrementaba su pavor. «Centellas de colores...».

Quin, en el suelo de cemento, aferró la daga entre sus dedos. «Podría usar esto para salir de aquí. Si tuviera... si tuviera...».

El hombre pasó una mano por un lado del arma y el murmullo se intensificó. Había decenas de agujeritos en la boca del artefacto. Vio un destello de electricidad en los dedos del hombre cuando estos se acercaron al gatillo.

—Os lo mostraré —susurró—. Os lo mostraré.

Dos hombres la ayudaron a levantarse y el resto se apartó. John se acercó para escuchar. Tenía la cara tiznada, herida, como si sus hombres le hubieran pegado a él en vez de a ella.

—Estos discos —dijo, tocando los anillos con símbolos grabados que había en la empuñadura. Había seis anillos, con un conjunto de símbolos diferente alrededor de cada uno de ellos—. Hay que girarlos. Los discos son... son tus coordenadas. —Hablabla sin planearlo. Era como una secuencia de comandos que solo existían en su subconsciente. El miedo a la muerte («A la muerte no, a algo mucho peor», corrigió su mente) hacía que la explicación aflorase a la superficie—. Primero así —alineó una combinación de símbolos en los discos, sabiendo de algún modo que eran correctos—, lo que os transportará al Allá.

—¿Qué quiere decir eso de Allá? —preguntó el que estaba más cerca.

—Silencio —ordenó John. Sus miradas se cruzaron y Quin vio que estaba avergonzado, pero había algo más: parecía inmensamente agradecido. Volvía a ser como un ahogado al que acaban de arrojar un chaleco salvavidas—. Dejad que termine. Ese símbolo en todos los discos, para ir al Allá. Continúa, Quin, por favor.

Miró la daga y los discos, pero su explicación se había desvanecido. Aunque todos los ojos estaban puestos en ella, esperando a que continuara, para enseñarles más le faltaba otra cosa. «Necesito algo en la otra mano —pensó—. John no quiere hacerme daño. Se ve claro que no quiere. Podría ayudarlo». Se quedó paralizada un

momento con la daga en la mano. «Si lo ayudo, me transformaré en lo mismo que era antes. Y John, se convertirá en...».

«¡Estoy pensando! —se reprendió a sí misma—. Y eso me hará fracasar». Se obligó a aclarar su mente y enseguida supo qué camino seguir. Todavía era libre para elegir lo que quisiera.

—Giro los discos —prosiguió agarrando la daga con más fuerza— y luego la cojo con ambas manos y la levanto por encima de la cabeza. —John la observaba extasiado—. Hago un círculo, así...

Arremetió con la daga hacia abajo con todas sus fuerzas, justo a la altura del cuello de Barbitas. Sus brazos se alzaron para protegerse demasiado tarde. La base de la empuñadura impactó directamente en su cuello.

Quin movió las manos instintivamente hacia la cintura del hombre y le arrebató el cuchillo con la mano derecha. Pateó su cuerpo y lo arrojó sobre los otros. Uno de ellos esquivó el cuerpo inerte de Barbitas e intentó agarrarla del brazo. Quin alzó con rapidez el brazo y le rajó la garganta con el cuchillo del otro.

Se produjo un aullido agudo y lacerante en los oídos y salieron chispas del arma que el quinto hombre llevaba amarrada al pecho.

«¡Perturbador!», gritó su mente.

Se arrojó al suelo y se puso a gatas. Alguien la estaba agarrando, intentando que se pusiera en pie. Sintió que un peso caía sobre ella y luego salía rodando. Un hombre golpeaba violentamente el suelo con las manos y las piernas mientras centellas eléctricas de todos los colores danzaban alrededor de su cabeza y hombros.

John les gritaba que no le hicieran daño. Otro de los hombres la sujetó y la levantó a pulso. Quin lanzó una cuchillada al aire, pero le agarraron el brazo. Dio una patada atrás y la soltaron. Alguien estaba arrodillado detrás de ella y le empujaba la cara contra el suelo. Volvió a sentir mareos. Arremetió con el cuchillo de nuevo sin mirar y notó que atravesaba un zapato. Oyó un grito, pero seguía sin poder moverse.

De alguna forma, el combate continuaba sin que ella formara parte de él. Había un intercambio de golpes. El hombre que la sujetaba en el suelo le puso un trapo en la cara. Se sintió embriagada por un olor, una mezcla de medicina y gasolina. Aguantó la respiración y forcejeó, luchando contra los mareos. Le habían quitado el cuchillo de la mano. Intentaba apartar al hombre. Estaba desesperada por tomar una bocanada de aire. Comenzó a inhalar. Fuera lo que fuese lo que había en ese trapo estaba penetrando en sus pulmones.

Tras esto le quitaron el peso de encima. Estaba de pie y alguien la agarraba por la cintura. Quin sacudió la cabeza y respiró hondo.

—¡Vamos! —susurró la persona que la agarraba.

Era el chico del pelo teñido de leopardo, que salió corriendo y tiró de ella. Al principio le costó que sus piernas obedecieran, pero enseguida estaba corriendo junto a él. Mientras se apresuraban por el oscuro pasillo, hacia una zona más iluminada, los ruidos continuaban a su espalda.

—¿Con quién están peleando?

—Con mi amigo Brian. Probablemente ahora lo estén persiguiendo. Pero es más rápido de lo que parece y conoce el Bridge mucho mejor que ellos.

Tiró de su mano hasta dejar atrás los aerotransportadores y llegar al pasillo que se extendía a lo largo del otro lado del Bridge.

—Estaban a punto de..., ya sabes, centellas... —murmuró Quin mientras él la empujaba a la derecha hacia un pequeño callejón.

Se adentraron por un espacio demasiado estrecho para desplazarse tan rápido. Giraron a la izquierda de nuevo y luego se internaron en una pequeña abertura que había entre un enorme tanque de gasolina y una pared de cemento. El chico tiró de ella para que se detuviera y pasó él primero. En la base del muro se veía una parte de color negro más oscura que parecía una especie de entrada.

—Aquí —ordenó el chico, que seguía sin alzar la voz—. Esta galería baja. Dentro hay una escalerilla. Cógete a ella después de mí.

El chico se agachó y desapareció en el interior del túnel. Quin lo siguió, palpando para guiarse en la oscuridad hasta tocar la escalerilla metálica. Cuando comenzó a descender los peldaños, apenas vislumbraba su silueta moviéndose rápidamente por debajo de ella. Procuró seguir su ritmo. En un momento dado vio luz a través de un resquicio en los peldaños, una grieta en la pared por la cual se veía el agua. Estaban recorriendo el interior del almacén del Bridge.

La escalerilla se desviaba a la derecha y la izquierda varias veces y, tras recorrer un largo trecho, Quin vio luz natural bajo ella. Estaban saliendo a los bajos del Bridge.

—Con cuidado —avisó el chico—. Este último tramo es traicionero.

Bajo sus pies, el chico alcanzó el final de la escalerilla de la galería, se agarró a algo y se elevó hasta quedar fuera de la vista. Quin continuó bajando peldaños y encontró una salida en el revestimiento de la galería que se abría al aire libre. Se asomó por ella y lo vio montado en una estructura de vigas metálicas. Él le tendió una mano y la subió. Estaban juntos entre las vigas, con el Puerto de Victoria bajo ellos a unos cincuenta metros y la mole del Transit Bridge por encima.

La condujo por una estrecha traviesa de hierro. Él caminaba por delante de ella y Quin se distrajo de la caída que había debajo estudiando su vestimenta. Iba vestido como un miembro de una de esas bandas que compraban drogas legalmente en el Bridge para luego venderlas ilegalmente en las calles de la ciudad exterior.

—¿Cómo has conocido este lugar? —le preguntó.

—Salto desde algunos sitios —respondió sin volver la vista—, los escalo por dentro y a veces también nado por debajo de ellos. Tengo un montón de escondites en Hong Kong.

La condujo a través de las vigas hasta un sitio en el que había unas láminas de plástico extendidas sobre traviesas que formaban una especie de nido de pájaro donde uno podía sentarse cómodamente.

—¿Puede encontrarnos alguien aquí? —preguntó Quin—. Me refiero a alguna persona con la que... trabajes.

Después de escapar de esa banda no le quedaban muchas ganas de tener un encuentro con ninguna otra.

—A nadie le gusta venir aquí —respondió él—. Tienen miedo de caer y matarse o algo así. —Se quedó mirando las aguas del puerto a sus pies. Un paso en falso y cualquiera de los dos podía precipitarse al vacío. Sonrió—. Personalmente, me parece relajante.

Quin se subió al nido de plástico y se dio cuenta de que tenía las manos ensangrentadas y el cuerpo lleno de mugre. Ya que llevaba unos minutos a salvo sentía la presencia de microbios en la piel.

—Necesito lavarme —susurró para sí—. Necesito lavarme.

Respiró hondo. No podía permitirse un nuevo ataque de pánico.

El chico la observaba, pasándose la mano por el pelo corto y extraño que llevaba. Quin advirtió que tenía los nudillos rotos por varias partes.

—Estás diferente, ¿no? —le preguntó.

—Siento mucho tener que preguntártelo —le contestó ella—, pero ¿puedes decirme tu nombre?

## Shinobu

—¿Lo dices en serio? —preguntó Shinobu.

Quin acababa de preguntarle su nombre. Él se había echado a reír, pero no parecía que ella estuviera bromeando.

—Estoy segura de que lo sé —respondió rápidamente, mirándose las manos, impregnadas de sangre espesa y pegajosa—. Antes lo sabía. Lo recordaré si me das unos minutos. Es que... me cuesta pensar con toda esta suciedad encima. En serio, necesito lavarme las manos.

Shinobu miró a su alrededor entre las vigas desnudas, como si hubiera podido dejarse por allí en alguna parte un barreño y una buena pastilla de jabón, y se encogió de hombros. Esa ansiedad con la que Quin hablaba le parecía falsa. Nunca había sido una paranoica.

—¿Tengo sangre en la cara? —preguntó, sonando más desesperada aún—. Me parece sentir sangre en la cara. ¿La tengo cerca de la boca? ¿Ves algo?

—¡Basta, Quin! —Enojado, la tomó de los hombros y observó como sus ojos volvían a enfocar. Tenía, de hecho, un montón de sangre en la cara, pero le pareció más sensato ocultárselo—. ¿Es que no me conoces? Soy Shinobu.

—Shinobu. —Pronunció su nombre como si fuera la respuesta a un acertijo que estaba volviéndola loca y también como si le pareciera un nombre muy extraño para una persona—. He oído ese nombre antes. Él dijo tu nombre cuando estaba en mi casa.

—¿Él?

—John —susurró.

—Claro, por supuesto —contestó él advirtiendo esa profunda molestia que sentía siempre que ella le hablaba de él.

Al parecer, a John sí lo recordaba perfectamente.

Había vuelto a obsesionarse con sus manos.

—¿No tienes agua, Shinobu? Aunque solo sea un poco.

—¡Olvídate de las manos!

Shinobu dejó escapar un suspiro de fastidio. ¿Acababa de salvarla de un violento secuestro y solo le preocupaba no estar limpia? Tenían problemas mucho más apremiantes, como por ejemplo la presencia de John en Hong Kong con un séquito de hombres armados y la aparición del athame.

—¿De quién crees que es esta sangre? —le preguntó ella—. ¿No será mía? A lo mejor estoy sangrando.

Shinobu sintió una repentina punzada, preocupado por que la hubieran herido sin que él se percatara. La examinó con mayor atención que antes.

—No pareces herida —dijo al cabo de un momento, aliviado, aunque también decepcionado, pues solo una herida explicaría su comportamiento—. Al menos no de gravedad.

—No creo que lo esté, salvo donde me ha alcanzado él —respondió ella, más para sí que para él, como si estuviera avanzando a través de una bruma mental. Se parecía mucho a la chica a la que él conocía, pero hablaba como si estuviera loca—. Al parecer, he cogido un cuchillo —susurró— que le ha rebanado el cuello a uno de esos hombres.

—El cuchillo le ha rebanado el cuello a uno, ¿eh? Qué cuchillo más traicionero. Eso explicaría lo de la sangre por todos lados.

—Es que... esta mañana le he salvado la vida a un niño. Habría muerto. Pero yo lo he curado. —No podía apartar la vista de la porquería de sus manos mientras hablaba—. Aunque no estoy segura de que cuente si... si he matado a otra persona.

Esas últimas palabras las pronunció en voz muy baja.

—Si los vas contando, creo que has matado a dos de los que había allí —dijo—. El primero al que has golpeado no respiraba muy bien cuando nos hemos ido.

—¡Yo no quería matarlos! Tú me crees, ¿verdad? El cuchillo estaba simplemente... Allí.

Miraba a Shinobu con los ojos desorbitados.

A Shinobu le molestaba que no quisiera admitir que había luchado ella sola con esos cinco hombres antes de que él llegara. Y resultaba inquietante ver cómo lo miraba, sin llegar a reconocer realmente quién era. Sintió la urgente necesidad de abofetearla para que espabilara, pero a juzgar por los cardenales que aparecían en su cara, John y sus hombres ya lo habían hecho repetidas veces.

—Tú no eres así de remilgada, Quin.

—Tú no sabes cómo soy —contestó ella con suficiencia.

Shinobu rio con desdén.

—Tienes razón. Tal vez no lo sepa.

Quin se quedó callada unos instantes y luego levantó la vista de sus manos.

—Lo siento. Gracias por salvarme, Shinobu.

Pronunció su nombre con mucho cuidado.

Shinobu se encogió de hombros, desistiendo de tener una conversación con ella.

—De nada. Tengo mucho tiempo libre.

—¿Ese nombre es japonés? ¿Eres japonés?

No daba la impresión de que intentara recordarlo, sino más bien era como un intento de conversar por educación.

—Si no te acuerdas de quién soy no tiene sentido que te lo explique.

Lo dijo bruscamente, en un intento de ocultar lo triste que se sentía.

—Yo a ti te conozco... —dijo, como al fin si vislumbrara los contornos de algo familiar a través de la bruma—. Igual que conozco a John.

—Obviamente a John lo recuerdas antes que a mí —murmuró.

—Solo es porque a él lo he visto antes. ¿Cómo me ha encontrado? ¿No estaba... escondida, o algo parecido? Yo creo que estaba escondida.

—Te ha encontrado a través del athame. Una vez localizado este, seguramente haya ordenado que te buscaran. Y no estabas lejos.

—«Athame» —repitió, como si fuera una palabra que había oído en sueños—. John también lo ha llamado así.

—Probablemente porque su nombre es ese.

Metió la mano en su chaqueta de cuero y sacó el athame. Allí estaba, de nuevo en su poder. Había regueros de sangre en la daga de piedra, pero aparte de eso parecía intacta. Lo colocó sobre las láminas de plástico junto a Quin, que se apartó inmediatamente.

—¿Por qué lo has cogido? —preguntó con un chillido que rayaba en el pánico—. Yo no lo quiero.

—Yo tampoco lo quiero. Pero no podía dejárselo a John.

No respondió, dando a entender probablemente con su silencio que estaba de acuerdo con él. Bueno, eso ya era algo.

—Tal vez deberíamos arrojarlo al fondo del mar —se apresuró a sugerir, como si quisiera probar cómo sonaba la idea.

—No eres la primera persona que piensa eso. Toma.

Puso la daga en sus manos y le hizo señas para que lo lanzara dentro del puerto. Quin se levantó del nido y recorrió una viga hasta que el agua apareció claramente a sus pies. Shinobu la vio armar el brazo y prepararse para lanzar el athame. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó allí como una estatua con el brazo en alto, mirando fijamente el Puerto de Victoria.

Al cabo de un rato bajó el brazo. Miró la daga con atención, como si inspeccionara un objeto completamente ajeno a ella. Shinobu observó como sus dedos acariciaban el zorro grabado en la base de la empuñadura. Al final volvió a la plataforma de plástico y soltó el athame.

—No puedo tirarlo.

—¿Por qué no? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Una vez que lo tengo en la mano... simplemente no puedo —respondió.

Pareció marearse momentáneamente, pero se le pasó.

—¿Se lo devuelvo a John? —sugirió Shinobu ocultando su sonrisa.

Intentaba irritarla.

—No. —Quin desvió la mirada—. No debería tenerlo. No saldría bien.

Aquello se quedaba tan corto que Shinobu rio y tenía la esperanza de que Quin también lo hiciera. Pero no lo hizo. Era como si hubiera perdido todo lo agradable

que había en ella y quedara solo su seriedad e indiferencia. Shinobu permaneció un momento en silencio y luego le preguntó:

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—¿Por qué ha venido John?

—Quin, ya sabes por qué ha venido —contestó él, frustrado—. Piensa.

—Quiere aprender a usar el athame —respondió en voz baja, contemplando la daga—. Pero yo no recuerdo cómo se usa. —Shinobu no hizo ningún comentario—. A lo mejor podría recordarlo. —Se quedó callada durante un instante, pensando en todo lo que había hecho durante ese año y medio. Shinobu se preguntó si estarían aflorando a la superficie los recuerdos enterrados—. Si no quiero hacerlo tendría que marcharme, ¿no? —preguntó finalmente—. Ahora sabe dónde estoy. No dejaré de buscarme, a mí y al... Athame. A lo mejor podría ser sanadora en el Tíbet o en cualquier parte donde él no pueda encontrarme. —Y luego, casi en un susurro, añadió —: No sé si mi madre querrá venir conmigo. No me he portado muy bien con ella.

Shinobu suspiró mientras se sentaba junto a ella sobre el plástico. El efecto de las drogas se le había pasado completamente. Tenía una nueva y muy desagradable sensación cerniéndose en el horizonte. Cogió el athame y lo sostuvo delante de ella.

—Ese plan solo tiene un fallo —explicó—. Yo mismo arrojé esto al fondo del puerto, este enorme puerto del que salen y entran cientos de miles de barcos y en cuyas aguas acaban depositándose montones de basura. Y aquí está, de nuevo en mi mano, un año y medio después. Es cierto que yo mismo lo he rescatado, pero no era mi intención. —Dejó caer el athame sobre su regazo y recorrió la hoja con el pulgar—. También me prometí a mí mismo que jamás volvería a verte y aquí estás conmigo, sentada bajo el Bridge.

—¿No querías volver a verme? —preguntó, pensando todavía en la dirección equivocada y con voz de estar dolida por esa idea.

—Tú tampoco querías volver a verme a mí —apuntó él.

—¿Cómo sabes eso?

Sus ojos negros escrutaron su rostro como si quisiera saber realmente la respuesta.

—Has olvidado mi nombre, Quin.

—Lo he olvidado todo, no a ti en particular.

—Esta mañana has tenido un paciente —dijo intentando adoptar otra estrategia—. El que has salvado. ¿Quién era?

—Un niño. Sobredosis. Ha encontrado drogas de su hermano mayor y se las ha tomado.

Shinobu sintió el peso de la vergüenza mientras se señalaba el pecho.

—¿Japonés, pelirrojo?

Inclinó la cabeza para que lo viera y observó como Quin asentía, percatándose de que las raíces de su pelo eran rojas bajo el teñido de leopardo.

—Eres pelirrojo —observó.

Por un momento pareció menos indiferente, más presente, como si el color de su pelo fuera un pequeño detalle al que poder agarrarse.

—Sí, soy pelirrojo, prima Quin. El nombre de ese niño es Akio.

—¿Eres su hermano?

Shinobu sacó un paquete grande del bolsillo de su chaqueta y se lo mostró. Era la bolsa de hierbas que Quin misma había llenado hacía pocas horas, con el nombre de Akio escrito con su propia letra.

—De alguna forma, por más lejos que el destino nos arroje, siempre acabamos todos volviendo a ti.

Se quedó pensando en eso durante un rato mientras se limpiaba el dorso de las manos en los pantalones.

—A lo mejor es a ti a quien vuelven todos —sugirió ella.

Shinobu negó con la cabeza.

—Tú me has olvidado. John no sabe que estoy aquí. Mi madre hace como que no existo. Soy un fantasma, Quin. Si a John se le ocurriera venir a por mí, me... me convertiría en un fantasma de verdad. Solo necesito una excusa. —Le ponía de los nervios la forma en que se frotaba las manos, así que se las cogió para que permaneciera quieta—. Pero tú... tú parece que estarás atada a John de por vida, a menos que... a menos que te libres de él.

—¿Qué quieres decir con «a menos que te libres de él»? —preguntó Quin, comprendiendo perfectamente a lo que se refería.

—No te hagas la ofendida —respondió—. Está obligándote a hacer algo que no quieres. —Luego Shinobu se quedó mirando sus sucios pantalones. Estaba bordeando una región de sus recuerdos que se había prohibido visitar a sí mismo—. Puedes librarte de él, Quin. O darle lo que quiere. Normalmente siempre se lo has dado.

Shinobu notaba el resentimiento con el que hablaba. Pero era la verdad, ella siempre se había decantado por John. Ni siquiera en ese momento daba la cara, como si quisiera pasar más tiempo con él para poder decidir si era realmente peligroso.

Quin negaba con la cabeza.

—Yo no puedo «librarme» de nadie. Soy una sanadora. Yo no hago daño a la gente —intervino alzando la voz.

—Sí, claro. Y resulta que te has manchado las manos de sangre por casualidad. Y que el cuchillo ha rajado a alguien también casualmente. Tú no has tenido nada que ver.

—¡No ha sido queriendo! Ni siquiera estás seguro de que hayan muerto.

—A lo mejor a ese tipo vuelve a crecerle el cuello. A veces pasa.

Quin le giró la cara otra vez. Cualquier conexión momentánea que hubiera sentido había desaparecido. Estaba volviéndose loca.

—Tú no me conoces.

Tenía razón. Ya no la conocía. En Hong Kong se había transformado en otra persona. Quin no quería realmente que él la ayudara y había dejado de ser

responsabilidad suya. Cuando estaba con ella recordaba demasiadas cosas desagradables.

Quin dijo para sí:

—Me gusta mi vida aquí. ¿Por qué ha tenido que pasar esto?

Shinobu se oyó prorrumpir en una fea carcajada.

—Ninguno de nosotros puede recuperar nuestras vidas, Quin. Puedo sacarte del Bridge. Y tengo algo para ti, si lo quieres. Después podemos marcharnos cada uno por su lado.

Quin asintió, mirando el agua a través de las vigas, que se tornaba gris oscuro al tiempo que la tarde se desvanecía.

Con Quin callada y distraída, Shinobu podía mirarla sin que se diera cuenta. Se apreciaban algunos restos de la otra Quin, la de año y medio atrás. Había incluso algo de la Quin anterior a eso. Sus ojos negros miraban fijamente el puerto y una ligera brisa agitaba sus cabellos morenos contra su cara. Casi podía imaginar cuando eran mucho más pequeños y se escabullían entre las altas hierbas al pie de la campiña...

Se obligó a interrumpirse.

—El sol no tardará en ponerse. Cuando sea de noche, podremos marcharnos.

## John

—¡No podemos apagar las centellas! —exclamó John—. Así no funciona esto.

Por fin Fletcher había dejado de hacer aspavientos con los brazos. Estaba tumbado en el suelo de cemento, con sus quejidos y contracciones musculares como única señal de vida. Las centellas giraban alrededor de su rostro, dibujando una trayectoria mareante que daba dolor de cabeza al propio John. Le entraban ganas de vomitar. La historia se repetía: otro hombre perturbado.

Además, se había visto obligado a hacerle daño a Quin. Ver cómo Gauge la golpeaba fue peor que si le pegaran a él mismo. Pero había faltado muy poco para que le ayudara; estaba a punto de hacerlo.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Sacarlo del Bridge tal como está?

Era Paddon quien preguntaba.

—No, si queremos salir por donde hemos entrado —respondió John.

Se pasó una mano por la ceja y se dio cuenta de que sangraba y tenía la frente hinchada. Le habían dado un buen golpe en la cabeza durante la pelea.

Paddon fue a ver cómo se encontraba el otro, Brethome, al que Quin había acuchillado.

—Brethome está muerto —informó sin más.

—¿Y Gauge? —preguntó John.

Se trataba del hombre de la perilla, el que lideraba el ataque.

—Sobrevivirá —respondió Paddon—. Le ha destrozado la garganta, pero respira con normalidad.

Habían perdido a un tercer hombre. El que había disparado el perturbador yacía cerca de ellos. Aquel asiático larguirucho que había salido de la nada le había roto el cuello. Dos muertos, un hombre perturbado, un herido.

—¿Quiénes eran los otros? —preguntó Paddon.

—No lo sé.

El asiático alto y el otro, el grandullón, parecían vulgares criminales de esos que merodeaban por los niveles inferiores del Bridge. Paddon había corrido tras el grandullón cuando John recibió el mazazo en la cabeza, pero lo perdió en los entresijos del Bridge. Por lo que respectaba a John, Quin simplemente se había escabullido de la refriega con el athame. ¿Por qué, si ni siquiera quería tocarlo? Después de un año y medio de búsqueda, la daga había estado en su poder durante

unas horas y ya había desaparecido.

—Hemos sufrido bajas. No será fácil explicar estas muertes a mi abuelo.

—Lo veo difícil —coincidió Paddon, que había guardado el perturbador en una mochila.

—¿Hasta cuándo trabaja nuestro guarda?

Habían sobornado a un agente de aduanas a la entrada del Bridge. Tenían que marcharse antes de que este abandonara su puesto o los interrogarían sobre cómo habían entrado. Y si descubrían las armas...

—Veinte minutos y no más. —Paddon miró su reloj. Luego examinó la sangre que John tenía en la frente—. Hay que hacer limpieza y luego volver por donde hemos venido, por separado. —Asintió para sí, calculando el tiempo que necesitaban—. Tenemos que irnos ya, John.

—¿Gauge puede caminar?

Paddon se inclinó sobre el herido, que seguía con las manos en el cuello, intentando aliviar la presión causada por el golpe que Quin le había asestado con la daga de piedra. El hombre intentó asentir.

—Sí, puede caminar —dijo Paddon—. Pero tendremos que... encargarnos del resto.

—Sí —concedió John, y se odió al momento por decirlo.

Se inclinó hacia Fletcher, que sollozaba rodeado por las centellas del perturbador. Las muecas que contraían su rostro daban una muestra de la agonía que sufría por dentro. «Prepárate para matar». Nunca resultaba fácil, aunque su madre habría calificado esa como una muerte menor. John se consoló pensando que en ese caso matar era un acto de compasión.

Echó mano de su cuchillo.

## Quin

Quin estaba en el cuarto de los niños, escuchando el ruido que hacían los demás al otro lado del pasillo. Tenía a dos críos consigo, un chico y una chica. Era posible que fueran gemelos, pero no lo sabía a ciencia cierta. Estaban los dos juntos en una esquina, contra una pared empapelada con flores que a la luz de la luna parecían oscuras manchas rojas.

«Estoy soñando».

Era un pensamiento lejano, procedente del lugar más recóndito de su mente. «Siempre sueño con esa noche. A veces hay solo uno, pero el número verdadero es dos. Había dos niños».

—Tengo miedo —decía la chica en francés.

Su larga cabellera rubia, despeinada, le caía sobre los hombros.

—Yo también —respondió el hermano.

Estaban aterrados y hablaban entre sí, pero también con Quin, como si esperasen a que hiciera algo.

«Esperan que los ayude».

Se oyó un grito en la otra habitación. No sabía si era de hombre o de mujer, imposible saberlo.

—¿Es mamá? —preguntó la niña abriendo los ojos de par en par.

—Pues claro que no —contestó Quin en francés, intentando tranquilizarlos, a pesar de que ella misma sentía un miedo que le atravesaba el pecho—. Venid, voy a sacaros de aquí. Dadme la mano. —No querían. «Si al menos hubiera conseguido calmarlos», pensó en esa parte alejada de su conciencia—. Vamos, cogedme de la mano —repitió.

No lo hicieron, pero ella los agarró y los llevó hasta la puerta. Ocultó a ambos bajo su capa, salió del cuarto de los niños y cruzó el pasillo.

Al llegar al descansillo de la señorial escalinata vio a alguien abajo, junto al portón de entrada. Tiró de ellos y los escondió tras la barandilla. El niño sollozaba de miedo contra sus piernas, atragantándose con las lágrimas.

—Chist, chist —susurró—. Tenéis que permanecer en silencio. ¡Por favor!

La niña lloraba desconsoladamente sin hacer ruido.

—Eso es —le indicó Quin.

Echó un vistazo entre los balaustres y vio que la figura de la puerta se detenía

para mirar hacia el segundo piso. ¿Los habría oído? Quin se volvió, apoyó la espalda contra un poste más ancho y rezó por que no la viera. Una bota pisó fuerte sobre el primer escalón y luego otra. ¡Los había oído! El hombre subía las escaleras. Cogió a los niños de la mano, dispuesta a correr por el pasillo del primer piso.

Después oyó ruidos en una habitación del piso inferior. Las pisadas del hombre retrocedían. Bajó la vista y lo vio alejarse de la escalera. Su larga capa ondeaba entre sus piernas mientras se dirigía hacia otra parte de la casa. No era un simple hombre, claro está. Era Briac.

«Briac —pensó en esa región del cerebro consciente de que estaba en un sueño—. Se llama así, pero yo también lo llamo de otra forma».

En cuanto desapareció de su vista, Quin bajó corriendo por la escalinata con los niños agarrados de la mano. La niña tropezó en el último escalón y tiró un florero que había en una mesita apoyada contra la pared.

Quin no esperó a que el objeto cayera al suelo. Cogió a los dos niños a pulso y corrió hacia la puerta de entrada.

Oyó que el florero se hacía añicos y luego esas fuertes pisadas que se acercaban. Iba a por ellos.

—¡Quin! —gritó Briac—. ¡Quin!

«¿Y si no me hubiera detenido? —se preguntó en esa región de su cerebro que no estaba soñando—. ¿Y si hubiera seguido adelante? Puedo seguir adelante...».

Salió al aire de la noche. Los niños pesaban demasiado para seguir llevándolos en brazos, pero vio a Yellen. Su caballo estaba mirándola, como por arte de magia, pateando el suelo impacientemente. «Yellen nunca estuvo allí —informó su cerebro—. Pero ¿y si hubiera estado?».

El ruido furioso de las botas se acercaba cada vez más. Los niños seguían llorando, pero notaban su urgencia y colaboraban. Quin los subió a la grupa de Yellen con nerviosismo y luego montó en la silla entre ambos.

Las pisadas de Brian eran atronadoras. Se hallaba justo detrás del portón.

—¡Agárrate fuerte! —ordenó al niño, que iba sentado detrás.

Este la rodeó con los brazos.

Una sombra en el vestíbulo, una voz furiosa, la llamaba por su nombre. No se detuvo a mirar atrás. Hundió los talones en los ijares de Yellen y el caballo emprendió la marcha por el camino de gravilla, atravesando el enorme jardín iluminado por la luna.

«¡Quin! ¡Tienes que hacerlo! ¡No hay otra alternativa! Ahora».

«Es mi sueño —pensó—. Puedo ignorarlo. Puedo arreglar esto». Los niños seguían agarrados, el viento agitaba sus cabellos y Yellen los transportaba a los tres lejos de allí. Quin apenas sentía las lágrimas que corrían por sus mejillas.

## Quin

—Te... te... te... has quedado dormida, Quin.

Alguien la zarandeaba. Poco a poco, Quin fue despertándose y descubrió que tenía la cara mojada y pegada a una lámina de plástico duro. Se incorporó en el asiento con fatiga. Había llorado en sueños.

—Oh, Dios.

Tenía sangre seca impregnada en las manos y las lágrimas la habían humedecido. El plástico estaba cubierto de manchas rojizas. Necesitaba lavarse desesperadamente y le dolían todos los huesos.

El sol había declinado y continuaban sobre las vigas que conformaban la estructura inferior del Bridge. Ya pensaba con más claridad, como si las lágrimas hubieran despejado los nubarrones de su mente.

—Te... te... te... tenemos que ir... irnos, ¿de acuerdo? Llevas un ra... rato dormida.

Shinobu. El pelirrojo Shinobu con sus cabellos teñidos. Estaba sentado al borde del plástico, tiritando sin parar. Refrescaba un poco a causa del viento, pero llevaba una gruesa chaqueta de cuero y no tendría por qué tener frío.

—Oh, Di... Dios, qué mala cara tienes —dijo mientras ella se incorporaba.

—Pues anda que tú...

Quin ejerció de sanadora y lo examinó a la débil luz. Tenía profundas ojeras y estaba muy delgado, demasiado. Temblaba tanto que sus manos repiqueteaban contra el plástico.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Quin.

—Nadando —contestó él con una sonrisa.

Empezaban a castañetearle los dientes.

Quin rio y luego se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Bajamos por... por la pilastra y nadamos un po... poco. Está cerca.

—Tienes el mono —advirtió Quin al tiempo que lo decía. Lo observó con ojo clínico y preguntó—: ¿Opio?

—Cu... cualquiera sabe —respondió sonriendo tímidamente—. Shi... Shiva, opio, cualquier cosa. Rescatarte esta ta... tarde no entraba en mis pla... planes. Pensaba pasar el día colocado.

—Túmbate. —Le gustaba oír el tono firme de su propia voz. En cuanto decidía

encargarse de otra persona ni siquiera se preocupaba por la sangre de sus manos—. Bajar cien metros con estos temblores no es una gran idea que digamos.

—Pro... probablemente no —coincidió.

Se tumbó delante de ella, que se arrodilló a su lado. En cuanto se concentró su visión fue cambiando paulatinamente. Era como desenfocar la mirada hasta que aparecían aspectos ocultos. Veía las líneas de energía de color dorado que fluían alrededor del cuerpo de Shinobu. En una persona sana esas líneas formaban un patrón regular, de una simetría prácticamente hermosa. Sin embargo, el campo de Shinobu estaba plagado de manchas oscuras que interrumpían su trazado.

Se abstraigo de todo y se concentró en el flujo de energía que descendía por sus propios brazos. Separó bien los dedos y le posó las manos sobre el cuerpo. Entonces imaginó que su energía era un río que discurría a través de las yemas de sus dedos hacia las manchas negras que planeaban por encima de los órganos de Shinobu. Su río de energía limpiaría esas zonas oscuras.

Para ver la energía de tal forma se necesitaba un tipo de concentración especial, como un músculo que siempre permanecía ligeramente en tensión. Trabajó en silencio durante un buen rato hasta que las manchas comenzaron a disolverse y Shinobu dejó de temblar.

Cuando terminó él se quedó mirándola desde el suelo y la luz del crepúsculo le permitió separar la persona de la ropa, el pelo y los pendientes. Al fin, vio una cara que reconocía. «Pues claro —pensó—. Shinobu. Mi precioso primo».

Cuando se fijó en que le sobresalían las costillas a través de la camiseta, la ropa sucia que llevaba y su fuerte adicción sintió una enorme tristeza. «Antes no eras así —pensó—. Esto es nuevo».

—Te pega —susurró él.

Shinobu alzó una mano para tocarle la mejilla. Estaba tan sucio como ella, probablemente más, pero no se apartó de él.

—¿El qué?

—Usar tu mente para cosas buenas.

Se quedó mirándola fijamente, como si quisiera que se acercara más. Antes parecía enfadado, como si no pudiera soportar su presencia, pero por alguna extraña razón ya no estaba furioso.

—No quiero causarte más problemas —musitó ella acercando más la cabeza—. Cuando me saques del Bridge te librarás de mí. Te lo prometo.

—Llevo mucho tiempo intentando librarme de ti —repuso él sin mirarla—. Pero sigues apareciendo.

Le molestó escucharlo, pero tenía razón. Había hecho que John y su pasado volvieran a entrar en su vida. Shinobu era un drogadicto que apenas podía cuidar de sí mismo. Por más que significaran antes el uno para el otro, él ya no estaba obligado a protegerla. Tenía que solucionar sus problemas por sí misma.

Unos minutos después caminaron por las vigas hasta llegar a una enorme pilastra

vertical. Shinobu descendió por unos peldaños de metal incrustados en el revestimiento de cemento y Quin lo siguió de cerca. Había anochecido, pero la luna los iluminaba y descendieron hacia su reflejo, que flotaba en el agua. Las brillantes luces de los barcos se desplazaban por el puerto en todas las direcciones, pero la zona que había por debajo de ellos se veía tranquila y despejada.

Cuando se aproximaron al agua Shinobu señaló un rectángulo que flotaba en la superficie, a medio camino entre la pilastra en la que estaban y su pareja, a unos cincuenta metros de distancia. Ese rectángulo era la cubierta de una especie de galería que se sumergía por debajo del puerto.

—¿Estás seguro? —preguntó.

No le convencía nada recorrer esa distancia en aguas tan oscuras.

—Es una galería de mantenimiento para el metro y los túneles que van a la isla. El puerto está plagado de ellos. Brian y yo contamos más de cincuenta y paramos porque nos estábamos quedando sin aire. Podemos usarlos para llegar a Kowloon por debajo del agua.

—¿Sé nadar? —preguntó, consciente de lo raro que sonaba.

Pero la verdad es que no lo recordaba.

—¡Ja! —Sonrió—. ¡Habrás que descubrirlo!

Dicho esto, Shinobu saltó al agua desde su peldaño. Un momento después emergió y la esperó.

Quin saltó antes de que pudiera arrepentirse. Sintió un frío sobrecogedor al contacto con el agua del puerto; luego salió a la superficie y descubrió que efectivamente sabía nadar. Se dirigieron juntos hacia la galería, con la luna rielando sobre el agua varias brazas por delante de ellos.

Al fin pudo limpiarse. Jamás le había sentado mejor una ducha. Se frotó la piel y el pelo infinidad de veces, hasta que desapareció cualquier resto de sangre y suciedad. Se hallaba en una caseta de piscina instalada en la esquina más alejada de un enorme jardín. Cuando se aseguró de estar completamente limpia, pasó al cálido suelo del vestuario y se puso una bata. Miró la ropa que llevaba antes, amontonada a la puerta de la ducha. Nunca volvería a ponerse ninguna de esas prendas. Las metió en un cubo de basura y volvió a lavarse las manos.

Shinobu había desaparecido en el interior del edificio principal. Quin salió silenciosamente de la caseta y atravesó el jardín hasta quedar bajo una de las ventanas de la planta inferior. No era una casa grande, pero sí preciosa, y situada en el mejor barrio que hubiera visto nunca en Hong Kong. Habían llegado allí tras una hora de caminata por los oscuros túneles que recorrían el puerto, las increíblemente abarrotadas calles nocturnas de Kowloon y, finalmente, en el asiento trasero de un taxi cuyo conductor miraba con recelo a sus sucios y mojados pasajeros por el retrovisor.

Vio por la ventana a Shinobu, que salía de un gran vestidor con una bolsa aferrada al pecho y se detuvo junto a una pequeña cama que había pegada a la pared. Allí dormía Akio, el niño al que había visto esa mañana en su consultorio. Shinobu se inclinó hacia la silueta acurrucada de su hermano y le susurró algo al oído durante un buen rato. Tras esto, besó la frente del niño una y otra vez. Cuando Shinobu se levantó, Quin se ocultó bajo la ventana para que no supiera que había presenciado ese momento de intimidad.

—Toma —dijo cuando salió—. Ahí tienes ropa. Es mía, así que te quedará muy grande, pero la dejé en casa de mi madre y eso significa que estará limpia.

Quin volvió al vestuario para ponerse unos tejanos viejos de Shinobu y un jersey. Enrolló las mangas, que colgaban de sus manos, y remetió los bajos de los pantalones dentro de sus húmedas botas.

Cuando regresó encontró a Shinobu cerca de la piscina, sentado en el césped con el athame a un lado. Junto a él había otra arma, una que parecía un látigo con la empuñadura de una espada. Vio que se remangaba la pierna derecha de los vaqueros mientras ella se acercaba. Tenía una barra de piedra pegada a la pantorrilla, con la punta escondida en el interior de la bota. La sacó con cuidado y la colocó junto a los otros objetos.

Quin se sentó con él en el césped y señaló el arma enrollada.

—¿Un látigo?

—Una espada látigo.

—Espada látigo —repitió.

Parecía obvio, una vez que él lo había dicho.

—La guardé para ti —le explicó Shinobu—. Cuando te hirieron. Deberías recuperarla.

—¿Es mía?

—Es tuya. ¿De verdad no te acuerdas?

—Parece como si debiera. Pero en realidad no, al menos todavía.

Inspeccionó la espada látigo sin tocarla.

Shinobu se quedó pensativo un momento, mirándose las gastadas botas. Al cabo de un rato dijo:

—Cuando te llevamos al maestro Tan estabas prácticamente muerta. Yo creo que en realidad lo estuviste, durante un par de minutos, hasta que él te hizo revivir. —Quin no lo recordaba. Pero su mente iba experimentando un cambio sutil. Ciertas cosas que antes yacían en las profundidades del océano se acercaban un poco a la superficie—. El maestro Tan no sabía si podría resucitarte —continuó Shinobu con un ligero temblor en la voz—. Dijo que no querías vivir.

Por algún motivo eso sí lo recordaba.

—¿Cómo sabía eso?

—Es el maestro Tan. —Shinobu se dio unos golpecitos en la cabeza—. Sabe cosas... y siempre que intentábamos ayudarte tú nos apartabas. Luego te vi tumbada

en su camilla. Yo estaba seguro de que nos habías dejado. Pero cuando el maestro Tan te dijo que podías tener una nueva vida si querías, que podías olvidar tu vida anterior, volviste a respirar. —Shinobu apartó la vista—. Nosotros somos Seekers, Quin, y hacemos cosas extrañas. Pero el maestro Tan te hechizó.

—¿Por qué usas esa palabra? —preguntó Quin en voz baja.

—¿Qué palabra? ¿«Hechizo»?

—No. «Seekers».

La miró como si dudara de la honestidad de su pregunta, pero cuando vio que hablaba en serio dijo:

—Porque eso es lo que somos, Quin.

Se quitó la gruesa pulsera de pinchos de la muñeca izquierda. Luego alargó el brazo y remangó el jersey de Quin. Puso una muñeca junto a la otra y recorrió las cicatrices idénticas con forma de daga. Quin se obligó a examinar la figura grabada a fuego en su brazo. No era una mancha, como siempre se decía. Era algo completamente diferente: estaba marcada.

—Una Seeker —susurró, intentando comprobar lo que sentía.

No le gustó en absoluto.

—Supongo que eso no es lo que somos —dijo Shinobu en voz más baja—, sino lo que éramos. Lo que esperábamos ser.

Apartó la vista y se quedó mirando la hierba. Una luz se reflejó en su cara y Quin se dio cuenta de que por su mejilla resbalaba una lágrima. Le pareció antinatural. Era como ver llorar a un animal salvaje.

Shinobu se enjugó la lágrima con la manga de la chaqueta y se ensució aún más la cara. Quin apartó la vista, avergonzada.

—Mi madre estuvo aquí todo el tiempo. Todos estos años —dijo tan bajito que tal vez hablara solo para sí. Quin lo relacionó todo. La mujer que había aparecido esa mañana en su consultorio... La conocía de antes, de mucho tiempo atrás... en Escocia. Sintió la embestida de una emoción en la que se mezclaban la tristeza y el miedo. Empezaba a recordar...—. Mi madre estaba muerta —continuó Shinobu—. Eso es lo que yo creía. Lo que me dijo él. Pero no era cierto. Estaba aquí, con mi hermano. Cuando supo que estaba embarazada, mi padre y ella idearon un plan para que escapara. Mis ancestros tenían tierras aquí. Mi padre vivió sin su mujer durante siete años para que mi madre y Akio fueran libres. Él no podía contármelo ni avisarme, porque Briac... Pero siempre intentó que nosotros también nos liberásemos y volviéramos a ser una familia.

—Liberaros de Briac —susurró Quin.

Briac, su padre. Lo había visto en sueños. «Me prometí que lo mataría —pensó—. Para que Fiona y yo fuéramos libres».

—Dejé a mi padre allí, muriéndose. —La voz de Shinobu sonaba vacía. Quin quiso cogerlo de la mano, pero él se apartó inmediatamente—. Cualquiera día me olvidaré de comer, de revisar la botella de oxígeno o fumaré demasiadas pipas en el

bar. Yo no soy un Seeker. No creo siquiera que siga siendo una persona. Soy un fantasma que espera la muerte.

Se quedaron allí sentados guardando un silencio sobrecogedor. Al final, Quin dijo:

—Yo siento lo mismo. Solo que a lo mejor soy un fantasma que espera la vida.

Cogió la espada látigo con cuidado. La empuñadura se ajustaba perfectamente a su mano derecha. Dejó que su muñeca se moviera sola, sin permitirse pensar. El látigo se desplegó con un chasquido y Shinobu se apartó de Quin, que transmutó la espada látigo en cinco formas diferentes sucesivamente. Luego agarró la hoja y observó como se derretía sus dedos. Alzó la vista y miró a Shinobu.

—Me conoce —dijo.

—Pues claro que te conoce.

Transmutó la espada látigo en otras formas diferentes: una cimitarra, un florete y un montante. Luego volvió a coger la hoja, dejando que corrieran por su mano oscuros regueros de aceite.

—Yo nunca fui una Seeker —murmuró Quin—. Era una marioneta. —Shinobu no contestó. Empezaba a tiritar de nuevo y ella confiaba en que fuera por el frío—. Fui la marioneta de mi padre. —No estaba segura de que fuera un recuerdo que volvía a ella, pero de algún modo sabía que era cierto—. Siempre fui su marioneta. Y ahora la de John...

Quin transmutó la espada látigo en la forma de una daga y la clavó en el césped.

Superó sus reticencias y cogió el athame para estudiar los símbolos del puño. Después se lo deslizó por una de las trabillas del cinturón.

Alzó aquella barra de piedra plana que Shinobu llevaba escondida en una de las perneras del pantalón.

—El reanimador —dijo Shinobu.

—Reanimador —repitió ella.

Deslizó el bastón por otra trabilla y las dos armas de piedra colgaron de sus pantalones prestados como si fueran revólveres. Se manchó la mano de tierra al sacar la espada látigo del césped, pero se negó a limpiársela. Llevaba más de un año encerrada en su casa del Bridge, asustada hasta de su propia sombra. Ese día había salvado a un niño y matado a un hombre, tal vez a dos. Esa suciedad probablemente podía esperar.

Se levantó.

—No quiero seguir siendo una marioneta.

Enganchó la espada látigo a la cintura del pantalón y tras esto sacó el athame y el reanimador de sus trabillas. Observó como sus propios dedos delineaban los símbolos inscritos en los discos del athame. El corazón comenzó a latirle con fuerza de repente. Estaba aterrorizada, pero al mismo tiempo se sentía bien. Como si al fin, tras más de un año dormida, volviera a la vida.

—Enséñame —le pidió.

Shinobu se levantó y se acercó a ella. Estudió los símbolos que Quin había alineado y asintió.

—Sí, así llegarás al Allá. Y también necesitas las coordenadas del lugar al que irás después de visitar el Allá.

—¿Qué tengo que decir? Vuelve a enseñármelo.

Shinobu se colocó detrás y pegó sus brazos a los de ella, colocando el athame y el reanimador en una posición en la que pudieran entrechocar. Cuando sus cuerpos se tocaron dejó de temblar. Quin se percató de que era mucho más alto que antes y de que, a pesar de haber adelgazado mucho, seguía siendo muy fuerte, como un muro a su espalda en el que podía apoyarse.

—Al principio estaba el rumor del universo —susurró Shinobu a su oído.

Al escuchar esa frase fue como si se abriera un grifo en su mente. Las palabras empezaron a brotar de la boca de Quin y las dos pronunciaron al unísono: «El athame encuentra el camino, rasgando la trémula tela para trasladarnos al Allá».

—Ahora el cántico —susurró—. Recita conmigo: «Conocerse a uno mismo, conocer el hogar, una imagen clara de...».

—... Adónde quiero regresar —continuó Quin—, del lugar al que iré...

—¿Adónde irás? —preguntó Shinobu.

Sentía su cuerpo cálido y firme a su espalda, pero ella misma había empezado a temblar.

—¿Tú dónde crees?

## John

John se quedó parado a la entrada del despacho, sorprendido al ver a su abuelo en ese estado. Gavin, una forma imprecisa ante los inmensos ventanales de la habitación, estaba derrumbado sobre su antiguo escritorio con temblores en la espalda. Tosía, pero también parecía estar llorando. La habitación olía a quemado por todas partes.

—¿Abuelo?

Gavin apartó la cara de las manos con un movimiento repentino. John retrocedió un paso involuntariamente al ver la cara de su abuelo. Tenía los ojos raros, diferentes uno del otro; la pupila del derecho doblaba en tamaño a la del izquierdo y ambos estaban inyectados en sangre.

—¡Cierra esa puerta! —exclamó Gavin, ahogándose por culpa de los ataques de tos—. ¡No quiero que me vean así!

John miró a ambos lados del pasillo antes de cerrar la puerta. Coincidió con su abuelo en que nadie debería verlo en ese estado.

El viejo volvió a toser, pero una vez que había cerrado la puerta, John advertía algo más en la habitación aparte de esos ataques: un silbido.

—¿Dónde está Maggie? —preguntó John, dirigiéndose a toda prisa hasta el minibar que había en una de las paredes para servirle un vaso de agua y llevárselo—. ¿Qué es ese ruido? —Su abuelo cogió el vaso desesperadamente con la mano izquierda y se lo tragó en largos sorbos, poniéndose perdida la chaqueta—. ¿Dónde está Maggie? —volvió a preguntar.

El silbido era ya más potente, como si saliera aire de una tubería. El ruido procedía de algo cercano, pero la habitación se encontraba en la penumbra de los primeros albos del amanecer y John miró alrededor del escritorio sin encontrar nada.

—Dejaste morir a tres de mis hombres en Asia, John, y eso me llevará a la ruina.

Gavin eructó y empezó a toser de nuevo. Había acabado con el agua, una parte se la había bebido y el resto la había derramado.

John cogió el vaso y fue a rellenarlo.

—Abuelo, ¿dónde está Maggie? No la he encontrado en la nave.

—¿Dónde está Maggie? —repitió Gavin tras él con un tono que rozaba la histeria—. ¿Dónde está Maggie, me preguntas? La he despedido. Quieren sacarme de aquí, quitarme lo que es mío. ¡Maggie también!

Tras decir esto gritó de dolor.

John se volvió y vio una brillante llama azul en la mano derecha de Gavin.

—¿Qué estás haciendo? —gritó John, corriendo hacia el escritorio.

Su abuelo dirigió la llama que tenía en la mano derecha hacia la manga del brazo izquierdo antes de que pudiera llegar hasta él.

Era un soplete. Diminuto, una simple bombonita de mano de cuya boca salía un tubo, pero su pequeña llama era de un azul intenso y emitía un potente ruido. Gavin la mantenía oculta bajo el escritorio. John se percató inmediatamente de que era la misma que había visto en el armario del despacho hacía un año y medio, uno de los objetos que pertenecieron a su padre, Archie. Su abuelo había pasado de tomarles cariño a esos trastos a lacerarse con ellos. Volvía a oler a quemado, un olor fuerte y acre.

—¡Basta!

Cogió a Gavin por la muñeca derecha, pero su abuelo le retorció el brazo en un arrebato de fuerza enajenado, lo apartó y se levantó del escritorio. Un vez más proyectó la llama hacia su brazo y gritó de dolor cuando esta penetró a través de la chaqueta.

John se abalanzó sobre él para detenerlo, pero Gavin agitó el soplete y tuvo que agacharse al notar la llamarada en la cara. Entonces vio la cantidad de quemaduras que tenía en la manga de la chaqueta. Bajo ella se veía la carne, rosada y abrasada. ¿Cuánto tiempo llevaría haciendo eso?

—Abuelo, ¿qué haces? ¡Estás quemándote a ti mismo!

—No... No hago eso... —Volvió a toser—. Intento concentrarme. Archie utilizaba esto cuando trabajaba con sus coches. Lo hacía con mucha atención... Si soy capaz de concentrarme... encontraré una salida.

Gavin bizqueó con el ojo derecho, completamente independiente del izquierdo. Seguía amenazándolo con el soplete.

—Mi padre no se quemaba a propósito con el soplete —repuso John—. ¡Estás completamente... fuera de control, abuelo! ¿Cuánto hace que se fue Maggie?

—La despedí en cuanto te fuiste a Asia, John. Catherine me lo dijo... quieren matarnos. Todos ellos.

Cada vez más paranoico, Gavin había despedido a Maggie, pero al hacerlo se había condenado a sí mismo. Estaba perdiendo la cabeza por completo. John se abalanzó sobre él, pero el viejo retrocedió, dio más potencia a la llama y se protegió dibujando un amplio arco a su alrededor.

—Abuelo, si Maggie no está, necesitamos que vuelva. —Intentó agarrarlo de nuevo, pero Gavin se mantenía a distancia—. No puedes vivir sin...

—Mataste a mis hombres, John...

—No los maté yo. Te lo prometo. —Trató de acercarse, pero el viejo le lanzó otra llamarada a la cara—. Hubo una pelea...

—Ahora seguro que me sacarán de aquí... —comenzó Gavin, y luego se dobló,

sorprendido por otro ataque de tos.

John aprovechó ese momento de debilidad para reducirlo. El abuelo levantó los brazos, luchando por apartar a su nieto. Era mucho más débil que él, pero la desesperación le daba fuerzas y tampoco quería hacerle daño. Gavin oponía cuanta resistencia podía, hincando los dedos de la mano izquierda en la carne de John y sacudiendo el soplete enérgicamente con la derecha. John sintió repentinamente un dolor abrasador en el antebrazo. La llama del soplete le estaba quemando la piel.

Gritó y empujó atrás al abuelo con todas sus fuerzas. El viejo cayó y el soplete rodó por su pecho, quemándolo antes de chocar estrepitosamente contra el suelo. John se lanzó a por él, lo apagó y lo alejó hasta el otro lado de la habitación de una patada. Al darse la vuelta se encontró a Gavin estirado en el suelo, reducido, débil y malherido.

Su abuelo alzó la vista, aterrorizado. Su ojo derecho recuperó lentamente la coordinación con el izquierdo. Las pupilas seguían siendo de diferente tamaño, pero en ese momento miraba fijamente a John con ambos ojos.

—¿Tú también? ¿Tú también te pones en mi contra, John?

John se arrodilló ante él y lo cogió por los hombros.

—No estoy en tu contra. ¡Estás fuera de ti! —Obligó a Gavin a mirarlo y le dijo aquellas palabras que había estado evitando decir durante años—: Te... te hemos envenenado, abuelo. ¿Estás escuchando? Es el veneno el que te hace pensar así.

Gavin se apartó de John con cara de loco, pero pareció entender el sentido de sus palabras. Su rostro empezaba a calmarse.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

Las primeras luces del amanecer todavía no habían arrancado la habitación de la penumbra, pero John vio con claridad la marca roja en su brazo, que empezaba a hincharse preocupantemente. Le dolía toda la extremidad, desde la muñeca hasta el hombro. Cogió a su abuelo por el brazo izquierdo y observó las quemaduras que lo recorrían de arriba abajo. Eran graves, igual que las que tenía en el pecho. Tendría que llamar a un médico para que los viera a ambos.

Se dejó caer en el suelo junto a Gavin.

—La tos. Ese es uno de los síntomas, espasmos en la tráquea. Los espasmos musculares y los tics. Las pupilas dilatadas. El desequilibrio mental. Todo es culpa del veneno.

—¿Me has envenenado? —susurró Gavin, desolado—. ¿Veneno, veneno? ¿Veneno real?

—Mi madre —contestó John. Respiró lenta y profundamente, y apretó los dientes para soportar el dolor agónico que ascendía por su brazo al ritmo de su corazón en oscuras oleadas. Se lo pegó más al cuerpo—. Catherine te envenenó, hace muchos años.

Sintió una vibración en la cadera. John sacó el móvil con el brazo bueno y miró la imagen que aparecía en la pantalla. Por un momento olvidó su propio dolor y sintió

renovadas esperanzas. Había contactado con él. Pensaba que ella no lo haría, pero sí, lo había hecho. Si lograba que Gavin mantuviera la cordura suficiente para prestarle ayuda una vez más podría conseguirlo.

—Catherine me envenenó —repitió Gavin en voz baja mirando al suelo. Parecía desconsolado. El ojo derecho volvía a bailar—. ¿Por qué querría hacerlo?

—Fue antes de que te conociera bien, antes de que os hicierais amigos. Quería... quería tener un medio de controlarte, por si te convertías en una amenaza.

—Con todo lo que ella me dio. Jamás, yo nunca habría...

—Fue un error, abuelo. Un terrible error. Ese veneno lleva años corroyendo tu mente. No debería haberlo hecho. Ella... ella creía que nunca podría confiar en nadie. La confianza no era su mejor cualidad.

—Jamás me habría puesto en su contra —volvió a decir, mirando las quemaduras que tenía en el brazo como si acabara de empezar a sentirlas en ese momento—. Entonces... ¿estoy muriéndome?

—No lo sé. El veneno se queda en tu cuerpo permanentemente. —John intentaba hablarle con delicadeza. Se recolocó el brazo intentando encontrar una posición que doliera menos—. Llevas tomando el antídoto desde mucho antes de que ella muriera. Maggie era quien te lo proporcionaba. Pero ya no funciona como antes. No sé por qué. No lo has tomado desde que despediste a Maggie.

Gavin apartó la vista de sus quemaduras para mirarlo. John esperaba que se pusiera furioso, pero en lugar de eso las facciones del viejo mostraban alivio.

—¿No estoy loco? —preguntó su abuelo—. ¿No estoy perdiendo la cabeza?

—Has estado quemándote a propósito con un soplete, abuelo —dijo John—. Es posible que estés loco. Pero no es culpa tuya. Lo siento.

Resultaba extraño que fuera él quien se disculpara con Gavin, cuando este acababa de desfigurarlo, pero se sentía culpable irremediabilmente al ver al viejo en ese estado de crisis nerviosa.

La paranoia volvió a reflejarse en su rostro. Se le desorbitaron los ojos, recorriendo todos los rincones de la habitación, y susurró:

—Vienen a buscarme. Quieren librarse de mí.

—¡No! —exclamó John con firmeza, cogiendo a su abuelo por el brazo bueno—. No hay nadie aquí en este momento, abuelo. El *Traveler* sigue siendo tuyo. —Lo tomó por la barbilla y giró su cara para que lo mirase—. Y estuve muy cerca. Lo tenía en las manos.

John miró su teléfono, que estaba en el suelo junto a él. Luego volvió a mirar los enloquecidos ojos de su abuelo. Rompió en una fea carcajada sin querer. Su madre quería que Gavin le ofreciera protección y estabilidad, pero su abuelo le proporcionaba justo lo contrario. Era una carga más sobre sus hombros.

—Maggie volverá aquí y te ayudará —dijo John—. Ya sé adónde tengo que ir. Y esta vez lo recuperaré.

## Quin

El tiempo se alargaba. Quin oía su propia respiración en la oscuridad, cómo cada inspiración y exhalación se estiraban hasta que parecían tardar minutos en completarse. La eternidad la rodeaba por todas partes, como el agua del río que discurría junto a la hacienda.

En su cabeza flotaban fragmentos inconexos de su juramento: «... los caminos ocultos intermedios, acuden a mi encuentro entre las penumbras...».

Había perdido el hilo del cántico temporal. Conocía las palabras. Las tenía en la punta de la lengua. Estaban ahí mismo, justo ahí, donde siempre habían estado...

Sus pulmones se fueron llenando lentamente con su respiración.

«¿Para qué respirar?», se preguntó. Era más sencillo quedar en suspenso después de exhalar y dejarse llevar por la oscuridad.

«¡Voy a morir aquí!», pensó de repente. Ser consciente de ello bastó para acelerarla de nuevo. Exhaló el aliento más rápido y luego volvió a inspirar.

«Conocerse a uno mismo».

Empezaba a recordar las frases del cántico.

«Conocer el hogar».

Se obligó a pronunciar las palabras en voz alta.

«Una imagen clara de adónde quiero regresar, del lugar al que iré, y la velocidad de los caminos intermedios harán que vuelva a casa a salvo».

Se encontraba en el Ahora. Aunque ese no-lugar careciera de tiempo, ella había llevado su propio tiempo consigo. «Mi mente se aclarará», se dijo. Y lo hizo. Sintió una gratitud inmensa y comprendió que su trabajo como sanadora mantenía en forma la musculatura de su mente.

Tenía el athame y el reanimador en sus manos. El athame resplandecía levemente, lo suficiente para poder distinguir su forma.

Volvió a recitar el cántico: «Conocerse a uno mismo, conocer el hogar, una imagen clara de adónde quiero regresar, del lugar al que iré...».

Quin sabía adónde tenía que ir. Giró los discos de la empuñadura al resplandor sutil de la daga de piedra, palpando las formas de los símbolos. Esas coordenadas eran las primeras que su padre le había hecho memorizar y estaban grabadas en su subconsciente.

«... y la velocidad de los caminos intermedios harán que vuelva a casa a

salvo...».

Alzó el athame y lo dirigió hacia el reanimador. A medio camino chocó con algo. Quin palpó ante sí y tocó una tela. Lana, como la que usaban cuando ella era niña, gruesa y de la que pica. Hundió los dedos en ella y encontró algo debajo, un cuerpo humano tal vez.

Acercó el athame e intentó vislumbrar lo que tocaba a su tenue luz. Por el tamaño y la posición estaba prácticamente segura de que se trataba de una forma humana, inmóvil como una piedra. No distinguía los detalles, pero se trataba de alguien mucho más alto que ella. Siguió palpando y se quedó desconcertada. Había demasiadas extremidades y parecían fuera de lugar...

¿Cuánto tiempo llevaba allí junto a esa figura? ¿Cuántas veces había respirado? ¿Diez? ¿Cien veces? Era imposible contarlas, sobre todo cuando sus pulmones funcionaban de manera tan gradual.

«Conocerse a uno mismo». Las palabras acudían a ella con pereza, a paso de tortuga. «Conocer el hogar...».

Tenía que salir o permanecería allí para siempre. Se apartó de esa muda figura e hizo entrechocar el athame y el reanimador. Cuando sintió vibrar todo su cuerpo dibujó una nueva anomalía, extendiendo el arco todo lo que pudo.

Los bucles de luz y oscuridad se separaron unos de otros hasta transformarse en un sólido contorno frente a ella, creando un portal que emitía zumbidos. Su energía brotaba desde la oscuridad hacia fuera, hacia el mundo exterior. Detrás se veía un cielo nocturno y arboledas, un bosque lleno de árboles.

«Una imagen clara de adónde quiero regresar, del lugar al que iré...», recitó.

Se volvió y retrocedió varios pasos, moviéndose a tientas tras la extraña figura. Apoyó las manos en ella y la empujó con todas sus fuerzas. Era pesada y difícil de mover, pero tenía la solidez del hielo, así que podía empujarla como si se tratara de una estatua. Fue arrastrándola hacia el agujero que separaba la nada del mundo golpe a golpe. Al fin, tras un último empujón, la figura congelada llegó al pie del portal, cuyos palpitantes bordes ayudaron a hacerla pasar, giró sobre sí misma y cayó al suelo del bosque. Quin saltó tras ella.

Cuando sus pies tocaron el suelo permaneció inmóvil unos instantes. Estaba en una explanada rodeada de espesos bosques por todas partes. Al este empezaba a clarear. Casi había amanecido en ese lugar. Su corazón y su respiración volvían a acelerarse, devolviéndola a la normalidad.

A la luz de la luna se veía mejor la figura que había llevado desde el Allá. No se trataba de un hombre, sino de tres, encapuchados y vestidos con capas, unidos unos a otros, el primero cogido a los brazos del segundo, y este agarrado a los hombros del tercero. Yacían en el suelo en las mismas posiciones en que los había encontrado, solo que con las piernas mirando incómodamente hacia el cielo.

La primera figura era un viejo al que no conocía de nada. Al segundo sí lo conocía. Aunque no localizaba ningún recuerdo en particular, recordó su nombre

inmediatamente: el Gran Dread. Esto activó otro recuerdo, una imagen de los dos Dreads, uno de ellos mucho más pequeño. «Una chica —dijo su cerebro—. Sí, la recuerdo».

El tercer hombre era Briac Kincaid.

Quin había hecho regresar a su padre a la hacienda.

## Shinobu

Shinobu seguía sentado junto a la piscina, mirando fijamente el lugar por el que Quin había desaparecido tras atravesar la anomalía. Su presencia resultaba dolorosa a causa de los recuerdos que le hacía revivir. Pero todavía notaba las partes de su cuerpo que habían estado en contacto con el de ella, como si sus sentidos las resaltaran. ¿Habría sentido lo mismo que él cuando la rodeó con sus brazos para ayudarla con el athame? ¿O seguía siendo simplemente ese primo lejano, hermoso como un cuadro que uno admira pero no puede tocar? No. Al menos entonces estaba tan sucio que no podía considerarlo hermoso.

Se sobresaltó al sentir una mano sobre los hombros. Su madre, Mariko MacBain, estaba acucillada en el césped detrás de él, vestida con una bata ceñida para protegerse del leve frescor nocturno.

Esperaba que se pusiera furiosa al verlo, pero no lo hizo. No obstante, lo miraba con cautela, como si temiera que Shinobu pudiera pegarle. Eso lo avergonzó.

—Has venido —susurró en voz baja—. ¿Esa era Quin?

—¿Lo has visto? —se apresuró a preguntar. Le incomodaba que hubiera podido presenciar cómo Quin atravesaba la anomalía. Su madre había conseguido olvidar la vida que llevaba en la hacienda y no quería recordársela.

—¿El qué? —preguntó su madre.

—¿La has visto irse?

—No. He oído su voz cerca de la casa hace tan solo unos minutos. —Se acercó más a él, pero sin llegar a tocarlo—. Ha sido ella quien ha salvado a tu hermano esta mañana. No me conocía, pero yo la habría reconocido en cualquier parte. Se ha puesto muy guapa, ¿verdad?

Shinobu sacó la bolsa con las hierbas. El grueso plástico había evitado que se mojaran.

—La medicina que me pediste —dijo Shinobu—. Perdona por lo que le ha pasado a Akio, madre.

Sintió el peso de su mirada.

—Pedir perdón no repara los daños, Shinobu. Tu hermano ha estado a punto de morir esta mañana.

Seguía sin parecer enfadada, simplemente exhausta. Aquello era peor, incluso.

—Revisaré toda la habitación para asegurarme de que no hay nada más...

—Ya me he encargado yo de eso, obviamente.

—Tenía intención de dejar las hierbas sin que me vieras. Por favor, madre, disculpa mi presencia continuada aquí. Debo marcharme.

Siempre se comportaba de modo más japonés en presencia de Mariko. De pequeño había recibido clases sobre los modales y el honor. Esas clases habían significado mucho para él entonces, cuando creía que se dedicaría en cuerpo y alma al honor.

—Será mejor que te vayas, antes de que me ponga furiosa. De haberte encontrado aquí esta mañana te habría matado.

—Lo siento, madre.

Se puso en pie.

—Cuéntame, ¿cómo llegó Quin a Hong Kong? —preguntó antes de que pudiera irse.

—Igual que llegué yo —contestó, hundiendo los puños en los bolsillos para detener los temblores.

Se dirigió hacia la verja del jardín.

—¿Al mismo tiempo?

Mariko se había levantado para alcanzarlo. Era una enana en comparación con Shinobu, apenas superaba el metro cincuenta. Aquel rostro tan japonés lo miraba desde abajo con ojos penetrantes.

—Sí —respondió—. Llegamos al mismo tiempo.

—Nunca me lo habías contado. Creía que habías escapado tú solo.

—No importa. En realidad nunca estuvimos juntos.

—¿Estás ayudándola?

—No... Sí —se corrigió. Se quedó mirándose las botas, todavía húmedas y sucias—. Solo con una cosa, nada más.

—Ya cuando erais pequeños sabía que había algo entre vosotros dos. A tu padre siempre le gustó, pobre niña.

—Me voy —dijo dándose la vuelta.

—Estás pensando en tu padre —añadió ella a su espalda—. Está bien. Yo también lo hago, todo el tiempo. Esto es lo que él quería, que estuvieras conmigo y con Akio.

—Lo sé, madre. Es lo que él quería.

—Por favor, Shinobu. Tú puedes... puedes cambiar. Y volver con nosotros.

Mariko intentaba hablar con firmeza, pero él advertía su tono de súplica.

Cuando se reunió con su madre intentó contarle lo que había pasado con Alistair aquella noche en la hacienda, pero no fue capaz de pronunciar las palabras. Mariko presintió que intentaba hacer una confesión y le hizo saber que no era necesario. Dijo que su pasado estaba perdonado y que no necesitaba volver a hablar de él.

Al principio ese perdón le había sentado de maravilla. Le costó comprender que perdonarse a sí mismo sería una historia completamente diferente. Solo los antros de drogadicción le habían ofrecido esa misericordia. Las drogas lo alejaban de su familia

y casi acaban con su hermano pequeño, pero los bares del Bridge eran los únicos sitios en los que encontraba consuelo. Le resultaba inconcebible dejarlo.

—No estoy pensando en mi padre —mintió caminando hacia la verja sin mirar atrás—. Estoy pensando en un fantasma.

Brian Kwon no era un fantasma, pero le faltaba poco para serlo. Tras dos horas de búsqueda, Shinobu lo había encontrado acurrucado en el sucio suelo tras un enorme contenedor de basura, a dos manzanas de distancia del hospital Queen Elizabeth, del cual al parecer había huido, llevándose consigo las vías y un montón de vendajes a medio poner.

—He tenido que irme —explicó Brian—. Han empezado a hacerme preguntas.

Llevaba uno de los ojos vendados y tenía un corte en el hombro que le habían limpiado, pero no habían podido ponerle todos los puntos. Tenía la camiseta llena de sangre y el cuello y la cara cubiertos de cardenales.

—Estás horrible —dijo Shinobu.

—Tendrías que ver cómo ha quedado el otro —consiguió responder Brian.

Brian había llevado al último de los hombres de John a una persecución laberíntica por el interior del Bridge mientras Shinobu huía con Quin. Shinobu examinó el pecho de su amigo y vio más moretones con mal aspecto.

—No es para tanto —le restó importancia Brian—. Lo peor es esto. —Se señaló un enorme y oscuro cardenal que comenzaba en la frente y continuaba por la cara hasta llegar al pecho—. He chocado contra un tubo de ventilación mientras los llevaba hasta el pasillo aquel que da al este. En cuanto se han dado cuenta de que tu novia no estaba conmigo han dejado de perseguirme. Me han dado un par de chupitos para el dolor, me refiero a los del hospital, no a los tíos esos del Bridge.

—Estás hecho todo un saco de boxeo, Lubina —dijo Shinobu al tiempo que levantaba a su corpulento amigo del suelo—. Pero no es mi novia.

—Lo que tú digas, Barracuda. Siempre me meto en peleas navajeras por culpa de chicas que solo son buenas amigas.

—Es mi prima, prima tercera. Bueno, prima tercera a medias.

Cuando intentó ponerlo en pie, Brian se quejó amargamente.

—¿Qué parentesco se tiene con un primo tercero?

—Pues... prácticamente nada, Lubina, es una especie de pariente lejano que te trata como si fueras de la familia.

—Ah. Pues es una pena.

Shinobu intentó que se mantuviera en una posición erguida y Brian hizo unas muecas que, al parecer, no se debían tanto a su propio dolor como a las pocas posibilidades que tenía su amigo con Quin. Trató de caminar con paso vacilante y se derrumbó sobre Shinobu como un árbol talado. Shinobu gruñó bajo su peso, pero pudo maniobrar con él hasta llevarlo a horcajadas.

Cómo consiguió meter a su amigo en un autobús y luego transportarlo todo el camino hasta el Bridge es algo que nunca supo con certeza.

Era medianoche cuando llegaron al extremo del Transit Bridge que miraba hacia Kowloon y esa cubierta que le daba forma de velero desaparecía entre la bruma que recorría el puerto.

—¿A quién debo remitir vuestra petición de entrada? —preguntó el guardia del paso fronterizo.

El hombre formuló la pregunta como si le pareciera de lo más normal que un sucio miembro de una banda llegara a altas horas de la noche llevando a otro igualmente sucio, pero más grande incluso, visiblemente herido.

—Al maestro Tan —respondió Shinobu. El hombre se inclinó hacia él para hacerle una foto que enviaría a la residencia del maestro Tan, que tendría que dar su consentimiento. Shinobu sonrió seductoramente a la cámara, con Brian todavía quejándose a su espalda—. Seguro que se acuerda de mí.

## Maud

Siglos atrás, la hacienda escocesa era más salvaje y agreste, y sin embargo estaba más poblada. La vida giraba en torno al castillo, situado en un alto promontorio sobre el río. Pero ese día en particular no se apreciaba ningún movimiento ni ruido en la fortaleza de piedra desde el exterior. Sus residentes no se dejaban ver en presencia de los Dreads, permanecían en su interior y, cuando tenían que hacer recados, salían por las puertas traseras.

Aquella fresca tarde de verano la Joven Dread hacía piruetas en la arena del patio de armas del castillo. Estaba apoyada sobre el pie izquierdo e interceptaba con los brazos y el pie derecho los objetos que le lanzaba el Dread Mediano.

—¡Atrapa! ¡Intercepta! ¡Intercepta! ¡Atrapa! —gritaba el Mediano mientras le arrojaba grandes piedras y cuchillos afilados.

La Joven cogió un cuchillo y lo devolvió, detuvo tres piedras con la pierna y luego cogió una tercera con la mano izquierda.

—Más rápido —exclamó.

La pierna izquierda le dolía desde el dedo gordo hasta la cadera, pero eso poco importaba. En los entrenamientos de los Dreads siempre había alguna parte del cuerpo que dolía. Trasladó esa información a los músculos para hacerlos trabajar con mayor rapidez. Sus brazos habrían parecido una imagen borrosa a cualquier persona ajena a los Dreads, en caso de que alguien se hubiera atrevido a mirarlos.

El Mediano lanzó una serie de cuchillos con una precisión letal, todos ellos dirigidos a partes vulnerables de su cuerpo.

—¡Atrapa, atrapa, atrapa! —gritó.

Cada vez que apresaba uno, se lo devolvía con la misma maestría que él. El Dread Mediano estaba tan cómodo que tenía tiempo de sobra para encontrar otros objetos desagradables que lanzar entre cuchillo y cuchillo. Lo siguiente fue un trozo de cadena y una herradura.

—¡Intercepta! —gritó—. ¡Más rápido!

El maestro se acercaba a ellos. Aunque el bombardeo de misiles ocupaba prácticamente toda su atención, una pequeña parte de su cerebro observaba como se acercaba el Viejo Dread. Advirtió que se desplazaba más lentamente incluso que el día anterior. Llevaba más de una semana observando como ralentizaba sus movimientos hasta lo imposible. Se detuvo en las inmediaciones y alzó lentamente

una mano, dando por terminada la sesión de entrenamiento. El Dread Mediano dejó de lanzar cuchillos y piedras para volver a colocarlos alrededor de su cuerpo o en el suelo. La Joven Dread deshizo la pirueta para caminar hacia su maestro. Mientras lo hacía, una última piedra salió despedida de las manos del Mediano hacia su cabeza con gran fuerza y la mala intención de cogerla desprevenida. Maud alzó el brazo en el último segundo para volver a dejarla en el suelo.

—Demos un paseo —dijo el Viejo Dread.

Hablaba tan despacio y en voz tan baja que apenas podía entenderlo. Tenía los ojos medio entornados.

El Mediano, al quedarse solo, sacó su espada látigo y se alejó de ellos rodeando el desierto patio de armas. La Joven y el Viejo Dread cruzaron pausadamente las puertas principales del castillo y se dirigieron hacia los bosques.

—Lo que tengo que decir no os gustará —comenzó—. Ha llegado el momento de que descanse.

—Ya nos hemos alargado infinidad de veces, maestro —dijo—. ¿Es que vos no descansáis?

—Sí. Pero nunca lo suficiente. El descanso al que me refiero será más largo. Vos y yo hemos hecho pequeños saltos juntos, un decenio, dos décadas, un decalustro. Ahora debo permanecer en la oscuridad durante mucho más tiempo.

—¿No queréis sentaros, maestro?

Cerca de ellos había una gran piedra perfecta para sentarse y se desplazaban a tal lentitud que parecía inútil seguir adelante.

El maestro negó con la cabeza. Un hombre normal habría tardado un segundo en hacerlo. Su maestro empleó medio minuto.

—Necesito todas mis fuerzas para mantenerme en pie y caminar. Si me siento, adiós. No descansaré hasta que llegue al Allá.

La Joven Dread giró la cabeza para mirar tras las puertas del castillo, donde el Mediano practicaba con su espada látigo, haciéndola girar con tal rapidez que parecía una mortífera nube negra. Si su maestro acababa marchándose realmente tendría que estar a solas con el Mediano durante años.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Maud.

—Es difícil de precisar. Cien años. Tal vez doscientos.

—¡Doscientos años!

—Tal vez incluso más, pequeña.

Era un número escalofriante.

Cuando la Joven Dread demostró sus dotes como estudiante y se despidió de su familia, pasaron un año en la oscuridad de «aquel lugar» y al regresar el mundo había envejecido un año sin que ella lo hiciera en absoluto. Pasó el siguiente año entrenando. Después regresaron durante dos años más a ese lugar oscuro. Y así sucesivamente, combinando su adiestramiento con eso que los Dreads llamaban «alargarse» o «descansar», y que en realidad significaba abandonar los límites del

espacio y el tiempo. El salto máximo había sido de cincuenta años, lo cual significaba que desde que su maestro se la llevó del hogar familiar había transcurrido un total de cien años, y sin embargo ella seguía teniendo doce. Estaban aproximadamente en el año 1570.

—No es tanto como pueda parecer. Cuando progreséis un poco más en vuestro entrenamiento es posible que hagáis un salto de esa misma cantidad de años.

—¿Cómo voy a progresar si os vais?

El Viejo Dread se detuvo y le puso las manos sobre los hombros.

—El Mediano tiene cualidades valiosas. Podéis aprender mucho de él.

La Joven Dread no comentó nada al respecto. Esperaba que su silencio hablara por sí solo del mal carácter del Mediano, su crueldad, e incluso de cosas que el maestro no había visto nunca, como el joven de la posada, el anterior Joven Dread, ese chico al que había acuchillado por criticar su comportamiento.

Al maestro apenas se le veían los ojos tras los párpados, pero sentía como la observaba atentamente.

—Sois fuerte —dijo, como si leyera sus pensamientos—. Podéis defenderos sola.

—¿Eso creéis? —dudó Maud.

El anterior Joven Dread, ese chico de la posada, era mayor que ella y no había podido protegerse a sí mismo. ¿O tal vez había algo más en los ojos de ese chico, un deseo de liberarse? ¿Estaba el chico dispuesto a morir con tal de escapar del Mediano?

Se produjo un largo silencio. Observó el movimiento del pecho de su maestro, que subía y bajaba como rompen las olas en una amplia playa. Finalmente, volvió a hablar.

—Para eso os he entrenado, niña. Sois la Joven porque vuestra edad es menor. Pero sois una Dread, tanto como el Mediano o como yo mismo. Vos decidís lo que es justo, como cualquier otro Dread debe hacer. El Mediano da por hecho que habéis de estar viva cuando yo despierte. De lo contrario, me pondré furioso.

Maud nunca había visto a su maestro furioso, así que no podía juzgar si el Mediano le tendría miedo. Su maestro era un anciano. Aunque había visto retazos de sus habilidades aquí y allá, estaba cansado desde el primer día. El Mediano seguía tratando al Viejo con deferencia, pero la Joven Dread se preguntaba cuánto tiempo duraría ese respeto.

—Puedo imaginarme lo que estás pensando, pequeña —dijo—. Cuando haya descansado seré un hombre muy diferente. Tendría que haberlo hecho hace muchos años. Este retraso se ha debido a... vuestra llegada. —«Originada por la prematura muerte del anterior Joven Dread», pensó Maud—. Ya me he demorado demasiado.

—¿Cómo despertaréis después de doscientos años, maestro?

Los labios del viejo esbozaron una leve sonrisa.

—Eso es un secreto que aprenderéis a su debido momento. Tendré muchas cosas que enseñaros cuando haya descansado. Todo. Ya lo entenderéis.

El Viejo Dread tendió el brazo para apoyarse en su hombro y se sentó pesadamente en el suelo.

—Ahora llamad al Mediano, pequeña. Él es quien tiene el athame. No perdáis tiempo. Mi descanso no puede esperar.

Tenía los ojos cerrados casi por completo. Sus hombros empezaban a caer, como si se envolvieran sobre sí mismos. La Joven Dread miró hacia el castillo y salió corriendo.

## Quin

Quin examinó el cuerpo de su padre ante los últimos resplandores de la luna.

—Estás vivo.

Sus palabras cayeron como piedras en un lago, creando ondas que llegaron a los lugares más recónditos de su mente.

Recordó de inmediato la última vez que lo había visto. Estaba tendido en la campiña, seguramente no muy lejos de donde se encontraban en ese preciso momento, y una mueca de odio desfiguraba su rostro.

Entonces, al alba, sus frías manos se aferraban con fuerza a la capa del Gran Dread. Ninguno de los tres hombres respiraba. No mostraban indicios de vida, pero su piel seguía sonrosada, saludable y sensible al tacto. Esos cuerpos no habían sido congelados mediante el frío, sino mediante el tiempo. Se preguntó cómo habría dado con ellos durante su visita al Allá. ¿Cuáles serían las dimensiones de ese no-lugar?

Quin libraba una batalla en su mente. Hacía un rato insistía a Shinobu en que era una sanadora y no quería hacer daño a nadie. Pero atendía a la llamada de una necesidad completamente diferente.

Arrancó los dedos de Briac bruscamente de la capa del Dread, lo apartó del resto y lo tumbó de espaldas. Sus brazos y piernas permanecieron en esa extraña posición mientras lo movía.

Una vez girado su cuerpo de modo que quedara mirando al cielo, sacó la espada látigo. Dejó que su mano se moviera por sí sola (sus músculos conocían esos movimientos mejor que su propia mente) y transmutó la espada látigo en la forma de una larga daga que alzó sobre el pecho de Briac.

«Dije que si John no te mataba lo haría yo misma», susurró.

Ese recuerdo había aflorado por completo y con él salían a la luz otros.

Los ojos de Briac miraban de soslayo y tenía la boca entreabierta, como si se hubiera quedado congelado a media frase. Alzó más el brazo con la intención de asestarle una estocada mortal. Pero su brazo quedó suspendido durante un buen rato.

«¡Oh, Dios!», musitó, incapaz de ejecutar el movimiento. Le resultaba imposible hacerlo viéndolo ahí tendido, indefenso. Se frotó la cara con las manos. Dejarlo vivo significaría...

«¿Qué significaría? —se preguntó—. Volver —obtuvo como respuesta—. Volver a hacer cosas como las de antes». No estaba segura de qué habría hecho exactamente

con Briac, pero una silueta enorme y oscura aparecía en lo más profundo de su mente como un gigante amenazante al que no tenía ganas de molestar. «Me temo que si sigue vivo volveré a obedecerle, como siempre he hecho». Pero, a pesar de ello, era incapaz de matarlo.

Empezaba a hacerse de día. Quin intentó calcular cuánto tiempo habría pasado en el Allá. Era imposible calcularlo de manera objetiva. Su memoria le decía que igual podía haber pasado en ese vacío tanto cinco minutos como varios días. Cuando salió de Hong Kong era casi medianoche. Tenían siete horas de diferencia horaria con Escocia, de modo que las once de la noche allí serían las cuatro de la tarde en la hacienda. Pero estaba amaneciendo y eso solo podía significar que su breve viaje al Allá había durado al menos quince horas, aunque tal vez hubiera perdido un día y medio. O más, quién sabía.

La luz del día desveló una mancha oscura en la pernera izquierda del pantalón de Briac. Cuando Quin tocó su muslo algo húmedo y oscuro salió sangre de él. Tenía más en la camisa, a la altura del hombro derecho. Le habían disparado hacía un año y medio, eso lo recordaba. Muchos de sus recuerdos permanecían ocultos, pero ese lo percibía nítidamente. John le había disparado dos veces. «Ahí tienes una cicatriz apropiada para ti», había dicho John. «¿Qué querría decir con eso?», se preguntó.

Durante todos los meses que Briac pasó perdido en el Allá su sangre ni siquiera se había secado. Simplemente había dejado de fluir, del mismo modo que los cuerpos no respiraban y sus corazones no latían.

Examinó a los otros dos con más atención. El más viejo, cuyo rostro estaba oculto tras una gruesa capucha y una larga barba gris, no parecía estar herido. El otro, al que llamaban el Gran Dread, lucía un corte en el pecho que habían vendado torpemente con un trozo extraído de su propia capa. Esa herida también estaba fresca.

Quin se preguntó si su padre y el Gran Dread habrían quedado atrapados en el Allá por culpa de esas heridas. Parecía probable que los hubieran distraído de sus cánticos temporales y quedaran allí perdidos.

Se puso en pie y por primera vez fue consciente del lugar exacto en el que se encontraba. Cuando traspasó la anomalía llegó a un claro en el bosque. A su izquierda había un monolito y al fondo del camino se veía la campiña en la distancia. «Aquí es donde empezó todo. Justo aquí», pensó. Miró una última vez a su padre y bajó por el sendero.

Al llegar a la extensa pradera Quin vio las montañas de escombros calcinados en que habían quedado reducidos los caserones, pero no apreciaba señales de vida en la hacienda por el momento.

Empezaba a recuperar la memoria y recordó más imágenes de aquella noche: Quin escondida junto a su casa en llamas, arrojando un cuchillo a un hombre que agarraba a su madre. Al recordarlo sintió un temblor en el brazo derecho y se miró ambas manos, presintiendo la multitud de habilidades que ocultaban.

Pasó por delante de una estructura donde antes debía haber un gran portón. El

interior estaba a oscuras, pero no parecía haber sufrido daños. Recordó su nombre: «el taller». Y más allá estaba el granero de entrenamiento, que no había salido tan bien parado. Del tejado solo quedaba un recuerdo dentado en una de las esquinas. Sus muros estaban cubiertos de vetas negras y el interior había quedado reducido a un conglomerado de piedras.

Cuando atravesó la entrada de aquel edificio calcinado le pareció más frío y oscuro. Se distinguían las formas de los percheros para las armas en las paredes, todas ellas achicharradas o destrozadas. Al fondo había una sala de almacenaje en ruinas. En esa habitación Quin solo encontró un objeto de interés, un pequeño arcón de metal, prácticamente enterrado bajo las piedras y el mortero.

Se acordó de otra cosa: el padre de Shinobu en ese claro del bosque, abriendo un baúl lleno de armas. Quin levantó la tapa, pero no encontró armas en su interior, sino un revoltillo de pistoleras y fundas. Casi sin pensarlo, se ató un cinturón de un material plástico negro a la cintura y colgó la espada látigo de uno de sus automáticos. Se puso a practicar cómo desenfundarla sin darse cuenta.

En el fondo del baúl descubrió unas finas fundas diseñadas para llevarlas bajo la ropa, pegadas a la piel. Las colocó en el interior de la cintura de su pantalón. Los vaqueros que llevaba eran tan grandes que el athame y el reanimador cupieron fácilmente bajo los pantalones. No sabía qué esperaba encontrar en la hacienda, pero decidió que sería mejor no llevar esos artilugios de piedra a la vista de cualquiera.

La pista central de prácticas del granero estaba llena de escombros, pero había un camino bastante despejado en medio, como si alguien hubiera estado allí después del incendio. Sacó la espada látigo de su nueva cartuchera, cerró los ojos y dejó que su cuerpo tomara el control.

Mientras no intentara pensar, sus músculos sabrían lo que tenían que hacer. Sus manos transmutaron la espada látigo en forma de montante y corrió por el centro del cobertizo dando estocadas con el arma, en una rutina que le parecía tan natural como caminar.

Cuando terminó se quedó parada junto a la entrada, moviendo los brazos en círculo para librarse de las agujetas que ya empezaba a tener. Estaba en muy baja forma y le dolía la vieja herida del hombro.

Ya se veía mejor y se percató de un movimiento en la distancia. Una silueta atravesaba la campiña. La figura se acercó y antes de que estuviera a la distancia suficiente para distinguir sus facciones, Quin se fijó en su manera de moverse: lenta, suave y majestuosa, como si bailara. Después vio su largo pelo de color castaño claro. Recordó su nombre inmediatamente: la Joven Dread.

La chica se encaminaba hacia el taller y Quin fue a su encuentro. Cuando la Dread salió del prado y caminó entre los árboles que lo rodeaban, Quin sintió el extraño impulso de sacar un cuchillo y arrojárselo. Su cerebro le proporcionó una imagen muy clara de la Joven Dread: sus delgados y fibrosos músculos entrando en acción para atrapar el cuchillo en el aire y arrojárselo de nuevo a Quin.

No cabía duda de que la Dread la había visto desde mucho antes, pero no dio muestras de ello hasta que Quin estuvo prácticamente enfrente. No había cambiado su trayectoria ni la dirección de su mirada.

—Hola —se atrevió a decir Quin cuando la Dread se detuvo cerca de ella.

La Dread llevaba un cervatillo a la espalda que sangraba por el cuello, donde había sido alcanzado por su flecha.

No respondió, sino que saludó lenta y solemnemente con la cabeza, pasó con aire elegante junto a ella y continuó su camino hacia el taller. Dejó el ciervo en el suelo y se dirigió hacia una estantería que había al fondo, donde Quin la perdió de vista entre las sombras.

—¿Puedo pasar? —preguntó Quin tras esperar unos instantes a que ella la invitara.

La Joven Dread se volvió hacia Quin, derribó algún objeto de la estantería y su mano salió como un rayo para cogerlo antes de que cayera al suelo. A Quin le sorprendió verla actuar con torpeza, porque sus movimientos eran tan precisos que los errores parecían fuera de lugar. La Joven colocó el objeto de nuevo en la estantería y se giró para mirar a Quin.

—Puedes pasar —respondió.

La voz de la Joven Dread era como la de una adolescente, si bien el tono que empleaba no se correspondía en absoluto. Pronunciaba las palabras lentamente y con claridad. Una vez que empezaba a hablar parecían imparables, como un hilo de agua que acaba atravesando el granito.

Quin entró en el taller casi con timidez. La Dread era una chica menuda, pero atravesar su espacio era como entrar en la guarida de un gato salvaje. Quin miró a su alrededor con prudencia y advirtió que había hecho una fogata junto al hueco de la entrada, con grandes piedras dispuestas en círculo y un montón de cenizas de hogueras anteriores.

Junto a esta había una zona en la que la Dread descuartizaba los animales que comía. Había varias pieles secándose encima de una madera para cortar y Quin se percató de que también estaba vestida con un chaleco de piel de ciervo hecho a mano.

En un rincón había paja y unas mantas dobladas encima, trastos recuperados de la hacienda colocados en estanterías y una repisa con cuchillos y espadas que parecían sacados del granero de entrenamiento.

La Joven Dread se hizo un moño con su largo y enmarañado pelo y se dispuso a arreglar el ciervo.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —preguntó Quin.

La Dread no se molestó en responder, ni tan siquiera detuvo su tarea un instante. Continuó despellejando el ciervo con movimientos expertos y delicados, como haría una princesa vikinga, según imaginaba Quin. En cualquier caso, la respuesta a su pregunta era obvia. La Dread no era el tipo de persona que hace excursiones en autobús por los alrededores o visita Glasgow para ir al teatro.

Quin se acercó a la Dread, extendiendo la muñeca izquierda y mostrando claramente la cicatriz con forma de athame sobre su pálida piel.

—Como ves, he sido nombrada Seeker.

La Dread miró su muñeca de reojo y siguió con el ciervo. Su voz mostró una leve sorpresa al hablar.

—No necesitas mostrarme la marca. Fui yo quien te la hizo.

—Cierto —repuso Quin, recordándolo en ese mismo instante y sintiéndose por ello como una estúpida—. Tú me hiciste esta marca. En el bosque. Supervisaste mi juramento.

—Así fue —convino la Joven Dread.

—Tienes que contestar a todo lo que te pregunte, ¿no es cierto?

Recordaba que alguien le había dicho eso. John. Él se lo había contado en el establo sobre el desfiladero.

—No —le contestó la chica—. Esa es una cortesía entre Seekers. Otro Seeker tiene que responder a tus preguntas. Tu padre, por ejemplo. Nosotros los Dreads tenemos nuestro propio conocimiento.

—Ah.

No estaba segura de haberlo sabido alguna vez. Presentía que no. Los Seekers y los Dreads con dos campos de conocimiento separados. ¿Qué significaba eso exactamente?

La Dread se quedó en silencio durante un rato mientras destripaba el ciervo.

Finalmente dijo:

—Puedes formular una pregunta. Por ventura podría contestarla.

Quin pensó qué debía preguntarle. ¿Qué quería saber? La respuesta era clara: todo. Si no quería seguir siendo una marioneta, tendría que aprender cuanto pudiera. Pero una cosa por encima de todo.

—¿El athame del zorro es el único que queda?

La Dread giró la cabeza para mirarla a los ojos. Resultaba incómodo, como si un tigre le retara con la mirada, pero Quin resistió las ganas de retroceder para ponerse a salvo.

—¿Tienes el athame en tu poder? —preguntó la Joven Dread. Quin no respondió—. ¿Quién es tu maestro, joven Seeker?

—Yo no... no tengo maestro. —Lo dijo con más confianza de la que sentía, pero hablaba completamente en serio—. Ahora soy mi propia maestra.

Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero a la Joven Dread pareció gustarle oír eso.

—No —respondió la Dread—, el athame que porta el zorro no es el único.

El ciervo estaba destripado y la Dread estaba cuarteando la carne para cocinarla.

—¿Cuántos hay? —insistió Quin.

—No puedo responder a ello, porque no lo sé. —Permaneció en silencio de nuevo mientras cogía leña de una pila de madera cortada y empezaba a hacer el fuego—. He

visto tres en estos últimos años —continuó la Dread cuando avivó el fuego—. Uno de ellos fue destruido en este lugar. Estaba marcado con un águila.

Otro recuerdo: el águila era el símbolo de la familia de Shinobu. Ellos tenían un athame y había sido destruido.

El fuego pronto empezó a crepitar y su calor le hizo darse cuenta del frío que sentía desde que había llegado a la hacienda. La Dread sacó una parrilla de metal que colocó encima de las llamas y puso trozos de venado sobre ella.

—¿Quién tiene el otro? —preguntó Quin.

—El otro es el athame de los Dreads.

—El athame de los Dreads —repitió ella en voz baja. Por supuesto, era normal que los Dreads tuvieran uno—. El símbolo de mi familia es el carnero. ¿Por qué nuestro athame no lleva ese dibujo?

Se produjo un largo silencio antes de que la Dread contestara:

—No soy yo quien ha de responder a esa pregunta.

La voz de la chica no invitaba a la discusión. Quin intentó otra estrategia.

—Has dicho tres athames «en estos últimos años». ¿Había más?

—Ya he contestado una pregunta —repuso la chica, dando así la conversación por terminada. Y se quedó completamente inmóvil, contemplando el fuego.

Quin permaneció también en silencio y pronto quedó subyugada por el aroma del venado. Unos minutos más tarde la chica sacó la carne de la parrilla y las dos comieron. Y comieron. Quin no recordaba cuándo fue la última vez que había comido y tragó su porción con tanta ansia que se quemó el paladar. La grasa del animal corría por sus dedos y habría dado la vida por un poco de agua y jabón, pero eso no detuvo su voracidad. Se limpió las aceitosas manos en sus propios vaqueros y descubrió que no le importaba tanto como esperaba.

Finalmente, saciada y grasienta, estudió el rostro de la Joven Dread y se aventuró a hacer una nueva pregunta.

—¿Tuvimos un propósito noble alguna vez? De pequeña yo creía en... esas historias de los Seekers que ayudaban al mundo: «¡Temednos, malhechores!», «¡Temednos, tiranos!»... ¿Fue siempre una mentira?

La Dread permaneció en silencio durante un rato, tanto que Quin creyó que había decidido no responder. No obstante, al final la chica empezó a hablar.

—Nosotros los Dreads existimos para asegurar que se cumplan las tres leyes. ¿Conoces las tres leyes?

Quin vaciló, esperando por si afloraba algún recuerdo, pero no sucedió.

—Creo que no.

—Joven Seeker, estas son nuestras leyes sagradas. Tu padre tendría que habértelas enseñado antes que ninguna otra cosa.

—Hay muchas cosas que Briac tendría que haber hecho y no hizo —respondió Quin en voz baja.

—Así es —coincidió la Dread—. Los cánones dicen que las tres leyes tendrían

que haber sido recitadas antes de que pronunciarais vuestro juramento, pero Briac Kincaid las omitió y el Dread Mediano no se opuso a ello. Muy bien. La verdad es que no ha sido el primero en omitirlas. —Hizo una pausa, como si le turbaran sus propias palabras—. Las leyes son simples —continuó—, pero su incumplimiento se castiga con la muerte. Primera ley: un Seeker no puede apropiarse el athame de otra familia. Segunda ley: un Seeker no puede matar a otro Seeker, salvo en defensa propia. Tercera ley: un Seeker no puede hacer daño a la especie humana.

—Pero nosotros... —empezó a decir Quin.

—Habéis transgredido al menos una de estas tres leyes, ¿verdad? Tal vez en muchas ocasiones —dijo la Dread. Después continuó, midiendo sus palabras con el cuidado que tendría un mercader medieval que cuenta monedas de oro sobre un mostrador—: No siempre fue así. Hubo un tiempo en que nuestras leyes eran sagradas. Pero a lo largo de los años fueron apareciendo sombras y las aguas claras acabaron enturbiándose. —Quin veía el fuego reflejado en los ojos de la chica. Estaba perdida en el pasado—. Las familias se casaban entre ellas. ¿Cómo podemos los Dreads saber quién es el propietario legítimo de un athame? Puede que haya muchos que reclamen su propiedad. Un Seeker mata a otro, pero tiene pruebas de que este significaba un peligro o podía convertirse en uno. ¿Cómo hemos de juzgar esto los Dreads? ¿Fue en defensa propia o asesinato? Y en cuanto a la especie humana, es muy fácil alegar que al herir a uno estás salvando a muchos otros. Eso es lo que todos los Seekers aseguran cuando dañan a la especie humana: «Lo hice por un bien mayor. Era necesario, lo juro».

—Entonces ¿quién decide? —preguntó Quin quedamente—. ¿Quién decide si se han violado las leyes?

—Cuando mi maestro está descansando, como lleva haciendo durante mucho tiempo, es el Dread Mediano quien decide —continuó la Joven—. El Mediano decide con un criterio nada fiable. No elige entre lo que es bueno o malo, sino a quién quiere favorecer, la persona que él desea que tenga el poder. Últimamente ha favorecido a tu padre. Y anteriormente a otros como él.

—Entonces... vuestras leyes no sirven para nada —dijo Quin.

—En las manos de mi maestro esas leyes tienen gran valor. Él puede mirar a un Seeker y ver en su interior. Yo he presenciado cómo lo hace. Pero en manos del Dread Mediano no tienen ninguno. Eso es cierto. Según su criterio destruimos a los Seekers y a sus familias o les permitimos vivir. Por eso se nos conoce como «Dreads». —Se produjo otro silencio, pero la Joven acabó hablando de nuevo—: Tú preguntas: ¿fue siempre una mentira? Yo he visto ambas cosas. Ha habido Seekers auténticos. Hombres y mujeres honorables. Durante siglos lucharon contra hombres crueles e injustos y ayudaron a los buenos. Las historias que te contaron de niña son ciertas. —Quin sintió una pequeña alegría, pero sabía que la Dread no había acabado de contarle todo—. Pero ha habido otros que usaron su athame con el único fin de hacerse ricos o poderosos. Cometieron actos vergonzantes. Y todo por el simple

hecho de buscar un beneficio personal en ello.

—Como Briac —susurró Quin.

—Y como muchos otros antes que él. Aunque tal vez él sea el peor de todos.

Permanecieron en silencio hasta que la Joven Dread se limpió las manos en un trapo y alzó los ojos con la mirada completamente perdida. Cuando volvió a hablar el tema parecía incomodarla.

—Tú amabas al otro aprendiz.

Quin se sintió avergonzada. Hacía muy poco que había dejado a John subirla en brazos a su habitación en el Bridge. Lo había rodeado con sus brazos y acercado a sí.

—Sí —susurró.

—¿Todavía lo amas? —preguntó la Dread.

Le habría encantado decir que no. Al fin y al cabo, John había estado tumbado en la cama con ella, la había besado y luego se había quedado mirando cómo esos hombres le pegaban. Pero en parte entendía su desesperación. Al final negó con la cabeza y dijo:

—No sé qué siento por él. —La Dread apartó la vista y Quin creyó ver confusión en su rostro. Era una emoción que no encajaba bien en una persona tan dueña de sí misma—. ¿Por qué preguntas por él? ¿Lo conoces, aparte de cuando entrenábamos en la hacienda?

—No lo conozco —respondió la Joven Dread con firmeza—. Pero hemos hablado. Y me pregunto... me pregunto qué clase de persona es.

Quin tiró una ramita al fuego, intentando hacerse una idea de cómo responder a esa pregunta.

—Cuando estoy con él —dijo al cabo de un rato— siento que me ama. Lo veo en sus ojos. —Hizo una pausa, observando como el fuego consumía la rama—. Pero ahora sé que quiere el athame más de lo que me quiere a mí, más que a nada en el mundo. —Calló de nuevo y luego añadió en voz baja y seria—: Vino a por nosotros aquella noche, aquí en la hacienda, para vengarse. ¿Qué haría si tuviera un athame en su poder? Nada bueno. ¿Cómo podría hacer algo bueno?

La Dread tenía la vista clavada en el fuego de nuevo. Era imposible saber lo que pensaba, pero Quin notaba su preocupación.

Entonces, lentamente, la Dread dijo:

—Lo he visto.

Había algo en la manera de decirlo que no cuadraba.

—¿Quieres decir hace poco?

La chica asintió.

Quin notó una sensación de vértigo, como si hubiera entrado sin querer en un aerotransportador y hubiera bajado dos pisos de golpe.

—¿Dónde? ¿Aquí?

La Dread no respondió.

Quin ya estaba de pie. Se imaginó huyendo de la chica. ¿Estaba ayudando a John?

¿Cuándo habían hablado? ¿Significaba eso que volvería a perseguirla?

La Joven Dread continuó sentada junto al fuego, mirándose las manos. Quin echó un vistazo a su alrededor y le pareció que había algo que no casaba con aquel lugar. Dejó que sus ojos vagaran lentamente por todas las paredes. Había algo en la estantería de la pared del fondo. Allí. Un cable eléctrico.

Resultaba sorprendente que en la hacienda hubiera electricidad, aunque el taller estaba prácticamente intacto, así que tal vez no fuera tan raro. Lo más sorprendente era que la Joven Dread poseyera algo que necesitara electricidad. ¿Con qué objeto podía tener ella algo así?

Quin caminó hacia el cable, advirtiendo que la Dread volvía la cabeza pero no se levantaba de su sitio junto al fuego. Lo siguió desde la estantería hasta un montón de trapos. Metió las manos debajo de los trapos y sacó...

Un teléfono móvil.

La pantalla estaba iluminada y se veían unas palabras que decían: MENSAJE ENVIADO. Indicaba que se había enviado hacía una hora, cuando Quin había entrado al taller. Aparte de eso, Quin miró la fecha. Había perdido prácticamente dos días visitando el Allá.

La Dread la observaba desde el otro lado de la habitación. No hizo ningún gesto, pero Quin creyó detectar vergüenza en sus facciones.

—¿Te dio John este teléfono? ¿Le has dicho que estoy aquí? —No era tanto una pregunta como una afirmación—. Estabas entreteniéndome. —La Dread asintió lentamente, como un juez que confirma la sentencia de muerte—. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? Ni siquiera ha sido nombrado Seeker.

Quin intentaba calcular dónde estaba John hacía una hora y cuánto tiempo tardaría en llegar a la hacienda desde ese hipotético lugar.

—Se produjo una injusticia —respondió la Joven Dread como si eso explicara sus actos.

—¿Y esto no es injusto? —preguntó Quin—. Fui nombrada Seeker. Solo quería tiempo para recordar, para decidir qué hacer.

—Yo... yo quería... —empezó a decir la Dread—. Quería arreglar algunas cosas que hicimos antes. Mi maestro sabía cómo poner las cosas en orden. Él habría parado a Briac. Pero yo... no sé qué hacer.

—Briac —repitió Quin, recordando que su padre seguía tendido en un claro del bosque—. Cierto. Me encargaré de eso ahora. Antes de que sean dos los que me persigan. —Se dirigió a la salida del taller, pero a los pocos pasos hizo una nueva conexión. Aunque estaba enfadada, le costaba mucho enojarse con la Joven Dread. Ella misma no sabía muy bien si ayudar a John o no—. Tu maestro —dijo volviéndose para mirarla—. Descríbemelo. —La Joven Dread comenzó a hacerlo, pero antes de que formulara la segunda frase Quin había salido corriendo del taller, gritando a su espalda—: ¡Ven conmigo!

Cuando aparecieron a la vista los tres cuerpos, el sol estaba ya en lo alto del cielo.

Seguían en el claro, junto al monolito, con los brazos y las piernas en posiciones extrañas. Pero Quin supo inmediatamente que algo había cambiado. Las extremidades de su padre parecían haberse asentado, como si sus músculos estuvieran ablandándose.

Y los cuerpos respiraban. Sus pechos se expandían y contraían tan gradualmente que prácticamente resultaba imposible detectar el movimiento, pero existía, y su apariencia no era ya la de las estatuas, sino la de los seres vivos. Aparte de eso, había otra cosa que también se movía: brotaba sangre de sus heridas.

La Joven Dread exclamó de sorpresa al ver al viejo de la barba. Ese hombre era el que se movía menos, tal vez porque había pasado más tiempo en el Allá. Enseguida se colocó a su lado y le cogió la cabeza con mucho cuidado. La chica acercó el oído a su boca para comprobar si respiraba. Le habló en voz baja en una lengua que sonaba parecido al inglés. Luego le zarandó el pecho y volvió a hablarle con más firmeza.

Quin sacó la espada látigo, se arrodilló junto a Briac y levantó el brazo. Era hora de cumplir lo prometido. Si Briac despertaba le recordaría cosas que ella quería olvidar, la obligaría a hacer cosas que no quería hacer y no se sentía capaz de hacerle frente. Tenía que acabar con aquello ya.

Briac parpadeó.

Fue un movimiento lento. Ambos párpados fueron bajando casi imperceptiblemente hasta que se cerraron y luego repitieron el gesto hacia arriba. Los ojos se movieron despacio, muy lentamente, hasta que se quedó mirándola directamente.

«¡Ahora! —se dijo Quin—. ¡Ahora o nunca!».

Hundió la espada en él. Los brazos medio paralizados de Briac se reanimaron en un acto reflejo. Rechazó la espada látigo con la mano derecha y la agarró del cuello con la izquierda. Luego volvió a quedarse completamente inmóvil, con las manos congeladas en sus nuevas posiciones. El peligro lo había hecho regresar a la dimensión temporal de Quin, pero solo durante un instante. Ella le apartó los brazos y volvió a alzar la espada.

—¡Quin! —Volvió la cabeza al oír su nombre. John estaba al pie del claro con dos de sus hombres dispersos por los alrededores. Uno de ellos estaba en el Bridge. Los tres la apuntaban directamente con sus pistolas—. Quin, por favor —le suplicó John—. Por favor, suelta la espada.

## John

—Esta vez has traído pistolas —comentó Quin mientras John se acercaba—. Debes temerme.

—Bueno, en el Bridge los cuchillos no te impresionaron —dijo él, intentando quitar hierro a la situación.

No le gustaba tener que amenazarla con pistolas.

Se había levantado y estaba completamente quieta, con los brazos alzados y la espada látigo en el suelo a sus pies. Observó que dirigía su mirada hacia los hombres que había llevado consigo. Se la veía mucho más alerta que días atrás en el Bridge. Y más peligrosa.

Le dolía todo el brazo por la quemadura del soplete, aparatosamente vendada bajo la camisa. Le servía como recordatorio de que esa vez tenía que conseguirlo. Su abuelo estaba perdiendo la cabeza y era muy probable que también perdiera su imperio. No podría seguir ayudando a John mucho más tiempo.

—Parece que no puedes separarte de mí —susurró Quin cuando John llegó junto a ella.

Lo dijo con un tono hiriente, pero sus palabras seguían siendo cercanas y John no pudo evitar pensar que la ayudaría. Solo por esa vez.

—No quiero separarme de ti —respondió—. Quiero que estemos juntos.

La Joven Dread estaba junto a ellos, acucillada junto a un viejo que yacía en el suelo en una posición incómoda. Había dos hombres más, que parecían haber quedado congelados en medio de una actividad extenuante. Ambos llevaban capuchas que ensombrecían sus rostros pero respiraban, aunque muy lentamente. El viejo, sin embargo, estaba inmóvil como una roca. La Joven Dread le hablaba en una lengua que podría haber sido inglés, pero en una forma tan antigua que John no entendía nada.

Quin llevaba unos enormes vaqueros que se aguantaban gracias a un cinturón y John pudo meter la mano fácilmente por la cintura del pantalón para buscar el athame una vez que guardó la pistola en el bolsillo. Le costaba horrores no pensar en el tacto de su piel, pero intentó olvidarse de ello. Tenía que concentrarse. Cuando sus dedos tocaron un objeto duro de piedra que llevaba apoyado en el hueco de la cadera, se le aceleró el pulso. Quin se volvió y los hombres de John la apuntaron con las pistolas a modo de advertencia.

—No lo cojas, John —dijo con ojos suplicantes—. No lo cojas.

Le agarró la mano e intentó apartarla del objeto que llevaba dentro de los pantalones.

—Podrías ponérmelo más fácil. Cambiar de opinión. Decidir ayudarme.

—Te prometo que estoy ayudándote —repuso ella—. Todo empeorará cuando tengas el athame. Créeme.

—No, Quin. Todo mejorará. Al fin.

¿Por qué no era capaz de entenderlo? Cuando Quin le cogió la mano fantaseó con la idea de llevársela a los labios. Si ella lo ayudara, podría besarla con libertad... En lugar de eso, tiró del objeto y lo sacó de sus pantalones.

La piedra gris del athame conservaba aún el calor de su cuerpo. John se dejó llevar por la emoción de sostener la daga en sus manos y se apartó de Quin para examinarla. Esta aprovechó para colocarse detrás de él con dos rápidas zancadas y se apartó de la trayectoria de las balas, utilizando a John como escudo humano. Antes de que pudiera girarse ya había cogido su espada látigo y corría hacia los árboles.

—¡Maldita sea, Quin! ¡No me hagas esto otra vez!

Se frotó el rostro con las manos, indeciso. Después hizo una señal a sus hombres para que la siguieran, lo cual hicieron al momento. Le habría gustado ir él mismo, pero no estaba seguro de poder sobrellevarlo. Antes de llegar a la hacienda había ordenado a sus hombres que atraparan a Quin aunque tuvieran que dispararle en una pierna y él nunca habría sido capaz de hacerlo personalmente.

Su mirada recayó entonces en el objeto que tenía en la mano y se percató de su error. No era el athame, sino algo diferente. Su empuñadura, unida a una hoja curva y plana, roma como un cuchillo de mantequilla, le daba la forma de una espada corta. Se parecía al athame, ciertamente, pero no lo era. ¿Un señuelo? Y de ser así, ¿por qué no darle la apariencia idéntica al objeto verdadero? Además, estaba hecho de la misma piedra que el athame, estaba seguro de ello. Entonces, ¿qué era aquello que tenía en las manos?

—Maestro, maestro —decía la Joven Dread cerca de él, hablándole al viejo en voz baja y continua, como un cántico.

John se aproximó a los otros dos hombres paralizados para verlos bien. Observó que uno de ellos era un Dread, ese al que en la hacienda llamaban el Gran Dread. El rostro del tercer hombre permanecía oculto tras la capucha, pero John lo miró directamente desde arriba y descubrió que se trataba de Briac Kincaid.

Sintió un odio instantáneo y abrumador. Inmediatamente vino a su mente el recuerdo del viejo cobertizo, la figura consumida de su madre en la cama de hospital y cómo se burlaba de él porque no era lo suficiente bueno para prestar su juramento y nunca lo sería. Briac los había tratado a su madre y a él y como si fueran insignificantes, débiles y fáciles de aniquilar. Pero eso se había acabado. La casa de John resurgiría y había llegado la hora de acabar con Briac Kincaid.

Dejó en el suelo la extraña espada de piedra de Quin y acarició la pistola que

tenía en el bolsillo. Pero en lugar de sacarla, se llevó la mano a la espada látigo. Le había parecido apropiado recuperarla para regresar a la hacienda. La desenvainó con un movimiento diestro.

Briac tenía los brazos paralizados sobre la cara, como si quisiera repeler el golpe. John se arrodilló junto a él y los apartó, pero volvieron lentamente a su posición anterior y sus ojos se posaron en él. Estaba despertando.

Se oyeron gritos en el bosque seguidos de un disparo. John alzó la vista y fue presa del pánico. Sus hombres eran excelentes tiradores, pero siempre podía producirse un error. «Por favor, no le hagáis daño...». Intentó mirar en la dirección de la que procedía el disparo, pero desde donde estaba no veía más que los árboles. Tendría que confiar en que sus hombres cumplieran las órdenes.

Intentó centrarse en lo que sucedía en la explanada y vio que el Gran Dread movía los brazos y las piernas. Lo hacía de manera torpe y descoordinada, como si tuviera espasmos seguidos de unos movimientos lentos e imperceptibles. También él estaba despertando.

Se fijó en un objeto que sobresalía del bolsillo interior de su capa. El color y la forma... John se olvidó completamente de Briac y del disparo, y se arrodilló junto al Gran Dread para meterle la mano en el bolsillo y rodear con los dedos esa empuñadura de piedra fría.

Era otro athame. Al sacarlo de la capa del Dread palpó sus diales. Tuvo tiempo de observarlo brevemente a la luz del día en la explanada... Y entonces, de repente, todo se movió a su alrededor.

La Joven Dread alzó la cabeza y se quedó mirando como sostenía el athame. Estaba dispuesta a ignorarlo por completo hasta que tocó la daga de piedra.

Briac, a su espalda, rodaba por el suelo lentamente para quedar fuera de su alcance. Al mismo tiempo, el Gran Dread se había puesto de rodillas con un movimiento ágil y lo miraba cara a cara. Quedó inmovilizado de nuevo con la misma rapidez, pero tenía en su mano la espada látigo, que casi tocaba el pecho de John y vibraba, tras haberse transmutado en un arma sólida.

Tanto el Dread como Briac permanecían completamente inmóviles de nuevo y John pensó que probablemente tardarían algo más en poder volver a moverse. La Joven Dread seguía aferrada a la ropa del viejo, con su torso apoyado en el regazo, pero John presentía que estaba preparándose para abalanzarse sobre él. Su única posibilidad era correr, sin previo aviso.

John se puso de pie inmediatamente y corrió hacia el bosque con el recién hallado athame en la mano izquierda y la espada látigo en la derecha.

Durante un buen rato corrió sin más, sin atreverse a mirar atrás. Luego, en una parte del bosque donde había menos árboles, alcanzó a sus hombres.

—¿Quin? —preguntó con inquietud—. ¿La habéis...?

Gauge negó con la cabeza.

—Solo ha sido un disparo para intimidarla.

Su hombre señaló el tronco de un árbol a unos treinta metros de distancia. John lo comprendió. Quin estaba acorralada. El terror se disipó.

Echó un vistazo al bosque que había tras él. No parecía que lo siguieran. Volvió a mirar al árbol donde se escondía Quin. Independientemente del athame que tuviera, necesitaría que alguien le enseñara a usarlo. Y él quería que esa persona fuera Quin. La habría elegido a ella aunque jamás hubiera oído hablar del athame ni de los Seekers. «No me dejes en la estacada, por favor», le imploró.

Paddon, el otro hombre de John, estaba rodeando el terreno para cerrarle el paso por el lado opuesto. Señaló el lugar donde se encontraba Quin y antes de que pudiera decir nada el puño de un cuchillo apareció en su nuca como por acto de magia. Paddon escupió un reguero de sangre y cayó de bruces.

John se giró y vio a la Joven Dread desplazándose entre los árboles con zancadas largas y continuas. Tenía un cuchillo en la mano preparado para lanzarlo.

Se oyó ruido de hojas tras el grueso tronco del árbol. Quin no esperaba a ver quién era el siguiente objetivo de la Joven Dread. Huyó de ellos hacia el interior del bosque, en dirección al establo del desfiladero.

John corrió tras ella. Oía cómo la Joven Dread lo seguía, pero todavía no lo había matado. Decidió tomar eso como una señal esperanzadora.

## Quin

A Quin estaban a punto de abandonarle las piernas. Había corrido más en los últimos dos días que en todo el año anterior y sus músculos no parecían dispuestos a aguantar mucho más. Además, apenas le quedaba bosque por recorrer. Cada vez había menos árboles y ya se veía el azul del cielo entre sus ramas.

La Joven Dread había matado a uno de los hombres de John, pero el otro continuaba persiguiéndola cuando Quin se giró por última vez para mirar atrás. Y, obviamente, John no andaba muy lejos.

Ver a ese hombre caer de rodillas con el cuchillo atravesándole el cuello no le había afectado tanto como debería. «¿Tan acostumbrada estoy a la muerte?», se preguntó, sabiendo la respuesta al momento: «Sí, estoy más que acostumbrada a la muerte». Seguían existiendo zonas grises en su memoria, pero cada vez menos.

Poco después salió a cielo abierto. El borde del barranco estaba a unos cien metros, y por debajo, el río. Oía el rumor del agua desde allí. Cerca del desfiladero había un viejo establo de piedra y a su izquierda otro sendero que volvía al bosque. Lo recordó claramente: ese camino la llevaría al castillo en ruinas.

Vaciló. Si tomaba esa senda irían tras ella y, para seguir corriendo, antes necesitaba descansar. ¿Cuál era el plan? John tenía el reanimador. Sin él, su athame no servía para nada. Tenía que quitárselo. La otra alternativa era entregarle el athame, enseñarle a usarlo y dejar de correr de una vez por todas.

Se descubrió caminando hacia el establo.

—Quin, para.

Era la voz de John. Miró atrás sin detenerse y lo vio al pie del bosque, solo. Volvió la vista hacia los árboles, buscando al hombre que le quedaba.

—Tal vez la Joven Dread haya matado a los dos —dijo Quin al llegar a la entrada del establo.

Ya estaba cerca del barranco. El otro extremo del establo se encontraba sobre el mismo borde, y el agua sonaba con más fuerza.

—Quin, para ya. Venga.

Había sacado la pistola del bolsillo y estaba amartillándola. No llevaba el reanimador en la mano. Seguramente lo llevaría escondido en el interior de su ropa.

—¿En serio vas a dispararme? —preguntó—. No me lo creo.

Se internó en las sombras del establo, sin darle tiempo a responder. Olía justo

como esperaba, a tierra mojada y a paja vieja. Atravesó su húmedo interior hasta la escalerilla que había al otro lado y subió al desván rápidamente. Desde allí veía las enormes ventanas circulares que había bajo el tejado, desde las que se veían el fondo del desfiladero, el río y las lejanas colinas que había tras él.

—Me habría gustado que me ayudaras aquel día —dijo John, gritando desde la puerta—. Cuando estuvimos en este mismo establo. —Quin permanecía en silencio—. ¿Cuál es el símbolo de tu familia?

—El carnero —respondió.

—En la empuñadura de ese athame hay un zorro, el símbolo de mi familia. —Al ver que no respondía, añadió—: Tú ni siquiera lo quieres, Quin. ¿Por qué no me dejas tenerlo?

Era cierto, ella no lo quería. Quería olvidarse del athame y de todo lo que conllevaba. Y se había dejado utilizar. Entonces ¿qué?

Atisbó por el borde del desván y lo vio debajo. Llevaba la pistola en la mano, pero con el brazo extendido, como si se avergonzara de ello.

—Voy a subir —dijo agarrándose a la escalerilla.

Quin se preparó tras haber ideado un sencillo plan. Respiró profundamente y exhaló.

John subió por la escalera y entró en el desván inmediatamente. En lugar de apartarse, como él habría esperado, Quin fue hacia él y lo agarró. Retrocedió, le puso la zancadilla y se le lanzó encima, empujándolo por el borde de la tarima. John se salvó agarrándose a una viga, pero su pistola cayó al suelo del granero con un chasquido metálico.

Se quedó un momento con las piernas colgando del borde y luchando por volver a subir al entarimado. Quin extendió el brazo y palpó por su espalda en busca del reanimador. No estaba allí. Tocó algo que llevaba en el interior de la chaqueta, un objeto sólido, pero mucho más pequeño. ¿Les habría dado el reanimador a sus hombres? ¿Lo habría dejado en el bosque?

Se zafó de él. Había un tablón largo y estrecho que conectaba un extremo del desván con una serie de vigas que había al otro lado, bajo la segunda ventana. Estaba a mitad de camino cuando oyó la voz de John.

—No quiero obligarte, Quin —dijo. Al mirar atrás vio que había recuperado el equilibrio y la seguía por el tablón—. ¿No sería mucho mejor que pudiéramos hacerlo juntos? Quiero que decidas quedarte conmigo.

—Y lo que quiero yo, ¿qué? —preguntó ella mientras gateaba por las vigas hacia la segunda ventana—. Quiero que seas el mismo John de antes. El que quería hacer cosas honorables y ayudar a la gente.

—Soy el mismo, Quin.

John se deslizaba hacia ella por la tabla.

Trepó al alféizar de la ventana, que era una simple abertura, sin cristal. Desde allí sacó un brazo, se agarró a la viga maestra que había debajo del alero del tejado y

salió del establo.

Miró a la derecha, esperando ver las ramas de un olmo al que Shinobu y ella se habían encaramado decenas de veces de pequeños. Su idea era bajar por el tronco y llegar al bosque antes de que John recuperase la pistola y la siguiera.

Pero el olmo no estaba allí. Seguramente se había producido una tormenta durante el último año y medio, porque el árbol había caído, llevándose un buen trozo de tierra consigo. Se le encogió el estómago al darse cuenta de que bajo la ventana del establo había una caída libre hacia los restos del tronco y directo al precipicio. Una corriente de aire frío ascendía desde el barranco, y sus pies pendían en el vacío.

Balanceó las piernas frenéticamente para alcanzar el travesaño de arriba y al hacerlo vio el establo desde una nueva perspectiva. Junto a la ventana había un grabado que hasta el momento había permanecido oculto por el olmo: tres óvalos entrelazados cincelados profundamente sobre la piedra, formando un simple dibujo de... Lo que parecía un átomo.

No tuvo tiempo de estudiarlo. John trepaba por las vigas a escasos metros de la ventana y ella estaba colgando por encima de un barranco. Puso todo su empeño en subir al tejado.

Se abrió camino hasta el otro lado a través de tejas de pizarra rotas y cuando miró por el borde se dio cuenta de que estaba demasiado alto para saltar. Podría descolgarse poco a poco y dejarse caer al suelo, pero no tenía tiempo. John estaba ya subiendo al tejado de pizarra tras ella. Uno de los lados estaba demasiado alto para saltar y al otro había una caída al río pasando por el barranco.

Se volvió para enfrentarse a él. La idea de luchar contra John, sin haber entrenado durante un año y medio, era de risa. A pesar de ello desenvainó la espada látigo y la transmutó. Seguramente pensar en Shinobu hizo que eligiera una catana, la espada samurái japonesa. Al ondearla por encima su cabeza sintió como si Shinobu estuviera detrás de ella animándola. No estaba dispuesta a ser una marioneta de nadie.

—Estás en baja forma, y yo, no —advirtió John desde el otro lado del tejado, con la espada látigo todavía enrollada—. No creo que puedas ganarme, Quin —añadió, casi con cariño.

—Eres una buena persona, John. A pesar de lo que has hecho hasta el momento. Si te doy el athame dejarás de serlo, y yo también.

—El athame no nos hace malas personas. Solo nos da libertad para elegir. Nada más.

Quin negó con la cabeza y agarró la espada látigo con más firmeza.

—¿En serio? Tú piensa en lo que has llegado a hacer solo por tenerla. ¡Nos disparaste a Shinobu y a mí, le rajaste el cuello a mi madre! ¡La rajaste, John!

—¡Intenté no haceros daño a ninguno por todos los medios! ¿Cómo no eres capaz de verlo, Quin? ¿Y por qué solo te preocupas por lo que he hecho yo? —Estaba cambiándole la cara. Quin veía cómo intentaba controlar su rabia, pero no podía—. ¿Qué pasa con tu padre? —preguntó con inquina mientras se acercaba con cautela

hacia ella por el tejado—. ¿Qué hizo él para conseguir el athame? ¿Qué hicieron los demás?

La espada látigo de John estaba ya en su mano y parecía tener vida propia.

Quin sabía que todavía no era dueña de su mente por completo. Pero intuía que sus palabras tenían un doble sentido. Presentía que estaba hablando sobre algo que ella desconocía. Estaba a punto de contarle cosas que ella no quería saber.

—De eso se trata —respondió ella, comprobando dónde pisaba y preparándose—. No quiero que seas como Briac, independientemente de lo que él haya hecho.

—Yo no soy un torturador —gritó John, escupiendo las palabras como si escaparan a su control—. ¡Yo no soy una bestia! —añadió blandiendo la espada látigo y golpeándola con ella, movido por la furia—. ¡Yo no soy como Briac!

Los músculos de Quin reaccionaron automáticamente y se contrajeron. Puede que no practicara desde hacía un año, pero su cuerpo sí tenía memoria. Detuvo el golpe con su espada látigo y ambos se tambalearon por el tejado inclinado.

—No eres como Briac —coincidió ella, corrigiéndose—. Y espero que sigas así.

—¿Esperas que siga así? —Sus palabras parecían enfadarlo más—. Te gusta verme impotente, ¿es eso? ¡Que Briac me machaque! Con mi madre asesinada y todos los demás también. ¡Y nuestra casa en la ruina! —Le dio otro mandoble y Quin volvió a interceptarlo. No sabía de qué estaba hablando. ¿Qué le había pasado a la madre de John? ¿Qué había hecho Briac?—. Llevan siglos decidiendo el destino de mi familia. Siglos. Pero nuestra casa resurgirá. ¿Lo entiendes? Ha llegado la hora.

—¿Quieres una casa de asesinos, John?

—¿Eres tú una asesina, Quin? —En ese momento Quin advirtió algo de reojo. La Joven Dread estaba al pie del bosque y se acercaba al establo, pero Quin no se atrevió a volverse. John la golpeó con más fuerza. Consiguió repeler el golpe a duras penas y al hacerlo se dio cuenta de que John prefería usar el brazo izquierdo—. Estabas a punto de asesinar a Briac —dijo—. Te he visto.

Su espada ejecutó otro mazazo sobre la de Quin. Le dolía el hombro izquierdo, el de la vieja herida.

—¿Vas a ayudarme? —gritó Quin a la Dread, que se acercaba silenciosamente.

—Tú me juzgas, Quin. Pero ¿qué hay de lo que tú has hecho? —preguntó él.

Continuó asestandole golpes, haciéndola retroceder.

¿Cómo sabía John lo que había hecho? ¿Cómo podía saberlo, si ni siquiera ella lo sabía, si no quería saberlo? Estaba empujándola al borde del tejado. Y en su cabeza también la empujaba a otro tipo de abismo, el que separaba a la Quin de entonces de la de hacía un año y medio.

Avanzó dos pasos más y la arrinconó. Ya no tenía adónde ir.

—¡Por favor! —gritó Quin a la Dread.

La chica estaba debajo de ellos, inmóvil.

John alzó la espada, pero no la golpeó.

—Dime, Quin. ¿Qué hicisteis tu padre y tú?

De repente supo la respuesta. El último telón gris de su mente se levantó y vio con claridad aquellos sucesos que con tanto empeño quería olvidar.

Acusaba a John de querer hacer cosas que ella misma ya había hecho. Cosas que había hecho con sus propias manos. El peso de sus acciones recayó sobre ella con una fuerza prácticamente física y sintió que le flaqueaban las piernas. Pues claro que lo había olvidado. Claro que había empezado una nueva vida. La ignorancia era maravillosa.

—Los matamos —susurró, dejando las palabras suspendidas en el aire. Golpeó a John sin fuerza, intentando alejarse del borde—. Si Briac es una bestia, yo también lo soy.

—¿A quiénes matasteis? —preguntó, retrocediendo un paso para darle espacio.

—A muchas personas, John, muchas veces. —Una vez que lo habría admitido no podía detener el torrente de palabras. Decirlo en voz alta era un alivio. Al fin—. Aquellos niños... Intenté huir. Él me retuvo. Dijo que tenía que hacerlo. Como si no fuera suficiente. Los padres, la nodriza... No había escapatoria... —Quin veía a Briac tal y como lo vio aquella noche, en el descansillo de las escaleras de la mansión. Los niños se ocultaban tras ella—. Les dije que no les pasaría nada y volví a llevarlos con Briac.

—Él te obligó —dijo John con voz más dulce, como si hubiera clemencia para lo que había hecho. Como si lo entendiera y no la culpara—. No lo hiciste por gusto. Esas muertes no te convierten en una asesina.

—¡Los niños creían que los estaba ayudando, John! Sueño con ellos. Intenté llevármelos de allí, pero Briac me cogió. Me quitó la pistola de una patada cuando vio que flaqueaba. Y entonces él... —No pudo pronunciar las palabras. Briac se llevó a esos niños e hizo lo mismo que se hacía con todos en esas misiones de madrugada. Aunque ella no hubiera... acabado el trabajo con los niños personalmente, sí había acuchillado y matado a muchos otros con su propia espada látigo. En los siguientes encargos no había niños y eso le procuraba tanto alivio que... no había necesitado que la presionaran tanto para hacer lo que su padre le pedía. «Ya estoy condenada —pensó—. ¿Qué importa eso ahora?»—. Yo quería ser una Seeker...

—Quin, no eres la primera Seeker que mata para sobrevivir. ¿De dónde crees que procede el dinero de mi abuelo? ¿De dónde salen vuestras tierras?

—¡Eso mismo dijo Briac!

—Pero ¡Briac no hizo eso! —gritó John—. Matar por dinero, restaurar tu fortuna, eso es sobrevivir. Todas las casas tienen que hacerlo de vez en cuando. Mi madre lo hizo cuando no tuvo más remedio. Elegía encargos que le parecían soportables, mataba... lo más justamente que podía, a gente que lo merecía. Pero tus padres y los otros mataban a cualquiera. Y también a nosotros. ¿Comprendes? Familias enteras de Seekers. Niños, madres, padres. Han intentado reducir mi casa a la nada por celos. Es por eso... ¿No entiendes que tengo que arreglarlo?

Ya no se golpeaban. Ambos habían dejado caer las espadas a un lado y

recuperaban el resuello. Quin no sabía nada de la historia que John parecía conocer. Briac no la había compartido con ella.

—Entonces... ¿matar no importa? —preguntó, y notó la incredulidad en su propia voz—. ¿Siempre que elijas a una víctima aceptable? ¿O siempre que mates por venganza? ¿No importa si las espadas no se vuelven en tu contra?

—Yo... yo no elegí esta vida, Quin. Decidieron por mí. Tomaré las mejores decisiones que pueda. Intentaré ser justo. Pero he prometido...

—John, ¿estás escuchando lo que dices? ¿Crees que puedes matar a personas sin que eso te afecte? ¿Crees que si eliges a alguien que merezca morir no pasa nada? Las cosas no funcionan así.

—Sé que nuestras vidas son duras...

—Yo quería hacer algo bueno —dijo sin dejarle terminar. Estaba exhausta—. De pequeña era muy sencillo.

—Y puedes hacer algo bueno. El athame nos permite decidir: adónde ir, lo que queremos hacer. Es bueno.

John tenía el sol detrás, por lo que quedaba ensombrecido, pero por primera vez Quin lo veía claramente. Ella había entrenado con su padre con la esperanza de hacer algo honorable con su vida. Eso era todo lo que quería, aunque su esperanza fuera vana. John creía que quería lo mismo que ella, un propósito noble, justicia, pero ya conocía el camino que había tomado Briac y estaba dispuesto a seguirlo. Era como una espada que se doblaba en el momento de la forja. Su hoja siempre estaría doblada, como lo estaba el corazón de John por la vida y muerte de una madre de la que nunca había querido hablar. En ese momento todavía era el John al que ella había conocido, pero si lo ayudaba no tardaría en cambiar.

—No —respondió ella, negando con la cabeza—. No es bueno.

Quin usó toda la fuerza que le quedaba para golpearle de repente con la espada látigo en el brazo herido. Lo cogió por sorpresa y no opuso resistencia en su brazo izquierdo para interceptar bien el golpe. Aprovechó la ventaja para agarrar la catana por ambos extremos y empujarlo con ella. John perdió el equilibrio un momento y Quin, instintivamente, le puso la zancadilla y lo derribó. John resbaló por el tejado hasta el borde, arrancando una enorme lámina de pizarra a su paso. Para cuando consiguió agarrarse y detener su caída tenía ya medio cuerpo colgando por encima del barranco.

Quin fue a ayudarlo, preocupada por que pudiera caer, pero vio que estaba perfectamente agarrado al tejado y que conseguía volver a subir.

—¡Quin!

Se volvió a tiempo para ver un objeto surcar el aire. Era el reanimador que John le había quitado. La Joven Dread se lo lanzaba. Solo después de cogerlo se percató de que había dicho su nombre en voz alta. Lo había gritado directamente dentro de su cabeza, y ella lo había oído.

Se sacó el athame de los pantalones. Reconoció todos los símbolos de la

empuñadura y ajustó rápidamente los diales.

John se deslizaba a una zona más segura del tejado, evitando el desfiladero. En unos segundos volvería a ponerse en pie.

Golpeó el athame con el reanimador y una vibración invadió todo su ser. Corrió hasta el borde, justo sobre el barranco, y miró hacia el fondo, donde estaba el río. La daga practicó una abertura que quedó suspendida en el aire debajo de ella. El tejido blanco y negro de sus bordes palpitaba y se hacía sólido bajo su atenta mirada.

John estaba ya subiéndose a la parte alta del tejado cuando Quin saltó desde el otro lado del edificio. Su estómago se encogió al flotar en el vacío y la fría brisa que ascendía por el desfiladero agitaba sus cabellos. Al fondo veía el rápido discurrir del río pegado a las inclinadas aristas de la roca. Su cuerpo le decía que acababa de dar un salto que la llevaría a la muerte. Pero estaba cayendo al interior de la anomalía y un momento después cruzó su umbral y la caída se detuvo.

Volvió la vista. La abertura que había practicado en el espacio se alzaba por encima de su cabeza y a través de ella se veía el tejado del establo recortado contra el cielo. Al borde de ese tejado estaba John, completamente desolado. Vio que retrocedía varios pasos y se preparaba para saltar, pero el círculo empezaba ya a disolverse y los hilos volvían a unirse. John se detuvo al llegar al borde, al tiempo que el portal se cerraba sobre la figura de Quin y la sumía en la oscuridad.

## John

Era demasiado tarde para saltar. La abertura que quedó suspendida en el aire bajo el tejado del establo se desmoronaba. John observó como sus bordes se deformaban. Sus largos dedos blanquinegros se expandían hacia el centro como hilos de un trapo deshilachado y vibraban de energía al volver a unirse. Momentos después, el agujero había desaparecido.

Quin volvía a abandonarlo, igual que esa noche en la hacienda, cuando había atravesado otro oscuro portal a lomos de Yellen. Aquella vez volvió la vista atrás, pero era Shinobu a quien buscaba. Tal vez Quin nunca se decidiera por él. Se quedó mirando el río al fondo del barranco, con el pecho encogido al ser consciente de ello.

Repasó mentalmente lo último que había hecho Quin antes de saltar. Había golpeado el athame con esa otra espada. Resultaba obvio que era el compañero del athame, tan importante como el primero para viajar al Allá. ¿Por qué su madre nunca le había mencionado ese segundo objeto? La respuesta era sencilla: «Estaba desangrándose en medio del salón. No había tiempo para detalles».

John se apartó del borde del tejado y vio a la Joven Dread abajo.

—La has ayudado. Creía que me ayudarías a mí. —La chica seguía mirando el agujero por donde había escapado Quin, pero se volvió hacia él. No dijo palabra—. ¿Dónde está la justicia de los Dreads? —preguntó, enfurecido de nuevo—. Podrías haberme matado en el bosque y no lo hiciste. Sabes que tengo razón y has permitido que se lleve el athame que me pertenece por derecho. ¿Por qué?

La Joven Dread mostró cierta vacilación en la mirada, pero seguía sin contestar. Lo miraba fijamente, como si decidiera cuál sería su próximo movimiento.

John sacó de su escondrijo en el interior de la chaqueta el athame que había sustraído de la capa del Gran Dread. Esa daga era diferente a la que Quin había cogido. Para empezar era más pequeña, tal vez midiera unos treinta centímetros, y tenía un aspecto delicado en comparación con la otra. ¿No había algo diferente también en sus diales? Parecían más numerosos, eran finos y encajaban perfectamente entre sí. Y en la propia base de la daga, en lugar de haber un animal grabado, había tres óvalos entrelazados.

John giró los discos uno a uno y acarició el contorno de los símbolos grabados en sus caras. Posiblemente cada uno de ellos correspondiera a un lugar, o a una posibilidad, y al combinarlos las posibilidades serían prácticamente infinitas.

El crujido de unas ramas rotas lo sacó de su ensoñación. Dos siluetas caminaban entre los árboles y acababan de aparecer en la explanada. La primera era el Gran Dread. Se movía a grandes y torpes zancadas, interrumpiéndose al ejecutar y finalizar cada movimiento, como si las articulaciones de su cuerpo pudieran dejar de funcionar en cualquier momento.

La segunda silueta correspondía al viejo, que según supuso John debía de ser un tercer Dread, el Viejo Dread. Bajo su mirada, el hombre dio un paso muy despacio, un movimiento que sucedía con una lentitud pasmosa, y a este le siguieron varios pasos tan rápidos que por momentos superaba al otro Dread. Luego el proceso se repetía y volvía a retrasarse mientras daba otro paso lento.

Aquellos dos hombres juntos daban la impresión de una proyección de cine a velocidad inconstante. Sin embargo, una vez que se alejaron de los árboles y vieron a John en el tejado caminaron ambos a una nueva velocidad prácticamente cegadora que los trasladó de inmediato justo debajo del establo.

—¡No os acerquéis más! —gritó John mostrando el athame—. O lo romperé.

El Viejo Dread estaba más cerca y lo examinaba con ojos que parecían atravesarlo y mirar directamente a las nubes que tenía detrás.

Se produjo un largo silencio hasta que el hombre encontró su voz. Entonces las palabras salieron de él en un flujo constante, como un cántico.

—Eso no sería bueno para nadie.

—Sobre todo para vosotros —repuso John—. Retroceded, por favor.

Los Dreads no se movieron.

Fue la Joven Dread quien habló entonces.

—No es fácil destruir un athame.

—Es de piedra, ¿verdad? —Miró a su alrededor y se acercó al borde del tejado que daba al río—. Incluso la piedra puede romperse si se tira lo suficientemente lejos.

John advirtió que el Gran Dread tenía una herida en el pecho de la que manaba sangre, pero el hombre la ignoraba. Cuando alzó la vista para mirarlo, el rostro del Gran Dread parecía el de una estatua esculpida para ilustrar el odio.

—Tal vez —intervino el Viejo Dread—. Pero quizá no. Intentarlo sería una tontería. El objeto que tienes en tus manos es único en su especie.

John agitó el athame sobre el vacío.

—No es único. Quin tiene otro.

—No —respondió el Viejo Dread—. Parecido, pero no igual. El que tú tienes es especial.

Cuando John volvió a mirar la daga de piedra, descubrió una pieza separada, una larga y fina hoja de piedra. Su inteligente diseño, encajado a lo largo de la hoja del propio athame, hacía que a simple vista parecieran un único objeto. Pero cuando presionó hacia abajo la pieza quedó suelta.

El Dread Mediano hizo un movimiento y un cuchillo apareció en su mano. John comprendió que incluso en ese estado, medio dormido y herido, ese hombre podría

matarlo fácilmente. Pero el Viejo Dread le hizo señas para que se detuviera.

—¿Aprecias en algo tu vida? —preguntó la Joven Dread.

—¿Aprecias tú en algo mi vida? —replicó él—. Primero me ayudas y luego te vuelves contra mí. ¿No tienes permiso para pensar por ti misma?

—Si aprecias en algo tu vida —prosiguió ella haciendo caso omiso de sus palabras—, no usarás los instrumentos que tienes en tus manos. Sin el entrenamiento necesario acabarán contigo rápidamente, y al hacerlo, el athame y el reanimador se perderán en algún lugar bajo el océano o en el fiero corazón de una montaña. Jamás podremos recuperarlos.

John hizo entrechocar ligeramente el athame y el otro objeto —«reanimador», según lo había llamado—, manteniéndolos ambos sobre el precipicio. Inmediatamente se produjo una vibración. Notaba como corría a través de sus pulmones y su corazón, alterando su respiración y su pulso. También llegaba a sus oídos, distorsionando cualquier otro sonido. Separó el athame y el reanimador, y esperó a que la vibración cesara. Tardó casi un minuto completo de agonía en hacerlo. Y ese movimiento había sido provocado por un simple golpecito. ¿Cómo sería cuando los golpeará uno contra otro de verdad?

La Joven Dread tenía razón. Aunque tuviera un athame en las manos no podía hacer nada sin entrenamiento.

Quin lo había rechazado. No quería ayudarlo y él no era capaz de obligarla. Y las personas que podían enseñarlo a usar las herramientas del Seeker eran contadas. Briac Kincaid era uno de ellos, pero preferiría morir antes que ayudar a John. La Joven Dread debería ayudarlo, pero acababa de demostrarle que no lo haría. Por lo tanto, solo quedaba Quin. Todo acababa volviendo a ella.

Volvió a colocar el reanimador en la hoja del athame, deslizándolo por la ranura hasta que oyó que encajaba en su sitio. Luego sacó la espada látigo y la transmutó en su forma sólida.

—¿Vas a luchar contra los Dreads? —preguntó el Mediano rompiendo finalmente su silencio.

—¿Es que tengo otra alternativa? —respondió John.

El Viejo Dread hizo de nuevo un ligero movimiento con la mano que parecía decir: «Deja que me encargue yo». Dirigió la vista a John.

—Devuélvenos nuestro athame y no te haremos daño —ordenó el Viejo.

John confiaba casi totalmente en lo que el Viejo Dread decía. Miró a la Joven Dread. Era imposible saber lo que pensaba, pero presentía que seguiría al Viejo. Luego volvió a dirigir la mirada al Mediano. En la cara de ese hombre no veía más que su propia muerte. Estaba completamente seguro de que ese Dread y otros como él eran los culpables de la erradicación de su casa. John cambió de opinión.

—Gracias por la amabilidad de tus palabras —dijo.

Tras decir eso, arrojó el athame al acantilado tan fuerte como pudo. La daga dio vueltas sobre sí misma en el aire y luego cayó en picado hasta desaparecer de la vista.

Los brazos del Viejo Dread se alzaron, ordenando a los otros dos que siguieran el rastro del athame. No habría hecho falta, porque la Joven y el Mediano corrían ya hacia el barranco, buscando un sendero por el que llegar al río.

El Viejo Dread volvió a mirarlo, pero no se acercó a él. John no esperó a ver lo que sería capaz de hacer. Corrió hacia la parte del tejado más alejada del acantilado. Desde allí se descolgó y saltó al suelo. Era una gran distancia, pero aterrizó bien. Se levantó como pudo y corrió hacia el bosque sin mirar atrás.

TERCERA PARTE

ALLÁ ADONDE CONDUCEN  
TODOS LOS CAMINOS

## Shinobu

—No soy tu chico de los recados —repuso Shinobu abriéndose paso a codazos entre la multitud del paseo principal del Bridge. Varias personas se volvieron para mirarlo—. ¿Tengo pinta de estar hablando con vosotros? —gruñó. Cuando estas siguieron su camino, algunas asustadas y la mayoría irritadas, empezó a murmurar de nuevo—. Sigo en el Bridge y sigo haciéndote los recados. Me prometiste que me libraría de ti. Y mírame.

De hecho, hablaba con Quin, aunque en parte se daba cuenta de que ella no estaba allí realmente. No se había molestado en ponerse la mascarilla de oxígeno colgada a la salida del antro del opio y hacía esos peligrosamente entre los transeúntes buscando la puerta de la casa de Quin.

Cuando vio que la casa aparecía borrosamente en su campo de visión, tambaleándose entre otros edificios parecidos de la parte central del Bridge, se esforzó por recuperar la compostura al instante. Las autoridades del Bridge no veían con buenos ojos a los visitantes embriagados que deambulaban por las zonas que no les correspondían.

—Siempre diste por sentado que estaría ahí —dijo a Quin. Prácticamente balbuceaba, pero no creía que a ella le importara mucho, dado que no estaba presente en la conversación—. Atendiendo a tus necesidades. «Encuentra a mi madre». «Sálvame la vida». «Dame una ducha». ¿Y mis necesidades qué?

Se detuvo abruptamente en la puerta de Quin y descansó la cabeza sobre la madera un momento, solo como ayuda para mantenerse erguido. Después llamó suavemente. «¿Cuáles son mis necesidades?», se preguntó. Al fin y al cabo, ella solo le había pedido que informara a su madre de que se encontraba bien. Eso lo había hecho varios días atrás. Sin embargo, permanecía en casa de Quin.

La puerta en la que se apoyaba se abrió de golpe, sorprendiendo a Shinobu, que no recordaba haber llamado. Atravesó el umbral y cayó en brazos de Fiona, que tiraba de su camiseta para intentar levantarlo mientras él permanecía apoyado en el suelo sobre una rodilla. Tampoco ella parecía sostenerse muy bien en pie.

—¿Y mis necesidades qué? —preguntó.

—¿Qué necesitas, Shinobu? —preguntó Fiona. Tenía el pelo enmarañado, colgando sobre la cara—. Cuéntame.

Fiona cerró la puerta tras Shinobu, le ayudó a cruzar la habitación y lo sentó en

una silla del consultorio de Quin, a punto de perder el equilibrio ella misma. La camilla, convertida en cama de verdad, tenía sábanas y mantas, y Brian Kwon, que todavía estaba recuperándose de sus heridas, parecía un ballenato tumbado sobre ella.

—¿Qué necesito? —se preguntó Shinobu, intentando recordar cómo había pasado de la entrada a estar sentado en la silla—. Necesito...

No estaba seguro. Era algo relacionado con Quin. Recordaba sus cuerpos apretados el uno contra el otro y como la rodeó con sus brazos. Todavía notaba la impronta que había dejado en su piel.

—No necesitas más opio, eso seguro —comentó Fiona, arrastrando las palabras—. Te has metido más que suficiente.

Consiguió enfocar la vista con gran esfuerzo y miró lo que había a su alrededor, en aquella habitación débilmente iluminada: las estanterías con hierbas y la corpulenta figura de Brian, que lo observaba desde la cama.

—Dos pipas solo —repuso Shinobu.

—Eso cuéntaselo a tu cuerpo.

—Puede que fueran doce. Había un dos, eso seguro. Tal vez fueran veinte o veintidós con dos. Doscientas veintidós...

—Vaya... —dijo Fiona.

Fue a la cocina, intentando arreglarse la coleta por el camino. Después se entretuvo haciendo té.

Brian se incorporó, apoyándose en un codo.

—Trátala bien —le advirtió—. Está... No está muy fina.

—Está borracha.

Habían pasado tres días desde la pelea en los niveles inferiores del Bridge y el feo corte que Brian tenía en el hombro empezaba a curarse. Sus múltiples costillas rotas estaban fuertemente vendadas, de tal modo que parecía una salchicha china gigante.

—Perdona que no te haya traído nada, Lubina —dijo Shinobu, dando por sentado que Brian lo miraba con desaprobación por no haber llevado drogas a casa—. Ya sabes que no te dejan sacar pipas del bar. Seguro que te mueres por meterte algo.

—El maestro Tan me ha invitado a su casa a comer —intervino Brian—. Dice que hoy puedo empezar ya a caminar más.

—Pues si esperas que te dé opio vas listo.

Brian no rio.

—No voy allí a tomar opio. Ya tengo mi té.

—Lo que tú digas, Lubina.

Brian hizo una mueca y sacó las piernas de la cama para sentarse en el borde. Bajó un pie al suelo con mucho cuidado y luego el otro. Cuando colocó todo su peso en el suelo, la mueca de dolor empeoró. Pero al cabo de un momento, en posición vertical, pareció sentirse mejor.

—Hoy no estoy tan mal —murmuró.

Shinobu lo vio tambalearse por la habitación hasta su ropa, que estaba limpia y

doblada sobre una silla. Brian parecía tener tremendas dificultades en pasarse la camiseta sobre la cabeza. Eso implicaba decir una sarta de tacos en chino.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Shinobu.

—No, no quiero —respondió Brian—. Acabarás rompiéndome más costillas.

—Sí, probablemente.

Fiona volvió con el té y obligó a Shinobu a que lo cogiera, derramando parte de él por el borde. Brian consiguió ponerse finalmente toda la ropa, zapatos incluidos, con la ayuda de Fiona, a pesar de que solo parecía hacerle perder más tiempo. Una vez vestido, Brian colocó un pie detrás del otro con cautela y salió de la habitación.

—Ya que estás levantado, esta noche te llevaré a los bajos fondos —gritó Shinobu detrás de él—. ¿Qué me dices? Fiona no puede tenernos aquí encerrados para siempre.

—¿A qué te refieres con «encerrados»? —exclamó Brian—. Ni siquiera quiere verte por aquí. Pero tú sigues apareciendo.

—Entonces ¿vienes o no?

—Yo ya paso del opio.

—Está bien. De todos modos, estaba pensando tomar Ivan3 esta noche.

Brian lo ignoró. Shinobu oyó las campanillas cuando abrió la puerta de la calle y cómo respiraba pesadamente y volvía a maldecir antes de marcharse.

—El té. Ahora —ordenó Fiona, pegándoselo a la cara.

Shinobu le dio un sorbo y volvió a escupirlo dentro de la taza. Era uno de esos brebajes saludables que el maestro Tan preparaba para Brian.

—¿Y tu té dónde está?

Fiona lo fulminó con la mirada. Se había recogido el pelo, pero parte de él seguía colgándole por un lado de la cara.

—Vas a beberte este té o saldrás de esta casa. Y con suerte te arrestarán antes de salir del Bridge.

—¿Solo hay té para los adictos al opio? ¿Y para los alcohólicos no?

Le parecía ridículo que le sermoneara cuando no podía tenerse en pie de la borrachera.

—No tienes por qué llamarme eso —dijo esforzándose por hablar con claridad—. Que beba un poco de vez en cuando no es un asunto de la incumbencia de nadie. Tú te metes todo tipo de mierda en el cuerpo.

—Es lo mismo —protestó él.

—No lo es.

—Tu veneno sale de una botella. El mío de una pipa, de barritas o agujas. Esa es la única diferencia.

—No es lo mismo. —Estaba ocupada haciendo la cama de Brian, pero las sábanas parecían resistirse a su empeño—. Tú no ves las cosas que veo yo. No tienes que escuchar cosas que preferirías no escuchar, ¿verdad?

—Escucho cosas que preferiría no escuchar todo el tiempo —replicó—. Ven

conmigo a visitar a mi madre y verás.

—¿Tu madre? —preguntó, confundida por un instante. Luego volvió a concentrarse en lo que estaba diciendo—: ¿Tienes tú una hija, Shinobu? ¿Una hija que ha ocultado su pasado pero que ve cosas en sueños? ¿Qué pasaría si cuando ella viera esas cosas diera la casualidad de que tú también puedes verlas? ¿Qué pasaría si supieras exactamente el tipo de cosas que ha hecho, el tipo de cosas que yo le he permitido hacer? —Shinobu se quedó mirando como Fiona terminaba de hacer la cama. Seguían cayéndole mechones de cabellos rojos en la cara, pero cada vez se la veía menos borracha—. Tú solo ves lo que hay por fuera —continuó—. Nunca has estado casado con Briac Kincaid, ¿verdad? Si lo hubieras estado no querrías ver lo que hay en el interior de su mente, te lo aseguro. Te tomarías un par de copas para ver el mundo más bonito.

Shinobu no sabía qué contestarle. Tal vez fuera una borracha, pero... ¿no intentaba ser una buena madre para Quin? Seguía mareado, así que fue obediente y comenzó a beberse aquel té repulsivo.

Llamaron a la puerta impacientemente. Fiona se arregló un poco y fue a la otra habitación para ver quién era. Momentos después, Shinobu oyó unas voces de oficiales que reclamaban acceder a la casa. Estaban buscando a varios jóvenes que se habían visto envueltos en unos altercados en los bajos fondos del Bridge a principios de la semana.

Oyó que Fiona les preguntaba por qué habían escogido esa casa con voz calmada y razonable, sin apenas arrastrar las palabras. Shinobu no esperó la respuesta. La idea de que los agentes del Bridge lo arrestaran le hizo presa del pánico. Las autoridades del Bridge eran muy estrictas y, aunque no pudieran meterlo en la cárcel, sí podían impedirle el acceso a las drogas fácilmente, tal vez para siempre.

Se levantó inmediatamente y subió las escaleras sin hacer ruido hasta la puerta del balcón. No oyó lo que se dijo después, porque cuando volvió a ver a Fiona estaba encaramado a las vigas que había encima de su casa, mirando al paseo del Bridge desde un oscuro puesto, inaccesible a cualquiera que no fuera una rata de alcantarilla como él. Su corazón siguió latiendo de forma frenética durante un rato. Tener prohibido el acceso al Bridge haría su vida muy desagradable.

Desde aquel punto estratégico en las vigas, vio a Fiona salir de casa, todavía con paso vacilante. Iba rodeada de varios hombres, dos de los cuales la agarraban de los brazos, casi como si la obligaran a ir con ellos. Un pensamiento tomó forma en las profundidades de su mente mientras los veía desaparecer de la vista acucillado en su escondrijo: «Qué raro».

Horas después, cuando la nebulosa del opio se desvaneció, advirtió varias cosas. Primero, los hombres que se habían llevado a Fiona no eran agentes del Bridge, pues no llevaban uniforme. Segundo, John era uno de los que caminaban junto a ella. Tercero, Shinobu se había quedado en casa de Fiona con la intención de protegerla (aunque no quisiera admitirlo), pero se había puesto hasta arriba de drogas y a la más

mínima señal de peligro salió huyendo, y ni siquiera es que peligrara su vida, sino el acceso directo a las drogas.

Estas tres cosas le dejaban algo muy claro: él, Shinobu MacBain, antiguo Seeker y actual buzo de rescate escocés-japonés adicto al opio, podía decirse a sí mismo que era una buena persona, pero en realidad era un ser absolutamente despreciable. Tomaba las decisiones incorrectas en el momento menos oportuno y permitía que otros pagaran por ello: las víctimas asesinadas en sus misiones con Briac; Akio, que había estado a punto de morir por su culpa; su padre, destrozado por esas centellas danzantes; y Fiona, capturada delante de sus narices.

## Maud

Estaba amaneciendo. La Joven Dread sintió el dolor en la mejilla, abofeteada por el Mediano. Cayó de rodillas junto al fuego que habían hecho en las proximidades de las ruinas del castillo. Había decidido no bloquear el golpe.

—¿Por qué has ayudado a la chica? —preguntó el Mediano.

La empujó con el pie antes de que pudiera levantarse y volvió a tirarla al suelo. La escrutaba como si fuera una rata a la que pretendiera empezar a rebanar muy despacio.

—No hay por qué enfadarse —repuso su maestro.

Estaba al otro lado del fuego, atendiendo a Briac Kincaid, que permanecía en estado agónico desde que había despertado por completo. El Viejo Dread había extraído las balas de las heridas, una operación quirúrgica que estuvo acompañada de innumerables gritos. Emplastaba sus heridas con unas hierbas que habían recogido en el bosque y las vendaba fuertemente a su cuerpo con tiras de ropa, mientras Briac continuaba quejándose y teniendo espasmos.

El Mediano y ella habían descendido por el sendero inclinado que llevaba desde el establo del desfiladero a la ribera del río. Desde allí, Maud había cruzado a nado hasta la otra orilla, donde el athame había caído sobre el sedimento sin sufrir daño alguno. En ese momento estaban junto al castillo en ruinas, donde ella había entrenado cientos de veces en el transcurso de cientos de años, mientras su estructura se había ido desmoronando lentamente y era devorada por la hierba y la tierra.

El Dread Mediano controló el tono de su voz para preguntar de nuevo:

—¿Por qué has ayudado a la chica?

Maud se aupó hasta quedar incorporada y se limpió la sangre de la comisura de los labios.

—No es una chica —respondió la Joven Dread al Mediano—. Es una Seeker, la última que poseyó el athame familiar, y estaba en peligro. ¿Por qué no iba a ayudarla?

Su maestro dijo amablemente:

—Briac Kincaid es el miembro mayor de la casa y considera que tiene derechos sobre la daga.

—Nosotros creemos que el athame acaba en manos de aquel a quien pertenece, ¿no es cierto? —espetó ella.

Briac consiguió sentarse con gran esfuerzo y la miró a través del fuego. Sus duros ojos no mostraban más que odio.

—No —repuso él—. Tú has interferido al entregarle el reanimador. Has permitido que escapara con algo que me pertenece. —Luchaba por dominar su voz a través del dolor—. Los Dreads tendrán que recuperarlo y devolvérmelo.

—¿No lo entiendes? —preguntó el Mediano—. Has cometido un error. Por tu culpa tendremos que recuperar el athame de Briac Kincaid y hacer justicia.

De nuevo el Dread Mediano acudía en ayuda de Briac Kincaid y retorció las reglas para ajustarlas a sus propias necesidades. La Joven Dread volvió a preguntarse qué secretos compartía Briac con el Mediano, qué poder tenía sobre él. Ella conocía muchas de las injusticias cometidas por el Mediano, pero Briac seguramente sabía más. Apostaría a que habían sido cómplices en la mayoría de ellas.

—¿Justicia? —se burló la Joven—. ¿Qué significa esa palabra que ha usado, maestro?

El Viejo Dread la miró a través del fuego sin decir nada.

—¿Eres una Dread cuya justicia inspira terror en los Seekers o no? —preguntó el Mediano—. Has cometido un error y debes repararlo.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Te atenderás a la justicia?

Él le dio un zarpazo con su pesada mano, pero esta vez la Joven no quiso recibir el golpe. Se hizo a un lado, revolviéndose y apartándose de él. Un cuchillo apareció en su mano sin pensarlo, como por arte de magia. Su brazo salió disparado hacia el Mediano y chocó contra el cuchillo de este, que también había surgido de la nada. Las hojas de ambos brillaron a la luz de la hoguera.

—Basta —zanjó el Viejo Dread.

La Joven y el Mediano se quedaron paralizados, sin mover sus cuchillos ni tampoco guardarlos.

—¿Soy una persona, maestro? —preguntó.

—La pregunta es innecesaria, pequeña —contestó.

—¿Soy una persona o una posesión? —quiso saber—. ¿Tengo voluntad propia?

—La tienes —dijo su maestro.

—Usted me dejó en manos del Mediano y me dijo que lo obedeciera.

—¿Es eso lo que te dije, pequeña? —preguntó el Viejo con ternura.

Maud embistió al Mediano con su cuchillo. Este interceptó el golpe con el suyo. Tras esto la apuñaló con la mano izquierda, en la que había aparecido otro puñal de repente. El Mediano se había vendado bien la herida que le cruzaba el pecho, pero seguía herido, y la Joven esperaba que esto le diera ventaja. Se tiró a un lado y se escabulló al tiempo que sacaba un segundo cuchillo de una funda que llevaba a la cintura.

—El juramento de los Dreads: cumplir las tres leyes y mantenerse alejado de la humanidad para poder juzgar libremente —dijo Maud—. Maestro, ¿sabe lo que pasó con el Joven Dread que me precedió?

El Mediano fue a por ella con ambas manos. Maud interceptó sus armas.

El Viejo Dread no respondió.

—¿Sabe lo que pasó con el Joven Dread que me precedió? —repitió—. ¿Y con la madre de John? ¿Le ha contado eso el Mediano? Siempre que habla del juramento se refiere al mío. ¿Y el suyo?

El Mediano no respondió. El maestro de la Joven Dread, sentado al otro lado del fuego, permanecía también en silencio. La Joven Dread lo miraba en silencio y se percató de que el maestro sabía, o cuando menos sospechaba, las cosas que el Mediano había hecho en su ausencia. ¿Cómo no iba a saberlo? Si era capaz de leer la mente de la Joven con la misma facilidad con la que respiraba, también vería en el interior de la mente del Mediano.

Confiaba ciegamente en que su maestro arreglaría por fin las cosas con el Mediano y encontrarlo en la hacienda la había llenado de dicha. Pero, al parecer, sabía cómo era y no hacía nada para remediarlo. Comprendió instantáneamente que el Viejo, su buen maestro, estaba atado al Mediano de alguna forma.

Pero ella no lo estaba.

—Déjeme que lo mate.

No hubo respuesta de su maestro. Y en ese momento, su silencio habló por sí solo. Si el Viejo Dread no les ordenaba que parasen no había nada que le impidiera hacerlo. Podía quitarle la vida al Mediano. Podía hacerle pagar por tantas injusticias...

Su cuerpo entró en máxima velocidad de batalla. Sus cuchillos, estelas naranjas ante la hoguera, surcaron el aire. El Mediano respondió con demasiada lentitud. Todavía no se había recuperado de su larga estancia en el Allá. Se abalanzó hacia él. Entonces se percató de su error.

La había hecho moverse a un terreno donde el suelo era irregular. Estaba perdiendo el equilibrio. Le arrebató el cuchillo de la mano con un rápido movimiento y la golpeó en la sien con el mango, haciéndola caer al suelo.

Pisó la mano con la que Maud sujetaba el cuchillo sin darle tiempo a recuperarse y la inmovilizó en el suelo. Luego se inclinó hacia ella, se entretuvo en rajar la parte delantera de su camiseta desde el cuello hasta el estómago y tiró el trozo de tela al suelo. Sus pequeños pechos quedaron al descubierto. Quiso taparse con la mano derecha, pero también se la pisó. Permaneció de pie por encima de ella, mirando su desnudez con cara de asco. Después se inclinó para acercarse a su cara y pellizcó uno de sus pechos fuertemente. Al ver su expresión de dolor sonrió.

—Sigues sin ser una mujer —dijo sin un ápice de emoción—. Eres una niña pequeña. Si eres una Dread fue porque no encontramos nada mejor, porque tu maestro sabe que no merece la pena perder el tiempo matándote.

Se quedó mirándola durante varios segundos, dejándole claro que estaba a su merced. Tras esto se apartó de ella.

La Joven Dread se cubrió con la capa, pero no se movió del frío suelo,

permaneciendo allí inmóvil durante un buen rato, indignada por la humillación sufrida.

Largo rato después, seguía sentada donde el Mediano la había dejado, con la capa puesta para tapar los jirones en que había quedado su ropa. Se balanceaba adelante y atrás, pero se interrumpió al ser consciente de ello. Tenía que controlar su odio. Tenía que permanecer inmóvil.

Briac estaba sumido en un sueño profundo y sus lamentos se habían transformado en murmullos. El Dread Mediano se había puesto la capa y estaba tumbado junto al fuego con los ojos cerrados.

Maud tenía la mirada clavada sobre el Mediano, observando como su pecho se inflaba y desinflaba. En algún lugar de ese pecho había un corazón que latía y lo mantenía con vida. «Hasta que deje de hacerlo», pensó.

Pero su maestro no había hecho nada por ayudarla a matar al Mediano. Tal vez solo le hubiera permitido luchar contra él para enseñarle una lección: que el Mediano siempre ganaría y tenía que obedecerle.

Unas manos gentiles le examinaban la sien y tocaban la oreja que el Mediano había golpeado con la empuñadura de su cuchillo. La herida estaba abierta, eso lo notaba.

—No está tan mal —añadió el Viejo Dread tras explorarla a la luz de la fogata.

Un momento después se la frotó con una cataplasma de hierbas y Maud sintió un fresco alivio.

—Déjame ver la otra —dijo—. La herida que finge no haberte hecho.

La Joven se quitó la capa y permitió que examinara la cicatriz del abdomen, donde el Mediano la había acuchillado. El tejido era denso y fibroso bajo la piel, pero las líneas de la herida estaban desapareciendo. La medicina de la época actual había obrado maravillas en su carne y estaba curada casi por completo. El Viejo Dread acarició la fina cicatriz con sus dedos.

—Es un hombre cruel —dijo al fin.

—Cierto. Y usted me dejó a su cargo.

—Me pertenece —repuso su maestro—. Yo lo he creado. Lucha bien, sin motivos reales. Mata innecesariamente y con frecuencia. Y comete errores, como viajar al Allá con una herida tan grave como para distraer su atención. Podría haberse quedado en el intermedio para siempre. —La Joven se mantuvo impasible mientras pensaba en esa posibilidad. El maestro prosiguió—: Pero he prometido ciertas cosas... —Se interrumpió—. Siento que tengas que vivir en su presencia.

«Entonces, ¡déjeme que lo mate!», quería gritar. Sin embargo, lo que dijo fue:

—¿Qué ha pasado con nuestro noble propósito, maestro?

Era la misma pregunta que había formulado Quin, pero la Joven Dread llevaba cientos de años haciéndosela.

El Viejo no respondió de inmediato. Sus pensamientos parecieron replegarse sobre sí mismos.

—El athame fue concebido para permitir que una mente privilegiada, una mente habilidosa, atravesara las fronteras de la vida humana —dijo finalmente con voz grave y solemne—. ¿Por qué habría de restringirse una mente así a un solo lugar? Imagina las cosas que conseguiría si pudiera moverse con libertad, actuar con libertad. Un Seeker podría presentarse en cualquier lugar con la ayuda del athame: el interior de una fortaleza custodiada, las cámaras privadas de un rey, una gran universidad del otro confín del mundo. Y así podría... colaborar con el destino. Podría elegir el mejor camino para la humanidad, ¿no es cierto? Yo creía que, con la ayuda de la herramienta adecuada, esa mente privilegiada cambiaría la historia. —Se volvió hacia ella. Casi parecía suplicar con la mirada—. Nosotros mismos hemos presenciado parte de esos cambios. Los Seekers han determinado el curso de grandes batallas, han derrocado a tiranos...

—Pero también han hecho otras cosas, maestro.

El Viejo Dread observó el campamento y los rescoldos del fuego.

—Cierto —aceptó—. Algunos han usado el athame por avaricia, rencor y venganza.

—Muchos.

—Tenemos leyes.

Era una especie de reproche, pero su voz sonaba hueca, como si le hubieran extirpado la vida.

—Habla como... como si todo empezara con usted —observó—. Como si fuera el origen del athame. ¿Es eso cierto?

La Joven giró ligeramente la cabeza y vio que el Viejo Dread esbozaba media sonrisa.

—El athame... La historia de su origen te la contaré en el futuro, pequeña. Si yo soy el primero, también soy el último. Pero ¿qué parte de nuestra historia es el origen? ¿Cuál es el final? Entre el momento presente y el final, o el principio, tengo que pasar la mayor parte del tiempo dormido, alargándome, intentando permanecer con vida para arreglar las cosas. Nuestros cuerpos no fueron diseñados para esto que los Dreads les obligamos a hacer. Nuestras vidas tienen estaciones. Cuando las desafiamos no nos encontramos bien. Temo que necesitaría dormir durante mil años para adaptarme. Pero no tengo tanto tiempo. Arreglaremos las cosas aquí y luego me alargaré otra vez.

Permanecieron un largo rato en silencio, hasta que la Joven Dread finalmente se atrevió a preguntar:

—¿La suya era una mente privilegiada, maestro?

El Viejo esbozó una auténtica sonrisa.

—¿Y no me preguntas si continúa siendo una mente privilegiada, pequeña? ¿Es porque ahora solo digo tonterías? Has de saber que en su día pensé que lo era.

—¿Y ahora?

—Ahora no importa. No son mentes privilegiadas lo que necesitamos, sino corazones puros. Los corazones puros eligen sabiamente.

—¿Cómo se encuentra un corazón puro?

—Es cuestión de suerte, pequeña. Simple suerte. Contigo, he tenido mucha.

## Shinobu

—¿Qué te hace creer que estaría dispuesto a darte algo así? —preguntó el maestro Tan a Shinobu.

Se encontraba de pie ante una mesa en su dispensario, moliendo una planta verde brillante en un mortero con los movimientos seguros del experto y los ojos libres para estudiar a su avergonzado visitante.

—Nuestras vidas son nuestra propia elección —dijo Shinobu—. Eso le dijo a Quin.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

Comprobó la consistencia de la planta con los dedos y luego continuó trabajando con la mano de mortero.

—Ya lo sabe.

—Ah —repuso el maestro Tan tras recordarlo—. Puede que entonces lo dijera. Aquella noche pasaron muchas cosas. Obviamente, ella eligió vivir.

El hombre era un anciano, con unas manos nudosas que eran a un tiempo fuertes y suaves, pero apenas tenía arrugas en la cara. Miraba a Shinobu con interés, como si examinara una hierba que acabaran de sacar a la venta en el mercado de Kowloon.

—La habría dejado morir si ella hubiera querido. Le dio a elegir —insistió Shinobu tercamente—. Yo le oí decirlo.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que siempre dejo morir a la gente? —preguntó el viejo, como si le fascinara la idea—. ¿Por eso viene tanta gente a verme a esta tienda? ¿Porque los llevo directos al matadero?

—A usted le gusta ayudar a la gente, abuelo —respondió Shinobu con una voz grave y sombría—. Debería ayudarme y darme lo que le pido. Yo he...

Estaba a punto de decir: «Yo he dejado en la estacada a buenas personas cuando más lo necesitaban y además soy un asesino». Pero no era capaz de pronunciar esas palabras exactas. Murieron en su garganta antes de poder aflorar a la superficie, como le había pasado con su madre cuando iba a admitir lo que había pasado con Alistair y el campo perturbador.

No tenía intención de discutir con el viejo. Ya había decidido lo que necesitaba hacer y estaba experimentando una sensación de paz ante la oscura certeza de su futuro. «Tendría que haberlo hecho hace un año», pensó.

Se quedó mirándose los pies y probó con una nueva estrategia.

—Nadie me echará de menos, maestro Tan, salvo los propietarios de los antros de drogadicción, y tampoco mucho. Siempre me dicen que me lave y casi nunca lo hago.

—¿Qué tipo de drogas tomas normalmente? —preguntó el maestro Tan con interés—. ¿Cuáles te gusta tomar? ¿De qué tipo? ¿Opio? ¿Ivan3? ¿Qué bares de droga te echarán más de menos?

—¿Qué importa eso?

Sus preguntas perturbaban su buen talante. No quería hablar más.

—No hago este tipo de cosas todos los días. Tengo que tener una razón para ayudarte. Explícame lo malo que has sido, por favor. ¿Qué tipo de drogas?

Shinobu suspiró y empezó su larga lista. El maestro Tan lo anotó todo pacientemente, sacudiendo la cabeza todo el tiempo y murmurando comentarios como «Terrible, terrible. ¿Cigarrillos también? Vaya, vaya. ¿Vodka? En serio, jovencito...».

Al final, Shinobu tuvo la sensación de que estaban yéndose por las ramas. Se metió las manos en los bolsillos.

—Verá, yo... Mi padre... —se interrumpió, y volvió a intentarlo—. Mi madre y mi hermano y Fiona. Yo... quiero protegerlos. Esto los protegerá. ¿Puede ayudarme a hacer una sola cosa sin fracasar en el intento?

—Dime, ¿suicidarte, solucionará todo lo demás?

Shinobu se encogió de hombros.

—Lo anterior no puedo solucionarlo. Ya está hecho. Pero puedo impedir que la gente confíe en mí y eche a perder todo de nuevo. Porque seguro que lo hago. ¿Lo entiende?

El maestro Tan siguió estudiándolo en silencio durante un tiempo, como si estuviera valorando su decisión.

—Me temo que tienes buenas razones para ello —dijo al fin—. No intentaré detenerte.

Shinobu, que se había quedado mirándose los zapatos, estaba un tanto decepcionado por haberlo convencido tan rápido. Pero, al fin y al cabo, había ido allí para eso.

El viejo soltó la mezcla en la que estaba trabajando y se dirigió a un enorme armario que se extendía por toda la habitación hasta el techo abovedado. Era un mueble lleno de pequeños cajones, más de un millar, etiquetados con caracteres chinos. El maestro Tan accedía a ellos con una escalerilla con ruedas que empujaba adelante y atrás a medida que subía y bajaba de ella, llenando una gran bolsa de plástico. Cada vez que Shinobu pensaba que ya habría acabado, el maestro Tan recordaba algo más y volvía a subir. Al cabo de casi media hora la bolsa estaba casi repleta. El sanador iba canturreando para sí mientras añadía el último ingredientes y bajaba de la escalerilla.

—Cualquiera diría que quiere matarme de aburrimiento —murmuró Shinobu.

Agradecía la ayuda del maestro Tan, pero le sacaba de quicio que estuviera tan

contento. ¿Acaso era mucho pedir que el sanador estuviera un poco molesto con aquella situación?

El maestro Tan pasó junto a Shinobu, tarareando aún tímidamente, y comenzó a preparar un té con el montón de hierbas.

—Preferiría que no te suicidaras —dijo a Shinobu, como quien habla del tiempo—. En realidad, a mí me da prácticamente igual. Pero las autoridades del Transit Bridge me obligan a decir que preferiría que no te suicidaras. No queda bien que los sanadores ayuden abiertamente a la gente a suicidarse. Supongo que lo entenderás.

Shinobu asintió.

No tardó en preparar el té y servírselo en un termo grande.

—Tienes que bebértelo todo de una vez —explicó—, sin dejar pruebas que alguien pudiera encontrar. Te sugiero que vayas a algún sitio tranquilo y seguro, pero cerca de los servicios de limpieza municipales. ¿Un contenedor, tal vez? Así tu cadáver será fácil de transportar. Y hazlo pronto, los efectos de la infusión no duran mucho.

Shinobu le arrebató el termo de las manos y al cabo de un rato se abrió paso entre las vigas de acero del exterior del Bridge con el recipiente aferrado al pecho. Estaba cerca del lado de Kowloon y desde su posición veía brillar las luces de la ciudad a través de la densa niebla que quedaba a su derecha. Mientras caminaba por una estrecha viga, alejándose del centro del Bridge en dirección a los bordes de la estructura, empezó a ver el agua a sus pies en la distancia. Aquella noche, bajo la bruma, se veía negra como boca de lobo.

«“Preferiría que no te suicidaras” decía mientras iba sacando hierbas venenosas —pensó Shinobu—. Estaba deseando librarse de mí. Cuando un sanador te quiere ver muerto es que has tocado fondo».

El puerto no era tan profundo allí como en el centro del Bridge. Pensó que era mejor tirarse en esa zona. Así encontrarían su cuerpo rápidamente y su madre no tendría que preguntarse qué le había pasado. Es cierto que si lo hacía en un contenedor Mariko recibiría antes la noticia, pero saltando se aseguraba el tiro: mejor dos métodos de suicidio simultáneos que uno. Además, prefería no morir en un contenedor, por más que al maestro Tan pareciera gustarle la idea.

Cuando Shinobu llegó al extremo de la viga, se sentó y dejó que sus pies colgaran del borde. Desenroscó con cuidado el tapón del termo, olió el té y sintió arcadas. Tenía un olor nauseabundo y estaba casi tan espeso como la melaza. Era una pena que eso fuera lo último que saboreara. Tendría que haber comprado un cucurucho de helado para después de beberlo. «La próxima vez que me mate habrá que planearlo mejor. ¡Ja, ja, ja!», se dijo para sus adentros.

Miró a sus pies para asegurarse de que tenía el camino despejado hacia el agua. No le apetecía ir rebotando en la estructura de acero mientras caía. La viga sobre la que estaba sentado sobresalía más que las otras: debajo había cincuenta metros de caída al vacío. Perfecto.

Retrasar más el momento carecía de sentido. Si dudaba, acabaría cambiando de idea y traicionando a alguien más, probablemente a Quin. Y se negaba en redondo a hacer eso.

«Ahora que te he encontrado me costaría demasiado mantenerme alejado de ti».

Shinobu se tapó la nariz y bebió el contenido del termo sin detenerse para respirar.

El efecto fue inmediato. Sintió unos dolores de estómago tan repentinos e intensos que se dobló sobre sí mismo y tuvo que agarrarse al borde de la viga para no caer.

Cuando pasó la primera ronda de retortijones gateó hasta ponerse en pie. Empezó a temblar. Violentamente. Sufrió nuevas convulsiones en el estómago y no pudo permanecer erguido.

Se apoyó en otra viga para levantarse y se quedó en calzoncillos. Después tiró el termo vacío y la ropa. Momentos después oyó como caían al agua en la distancia.

Temblaba, y los retortijones eran tan fuertes que tuvo que mover los pies casi centímetro a centímetro, con miedo a perder el equilibrio antes de estar listo para saltar. Al final consiguió llegar al extremo de la viga y que los dedos de los pies colgaran del borde. Inspiró hondo, preparado para el fin. Y saltó.

El estómago se le subió a la garganta; la adrenalina corría por sus venas. ¡Estaba cayendo! ¡Iba a morir!

La caída era muy larga. Lo suficiente para que pudiera observar el esqueleto de acero del Brige volando sobre él. Lo suficiente para observar como las oscuras aguas ascendían rápidamente para encontrarse con él a través de la niebla. Su intención era golpear la superficie dando un panzazo, con lo que habría muerto instantáneamente. En lugar de eso, al caer en picado, su instinto tomó el mando. De hecho, había saltado otras veces de un puente, por diversión. Entró en el agua intuitivamente en una perfecta posición vertical, con los pies por delante, y atravesó la superficie como un saltador de acantilados que se exhibe ante los turistas.

Su plan alternativo era dar contra el fondo con tanta fuerza que el impacto acabara con su vida. Desafortunadamente, se equivocó respecto a la altura del agua en esa parte del Bridge. Tal vez fuera menos profundo que en el centro, pero cuando acabó su inmersión no había tocado el fondo aún. Momentos después de saltar, Shinobu se descubrió vivo, lejos de la superficie, con las extremidades intactas. El golpe de frío era paralizante, pero también sentía alivio en el estómago.

Su experiencia como buzo le decía que en breve su cuerpo estaría obligado a respirar, pero en ese momento, como había respirado antes del impacto, le quedaba medio minuto de aire en los pulmones, tal vez más. Así que en lugar de salir a la superficie, buceó hacia las profundidades, nadando a ciegas hacia el fondo.

Shinobu avanzó a brazadas potentes y continuas. Experimentó algo insólito, algo que iba más allá del terror y la adrenalina del salto. Su estómago se retorció y sus músculos temblaban, pero empezaba a sentir una sensación más poderosa. Su cuerpo

estaba vibrando.

Era extraño usar esa palabra, pero parecía encajar. Siguió nadando hacia el fondo y sintió como si todas las células de su cuerpo vibraran por sí solas y se liberaran mediante este proceso de todo tipo de cosas, algunas físicas, otras no.

Primero, desapareció de su mente la bruma de estupefacientes en la que había estado sumido durante el pasado año y medio. A medida que sus brazos lo impulsaban a través de las oscuras aguas experimentó una agudeza mental que no había sentido en años. Después, su corazón rugió con una actividad furiosa, como un guerrillero que sale a disparar con su ametralladora el día de Año Nuevo. Sus pulmones empezaban a quejarse, pero él continuó el descenso.

Finalmente, los recuerdos comenzaron a aflorar.

Estaba en la hacienda, junto al establo del desfiladero. Había buscado a Quin por todas partes y se dio cuenta de que solo podía estar allí. La noche anterior habían realizado su primer encargo como Seekers. Su nueva marca, el athame grabado a fuego en su muñeca, palpitaba bajo el vendaje. Llevaba veinticuatro horas sintiendo náuseas.

Encontraría a Quin y se la llevaría consigo. La convencería para abandonar la hacienda ese mismo día, sin más equipaje que la ropa que llevaban puesta. Podían cruzar el río al pie del barranco y abrirse paso por la otra orilla hasta el pueblo más cercano.

Era probable que Quin amara a John todavía, pero Shinobu la haría entrar en razón. John se marcharía. Briac se lo quitaría de encima. El destino había decidido que Shinobu y ella permanecieran juntos. Podrían olvidar la noche anterior, olvidar la hacienda, ir a alguna parte donde no tuvieran que ver a sus padres nunca más. Y algún día, cuando estuvieran a salvo, lejos y juntos, ella lo miraría y lo vería de manera diferente. Entonces, él la besaría...

Le sorprendió oír voces al llegar al portón del establo. Se detuvo a escuchar en el umbral. Quin estaba allí, y John, con ella. Se le había adelantado.

Shinobu se adentró en las sombras del establo con sigilo. Estaban arriba, en el desván. Hablaban en voz baja, pero sonaba como si discutieran. Shinobu pensó que tal vez estuvieran rompiendo. Se deslizó a lo largo de la pared y al cabo de unos momentos vio a John, de pie junto a la ventana redonda que había por encima de la alta tarima.

Esperaría en las sombras. Ella acabaría diciéndole que se marchara y, cuando lo hiciera, Shinobu subiría por la escalera y la convencería. Seguía siendo su prima, pero no importaba. Podrían emprender una nueva vida los dos juntos.

Pero John no se fue. Bajo su atenta mirada, Quin se levantó y fue hacia él. En cuestión de segundos, John estaba besándola y se fundían en un caluroso abrazo.

Shinobu estaba en la mansión, en su primer encargo. Vio que Quin bajaba por la escalinata con los dos niños tras ella. Supo de inmediato lo que quería hacer. Los habían obligado a matar a los padres, pero Quin se negaba a ir más allá. Se llevaba a los niños, los ayudaba a escapar. Estaba desafiando a Briac. Esa idea le dio fuerzas.

Shinobu se volvió para buscar a su padre. Podía robarle el athame y el reanimador para escapar con Quin. Una vez en su poder, salvarían a los niños y podrían ir a donde quisieran.

Pero no encontró a su padre por ninguna parte. Y cuando volvió al descansillo de las escaleras vio a Quin sentada con la cabeza sobre las manos. Los niños habían desaparecido.

Shinobu estaba en la campiña haciendo prácticas de combate con John. Usaban espadas de metal antiguas y el ruido metálico de sus hojas resonaba entre los árboles. Shinobu tenía doce años, y John, trece.

Era mejor guerrero que él, pero por muy poco. John había empezado a practicar antes de llegar a la hacienda.

John hizo una buena defensa y golpeó a Shinobu con acierto. Este consiguió bloquearlo, pero su fuerza bastó para hacerle retroceder.

—Estás aprendiendo —dijo Shinobu con cierta arrogancia.

—Soy más fuerte que tú —contestó él.

—Pero yo soy más rápido.

Golpeó la pierna de John con la espada plana, haciéndole saltar atrás.

—Te has criado aquí —observó John—. Claro que eres más rápido.

—Mi padre dice que la hacienda es el mejor sitio para un Seeker. Hay algo en el aire, en el agua, en las rocas.

—Puede —repuso John—, pero mi casa es más segura.

A esa edad John siempre buscaba el modo de parecer más fuerte, mejor o más importante, cualquier cosa con tal de contrarrestar el hecho de haber llegado cuatro años tarde a su adiestramiento.

Shinobu lo desarmó limpiamente y su espada salió despedida hasta la hierba. Luego dejó caer la suya a un lado.

—¿Por qué dices que tu casa es más segura? —preguntó Shinobu con curiosidad—. ¿Cómo es posible que haya algo más seguro que la hacienda?

Los ojos de John decían que había cometido un error y no debía hablar de ello, pero la tentación de fanfarronear era más grande.

—El *Traveler* lo construyeron para mí —dijo, buscando entre la hierba para recuperar su espada—. Ningún Seeker puede entrar en él. Así que siempre estaré a salvo de los Seekers. En vuestra hacienda cualquiera puede entrar.

—Pero si lo hacen tendrían que luchar contra mi padre —repuso Shinobu llevándose una mano al pecho—. Y conmigo.

Entonces John encontró su espada y volvieron a la lucha.

Shinobu era más joven. Se encontraba nuevamente en la campiña, sentado al pie del prado, oculto entre las hierbas, que medían más de un metro. Las abejas iban de flor en flor entre los altos tallos y el aire olía a madreSelva. Era un día cálido de principios de verano. Quin estaba sentada junto a él con las piernas cruzadas y llevaba el pelo moreno atado con una cinta. Tenían nueve años.

Shinobu se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla de improviso.

—¿Te dejan besarme? —preguntó ella riendo.

—¿Por qué no? Nuestros padres son familia, así que nosotros también, y yo siempre beso a mis familiares. Además, ya hemos empezado nuestro entrenamiento, así que prácticamente somos mayores.

Quin pensó en ello y luego se inclinó él y le dio otro beso.

—Puaj —exclamó él—. Eso es asqueroso.

—No lo es.

—Sí, sí que lo es.

Volvió a besarla. Ambos estaban comiendo pan con miel que habían robado de la cocina de Fiona, así que el beso era un poco pegajoso.

Shinobu se recostó y se quedó mirando el cielo recortado tras los altos brotes de hierba.

—Mi papá dice que siempre que haya dos personas juntas todo sale bien. Mi mamá está muerta, pero seguimos siendo dos, mi padre y yo. Y nosotros somos dos —añadió, cogiéndola de la mano—. Tú y yo, uno y dos, así que es perfecto.

Tras eso, Quin volvió a besarlo y esta vez sus labios se rozaron.

—¡Me has besado en la boca! —exclamó.

Se separaron y se pusieron a escupir al suelo como locos.

—¿Por qué les gusta esto a los mayores? —preguntó Quin.

—Son raros.

—¿Tú crees que cuando crezcamos seremos raros?

—Seguro —respondió él, y la besó de nuevo.

El brazo de Shinobu chocó con algo mientras nadaba. Notó el fango y el sedimento entre los dedos. Había alcanzado el fondo. Llegaba al fondo del puerto y al origen de lo que sentía por Quin.

Le ardían los pulmones. En breves instantes, su organismo lo obligaría a tragar agua del mar y se ahogaría. Pero su cuerpo había dejado de temblar y tenía la cabeza despejada.

«¡Qué cabrón, eso no era veneno ni de coña!», pensó.

A la edad de nueve años, tumbado en la campiña junto a Quin, todo iba bien. Era

perfecto, en realidad. Desde entonces, hasta el momento en que se encontraba, había cometido una larga serie de errores fatales.

«Si muero ahora no podré reparar esos errores», se dijo.

Podía permitir que sus pulmones se llenaran de agua y el pasado quedaría congelado tal y como estaba. Pero si vivía...

Shinobu tocó el fondo del puerto con ambos pies y se propulsó hacia arriba con toda la fuerza de sus músculos. Comenzó a ascender a través del agua, empujándose con los brazos y aleteando con los pies. Sus pulmones estaban al límite de su tolerancia. Tendría que inspirar, aunque eso acabara matándolo. Su organismo quería inhalar cualquier cosa que tuviera a su disposición: agua marina, sedimento, pececillos, pañales viejos, lo que fuera. Tenía que respirar, tenía que respirar.

Y entonces lo hizo. Aspiró una fuerte bocanada y descubrió que su cara había irrumpido en la superficie y que respiraba el brumoso aire nocturno de Hong Kong.

## Maud

Dejaron a Briac Kincaid atado y con los ojos vendados en lo que en su día fuera el patio de armas del castillo. El maestro de la Joven Dread volvió a emplastar las heridas de Briac con hierbas y le hizo masticar raíz de valeriana, lo cual mitigaba un poco el dolor. Estaba tumbado medio inconsciente bajo un trozo de voladizo del muro del castillo, quejándose entre dientes a la luz de la mañana.

A la Joven Briac le caía tan bien como el Mediano, por lo que le resultaba difícil sentir pena por él. Aun así, sintió cierto alivio cuando descendieron a bastante profundidad entre los restos de la cripta del castillo, y sus gritos de dolor quedaron amortiguados por la tierra por encima de sus cabezas.

La cripta, que conservaba los ataúdes de sus parientes, los antiguos nobles escoceses a los que pertenecían las tierras, estaba medio en ruinas. La mayor parte del techo se había derrumbado junto al suelo del castillo, ocultando a la vista grandes porciones del espacio. Sin embargo, los Dreads habían mantenido el camino limpio a lo largo de los siglos. Ella misma había trasladado rocas decenas de veces, aunque nunca descendió más allá de la cripta. Ese día lo haría.

El suelo de la cámara mortuoria se inclinaba hacia abajo hasta acabar en lo que parecía un sólido muro de roca. Siguieron ese muro hasta el final por la derecha y allí los dedos del Mediano palparon una de las vetas naturales de esa pared irregular. Un momento después su mano se coló por un canal oculto, un mango disimulado entre el dibujo de la roca. El Viejo ayudó a la Joven a colocar las manos en la posición correcta y entre los tres Dreads, haciendo uso de toda su considerable fuerza, rotaron un enorme bloque de piedra hacia arriba y lo apartaron de la pared.

Tras ese bloque había unos escalones excavados en la piedra que descendían hacia el interior de la tierra. Alumbrados con una antorcha, bajaron mucho más allá de la cripta, entre unos muros que se iban estrechando cada vez más.

Finalmente, los escalones dieron paso a un espacio mayor donde acababa la escalera. Recorrieron un largo túnel cuyo techo formaba una bóveda de piedra que quedaba justo sobre sus cabezas. En el otro extremo había una pared. Camuflada entre las piedras amontonadas del muro lateral y la suave superficie del muro del final, había una grieta irregular con el tamaño justo para que pasara un hombre.

La Joven Dread siguió a sus compañeros, se coló por el pequeño hueco y bajó por otras escaleras. Las paredes de piedra y tierra eran más estrechas en esa parte, tanto

que los hombres que caminaban delante tenían que ir de lado. Continuaron descendiendo, rozando la tierra con sus cuerpos. Aunque el aire era antiguo, estanco, y la antorcha lo llenaba todo de humo, todavía era posible respirar.

Al fin, las escaleras giraban hasta casi completar un círculo. Tras los últimos escalones salieron a un espacio tan grande que solo podía ser designado con el nombre de caverna. Parecía una formación natural, con un techo de roca de unos diez metros de altura y una superficie húmeda y resbaladiza a la luz de la antorcha. De la cámara central salía todo un entramado de túneles cuya profundidad y longitud resultaban inimaginables.

A medida que los Dreads avanzaban por el interior de la cueva y la Joven veía el enorme espacio por primera vez, advirtió un tramo de rocas que había sido claramente excavado por la mano del hombre. La irregular superficie natural de la caverna se transformaba en una pared suave. Los Dreads se dirigieron hacia ella y, al acercarse, la antorcha parpadeó sobre la piedra firme y reveló los grabados de su superficie. Se trataba de un conjunto de imágenes talladas a tal profundidad que seguirían distinguiéndose durante miles de años. Es probable que llevaran allí más tiempo, incluso.

«Este lugar debe pertenecer a los Dreads», pensó la Joven. Se preguntó cuánto más le faltaba por aprender del conocimiento de los Dreads y entonces, de repente, pensó: «¿Desde cuándo vive mi maestro? Habla de cosas antiguas como si hubieran sucedido ayer». ¿Sería esa cueva obra suya?

Contó diez grabados en la pared, la mayoría representaciones de animales. Estaban dispuestos en círculo, la figura más alta por encima de su cabeza y la más baja cerca de sus pies. Bajo cada uno de ellos había un orificio rectangular del que habían extraído un gran trozo de piedra, y debajo de estos, cincelado concienzudamente en el interior de la pared, se veía una grieta con forma de diamante.

La pared despedía inesperadas ráfagas de luz al quedar iluminada por la antorcha. Pero no era simple piedra lo que Maud observaba, sino algo mucho más preciado. La antorcha le daba un reflejo anaranjado, pero se dio cuenta de que la pared seguramente era de un color blanco grisáceo, y luminoso, como...

«Como un athame».

Los grabados comenzaban a cobrar sentido. Un caballo, un zorro, un carnero, un jabalí, un ciervo, un águila, un oso y dos criaturas más fantásticas: un dragón y un gato salvaje con largos colmillos. El último grabado, el que estaba en lo más alto del círculo, no representaba un animal, sino tres óvalos entrelazados. Como una flor, tal vez, pero de formas más regulares.

La Joven Dread conocía ese símbolo. Estaba grabado en la empuñadura del athame de los Dreads, que en ese momento permanecía a salvo en el interior de uno de los bolsillos de la capa de su maestro.

—¿El símbolo? —preguntó su maestro.

Llevaban tanto tiempo en silencio que su voz la sobresaltó. Resonaba hasta los lejanos extremos de la caverna.

—Un zorro —contestó.

—¿Estás segura? —preguntó el Mediano.

—Estoy segura. El otro, el que tenía el águila, quedó destruido durante el ataque. He tenido muchas oportunidades de estudiarlo.

«Después de que me abandonaras a mi propia suerte en la hacienda», pensó sin añadirlo en voz alta.

Su maestro sacó el athame de los Dreads y lo introdujo en la ranura con forma de diamante que había debajo de la imagen del zorro. El athame encajaba a la perfección en su interior y se deslizó limpiamente hasta la empuñadura.

Los otros athames que había visto eran más grandes que el de su maestro, de modo que no encajarían en las ranuras que había debajo de las figuras. Esas diez ranuras, pues, estaban hechas únicamente para ese athame en particular, el de los Dreads.

El Viejo y el Mediano comenzaron a entonar un cántico. Mientras tanto, su maestro sacó una varilla de metal de uno de sus muchos bolsillos. Se trataba de un objeto que ella no había visto antes. No era la primera vez que se preguntaba cuántos tesoros encontraría si vaciara la capa de su maestro.

El Viejo Dread golpeó rítmicamente con su varilla el muro de piedra, junto a la empuñadura del athame que sobresalía. Cuando el metal tocó la piedra el propio muro comenzó a vibrar.

Siguió golpeando el muro al ritmo de sus cánticos durante varios minutos, hasta que toda la cueva comenzó a temblar, como si la propia tierra empezara a verse sacudida. Cuando la vibración se hizo insoportable y la Joven estaba ya segura de que las rocas empezarían a desprenderse, el cántico terminó. La caverna se tranquilizó y el rumor de la pared fue apagándose poco a poco.

«¿Cuándo me enseñará todo esto? —se preguntó la Joven Dread—. Si sobrevivo, si soy una verdadera Dread, tendré que poseer ese conocimiento».

Su maestro volvió a meter la varilla de metal en un bolsillo y luego sacó el athame de la piedra.

—Ahora, a esperar, pequeña —le dijo.

## Quin

Quin apareció de noche en una zona de parques situada detrás de Cumbre Victoria, en Hong Kong. Había memorizado esas coordenadas hacía tiempo, cuando su padre le enseñó a usar el athame por primera vez. Esa cumbre era, según le había explicado, una especie de autopista para los Seekers; la dirección era fácil de recordar y, aunque el punto de entrada era un lugar poco concurrido cerca de él, había multitudes en las que uno podía perderse y ocultarse rápidamente.

Descendió la cumbre caminando por pendientes inclinadas y serpenteantes, pasó a través de altos edificios de apartamentos y bloques de oficinas, hasta que finalmente llegó a la costa. Desde allí caminó hacia el oeste en dirección a la parte del Transit Bridge que daba a la isla de Hong Kong. Vio una señal que marcaba la hora y la fecha, y descubrió que era jueves, cerca de la medianoche. Había perdido dos días más.

Al entrar en el puente, con su cubierta de velas que se izaban sobre ella al son del aire nocturno, colocó las manos y la cara delante del escáner y, tras ser confirmada como residente, se adentró en la penumbra y se mezcló entre los transeúntes.

El Transit Bridge le resultaba menos familiar una vez que había recuperado la memoria. Ya no lo sentía como su hogar y tampoco le parecía tan seguro como antes. No obstante, las luces de su casa estaban encendidas y su calidez la invitaba a entrar. Se dio cuenta de que tenía muchas ganas de ver a su madre, más que en todo el año anterior. Veía las cosas claras. Fiona era tan víctima de Briac Kincaid como ella y quería compensarla por haberse mostrado tan fría con ella últimamente. Abrió la puerta.

—¿Mamá? ¿Estás aquí? —Oyó a alguien en el consultorio y gritó a su espalda—: ¿Te dijo Shinobu que estaba bien? ¡Sube arriba conmigo!

No esperó la respuesta de Fiona. Tenía una imagen metida en la cabeza y temía perderla: tres óvalos entrelazados.

Al llegar a la habitación apartó las mantas dobladas y los guardapolvos que había en el suelo y registró el armario. Pero lo que buscaba no estaba allí.

—¿Mamá? —exclamó—. ¡Necesito que me ayudes!

Se interrumpió un momento y se retrotrajo a aquellos extraños meses en los que era nueva en el Bridge y en la casa, cuando se recobraba de esa herida casi letal del pecho. ¿Dónde la había puesto?

Se dirigió a la habitación de su madre y abrió el arcón de madera que había a los pies de la cama. Estaba lleno de vestidos de seda, horquillas para el pelo, zapatillas historiadas..., objetos que realzaban la belleza de Fiona como acompañante para los hombres que iban a visitarla al Bridge. También había, le dolía en el alma verlo, un mínimo de diez botellas de licor vacías.

Y, en el fondo de todo, una cajita de metal.

«Aquí estás», susurró.

Había pasado un año y medio intentando olvidar esa caja y su contenido. Le temblaron las manos al sacarla del arcón y ponerla en el suelo.

Cuando abrió la tapa y examinó los objetos que había en su interior le entraron mareos. Eran las cosas que llevaba en los bolsillos de la capa el día que llegó al Transit Bridge, unos objetos que no quería volver a ver y, sin embargo, tampoco podía librarse de ellos. Se los había entregado a Fiona para que los guardara a los pocos días de llegar y los olvidó completamente.

Había un viejo cuchillo, afilado y perfectamente equilibrado para poder lanzarlo. Al verlo, recordó a un hombre cayendo de un caballo al tiempo que se llevaba las manos a la garganta. Vio un mechón de pelo de las crines de Yellen. Se había quedado entre sus dedos cuando Shinobu la llevó a Hong Kong desde el Allá. La caja también contenía un pañuelo de seda manchado de sangre seca. Era un regalo de John, que se lo había llevado tras uno de sus viajes anuales a Londres. Se lo había entregado bajo un árbol en el bosque y después la había besado... La sangre era suya. Él propio John había disparado contra ella la noche del ataque.

Olvidó su cometido por momentos, embriagada por los recuerdos. Cuando se le pasó, encontró lo que buscaba. Bajo los otros objetos había un grueso volumen encuadernado en piel.

Sus cubiertas estaban desgastadas tras haber pasado por muchas manos a lo largo de los años, pero las oscuras manchas de sangre reseca que había en el lomo parecían recientes. Quin se preguntó si sería suya o pertenecería a otra persona que lo había tenido en sus manos antes que ella.

El libro se abrió prácticamente solo al tocarlo. En su interior había multitud de páginas que correspondían a un diario, algunas escritas con letra femenina, otras con la caligrafía apretada y abigarrada de otros tiempos. Había notas pegadas al libro e incluso hojas sueltas, algunas de papel, pero también de materiales más viejos y suaves, pergamino y vitela, doblados e introducidos meticulosamente entre las páginas. Además de decenas de dibujos.

Hojeó las sencillas ilustraciones de animales y los toscos paisajes dibujados a tinta. Después, en la esquina superior de una de las páginas, encontró el dibujo que recordaba: tres óvalos entrelazados. Estaba segura de que ese símbolo tenía algo que ver con el origen de los Seekers. El texto que había debajo del símbolo no estaba escrito en inglés, sino en una lengua más antigua.

Briac había mantenido siempre el silencio respecto a su historia. Tampoco los

Dreads habían explicado mucho como jueces que supervisaban el juramento de los Seekers. Si Briac guardaba silencio era porque había cosas que no quería que supiera. Ese símbolo probablemente era una de ellas. ¿Cuánto le faltaba por aprender? Se sentía como si solo le hubieran mostrado las copas más altas de los árboles y le quedara todo un bosque por explorar.

Tras mirar el dibujo de los óvalos durante un rato y delinear sus contornos con los dedos se obligó a cerrar el libro. Ese volumen de piel precisaba un estudio más profundo y detenido, pero primero quería ver a su madre, contarle todo lo que había sucedido durante los últimos días. Quin regresó mentalmente a Hong Kong y a la habitación que tenía a su alrededor.

—¡Mamá! ¡Fiona! —gritó.

Cogió el libro, se levantó y al darse la vuelta para salir de la habitación estuvo a punto de tropezar con las dos figuras que había en la puerta.

Sorprendida, dio un paso atrás. Ninguna de ellas era su madre.

Una era el maestro Tan, pequeño y pulcro, con su bata de sanador. El otro era un adolescente asiático corpulento con cardenales amarillentos. La emoción por encontrar el libro se desvaneció. Al ver sus caras adivinó al momento lo que había sucedido.

—¿Mi madre... ha desaparecido?

El maestro Tan asintió con gesto serio.

—Sí, anoche.

—¿Ha sido John? —preguntó.

Ninguno de ellos parecía tener ni idea de quién era John, pero Quin asentía para sí. Por supuesto que había sido John. No pararía hasta que consiguiera el athame. Fiona era un medio de conseguirlo.

—Shinobu lamenta mucho lo sucedido —explicó el grandullón—. Sé que se arrepiente por haber cometido la estupidez de salir corriendo. Sabe que incluso un idiota o un niño pequeño habría mirado antes quién llamaba a la puerta. Shinobu no es un niño pequeño, pero es posible que sea un idiota. Por cierto, yo soy Brian. Nos habíamos quedado los dos a dormir aquí.

—¿Shinobu aquí? ¿Con Fiona?

Le había pedido que fuera a decirle a su madre que se encontraba bien tras la pelea en el Bridge. Pero nada más que eso. Él parecía estar deseando salir de su vida.

—Sí. Vio como se llevaban a tu madre —explicó el chico—. Se supone que estaba vigilándola.

—Ah, ¿sí?

Brian se encogió de hombros.

—Le parecía buena idea hacerlo. Y lo habría sido... si no hubiera salido corriendo.

—Ha ido a suicidarse para arreglarlo —añadió el maestro Tan seriamente.

—¿A suicidarse? —Quin miró alternativamente a uno y a otro, en busca de una

explicación mejor, o al menos que se preocuparan más. Al ver que ambos callaban dijo—: Yo no se lo pedí... ¿Está...? Es decir... ¿Estáis diciéndome que ha muerto?

—Oh, no lo creo —contestó el maestro Tan, negando con la cabeza—. Me sorprendería mucho.

—Poco probable —coincidió Brian.

—De hecho —continuó con calma el maestro Tan, sacando un viejo reloj de bolsillo y mirándolo—, a menos que haya hecho algo completamente inesperado...

Se oyó un fuerte porrazo y el ruido desenfrenado de las campanillas al abrirse la puerta de la calle. Quin los apartó a ambos de su camino y corrió escaleras abajo, seguida por ambos. Por un instante creyó que su madre había regresado. Pero no era Fiona.

En el umbral de la puerta estaba la altísima y mojadísima figura de Shinobu, completamente desnudo a excepción de unos calzoncillos decorados con personajes de dibujos animados. Él mismo parecía un personaje de cómic. Con esos fibrosos músculos resaltados por la luz de las farolas que tenía a su espalda y chorreando, habría podido ser un semidiós enviado a la Tierra por un padre furioso. Su pelo corto estaba hecho una plasta y tiritaba a más no poder.

—Todavía llevas mis vaqueros —dijo Shinobu al ver a Quin parada casi al final de las escaleras.

Por algún motivo esas palabras hicieron que se sonrojara.

Aparte de no llevar ropa, Shinobu estaba diferente de la última vez que lo había visto. No miraba a los lados, apartaba la vista o la observaba desde el interior de la capucha de su chaqueta de cuero, ni contemplaba sus gastados zapatos. La miraba a ella directamente, mostrando la intensidad que ella recordaba en sus ojos negros. Era la mirada que ponía cuando luchaban juntos, una mirada que advertía de su fuerza, de su lealtad, del peligro.

Si la hubiera mirado así días atrás, lo habría reconocido enseguida. Le daban ganas de ir a su encuentro y abrazarlo, como si se reunieran de nuevo por primera vez.

—Te prometo que recuperaremos a Fiona. Tengo un plan. No te va a gustar. Puede que sí. No, seguro que no. Estoy completamente seguro de que no te gustará. —Sus palabras salían en rápidas y desordenadas ráfagas—. Pero servirá para un momento crítico, y estamos en ese punto, ya que no sabemos qué planea John. Al menos yo no. Y probablemente tú tampoco.

—Hablas raro —advirtió Quin con cautela.

Se sentía avergonzada por la urgente necesidad que tenía de rodearlo con sus brazos. Dio un paso hacia él, pero no se atrevió a acercarse más.

—Él me ha dado algo —dijo acusando al maestro Tan con un dedo.

Quin se volvió hacia él.

—Completamente natural, te lo aseguro —respondió el maestro Tan—. Pero efectivo. Te dije que fueras a un lugar seguro, Shinobu. ¿Te has tirado del Bridge?

—Intentaba suicidarme, ¿recuerda? En cuanto salí a la superficie recuperé de golpe todo el razonamiento que no había tenido durante el último año y medio. — Miró a los tres, que seguían observándolo con precaución—. ¿Puede alguien darme una toalla? No querríais que me dejaran pasar por la puerta así. He tenido que trepar. Estoy helado.

El maestro Tan fue a buscarle la toalla y dijo mientras se iba:

—Te habría servido con meterte en un contenedor.

Shinobu alzó los ojos al cielo.

—Usted y sus contenedores... —Luego miró a Quin y Brian—. Mi plan es...

—Supongo que esta vez me dejarás fuera, ¿no, Barracuda? —preguntó Brian—. Todavía me queda alguna costilla sin romper.

—No, qué va, Lubina. A ti te toca la mejor parte.

El espacio del sótano era estrecho y alargado. Estaba lleno de armarios historiados y baúles apilados ordenadamente a lo largo de las dos paredes, dejando un pequeño pasillo en medio. Allí abajo se percibía el espíritu de Asia. Quin se había criado en Escocia con Shinobu y solo conocía su parte escocesa, pero ahí, bajo la casa de su madre, apreciaba su mitad japonesa. Había un reluciente colgador de madera que contenía al menos diez catanas y espadas samuráis con grabados e incrustaciones de águilas, el símbolo de la familia. Los baúles de madera que se amontonaban alrededor de la habitación parecían antiguos, todos ellos decorados con escenas de la vida samurái, y los armarios estaban repletos de dibujos tradicionales japoneses de dragones y monjes.

Shinobu se había tranquilizado un poco, pero todavía se desplazaba al doble de velocidad que el común de los mortales. Eso significaba que estaba ocupado y no advertía cómo incomodaba a Quin. Se había puesto algo de ropa, pero ella no dejaba de recordar el aspecto que tenía cuando estaba a la puerta de su casa y eso que había dicho de que haría «todo» cuanto pudiera para ayudarla...

Shinobu estaba al otro lado del sótano, abriendo una gran caja metálica. Al quitarle la tapa cayeron también los laterales, dejando a la vista una amalgama de correas, clips y tubos de metal. Sus manos se movieron rápidamente entre aquella maraña, ordenando piezas y ensamblándolas simultáneamente. En unos minutos su contenido comenzó a tomar forma.

—¿Qué es eso? —preguntó Quin.

Parecía un arnés de caída libre con cohetes a los lados, y en realidad era precisamente eso.

—Cuando llegué empecé a saltar desde lo alto de edificios. Es la bomba, en serio. Mi madre se moría de miedo y me metieron en la cárcel unas cuantas veces. Eso no fue tan divertido, pero conocí a un montón de gente interesante... La cárcel es así. — Las palabras le salían solas, pero se interrumpió al ver cómo Quin miraba el arnés—.

Es completamente seguro —dijo. Y luego añadió—: No. En realidad, no es nada seguro. No sé muy bien por qué he dicho eso. Pero no me he matado. Obviamente, ¡estoy aquí!

—¿Cómo de altos eran esos edificios?

—Altos.

—Tan altos como...

No pudo terminar. Tenía el athame escondido todavía en la funda que llevaba pegada a la pierna izquierda y estaba haciéndole cosquillas. Lo tocó a través de los pantalones y descubrió que la piedra estaba vibrando muy suavemente. Al tocarla, la vibración aumentó y se coló a través de sus huesos hasta llegarle a los dientes.

—¿Qué? —preguntó Shinobu.

—El athame está vibrando. —Shinobu alargó el brazo y le metió la mano por la pernera en un intento de tocarlo. Quin se descubrió echándose hacia atrás, sorprendida por esa repentina intimidad—. Ha... ha parado —explicó—. Qué raro. Algo lo ha desconectado.

—Hay una línea de metro cerca —sugirió Shinobu al tiempo que volvía a manipular el equipo de caída libre—. ¿A lo mejor transmite las vibraciones? A veces, cuando vengo aquí noto el metro bajo mis pies. Salvo cuando me he metido varitas de Shiva, porque entonces parece que todo vibre y no se nota la diferencia. Pero tú no te has metido Shiva nunca, a lo mejor es por eso. —Shinobu sacó los cartuchos de los cohetes y los separó del resto. Cuando terminó, llevó el equipo al otro lado del sótano y lo colocó junto a la puerta—. Ahora la ropa —indicó—. Afortunadamente, mi madre planeó esto por nosotros hace tiempo. —Abrió el armario que había al lado de Quin y desveló toda una colección de armaduras, algunas de ellas antiguas, perfectas para un samurái, y otras completamente modernas—. Es la de mi tataratataratata... no recuerdo cuántos tatarabuelos —explicó señalando la armadura de samurái.

Era una red de piezas de madera lacada unidas mediante hermosos galones de seda.

—Es preciosa.

—Todavía funciona... contra espadas y cosas por el estilo.

—Y el resto... ¿para qué? —preguntó ella mirando varias piezas de defensas de alta tecnología.

—Al principio mi madre creía que Alistair se reuniría pronto con ella y que Briac vendría a buscarlo. Creyó que tal vez hubiera, ya sabes, una batalla campal. Compró cosas con esa idea en mente. Y es de ese tipo de personas que compran tres cuando con una basta, probablemente porque tiene un montón de dinero. —Fue pasando prendas y enseguida sacó varias que parecían de la talla de Quin—. Esto es como una cota de malla —dijo estudiando un traje de cuerpo entero hecho con algo fino y brillante mientras comprobaba la medida por encima. Se lo dio para que lo sostuviera—. ¿Y tal vez estos? —preguntó pasándole un par de guantes a juego. Luego cogió un chaleco antibalas y se lo entregó—. Adelante —le indicó mientras reunía un

equipo similar para él—. Pruébatelo.

Quin vaciló. El espacio entre las dos paredes era muy reducido. No era capaz de quitarse la ropa delante de él, sobre todo después de haber visto su cuerpo imponente.

—Es que... supongo que me da vergüenza —se excusó torpemente.

—Perdona. No estaba pensando. Obviamente me encantaría verte desnuda. Llevo soñando con ello desde que teníamos trece años. Puede que antes. Cuando empezaron a interesarme las chicas desnudas. Quizá a los doce. Conseguí desnudar a un par de chicas del pueblo, pero tú... —Se interrumpió de repente, sonrojándose hasta las orejas. Se quedó mirándola un momento en estado de shock. Luego abrió más la puerta del armario, creando una especie de biombo entre ambos para ocultarse. Se hizo un largo silencio. Al fin, desde el otro lado de la puerta, dijo—: Lo siento. Es el té. —Y luego, en voz más baja, Quin lo oyó murmurar—: Increíble.

Quin sonrió. No se podía quitar de la cabeza la imagen de Shinobu sin ropa a la puerta de su casa. La idea de que él pensara en ella le llenó el estómago de mariposas.

Empezó a desnudarse y oyó a Shinobu al otro lado de la puerta haciendo lo mismo. Consiguió pasarse el brillante traje por las piernas hasta llegar a la cintura, pero la parte de arriba estaba separada en varias piezas que parecían ir unidas unas a otras de una manera que no conseguía descifrar.

—¿Quin? ¿Estás bien? —preguntó al cabo de un rato.

—Intento averiguar cómo se pone esto —dijo intentando por tercera vez unir las tiras de la parte de arriba.

—Espera, yo te ayudo.

Cuando vio que ponía la mano en el borde de la puerta para apartarla, Quin se apresuró a cubrirse. Al salir de detrás de la puerta Shinobu llevaba esa misma fina armadura que, igual que la de Quin, no había terminado de ponerse y dejaba su pecho al desnudo. Obviamente todavía se sentía avergonzado y estudiaba su traje con gravedad sin atreverse a mirarla.

—Ah, esa parte sube y va cogida por delante —explicó señalando una de las solapas que colgaban a un lado—. ¿Puedes alcanzar...?

Al intentarlo estuvo a punto de soltarse y dejarle el pecho al aire.

—Como que no —repuso intentando no parecer avergonzada mientras se esforzaba por taparse—. Se me escapa...

—Así...

Le rodeó la espalda con las manos y notó como enganchaba dos trozos de tela. Después tiró del traje por detrás. Se le escapó un poco y su pecho rozó accidentalmente el de ella.

—Perdón —murmuró Shinobu.

—No pasa nada.

Quin se descubrió mirando al suelo fijamente mientras él le ponía la pieza de atrás por los hombros para sujetarla por delante. Era difícil no notar la calidez de sus manos. Pensó en lo fuerte que era, lo suficiente para levantarla y cogerla en brazos, si

él quisiera...

Intentó no pensar en eso. Se esforzó por no mirarlo mientras él le metía los brazos por las mangas, que cerró con un velcro hasta que quedó ceñido. El traje era como una fina ropa interior larga y ajustada con un brillo metálico.

—Estos cierres te dan completa movilidad en los brazos, aunque esté apretada la armadura —explicó mientras ella se echaba hacia atrás para dejar espacio entre ambos—. La he probado un par de veces que me vi obligado a, ya sabes, pelearme con alguien.

Quin probó a dar un par de ganchos y se sorprendió al ver lo flexible que era la armadura.

—¿Me ayudas con la mía? —preguntó Shinobu, sin dejar de apartar la mirada.

Averiguó la forma de unir adecuadamente el peto y el cuello de la camiseta. Después fijó la parte de abajo a la cintura con el velcro. Para ello fue necesario rodearlo con sus brazos un momento y su corazón hizo caso omiso de sus órdenes y empezó a latir más rápido.

—Va bien para defenderte de cuchillos y cosas así —prosiguió—. Aunque si te apuñalan con fuerza no aguanta. Un golpe directo lo atravesaría. Pero sirve para que no te quemes. A no ser que haga mucho, mucho calor.

Quin asintió. Le costaba concentrarse en lo que decía. No se había fijado realmente en Shinobu desde que eran niños, porque había focalizado toda su atención en John. Pero en ese momento lo veía perfectamente.

Dejó caer las manos a los lados. Tenía que detener esa clase de pensamientos. Seguramente era cierto que solo había dicho eso por efecto de las hierbas. Además, eran primos o algo parecido. ¿Qué eran, primos terceros? ¿Hasta qué punto un primo tercero es familia? ¿Y no había vuelto a casarse uno de sus tatarabuelos lejanos? Recordaba haber averiguado eso, lo cual significaba que solo compartían la mitad de consanguinidad que se les suponía, ¿no? De repente, su parentesco parecía lejano..., pero Shinobu siempre la había llamado «prima».

—Ahora toca cubrirlo —dijo volviéndose para mirarla.

Se ayudaron el uno al otro a ponerse camisetas normales sobre la armadura, evitando en todo momento mirarse a los ojos. Quin se imaginó haciendo lo contrario: quitándose las camisetas, quitándose la armadura, desprendiéndose de los años que había pasado con John. Shinobu podía subirla al piso de arriba en brazos...

Se volvió para que él no viera su cara y se puso unos pantalones. Shinobu se colocó unos calzones largos por encima de su fina protección. Y todo ello iría bajo una armadura exterior más elaborada que se pondrían en algún momento, supuso.

Shinobu le puso un chaleco antibalas y se lo ajustó.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—Está bien.

Sus caras estaban prácticamente la una pegada a la otra. Se fijó en las raíces de su pelo, que iban recuperando ese color rojo intenso que ella recordaba. Se había quitado

los pendientes de la cara y se le veía limpia, con sus perfectas facciones inmaculadas. Las manos de Quin habían llegado a su pecho sin pedir permiso y habían permanecido allí, sintiendo los latidos de su corazón.

—Estás calentito —susurró Quin.

Shinobu la miró de cerca con sus ojos negros. Tenía las manos puestas en su cintura. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba acercándola poco a poco?

Quin no pudo evitarlo. Se acercó a él y lo besó en...

Oyeron un estruendo increíble a pocos metros de ellos, detrás de la puerta del sótano, y se separaron de golpe.

La puerta se abrió y Brian Kwon apareció sobre el último peldaño de la escalera que llevaba al jardín. Sostenía con una mano el mango de un palé con ruedas que se balanceaba al pie de los escalones. En él había decenas de latas, multitud de paquetes con objetos que se parecían sospechosamente a fuegos artificiales y una gran cantidad de equipo de soldar que parecía haber pasado bastante tiempo bajo el agua. El ruido lo había producido una lata muy grande y pesada que había salido rodando del palé, y había rebotado por los escalones hasta estrellarse con la puerta metálica del sótano.

—He arrasado con el desguace del puerto, Barracuda —explicó Brian rezongando mientras devolvía la lata a su sitio—. Espero que no pienses volver a tu trabajo. He pasado también por varios departamentos más.

Shinobu sonrió, dio una palmadita en los hombros a Brian y se dispuso a inspeccionar los objetos que había llevado. Quin lo siguió y se sonrojó al ver que Brian la miraba socarronamente.

Una vez que Shinobu mostró su satisfacción con el botín, empezaron a guardar todo el material cuidadosamente en mochilas. Tras esto acabaron de vestirse y Quin se colocó la capa de Shinobu para poder ocultar el athame y el reanimador en sus bolsillos.

Ya preparados, Shinobu desapareció en el interior de la casa. Brian y ella lo esperaron fuera. Quin volvió a pensar en el libro de piel que había sacado del baúl de la habitación de su madre.

—Brian, ¿no tendrás por casualidad un teléfono? —preguntó.

Al cabo de un rato vio a Shinobu a través de una ventana cercana. Estaba en el vestíbulo de la casa de su madre, vestido con la armadura de samurái de su ancestro sobre el chaleco antibalas y unas botas de motorista. Mientras miraba, su madre y Akio, el hermano pequeño, le dedicaron una reverencia amplia y ceremoniosa, y Shinobu les correspondió inclinando la cabeza.

## John

—¿Cómo está? —preguntó John, observando la imagen de su abuelo en el monitor de seguridad.

Gavin estaba en la cama, doblado sobre el espinazo con un ataque de tos, con las quemaduras del pecho y el brazo todavía vendadas.

—Mejor que ayer, pero no tan bien como estará mañana —respondió Maggie.

Aquella asistenta de pelo largo cano, que rondaba los noventa años de edad y todavía mantenía la espalda recta, tenía en sus manos la vida de Gavin. John la había readmitido en el *Traveler* el mismo día que partió hacia la hacienda. Había vuelto a administrarle inmediatamente el antídoto a las dosis más elevadas posibles, pero el cuerpo de Gavin tardaba mucho en responder. Era viejo y saltarse el medicamento durante varias semanas había estado a punto de costarle la vida.

Con el abuelo estaba confinado en su habitación, John tenía el control del *Traveler*. Era cierto que los parientes de Gavin luchaban en los juzgados para controlar las propiedades de la familia, pero había exagerado respecto al riesgo inmediato que suponían. El veneno le hacía ver enemigos en todas partes. «Como si no tuviéramos ya suficientes», pensó John.

—¿Quiere que le traiga algo de beber, señora Kincaid? —preguntó Maggie.

Fiona estaba sentada a una mesa en un rincón, con una mano esposada a una cadena sujeta a la pared. Le daba amplia libertad de movimientos, pero no cabía duda de que estaba cautiva en la nave.

—No, gracias —respondió Fiona sin volver la vista de la ventana a través de la cual veía pasar Londres.

Ver ese grillete en su muñeca entristecía enormemente a John. «Tengo que encontrar la forma de conseguirlo sin que Quin y ella vuelvan a sufrir daños». Esas mismas palabras habían pasado por su mente cientos de veces durante los últimos dos días, pero dudaba de su habilidad para mantenerlas a salvo, dado que ninguna de las dos estaba dispuesta a ayudarlo.

Repasó los diferentes canales de seguridad en el monitor, echando un pequeño vistazo a las cámaras exteriores del *Traveler* y a las calles de Londres que había debajo de él. Tenía hombres repartidos por la zona de negocios de la ciudad y siguiendo la ruta que hacía el dirigible, a la espera de que llegara Quin. Iría a rescatar a su madre. Por supuesto que lo haría.

—¿Puedo hacer alguna otra cosa para que estés más cómoda? —preguntó John a Fiona cuando salió Maggie.

—Podrías quitarme las esposas y soltarme —sugirió esta—. Eso haría que estuviera mucho más cómoda.

—Eso es lo único que no puedo hacer todavía —respondió con delicadeza. Apagó el monitor y se sentó cerca de ella—. Ahora simplemente tenemos que esperar. No quiero que estés asustada ni cohibida. ¿Tienes hambre?

—Eres muy educado, para ser un secuestrador.

—Intento recordar mis modales —dijo esperando sin éxito que sonriera.

—¿A diferencia de aquella noche en la hacienda? —le preguntó ella con frialdad.

—Sí, a diferencia de aquella noche —respondió quedamente, sintiendo el horror que siempre le asaltaba al recordar lo sucedido.

—No tengo hambre. Gracias, John.

Sus ojos, al contrario de lo que ella manifestaba, sí mostraban cierta apetencia por algo. John lo reconocía de su época de aprendiz. Hacía un trabajo estupendo como profesora de idiomas y matemáticas, pero al caer la tarde su mente se nublaba un poco.

John se dirigió a un armario que había en un lado de la habitación, sacó un decantador de cristal y sirvió una generosa medida de coñac en uno de los pesados vasos de su abuelo. Se sentó de nuevo sin decir palabra y deslizó el vaso por la mesa. Fiona levantó el vaso y dio un largo trago sin mirarlo a los ojos.

—Llevo compadeciéndote por estar casada con Briac desde que tenía doce años, Fiona —dijo, esperando que ella entendiera que lo decía sinceramente. La recordaba perfectamente de sus primeros días como aprendiz, aquel rostro hermoso y su mirada vacía. El modo en que se controlaba cuando estaba en presencia de Briac, la suavidad de su voz, que amenazaba con romperse. Quin y Shinobu nunca parecieron percatarse, pero él lo entendía. Él sabía lo que era vivir bajo una pesada sombra, tener a alguien cerca a quien no le importa en absoluto tu seguridad y que te desea el mal—. Briac te trataba igual que a mí. Somos más parecidos de lo que piensas.

—No nos parecemos en nada, John —susurró Fiona.

—No digas eso. Solo necesito un poco de ayuda. Sigo creyendo que Quin lo entenderá y me ayudará.

—¿Por qué iba a hacerlo? En el estado en que se encuentra no puede ayudar a nadie.

—Vuelve a ser ella, Fiona. La he visto. ¿Por qué no me ayudas a convencerla?

—¿Y crees que secuestrándome es la mejor manera de que nos pongamos de tu parte? —preguntó con sarcasmo.

—He tenido que traerte aquí para que ella me devuelva lo que me pertenece y me enseñe a usarlo. Quin te quiere. Traerá el athame para recuperarte. Y entonces podréis marcharos.

—Crees que el athame te pertenece —dijo Fiona pensativamente. Bebió de nuevo

del vaso, notando el duro peso de la cadena y la esposa en su muñeca—. No eres la primera persona que afirma eso.

—No hables como Briac, por favor. Tú sabes que ese athame me pertenece.

—Eso depende de lo lejos que quieras remontarte.

—El athame ha pertenecido a nuestra familia cientos de años, puede que más. Tú deberías saberlo, Fiona.

—A lo largo de cientos de años una familia se convierte en un árbol enorme y retorcido, John. Algunas de sus ramas llegan tan lejos que es difícil reconocerlas. ¿Cómo puedes estar seguro de que te pertenece a ti?

Dejó el vaso vacío encima de la mesa. Por algún motivo la palabra «retorcido» le recordó a su madre, sangrando en el suelo de su apartamento, con las extremidades colocadas en posiciones imposibles alrededor de su cuerpo. Súbitamente, había perdido el control de sus emociones.

—¿Es que no puede llegar el momento en el que todo se reduzca a un simple acto de justicia? —preguntó él, odiando la desazón que mostraba su voz—. ¿En el que se hace algo porque es «lo correcto»?

Se interrumpió. No tenía sentido quejarse de injusticia ante una mujer que había estado casada con Briac Kincaid. Ella, igual que John, sabía perfectamente que la vida no es justa. Solo uno mismo puede conseguir que lo sea.

Necesitó un momento para recuperar la compostura, luego cruzó la habitación y le sirvió otro vaso de coñac. Después cambió de tema.

—¿Por qué decidisteis marcharos a Hong Kong?

Le entregó el vaso a Fiona, que, una vez más, se lo llevó a los labios.

—Estábamos allí mientras Quin se curaba. De la herida de bala. ¿Recuerdas esa herida? —Lo miró a los ojos un momento. Se había llevado una mano a la garganta, donde se veía la marca, apenas apreciable, de su cicatriz.

«Era necesario —se dijo John al recordar la herida de su cuello—. Pero aquella noche fui demasiado lejos. ¿Estaré ahora haciendo lo mismo? ¿Es verdad eso que dijo Quin de que estoy volviéndome como Briac?».

—Yo creía que estábamos de paso en Hong Kong —añadió Fiona—, pero Quin tardó mucho tiempo en recuperarse y cuando lo hizo quiso quedarse allí.

John apartó la mirada.

—Supongo que estarías contenta de poder alejarte de Briac, sin importar dónde estuvieras ni lo que acabaras haciendo.

Después de aquella noche terrible en la hacienda, supuso un enorme consuelo para él saber que Fiona había escapado de las garras de Briac. Pero el informante que le ayudó a localizar a Quin en el Bridge había visto a su madre con el pañuelo amarillo de las mujeres de compañía anudado al cuello. Aquello le había parecido una broma del destino particularmente cruel.

Fiona volvió la vista hacia la ventana. El Támesis había aparecido bajo ellos y un rayo de sol de tonos rojizos y dorados penetraba en el horizonte a través de las nubes.

—Comprendo por qué lo odiabas, John —intervino Fiona—. Yo antes también lo hacía. Cogía las enseñanzas de los Seekers y las retorció de una manera mezquina. Pero era mi marido. Yo le debía lealtad.

—¿Por qué hablas en pasado? —preguntó John montando en cólera de nuevo al pensar en Briac—. Sigo odiándolo, más que antes incluso, si es que eso es posible. Obligó a Quin a... —Entonces se dio cuenta: la última vez que Fiona vio a su marido fue aquella noche en la hacienda y Briac estaba herido, tendido en la campiña—. Crees que Briac está muerto —murmuró—. Crees que lo maté.

Fiona se volvió hacia él de repente y vio en su cara que estaba en lo cierto.

—No estaba segura, pero daba por hecho que...

—Lo siento, Fiona. —No había palabras que pudieran suavizar el mensaje—. Briac... No, no está muerto. Lo vi hace unos días en la hacienda.

Fiona dejó el vaso en la mesa y estuvo a punto de derramarlo de la impresión. Se quedó mirándolo y un miedo sutil pero profundo afeó sus facciones.

—¿Vas a...? ¿No pensarás...?

—¿Entregarte a Briac? ¿Eso es lo que te preguntas? ¿A cambio del athame?

Fiona asintió con gravedad.

—No. Ya lo intenté una vez, ¿recuerdas? Briac no aceptaría nada a cambio del athame, ni siquiera a su hermosa esposa. —Lo dijo con tanto cariño como pudo—. Pero Briac no es quien lo tiene, sino Quin.

—En cualquier caso, ya no me querría —murmuró sin escuchar el resto de lo que había dicho—. Estoy segura de ello.

John lo comprendió todo. Fiona era una mujer inteligente y hermosa. Tras marcharse de la hacienda podría haber hecho un sinfín de cosas, pero había elegido ser mujer de compañía. Escogió una profesión que la haría intocable a ojos de Briac. Aunque pensaba que probablemente estaría muerto, había creído necesario protegerse incluso de la posibilidad de que continuara vivo. Al degradarse a sí misma esperaba escapar de su poder, como todos habían hecho.

—No —coincidió John—. Te has librado de él.

## Maud

La Joven Dread no podía apartar la mirada del rostro de su maestro. Se había afeitado la barba y cortado el pelo, y el cambio era tan impactante que resultaba prácticamente imposible de asumir. Su maestro, que, por lo que ella sospechaba, había convivido con los romanos en la antigua Britania, había conseguido de algún modo adoptar el aspecto de una persona que pertenecía a esa incómoda y superpoblada era moderna en la que se encontraban.

Era cierto que se había cambiado de ropa. En lugar del hábito de monje, llevaba pantalones, jersey y unos zapatos que parecían un castigo insufrible. También ella había tenido que ponerse zapatos y un vestido. Los zapatos eran terriblemente incómodos y el vestido no le sentaba nada bien a su esbelto cuerpo. Parecía una pantera embutida en un traje.

Pero el afeitado y la ropa no eran los únicos cambios en su maestro. Había algo diferente en la manera en que se movía. Incluso su voz era distinta. Cuando hablaba con la enfermera su discurso se adaptaba perfectamente al de ella. Usaba los mismos extraños términos médicos que la Joven Dread había oído con frecuencia cuando había estado postrada en una cama de hospital como aquella, recuperándose de la cuchillada del Dread Mediano. Se había alargado durante cientos de años y no despertó hasta hacía pocos días, cuando Quin lo sacó del Allá para hacerlo entrar en la hacienda. ¿Dónde había aprendido a hablar de esa forma?

El Viejo Dread y la enfermera hablaban sobre Briac Kincaid, que yacía en la cama de un hospital con suturas y vendas en un brazo y una pierna. La Joven entendía lo suficiente para comprender que Briac se recuperaría perfectamente con el tiempo. Los médicos le habían puesto algo en las heridas para que se curasen rápidamente por dentro. Eso no le hacía gracia. Dado su lamentable estado y sus quejas, albergaba la esperanza de que las heridas fueran mortales.

El Mediano estaba de pie al otro lado de la habitación, de brazos cruzados, con la capa colgando por los hombros. Había permitido que le pusieran puntos en el corte del pecho, pero no había cambiado su apariencia en absoluto. Su rudeza y aspecto salvaje contrastaban con el orden que reinaba en el hospital.

La enfermera terminó de hablar con el Viejo Dread y abandonó la habitación tras dedicarle unas breves palabras al propio Briac y mirar con inquietud al Mediano.

—Tú permanecerás aquí —dijo el Viejo Dread a Briac, volviendo a transformarse

en el maestro de siempre a medida que hablaba. De algún modo, pasaba imperceptiblemente del hombre antiguo al moderno, como un actor que se pone diferentes máscaras—. Volveremos a por ti cuando hayamos concluido. Y entonces retomarás tu...

El Viejo se interrumpió. Se llevó la mano al bolsillo interior del abrigo, donde tenía el athame.

Al cabo de un momento la Joven también sintió la vibración. Cada vez era más fuerte. En alguna parte del mundo, Quin Kincaid estaba usando el athame. Tras el ritual de la caverna, el athame del viejo Dread temblaba al unísono con la daga de Quin cuando esta entraba en acción.

El Mediano, que hasta ese momento parecía parte del mobiliario del hospital, se puso en marcha, cruzó la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El Viejo sacó el athame del abrigo y lo sostuvo ligeramente en las manos. La vibración se hizo más intensa, hasta que invadió toda la habitación y la puerta comenzó a temblar. A través de la ventanilla que daba al pasillo, que también vibraba, la Joven vio como el personal médico se tapaba los oídos al sentir el temblor.

El Viejo sostenía delante de sí la daga, que se balanceaba en sus manos. Un minuto después, la vibración comenzó a desvanecerse.

—Ha visitado el Allá —informó el maestro de la Joven Dread.

La vibración a la que tenían que esperar era la segunda. Esa les diría en qué punto exacto de la Tierra estaría Quin cuando golpeará el athame y saliera del Allá para volver a emerger al mundo.

La Joven Dread sabía que probablemente tardaría un tiempo en regresar al mundo real. Perderse en el Allá era uno de los principales riesgos de usar el athame. Incluso los Seekers veteranos podían perderse y flotar hasta quedar congelados en una inmovilidad absoluta si no eran capaces de mantener la concentración mental necesaria. Los Seekers usaban un cántico temporal para alcanzar ese objetivo, pero a pesar de esa ayuda el athame era un método de viaje peligroso. Quin era una principiante y el riesgo de perderse al entrar en los caminos intermedios era bastante real, independientemente del tiempo que permaneciera allí.

Transcurrieron solo dos horas hasta que el athame volvió a ponerse en funcionamiento, una duración que a la Joven Dread le pareció impresionantemente breve para una Seeker inexperta. Quin debía de tener un gran control sobre su mente.

Los Dreads habían permanecido en la habitación del hospital durante todo el tiempo. Ya era de noche. Las enfermeras entraban y salían, visiblemente asustadas por la mirada del Mediano. Los tres Dreads estaban de espaldas a la puerta, sosteniendo el athame mientras este empezaba a vibrar por segunda vez. La Joven, el Viejo y el Mediano colocaron sus dedos alrededor de los diales.

El segundo temblor fue muchísimo más fuerte que el primero. Envolvió la habitación de inmediato y al cabo de un momento se oían los gritos de pánico que suscitaba en el pasillo. El temblor de las paredes afectaba a los equipos médicos de

las habitaciones contiguas. Se oyó como se rompía un cristal en el pasillo.

En medio de ese terrible temblor había pequeñas e intensas reproducciones que afectaban solo a los discos del athame. El Viejo pronunció el nombre de dos símbolos, indicando que había sentido que vibraban con más intensidad que los restantes. La Joven nombró otros dos y el Mediano completó la combinación.

El temblor finalizó y resonó en sus oídos durante un rato hasta desaparecer por completo. El Viejo volvió a meterse el athame en el bolsillo del abrigo y tras esto cogió un bolígrafo y papel de la mesilla de noche que había junto a la cama de Briac. Cuando la Joven Dread lo vio aplicar ese instrumento de escritura sobre el papel y escribir rápidamente los seis símbolos que habían sido nombrados, tuvo la sensación de que volvía a convertirse en un hombre moderno.

Su maestro estudió la anotación y la sostuvo en alto para que pudieran verla. Juntos, esos símbolos formaban un conjunto de coordenadas, el punto exacto en el que acababa de salir Quin.

—Londres —dijo.

—Va a visitar a John —contestó Briac desde la cama. A pesar de que arrastraba las palabras, estaba incorporándose. Había algo, un brillo en sus ojos que a la Joven Dread no le gustó nada. Briac no quería recuperar el athame sin más. Clamaba venganza. Briac se volvió hacia el Viejo Dread y le preguntó—: ¿Ya sabéis lo de la casa de John?

## Shinobu

—Hace más viento de lo que me gustaría —señaló Shinobu—. Pero en cuanto bajemos un poco estaremos protegidos de estas ráfagas.

Era de noche y se hallaban subidos a lo más alto de un edificio de ciento diez plantas de Londres. Un viento racheado movía la estructura de un lado al otro, como si estuvieran en la cubierta de un barco. Y esa no era su única preocupación. A juzgar por las nubes que se veían a lo lejos, pronto empezaría a llover.

Estaban cerca del parapeto que rodeaba la azotea. A sus espaldas, sobresaliendo peligrosamente, estaba la pirámide decorativa que coronaba el altísimo edificio sobre el que se encontraban. Había solo una pequeña cornisa por la que andar entre la pirámide y el parapeto, y todo el equipo estaba colocado sobre ese estrecho pasillo.

Después de que el athame de Quin los transportara hasta Londres probaron con los seis diales hasta conseguir crear una anomalía que atravesara el interior del edificio sobre el que se encontraban. Desde allí, gracias al equipo de soldadura y la fuerza bruta, habían trepado hasta la azotea.

La ruta que hacía el *Traveler* a través de Londres era muy conocida y no les costó obtener un mapa, tras una rápida búsqueda en la red. Desde su posición en el tejado, Shinobu veía la impresionante aeronave completando la figura de ocho al fondo, dispuesta a dirigirse hacia ellos.

La forma en que la brisa revolvía el pelo de Quin distraía a Shinobu. Y esta no hacía más que intentar apartárselo de la cara mientras él le ajustaba el arnés, una tarea comprometida.

—¿Vas a quedarte ahí toqueteándote el pelo o a prestar un poco de atención? —preguntó él, deteniéndose para apretarse la correa de la barbilla en el casco de samurái de su ancestro, que le quedaba muy apretado. De hecho, toda la armadura le iba pequeña. Se la había puesto por orgullo familiar y con la secreta esperanza de restaurar su propio honor, pero su tataratataratatarabuelo debía de ser el enano de la familia—. ¿O piensas dejar que me encargue del plan yo solo?

—¿Esto es un plan? —preguntó Quin elevando la voz por encima del viento. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una goma para recogerse el pelo—. ¡Esto es tirarnos de un edificio!

—Eso no significa que no haya que prepararse. ¡Deja de tocarte el pelo!

—¡Estás haciéndolo otra vez! —replicó ella.

Quin miró atrás, donde Brian preparaba el equipo tras el parapeto.

—¿El qué? ¿Intentar impedir que nos matemos?

—Gritar.

—¡No se oye nada aquí arriba!

Brian le pasó una botella de plástico llena de un líquido de color negro terroso sin decir palabra.

—¡Bebe! —ordenó Quin—. Y esta vez más de un sorbo. Quiero que te bebas hasta la mitad de eso antes de volver a abrir la boca.

—¿Qué quieres, que te vomite encima dentro de un par de minutos? No creo que eso nos vaya a facilitar el aterrizaje.

Pero Shinobu cogió la botella y comenzó a beber. Era consciente de estar en pleno síndrome de abstinencia del opio, la Shiva y seguramente un buen número de drogas más. El maestro Tan le había preparado una enorme remesa de un té nuevo y más asqueroso aún que el anterior para ayudarle a pasar sin drogas y Brian había puesto botellas en todas las mochilas que llevaban. El sabor no mejoraba por beberlo de manera continuada, pero Shinobu suponía que sin él estaría hecho un ovillo en cualquier parte, quejándose y retorciéndose por el suelo. Algo que quizá fuera mejor que lo que estaba a punto de hacer.

Quin esperó pacientemente mientras él daba cuenta de la mitad de la botella y luego experimentaba unos minutos de retortijones y temblores, hasta que su mente empezó a despejarse.

—Lo siento —murmuró.

La vista de Londres de noche era preciosa desde donde estaban, pero advirtió que Quin solo fijaba la mirada en las cosas que tenía más cerca. Brian permanecía agachado tras el parapeto, evitando la vista totalmente. Por lealtad a su juramento de Seekers, Quin y Shinobu habían acordado no explicarle a Brian cómo llegarían a Londres y él parecía dispuesto a aceptar ese arreglo. Pero desde que le vendaron los ojos y lo hicieron pasar con ellos a través de la anomalía en Hong Kong, el gigante asiático había permanecido más bien callado. Estaba cortando las mechas de los cohetes a medida y disponiéndolos con cuidado junto a la lanzadera, hablando entre dientes. La mayoría de sus palabras se las llevaba el viento, pero de vez en cuando Shinobu oía palabras como «brujería» y «locura».

—¿De verdad sabe algo sobre cohetes? —preguntó Quin señalando a Brian con la cabeza.

—Lo suficiente. Usamos explosivos frecuentemente para grandes inmersiones de rescate.

—¿Y sobre fuegos artificiales? —replicó ella con escepticismo.

—Son parecidos.

—¿Te das cuenta de que no estamos debajo del agua?

—Ah, ¿no? Entonces ¿no podremos usar el bote salvavidas hinchable que he traído?

Quin sonrió ante su ocurrencia y Shinobu se alegró de que no siguiera tomándola con él.

—Estoy nerviosa —admitió ella.

—¿Un poco de té? —dijo él ofreciéndole la botella.

Quin sonrió de nuevo.

—No, gracias.

—Intenta pensar en cualquier otra cosa, siempre que puedas.

Sus ojos brillaron ante su repentino pensamiento.

—¿Qué pasó con mi caballo?

—¿Tu caballo?

—Yellen... Cuando... cuando pasamos a Hong Kong.

Shinobu negó con la cabeza, al recordar como si fuera un sueño aquel lío de brazos y piernas, montura y riendas que formaron al escapar al Allá tras el ataque.

—Sinceramente, no lo sé —contestó—. Me preocupaba que estuvieras a punto de morir, que por cierto lo estabas. No creo que Yellen pasara con nosotros. Pero si lo hizo, seguramente estará de mascota en el jardín trasero de alguien. Ya sabes cómo son las casas de Cumbre Victoria.

Quin se quedó pensativa. Entonces Brian empezó a pasarles los botes, que fueron enganchando en cualquier espacio libre que les quedara en las correas del arnés. En el cuerpo de Shinobu no era fácil encontrar ningún hueco. Ya llevaba la cuerda de escalada y una antorcha de plasma con su enorme bombona de gas.

Cuando consiguieron colocarse el equipo completo, Shinobu probó a moverse y descubrió que todo rebotaba exageradamente. Parecía como si tuviera martillos de carpintero colgando por todas partes. Por más perfecto que fuera el salto, el aterrizaje sería inevitablemente doloroso.

—¡Necesito mi sistema de orientación, Lubina! —gritó Shinobu.

Brian le pasó un cilindro que se parecía bastante al despliegue de fuegos artificiales que estaba preparando. Se lo acopló a la izquierda de la cadera. Tras esto, Quin y él se pusieron los guantes.

Shinobu subió con su pesado equipo al borde del parapeto, donde se sentó con las piernas colgando hacia la azotea. Quin hizo lo propio, sin atreverse a mirar abajo. Allí arriba hacía más viento, pero ahora era menos racheado.

El *Traveler* se aproximaba desde el sur a poco menos de un kilómetro de distancia y las luces de la ciudad se reflejaban en su cubierta. Se pusieron las gafas protectoras.

Cuando Shinobu había saltado del Bridge en Hong Kong, recordó lo que John le había contado sobre el *Traveler*, que estaba hecho a prueba de Seekers. Se dio cuenta entonces de que la aeronave debía de estar diseñada para que no pudiera accederse a ella con un athame. Las coordenadas a las que podían llegar con el athame de Quin eran siempre posiciones estacionarias. La daga no podía llevarlos a un punto en movimiento como el *Traveler*, cuyas coordenadas cambiaban a cada momento. Así que había trazado un plan para llegar a él por un medio diferente.

—¿Estás preparada? —preguntó a Quin.

—Cuando decías que habías hecho esto antes, ¿no estarías mintiendo? —quiso saber ella.

Eso dependía de cómo se mirase. Shinobu había saltado de edificios altos en Hong Kong muchas veces, pero nunca con tanto equipamiento, con un clima tan adverso o con la intención de alcanzar un objetivo en movimiento. En cualquier caso, no era momento para andarse con sutilezas.

—Pues claro que lo he hecho antes. Montones de veces.

Se puso de lado sobre el parapeto, extremando la cautela. El alféizar medía más de medio metro, pero Shinobu, con todo lo que transportaba, excedía su ancho. Encontró el equilibrio. Entonces subió a Quin de modo que quedara delante de él, pero dándole la espalda, mirando el parapeto a lo largo, como hacía él. Brian reafirmó sus piernas desde el suelo firme.

Shinobu la vio echar un vistazo abajo. El edificio descendía hasta el suelo en vertical, una caída en picado de ciento diez pisos. Quin miraba bien donde pisaba, arrastrando los pies atrás hasta quedar a escasos centímetros de él. Shinobu enganchó su arnés por detrás a la parte delantera del suyo con los mosquetones y la acercó hasta que quedaron perfectamente alineados.

—Oh, Dios —murmuró Quin.

Quin había vuelto la vista y Shinobu observó como barría con la mirada la distancia que había desde su posición a la silueta del *Traveler*, que se acercaba. La nave estaba a menos de quinientos metros y muchísimo más cerca del suelo.

—No pasa nada —le susurró él al oído.

Brian estaba a sus pies tras el parapeto, observando también la aproximación de la nave. Se echó la lanzadera al hombro y colocó en su interior el primer cohete.

—Cuando me digas, Barracuda —dijo.

—¡No creo que pueda hacerlo! —susurró Quin.

Buscó la mano de Shinobu y la cogió. Él se la apretó con fuerza. Notó que ella temblaba. Tenía que admitir que lo que estaban haciendo era realmente aterrador. Nada de lo que pudiera decir cambiaría eso.

—¿Quin? —le preguntó.

—Sí.

—¿Intentabas besarme cuando estábamos en el sótano?

Tenía la cabeza del otro lado, así que solo veía parte de una mejilla y de la oreja izquierda, pero advirtió que ambas se sonrosaban bastante y supo que había conseguido distraerla un momento.

Shinobu saltó del edificio y tiró de ella, sin avisarla ni darle más tiempo para preocuparse.

Y, en un horroroso momento en el que tenía el estómago en la boca, empezaron a caer, descendiendo en picado a una velocidad que parecía imposible, completamente fuera de control. Quin gritó. A Shinobu se le contrajo el abdomen y sus intestinos

parecía que estaban a punto de salir de su cuerpo.

Pero ya había saltado de otros edificios anteriormente. Asumió la posición de caída libre y tiró de Quin para que adoptara también la postura correcta. El *Traveler* estaba delante de ellos. Lo veía con claridad. Viró hacia él. El viento azotaba sus rostros y las ráfagas abofeteaban sus mejillas.

—¡Abre el paracaídas! —gritó Quin.

—¡Todavía no! —repuso.

La visión periférica de Shinobu registraba miles de ventanas, a medida que la inmensa forma del *Traveler* se acercaba y pasaban ante ellos imágenes difusas de rascacielos.

—¡Abre el paracaídas! —volvió a gritar Quin.

Vieron pasar una mancha negra por la izquierda que se dirigía hacia el *Traveler*. Un momento después, un estallido rosado inundó su campo de visión y un gran estruendo resonó por encima de ellos. El primero de los fuegos artificiales acababa de explotar delante de la proa del *Traveler*.

—¡Abre el paracaídas!

—¡Sé lo que hago! —gritó Shinobu, maravillado ante su habilidad para sonar seguro de sí mismo cuando lo que decía solo era verdad a medias.

El suelo ascendía hacia ellos a toda velocidad. Estaban casi encima de la nave, rodeados por los reflejos rosados de los fuegos de artificio y su irritante humo.

—¡Shinobu! —gritó Quin.

Y abrió el paracaídas.

## Maud

Los tres Dreads observaban los movimientos del *Traveler* a lo largo de las ajetreadas calles de Londres desde un edificio más bajo. Briac Kincaid estaba con ellos. Había insistido en que, como propietario del athame, tenía derecho a acompañarlos en su cruzada por recuperarlo. Al parecer, Briac Kincaid no confiaba en que ninguno de los Dreads cumpliera su promesa.

Caminaba por su propio pie gracias a lo que los médicos le habían dado y también a una gran cantidad de píldoras blancas que había tomado antes de efectuar el salto a Londres. En su fuero interno, la Joven Dread estaba contenta de que los acompañase. Aunque la pierna de Briac mejoraba por momentos, seguía estando gravemente herido. En ese estado había bastantes posibilidades de que acabara muriendo.

La Joven estaba junto al Viejo, mirando la nave que flotaba en la distancia desde debajo de su casco de cuero. Se preguntaba qué tipo de máquina podía volar de esa forma. Su maestro le había dicho hacía cientos de años que el mundo sería diferente cada vez que despertara, pero la transformación que había visto en sus últimos regresos hacía que el resto parecieran triviales.

Los Dreads pasaban mucho tiempo en la hacienda o realizando el seguimiento de los primeros encargos de los Seekers. La última vez que había visitado Londres, cuatrocientos años atrás, ya le había parecido grande. En ese momento debía de ser diez veces más grande, una gigantesca jungla de metal y cristal que se extendía tan lejos como le permitían ver sus ojos.

El Viejo Dread había vuelto a ponerse su hábito de monje, pero su cara todavía se veía rara sin la barba. Observaba los movimientos de la nave atentamente mientras ajustaba los diales de su daga de piedra. Habían seguido el athame de Quin hasta Londres y, aunque ella se había desplazado del punto de entrada inicial, su destino final era obvio.

De la posición que ocupaban actualmente los Dreads sobre aquel edificio tenían que pasar todavía a «aquel lugar», claro está, y desde allí su maestro tenía que determinar con acierto las coordenadas de la nave en movimiento. Ningún otro athame podía transportar a un Seeker a un punto que se desplazara y ningún otro hombre, salvo su maestro, sería capaz de orientarse para acceder a algo que viajara a tal velocidad. La Joven Dread entendía que la nave había sido creada para impedir que los Seekers con sus athames ordinarios pudieran atacarla. Pero quien fuera que

había diseñado la nave no había contado con que los Dreads sí podrían acceder a ella, al menos si disponían de ese athame en concreto y la habilidad de su maestro para utilizarlo.

—Yo no la mataré —dijo Maud con calma.

Se había acercado más a él mientras los otros dos se mantenían en la distancia.

—No creo que vayas a matarla —coincidió el maestro.

—Sería injusto —susurró.

—Como tú digas.

—¿En serio vais a darle el athame a Briac Kincaid?

Tenía la vista clavada en la nave que se veía en la distancia y no contestó inmediatamente. El *Traveler* se acercaba, planeando hacia ellos entre altos edificios.

—Nuestra promesa es arreglar las cosas —dijo al cabo de un tiempo—. Si eso significa que el athame llegue a las manos apropiadas, tendremos que hacerlo, ¿no?

—¿Quién decide cuáles son las manos apropiadas? —preguntó en voz baja.

El maestro no respondió directamente, pero al cabo de una pausa dijo:

—Se supone que los tres Dreads no tienen que despertar todos a la vez. Para decidir lo que es justo debería bastar con uno solo... si tienen todos el debido adiestramiento. Un athame es un objeto pequeño. Para dárselo a alguien solo se precisa una mano. ¿A quién pertenecerá esa mano? —La Joven esperó en silencio a que el Viejo respondiera a su propia pregunta mientras veían como se acercaba el *Traveler*. Pero en lugar de eso dijo—: Ha llegado el momento. ¿Estás preparada?

—Lo estoy.

Tras esto, les dijo a Briac y al Mediano que se acercaran, realizó unos últimos ajustes en los diales y golpeó el athame con su fino reanimador. A medida que la vibración los envolvía, la Joven Dread captó un movimiento mucho más arriba, cerca de un edificio tan alto que apenas veía su cúspide desde donde estaba. Arrojó su vista y la concentró en dos siluetas que se precipitaban por el cielo hacia esa nave suspendida en el aire. Las siluetas correspondían a dos personas, un revoltijo de armas y extremidades.

Entonces la noche quedó inundada por explosiones de colores que le hicieron apartar la mirada de las siluetas que caían. La proa del *Traveler* se hizo rosada y al cabo de un momento azul, y luego verde. Se vieron rodeados de estallidos intensos y atronadores. Al parecer, Quin llegaba a la nave entre grandes fanfarrias.

El Viejo Dread dibujó un portal. La Joven apartó la vista de los destellos que inundaban el cielo y pasó tras él a través de la vibrante entrada. Después pasó el Mediano y luego Briac, que tiró de su pierna herida para atravesar el emergente umbral que separaba el aquí del Allá.

Los dedos de su maestro se posaron de nuevo sobre los discos del athame antes de que el portal se cerrara. Después volvió a hacer entrechocar el reanimador con la daga. Con la primera anomalía todavía flotando tras ellos, dibujó una nueva puerta, que daba a un pasillo y un corte en el entarimado. Miraban el interior del *Traveler* a

través de un agujero entre dos plantas y no había suficiente espacio para entrar de manera segura.

El Viejo Dread volvió a manipular los diales sin vacilación y realizó un pequeño ajuste. Golpeó el athame con el reanimador por tercera vez, se giró un poco y dibujó un nuevo portal. Este daba al mismo pasillo, que entonces vieron directamente frente a ellos. La Joven experimentó un momento de mareo al mirar a través de ambas anomalías, cada una de las cuales mostraba un ángulo ligeramente diferente del mismo espacio.

Entre ambas aberturas reinaba el caos. Las luces del interior del *Traveler* parpadeaban, había hombres gritando y salían luces de colores del techo.

Los tres Dreads y Briac Kincaid desenfundaron sus armas y pasaron a la nave a través del portal.

## Quin

Shinobu tiró de la anilla y el paracaídas salió de su estuche, abriéndose tras ellos y pegando un fuerte tirón que ralentizó la caída de golpe. En cuanto el paracaídas se desplegó, una ráfaga de viento los hizo ascender y los propulsó violentamente hacia un lado.

Estaban a punto de morir. Quin no tenía ninguna duda de que morirían. Los fuegos artificiales explotaban a su alrededor y despedían brasas en todas las direcciones. Sus pantalones estaban ardiendo. Intentó apagar las llamas frotándose una pierna con otra, pero una fumarada verde del combustible de un cohete empezaba a atravesar la tela.

El *Traveler* estaba justo debajo de ellos. Aunque desde lejos parecía silencioso, los enormes motores de suspensión hacían un ruido atronador cuando estaba cerca. Shinobu maldecía y tiraba de los mandos del paracaídas, pero el viento seguía soplando y era imposible maniobrar.

Estalló otro cohete que desprendió trazos dorados por todo el universo conocido y más allá. El ruido era ensordecedor. Shinobu imprecaba con más vehemencia. Quin echó el cuello hacia atrás y vio que un reguero de pavesas doradas había prendido fuego a los galones de encaje de su armadura samurái. Y también había hecho un agujero en el paracaídas. El viento los alejaba del *Traveler* y Shinobu, obviamente, estaba perdiendo el control.

—¡Agárrate! —gritó—. ¡Apártate!

Quin oyó el sonido de la ignición de un cohete al tiempo que empezaban a dar vueltas aceleradas. Había activado el propulsor que llevaba en el costado izquierdo y los impulsaba hacia la nave flotante a una velocidad endiablada. Quin estaba prácticamente boca abajo, hasta que Shinobu cogió el propulsor protegido con el guante y consiguió dirigirlo por detrás de ambos. Enderezaron el rumbo y de repente la enorme masa en movimiento del *Traveler* apareció de nuevo bajo ellos.

—¡Agárrate! —volvió a gritar mientras salía despedido otro fuego artificial.

Quin vio como arrojaba el propulsor. Entonces Shinobu cortó las cuerdas y empezaron una caída libre sin paracaídas de reserva, sin la menor posibilidad de recobrarlo si fallaban.

Durante dos aterradores segundos tuvo el corazón en vilo. Hasta que Shinobu y ella se estrellaron contra la nave y empezaron a rodar. Lo que desde arriba parecía

plano resultó ser una superficie inclinada. Quin se revolvió con las manos y los pies intentando agarrarse a algo, y los botes que llevaba enganchados al arnés rebotaban en su cuerpo como pequeños yunques. Resbalaron juntos muchos metros y Quin pensó que llegarían al borde y se despeñarían por él. Pero, en lugar de eso, chocaron contra las aletas de los motores de suspensión traseros.

Shinobu rápidamente se puso de rodillas, colocó a Quin a su lado y desenganchó los mosquetones que los mantenían unidos.

—¿Estás bien? —le preguntó, con el rostro conmocionado.

Seguía haciendo viento y Shinobu prácticamente gritaba.

Probó a mover las extremidades, percatándose de que las llamas se habían apagado tras rodar por el fuselaje. A través de la ropa se veía la brillante protección que llevaba debajo. Había evitado que el fuego le abrasara la piel.

—No tengo nada roto —dijo, sorprendida de seguir poseyendo capacidad de habla—. ¿Y tú?

—Creo que me he meado encima. No estoy seguro.

Rieron al unísono durante un instante, contentos por haber sobrevivido de una pieza. Tras esto, Shinobu se puso manos a la obra. Localizó un pitón de escalada en uno de sus bolsillos y lo clavó en el casco de la nave. Su punta de metal afilada atravesó la piel del *Traveler* y después se giró automáticamente y penetró a más profundidad, ofreciéndoles un asidero sólido. Se aseguraron a él con las cuerdas de escalada y los mosquetones, como Shinobu le había enseñado cuando preparaban el material en Hong Kong.

Quin advirtió que su armadura samurái seguía echando humo y las ascuas se encendían con el viento. Mientras él fijaba las cuerdas, ella le golpeó la armadura con el puño hasta que el fuego se extinguió.

—Gracias —dijo él.

Desde esa posición veían casi todo el techo inclinado del *Traveler*, hasta la proa. Detrás de ellos había cuatro motores tras los cuales la parte superior del casco se inclinaba abruptamente.

Otro fuego de artificio estalló cerca de la proa de la nave. Se agacharon y se cubrieron la cabeza con los brazos mientras caía sobre ellos una cellisca de chispas azules. Quin quedó deslumbrada momentáneamente y esperaba que ese resplandor cegara también las cámaras de seguridad del *Traveler*.

—¡Trae la antorcha! —gritó Shinobu al viento, que se llevaba las chispas ardientes.

Quin se desabrochó el voluminoso aparato de la antorcha de plasma de la espalda y se lo entregó. Shinobu avanzó a cuatro patas y arrastró el artefacto consigo. Tras caminar unos diez metros, gritó:

—¡He encontrado una escotilla!

Quin fue a su encuentro a gatas mientras él encendía la llama azul del soplete, se inclinaba sobre el casco y comenzaba a cortar. Empezaban a caer sobre la nave

grandes goterones que rebotaban en su cara y se convertían en vapor al contacto con la llama. Cuando llegó hasta Shinobu, ya tenía cortada la mitad de una gruesa regata alrededor de la escotilla.

Había colocado otro pitón y Quin, que seguía de rodillas, se agarró a él para asegurarse, se desabrochó el arnés y lo tiró al casco de la nave. Se ajustó la espada látigo debidamente a un lado y luego localizó los cuchillos que llevaba escondidos por el cuerpo.

Desplegó la capa de Shinobu, que hasta entonces estaba enrollada y replegada a su espalda, se cubrió con ella y miró en sus bolsillos. Tras sacar el athame y el reanimador, se los metió bajo la cinturilla del pantalón y se aseguró de que los otros objetos seguían ocultos en el interior de la capa. El athame no podía trasladarla a un objetivo en movimiento como esa nave, pero valdría perfectamente para sacarlos de allí, si es que conseguía evitar que se lo quitaran.

Tomó una larga sección del arnés, se lo anudó al hombro fuertemente y colgó de ella varias latas.

—¡Hecho! —anunció Shinobu.

Había abierto un camino a fuego alrededor de la escotilla. Llovía con más fuerza, lo cual significaba que los fuegos artificiales, todavía cegadores, lo tenían más complicado para prenderles fuego a ambos. La lluvia también ayudaba a que el resplandeciente corte que había hecho el soplete se enfriara rápidamente. Al cabo de un momento, protegidos por los guantes, pudieron introducir los dedos por la ranura. La puerta era pesada y no cedió fácilmente, pero, tras mucho maldecir por parte de Shinobu y un gran esfuerzo de ambos, consiguieron levantarla y echarla a un lado.

Debajo había una escala que descendía al interior de la nave. Las luces de emergencia estaban parpadeando y Quin oyó voces presas del pánico en su interior.

Su corazón volvió a acelerarse, sintiendo una mezcla de miedo y emoción. «Soy capaz de hacerlo. Soy capaz de hacerlo». Se puso la máscara antigás.

—¡Estoy lista! —gritó.

Shinobu la agarró por los hombros y la obligó a mirarlo.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—¡Sí!

La adrenalina corría por sus venas.

Shinobu asintió y Quin se tumbó sobre el casco y se impulsó hacia la abertura. Shinobu la cogió de la tira que llevaba alrededor del torso y la deslizó boca abajo a través del irregular agujero.

Quin se encontró mirando por un estrecho pasillo. En el otro extremo había hombres que corrían ajetreados de una sala de control a otra mientras los fuegos artificiales seguían explotando alrededor de la nave.

Todavía colgada de cabeza, desenganchó una de las latas que llevaba en la cinta alrededor del hombro. Tiró de la anilla y la lanzó por el pasillo en dirección a la sala de control. La lata revoleó por el aire y luego rebotó por el suelo del pasillo camino

de la proa de la nave, desprendiendo nubes de gas a su paso.

## John

Los pasillos estaban empezando a inundarse de gas, densas espirales de humo vagaban por el aire. John aguantó la respiración, abandonó la atmósfera sellada y limpia de la sala de control del piso superior y se apresuró a recorrer el pasillo invadido por el humo, abriéndose paso entre varios hombres que tosían arrodillados sobre el suelo. No podía detenerse para ayudarles o de lo contrario él sucumbiría también.

Intentaba mantener la calma, que su pulso no se acelerara para poder llegar al final del largo pasillo del piso de arriba sin respirar. Los veinte últimos metros tuvo que hacerlos corriendo, con el pecho ardiendo, pero llegó hasta su apartamento, empujó la puerta para entrar y la cerró inmediatamente después.

Respiró profundamente el aire fresco que había en su interior y comenzó a abrir armarios hasta que encontró el kit de primeros auxilios. Lo vació en el suelo, rebuscó entre su contenido y sacó la máscara de gas. Después cogió el perturbador de la caja fuerte y se ajustó las correas al cuerpo.

Se vio en un espejo cuando iba camino de la puerta y se paró frente a él. Su imagen inspiraba terror: la máscara difuminaba sus facciones y el perturbador parecía un instrumento de tortura medieval atado a su pecho.

«Tiene que asustar. Su objetivo es inspirar terror —se recordó a sí mismo—. Tengo a su madre. Tengo el perturbador. No importa lo que trame, puedo asustarla para que me escuche y convencerla. Quin no saldrá herida».

Cuando había capturado a Fiona lo hizo con la esperanza de que Quin fuera a Londres a negociar por su liberación. Dado que no podía usar el athame para acceder al *Traveler*, confiaba en que sus hombres y él la verían llegar de lejos, esa era la ventaja de vivir en una aeronave. Pero obviamente se había equivocado. La mitad de sus hombres buscaban a Quin por las calles de Londres. Pero ella tenía otros planes.

Observó a través de una de las ventanas del apartamento como los fuegos artificiales explotaban contra el lado estribor de la nave. Cada pocos segundos se producía una explosión lumínica fuera que sobrecargaba la visión de todas sus cámaras exteriores. Tuvo un momento de duda y se preguntó: «¿Seguro que solo viene Quin?». ¿Y si también lo perseguían los Dreads? Ya habían interferido con su familia antes, pero en ese momento no tenía nada que les perteneciera, ni el athame ni el libro, y ni siquiera era un verdadero Seeker. No, había planeado atraer a Quin a

Londres para que rescatara a su madre y allí estaba.

Comprobó las juntas de su máscara antigás y regresó al pasillo. El *Traveler* descendía más y reinaba el caos. Algunos hombres se habían desmayado y yacían en el suelo. Se arrodilló junto a dos de ellos y comprobó sus pulsaciones. El pulso era constante; se trataba de un gas efectivo, pero no venenoso.

«Quin no es una asesina —pensó—. Yo tampoco. Juntos podríamos tomar las decisiones correctas. Nos libraríamos solo de quienes lo merecieran».

Se topó con un grupo de tres hombres que todavía estaban conscientes y andaban a gatas hacia la salida de incendios en busca de aire fresco.

—Hay máscaras en la segunda planta, al final del pasillo —indicó mientras los ayudaba a levantarse—. Id allí y buscad armas. Pero ¡no disparéis a menos que yo dé la orden!

Los hombres se tambalearon escaleras abajo.

John pasó la mano por un lado del perturbador y lo puso en marcha. Su inquietante quejido eléctrico lo aislaba del ruido que había a su alrededor y lo ayudaba a concentrarse. Él también llevaba sus propios fuegos de artificio. Si conseguía aterrarla para que lo escuchara, pondría punto final a aquella locura sin necesidad de librar un combate.

## Shinobu

A pesar de que el viento y la lluvia intentaban hacerlo caer, Shinobu se aferraba a la popa de la nave gracias a la cuerda que lo sujetaba. Su tarea era sumir al *Traveler* en la oscuridad y luego reunirse con Quin en el interior.

Había atravesado con el soplete la capa exterior de uno de los motores de la nave. Justo por debajo del revestimiento del *Traveler* había un lío de válvulas, cables y tubos que entraban en el propio motor y salían de este hacia el cuerpo de la nave. Lo único que había olvidado era llevar una linterna, y resultaba difícil ver el interior de la caja que rodeaba el motor, salvo durante los momentos en que estallaban los fuegos artificiales, en los que todo brillaba tanto que quedaba medio ciego.

Había encontrado esquemas eléctricos posibles para la famosa aeronave *Traveler*, pero entonces se dio cuenta de que al compararlos con la nave real aquellos diagramas no servían para nada. Tendría que confiar en sus propios conocimientos de cableado eléctrico, que se reducían casi exclusivamente a cortar vieja maquinaria en sus inmersiones.

Entornó los ojos y halló un entramado de cables que siguió hasta encontrar un atado del grosor de un brazo humano. Acercó la antorcha de plasma y los cortó todos con cuidado. Pero la antorcha no entendía de sutilezas. No había traspasado los cables sin más, sino también todo lo que había debajo, unos treinta centímetros de cables, válvulas y otros artilugios mecánicos que parecían bastante importantes.

El motor que había detrás de él comenzó a petardear inmediatamente y a través de las ventanas que quedaban a su izquierda vio que el interior de la nave quedaba a oscuras. Tras esto, el aparato dio una sacudida y comenzó a sonar una alarma, tan alto que se oía claramente desde fuera entre el viento y la lluvia.

Esperó y apagó la antorcha mientras comprobaba sus armas para introducirse en la nave. Pero la alarma se desconectó poco después, volvió la luz y notó que los motores se recuperaban. Obviamente tenía un sistema de seguridad auxiliar, y otro sistema de reserva para el de seguridad.

Se puso a buscar más cosas que cortar.

## Maud

La Joven Dread tenía que respirar, por supuesto. Pero podía pasar mucho tiempo sin hacerlo cuando era necesario. Se abrió paso junto a los otros a través de los pasillos humeantes de la gran aeronave, siguiendo el ruido de los que todavía no habían desfallecido por el gas. La Joven, como los otros Dreads, había lanzado su mente hacia sus propios pulmones y corazón, instando a su cuerpo a que siguiera moviéndose y obligando a su sangre a continuar circulando sin necesidad de que sus pulmones inhalaran más aire.

No podía permanecer así toda la vida, pero sí diez minutos. En una ocasión había tenido que aguantar ese tiempo bajo el agua mientras el Dread Mediano empujaba su cabeza para impedir que saliera.

De repente la nave dio una sacudida hacia la izquierda y les hizo perder el equilibrio, al tiempo que las luces se apagaban. Sonó un aullido muy agudo, tan alto que se preguntó si sus oídos lo resistirían. Continuaron caminando, haciendo caso omiso del ruido.

Al cabo de un momento la nave se estabilizó y se encendieron unas luces diferentes. Estas eran más tenues y dejaban los pasillos en penumbra. El aullido cesó.

Briac Kincaid no podía seguirles el ritmo. Había mantenido la respiración todo lo que pudo y boqueaba a través de la capa, que llevaba fuertemente atada a la cara. Eso no filtraba el gas completamente. Cayó de rodillas entre ataques de tos junto a la Joven Dread y luego se dio de bruces contra el suelo.

El Viejo Dread se quedó mirando en silencio a la Joven como diciendo: «Briac se ha derrumbado. ¿Os gustaría hacer algo al respecto?».

Antes de que pudiera formular una respuesta, el Mediano corrió a través del pasillo que tenían ante ellos. Momentos después, regresó con una máscara limpia, que seguramente le había arrebatado a otro hombre. Tras ponérsela en la cara, el Mediano levantó a Briac y este empezó a inhalar aire limpio. Al final dejó de toser y pudo continuar caminando con ellos.

«Esos dos guardan secretos entre sí —pensó Maud una vez más mientras seguía avanzando—. Y protegen sus vidas mutuamente». Sabía a lo que se enfrentaría en el futuro, pero había pospuesto pensar en ello. Cuando su maestro regresara al Allá para volver a alargarse durante cientos de años se quedaría sola con el Mediano y con Briac. Maud había atacado al Mediano abiertamente y expresado su deseo de matarlo.

No había razones para creer que Briac o él querrían respetar su vida.

## Shinobu

Shinobu había practicado varias incisiones más en el cableado del *Traveler* y la nave las aceptaba sin protestar. Esperaba estar ya dentro ayudando a Quin y había empezado a cortar con más agresividad en busca de una línea eléctrica que interrumpiera la alimentación interior al tiempo que siguiera permitiendo volar a la nave.

La caja del motor estaba rodeada por un grueso conjunto de cables con aislante. Los había evitado por miedo a que el motor sufriera daños, pero entonces inclinó el pitorro del soplete para minimizar el impacto y fue a por ellos.

«Por favor, que el motor no sufra daños, que el motor no sufra daños...», imprecó en voz alta mientras el viento arrastraba sus palabras.

La antorcha abrió un largo y profundo tajo que dañó los cables eléctricos, traspasando el motor instantáneamente. Durante un momento vio como la llama azul del soplete se hundía en lo más profundo del aparato de propulsión rodante; entonces empezó a desprender un aire como de altos hornos que creaba nubes de vapor bullendo entre la lluvia.

«¡Mierda!», gritó Shinobu tirándose a un lado para evitar la abrasadora explosión. Sus ojos se salvaron gracias a las gafas, pero notaba líneas de dolor intenso en las mejillas, donde el vapor le había quemado.

El motor emitió un ruido horrible, la nave se balanceó violentamente y Shinobu salió disparado de su minúsculo habitáculo. Cayó hasta que la cuerda asegurada al pitón lo detuvo de golpe en el vacío y mientras todo el inmenso volumen del *Traveler* parecía inclinarse sobre él. De repente, lo único que veía eran las calles de Londres moviéndose vertiginosamente debajo de él.

Un nuevo dolor reptaba por su pierna y descubrió que el pitorro del soplete rebotaba alrededor de su tobillo y estaba quemándole las mallas de samurái, la ropa, el revestimiento protector interior resistente al calor y su propia piel. Pateó la boquilla del soplete entre gritos y luego intentó cogerlo, pero ambos daban vueltas sin parar en el aire.

La nave se detuvo y se oyó el rugido de los otros motores que intentaban estabilizarla. Shinobu pateó la antorcha en llamas una y otra vez hasta que al fin consiguió apagarla. Se quedó colgando un momento de un extremo de la cuerda, aliviado, y luego se apresuró a agarrarse de nuevo a la nave. La armadura de su

ancestro, a pesar de estar medio quemada por los fuegos artificiales, seguía quedándole tan apretada que no podía extender los brazos completamente. Hundió los dedos en las secciones chamuscadas de los galones de seda, se arrancó la armadura y la arrojó a las calles de Londres, no sin antes pedir perdón mentalmente a su madre.

Palpó a la desesperada en busca de algo a lo que asirse y consiguió volver a colocarse encima del casco. Pero antes de poder saborear el alivio de tener el pie sobre algo firme, otro de los motores estalló, haciendo un ruido ensordecedor, y la nave se abalanzó hacia el suelo en picado.

Shinobu salió despedido hacia los motores de popa y se descubrió volando sobre el casco superior de la nave, directo a la popa, muy lejos de la escotilla que había atravesado al principio. La cuerda detuvo su caída violentamente y se estrelló contra el cristal que revestía la proa. Un momento después, los motores se encendieron y frenaron el descenso de la nave, mientras él se esforzaba por llenar sus pulmones de aire tras el impacto.

Cuando volvió a poder respirar tenía la cara pegada al cristal. No había luz en el interior, pero algo se movía. Centellas de todos los colores danzaban en la oscuridad. De repente, las chispas se dirigieron hacia él y revolotearon al otro lado del cristal a centímetros de su cara. Alguien había disparado un perturbador. Y lo más probable es que su objetivo fuera Quin.

Shinobu intentó manipular la antorcha de plasma, pero el cristal resbalaba por la lluvia y sus pies patinaban. Le ardían las mejillas y el tobillo, las costillas le dolían, pero volvió a encender el soplete sin apenas darse cuenta.

## Quin

Quin se abrió camino hacia la enorme sala que tenía delante por un pasillo oscuro y lleno de humo a causa de las latas de gas que ella misma había tirado. Además, su máscara se había empañado por dentro limitando más aún su visión. Sentía las vibraciones irregulares de los motores a través de los pies y por todos lados se oía una alarma ensordecedora.

Frente a ella, en la pared de la derecha, se erguía el portón que comunicaba el pasillo con la sala principal; estaba abierto. Veía siluetas en el interior de ese enorme espacio, cuatro de ellas justo debajo de la cubierta de cristal de la proa. Había dos guardias con máscaras antigás y junto a ellos una figura desplomada sobre una silla. Quin entrevió unos cabellos rojizos: Fiona. Tenía a su madre a escasos metros.

John también estaba allí, asimismo con una máscara y un perturbador que colgaba de su pecho dándole un aspecto dantesco. ¿Sería capaz realmente de usar el perturbador contra su madre o contra ella misma? Quin pensó en aquella noche en la hacienda y un escalofrío le recorrió el cuerpo. «Sí, podría. Está desesperado».

Ninguno de los de la sala principal había visto todavía a Quin, que estaba fuera, en el pasillo, con la espada pegada a la pared. Miró hacia el fondo del pasillo. ¿Dónde estaba Shinobu? ¿Qué pasaba con los motores?

La alarma cesó, pero la vibración que llegaba a través del suelo era cada vez más chirriante. Entonces una inquietante y fuerte turbulencia sacudió la nave entera y el *Traveler* cayó a popa de repente.

Quin se fue al suelo y las luces volvieron a apagarse. Por un momento, la nave se inclinó y recuperó la estabilidad, después estalló uno de los motores y se balanceó. El *Traveler* comenzó a descender inclinando la popa hacia las calles de Londres que había debajo.

Quin salió rodando por el pasillo, pasando las compuertas de entrada a la sala principal. Entrevió las sillas, libros y mesas que se deslizaban hacia la proa de la nave, con las cuatro siluetas humanas dando vueltas entre ellas. Un resplandor y después una nube de centellas multicolores revolotearon por el aire. El perturbador de John se había disparado.

Quin se agarró al borde de la compuerta, se elevó a pulso por el inclinado pasillo y trepó hasta el interior de la sala principal. Advirtió con alivio que las centellas del perturbador rodaban y se dispersaban por la cubierta de cristal superior. Si las

centellas estaban perdidas en el techo es que no habían alcanzado a nadie. De momento.

Los motores emitieron otro rugido al tiempo que la nave se frenaba y detenía la caída libre hasta quedar planeando lentamente.

Alguien luchaba por levantarse en el inclinado suelo. Quin volvió a ver los cabellos rojos. Era su madre y estaba consciente, a pesar de que no llevaba máscara antigás y tosía violentamente. Quin se deslizó hacia ella mientras Fiona se arrastraba hacia la pared, agitando los brazos y las piernas, y su puño chocó contra algo. Los conductos de ventilación se abrieron y un rumor invadió la sala. Un aire frío y húmedo se coló en el interior y dispersó rápidamente el gas.

Quin aspiró una última bocanada de aire filtrado y se desprendió de la empañada máscara para mirar hacia la esquina inferior de la sala, más oscura. John y sus dos hombres estaban atrapados entre el mobiliario que había sido arrastrado a la proa, pero estaban consiguiendo apartarlo. La luz danzarina de las centellas del perturbador seguía moviéndose sobre el techo de cristal. Salvo que esas luces eran de un solo color, que, de hecho, era el color de la antorcha de plasma de Shinobu.

Fiona seguía a gatas, inhalando el aire fresco. Quin también lo respiraba. Cogió a su madre y, juntas, se escabulleron a través de una avalancha de libros y treparon hacia la puerta.

A medio camino vieron que la salida estaba bloqueada por cuatro figuras: los Dreads y su padre. Permanecían erguidos firmemente en el suelo inclinado, respirando hondo y con calma. Los cuatro pares de ojos se dirigieron al athame y el bastón de luz que Quin llevaba en la cintura.

Arrastró a su madre hacia el otro lado, donde estaban las otras compuertas, pero uno de los hombres de John ya se había posicionado allí para cerrarles el paso.

El propio John se había librado ya de la montaña de objetos y trepaba por el suelo hacia ella, con las manos ocupadas en buscar los controles del perturbador que llevaba en el pecho. Sabía que debía actuar enseguida, antes de que accionara el arma.

—¡John! —gritó.

Sacó el athame y el bastón de luz de la cintura y lo hizo rodar por el suelo hacia él.

El Dread Mediano y la Joven se giraron inmediatamente y siguieron el camino de la daga de piedra. Entonces empezaron las detonaciones y las balas rebotaron en las paredes que había tras ellos. Los hombres de John disparaban a los Dreads.

Briac, para su sorpresa, no siguió el athame, sino que comenzó a caminar hacia ella. Estaba herido, en la pierna y el hombro, pero tenía la espada látigo en la mano y parecía dispuesto a morir con tal de poder castigarla. La atacó con la espada y Quin se agachó.

—Has demostrado que no vales para nada, niña —soltó con una voz tan baja como amenazante, igual que la sustancia aceitosa de la espada látigo—. ¿Por qué

tuvo que darme una hija la borracha de tu madre? No has sido más que una carga con tu poco talento y tu poca fe.

Quin transmutó la espada látigo y bloqueó el siguiente golpe, pero descubrió que vacilaba. Los años de entrenamiento le habían enseñado a seguir a Briac sin dudarlo. En lugar de avanzar hacia él y atacarlo, dio un paso atrás, hacia Fiona.

Entonces Briac se percató de la presencia de su esposa y su furia, como un foco, se desvió para concentrarse en ella.

—¡Tú, mujer! Tan cobarde como siempre. Todo ese entrenamiento y fuiste demasiado cobarde para pronunciar tu juramento. ¿Tenías miedo de lo que veías en mi mente? Miedo de un poco de sangre y de gritos. ¡Tendría que haberme librado de las dos antes!

Quin vio que su madre miraba a Briac con los ojos desorbitados, incapaz de moverse, con una expresión que decía: «No me hagas daño. Por favor, no me hagas daño».

Y con eso fue suficiente.

La cara que tenía su madre Quin la había visto infinidad de veces de pequeña y siempre había intentado ignorarla, con la esperanza de que no fuera cierto. Pero ella siempre había sabido en el fondo de su corazón que no había amor ni piedad en los ojos de Briac. Aunque no hubiera sido tan sumisa como su madre, también había pensado: «Creeré todo lo que digas, Briac, haré lo que tú digas, con tal de que no me hagas daño».

—¡Apártate, Quin! —ordenó él haciendo señas para que se retirara y así poder atacar a Fiona.

Incluso en ese momento asumía que ella lo obedecería sin pensárselo.

Quin se quedó mirando a su padre, con la espada alzada, su rostro y todo su ser llenos de maldad. Y el conjuro se rompió.

—¡Adelante! —le gritó—. ¡Intenta matarnos!

Y tras decir eso le asestó un duro golpe con unos movimientos rápidos, de improviso. Briac detuvo el ataque con su espada, pero retrocedió un paso, asombrado por lo que veía. Quin avanzó y le lanzó otro mandoble.

Esa vez Briac no lo dudó. Lanzó la parada y contraatacó. Pero Quin levantó la espada con virulencia y apartó la de su padre.

—Intentaste matarme en la hacienda —dijo amargamente mientras la atacaba de nuevo. Detuvo el golpe con su propia espada, cogiéndola por los dos extremos, la empuñadura y la punta, viendo como la fuerza de su estacazo doblaba su arma hasta que casi tocaba su nariz—. ¿Qué tipo de hija mata a su padre? —preguntó mientras empujaba su espada, con la cara muy cerca—. ¿A qué clase de monstruo he criado?

El odio se condensó en el interior de Quin como una fuerte oleada. Miró a sus ojos negros, tan parecidos a los suyos por fuera pero tan diferentes en su interior, y se preguntó: «¿Cómo he sido capaz de seguir tus pasos?».

—Tú eres el monstruo —dijo—. Y ya estoy harta de ti.

Giró los hombros y empujó las manos con fuerza, poniendo todo su cuerpo en ese repentino movimiento. La espada de Briac resbaló por un lado y luego perdió el equilibrio y se cayó al suelo.

Dio un cabezazo contra el suelo que lo dejó aturdido, pero seguía dispuesto a atacarla de nuevo. Quin alzó la espada hasta lo más alto, preparada para dar la estocada y abrir la cabeza de su padre en dos.

Antes de que tuviera oportunidad de ello, algo enorme se revolvió en el aire y cayó desde el techo directamente encima de Briac, haciéndolo desaparecer entre una maraña de extremidades. Alguien estaba sobre él, dándole una tunda de puñetazos imparables, con una furia igual o mayor que la de Quin. Briac se retorció y blasfemaba bajo la lluvia de sopapos y arañaba el suelo en su intento de escapar.

Entonces los puñetazos cesaron y Briac se arrastró por el suelo para escapar del alcance de Quin tan rápido como podía.

Su agresor se dio la vuelta agarrándose una herida que le sangraba en un costado.

Era Shinobu. Había entrado a través del techo. Miró a Quin con los ojos llenos de dolor, pero también de triunfo.

—¡Lo odio a muerte! —le susurró al oído.

## Maud

El Dread Mediano y la Joven se acercaban a John y sus dos hombres por el suelo inclinado. Maud veía el athame y el bastón de luz varios metros por detrás de John. Ambos objetos de piedra habían ido a parar delante de un escritorio vuelto del revés.

Los hombres de John disparaban con sus pistolas. Estaban a poca distancia y los Dreads tendrían que haber sido un objetivo fácil. Pero la Joven y el Mediano habían ralentizado su sentido del tiempo hasta un punto al que ella llegaba frecuentemente durante la batalla, cuando un latido tardaba un minuto, y respirar, una hora completa. Veía las balas al salir de los cañones de las armas y para cuando llegaban a ella su cuerpo ya se había desviado de la trayectoria. Ellos mismos parecían imágenes borrosas en movimiento para el resto de las personas que había en la habitación.

El Mediano desenvainó la espada látigo y empaló al primero de los hombres. La Joven había sacado también la suya y se preparaba para encontrarse con el segundo de ellos. Se giró hacia un lado para esquivar una bala que pasó rozándole la cabeza y alzó la espada. No tardarían mucho en acabar.

Antes de atacar al hombre cruzó una mirada con su maestro, que estaba detrás de ellos, manteniéndose al margen de ese combate. Al mirar al Viejo Dread a los ojos su mente se desplazó más rápido que ella incluso. Su cabeza se llenó de imágenes. La había entrenado durante años, era como un padre para ella y le había enseñado todo sobre el rumor del universo. El athame servía para trasladar a una mente privilegiada más allá de las fronteras, pero las mentes privilegiadas no existían, solo los corazones puros. ¿Era ella una posesión? Para entregar un athame solo se necesitaba una mano. Solo se necesitaba una mente para decidir. ¿Dónde estaba la justicia de los Dreads?

Entonces lo vio claro. Su maestro no podía librarse del Dread Mediano. La razón era un misterio, pero eso no cambiaba el hecho: su maestro estaba atado al Mediano. Hacía mucho tiempo, tal vez mil años, que esperaba la llegada de un Joven Dread que hiciera lo correcto.

Sin vacilar un momento más, retiró la espada del lacayo de John y la hundió directamente en la espalda del Dread Mediano, como tantas veces había imaginado. Mientras este levantaba su propia espada para darle el golpe de muerte a John, ella atravesó su corazón limpiamente.

El Mediano se tambaleó hacia atrás y se clavó la espada hasta el fondo y la Joven Dread lo cogió antes de que cayera al suelo. John la miró fijamente con los ojos

abiertos de par en par, mostrando en su rostro sorpresa y gratitud a partes iguales.  
Su maestro estaba ya a su lado. Se acercó para hablarle al oído.  
—Eso era lo justo —susurró.

## John

John estaba viendo como llegaba el momento de su propia muerte. Los Dreads habían entrado a bordo del *Traveler* con Quin y, aunque no parecía que estuvieran ayudándola, su presencia había destruido cualquier esperanza de evitar el combate.

El athame y el bastón de luz estaban tirados en el suelo varios metros a su espalda y los Dreads derramarían la sangre necesaria para recuperarlos. Se produjo un movimiento nebuloso y el Dread Mediano apareció ante él con la espada en alto.

Entonces surgió algo alargado y delgado del pecho de aquel hombre, empapado en sangre. Bajo su mirada, retrocedió otra vez al interior del torso del Mediano y desapareció. El hombre cayó hacia atrás, en los brazos de la Joven Dread.

John y la Dread se quedaron mirándose por un brevísimo instante. Ella lo había salvado; lo había ayudado. Tras eso la joven desapareció y se llevó el cuerpo del Mediano. John desvió la vista hacia el athame y descubrió que Briac Kincaid iba directo hacia él. Estaba cojeando y tenía la cara ensangrentada, pero eso no parecía que fuera a detenerlo. En sus ojos brillaba la ardiente luz de la venganza.

Oyó un disparo y sintió que su hombro se iba para atrás. Vio la pistola en la mano izquierda de Briac. Estaba a punto de matarlo. Pero lo que John tenía en sus manos era algo mucho peor que la muerte. Llevaba esperando ese momento desde aquel día, tanto tiempo atrás, cuando había entrevisto el resplandor de esa luz con los colores del arcoíris desde su escondrijo en el suelo. Llevaba esperando ese momento desde aquel día en el viejo granero en el que Briac se plantó ante esa figura decrepita de la cama de hospital y adiestró a sus aprendices acerca de los peligros de los perturbadores.

El único guardia que le quedaba a John se abalanzó sobre Briac para detenerlo al tiempo que su mano se deslizaba por el borde del perturbador. Se produjo un aullido agudo y penetrante al tiempo que el perturbador lanzaba miles de centellas.

La habitación volvió a llenarse de luces multicolores, siseos y chasquidos eléctricos. El entramado de centellas impactó en los dos hombres, que se habían enzarzado en una pelea.

Su hombre cayó de espaldas y se golpeó la cabeza, rodeada de resplandores eléctricos. Briac se fue al suelo y escapó de la nube de centellas. Pero no se había librado completamente de ellas. Todavía giraban varias alrededor de su cabeza, unas tres o cuatro. El campo perturbador se había dividido entre los dos, algo que John ni

siquiera sabía que fuera posible. Briac rodaba por el suelo, espantando las brillantes luces como si fueran moscas.

John se puso a buscar frenéticamente el athame y el bastón de luz.

«¡Quin me ha lanzado el athame! —pensó, viéndose inundado por un alivio tan profundo y una felicidad tan intensa que eran prácticamente sobrecogedores—. ¡Ha decidido dármelo a mí!».

Sostuvo ambos objetos entre las manos. Pero pasaba algo. No tenían el tacto que deberían. En lugar de estar en contacto con piedra fría su piel lo estaba con algo más suave, más cálido. Golpeó el athame contra una mesa vuelta del revés y se hizo añicos en sus manos.

Era un simple truco. No le había arrojado la daga verdadera. No había tomado la decisión de ayudarlo. Se quedó inmóvil por unos instantes y luego la desazón se apoderó de él, seguida de la furia.

Vio a Quin y a Fiona un poco más arriba del inclinado suelo, arrodilladas ante otra silueta. Al acercarse lo reconoció: Shinobu MacBain. Súbitamente comprendió el rescate de Quin en el Bridge. Shinobu estuvo allí. Había estado ayudándola. Tal vez él hubiera usurpado su lugar mientras estaban en Hong Kong. Quizá Quin y él llevaran juntos desde hacía un año y medio. Imaginó como ella lo tocaba, lo besaba y lo ayudaba, todo lo que se había negado a hacer por John. Y solo de pensarlo se puso furioso.

—¿Puedes moverte? —oyó que decía Quin.

Shinobu se llevó la mano a un costado y tenía una de las piernas dobladas en la dirección indebida.

—Claro —respondió—. Puedo moverme.

—Vamos a levantarte —le advirtió Quin—. Agárrate a mis brazos.

Antes de que Shinobu pudiera agarrarse a ella, John cogió la espada látigo con ambas manos y le dio con la empuñadura en la sien tan fuerte como pudo.

Quin cayó al suelo, aturdida.

Entonces se oyó un tremendo rugido procedente de la parte trasera de la nave, seguido del sonido que hace una gran cantidad de metal al desprenderse.

El *Traveler* comenzó a caer en picado.

## Quin

La habitación giraba endiabladamente a su alrededor. Algo había impactado en la cabeza de Quin y le había golpeado tan fuerte que veía borroso. Todo le daba vueltas, pero estaba segura de que no era solo por su visión. Fuera se veían los rascacielos, que revoloteaban alrededor de la enorme cubierta de cristal como las luces de un ti vivo.

Fiona, Shinobu y ella se deslizaban juntos por el suelo y también había alguien más. Lo oía respirar cerca de su cara. Mientras todos resbalaban él se aferraba a ella y no la dejaba ir. Metió las manos en el interior de su capa.

—No —rezongó.

—¿Por qué no me has elegido a mí? —le susurró él—. ¿Solo por una vez?

Tenía que impedir que siguiera registrándole los bolsillos. La cabeza le palpitaba y sus brazos no respondían, pero soltó una mano. John la apartó como si fuera una espiga de trigo.

—Ahí —le oyó decir—. Ahí lo tienes.

Era John y parecía «contento». Lo vio. Tenía el athame y el bastón de luz en las manos, los originales que ella había escondido.

—No, John...

Él siguió registrando el interior de su capa. Quin intentó apartarlo, pero no le quedaban fuerzas.

Estaba sacándole algo más de los bolsillos. Oyó que quedaba sobrecogido por la sorpresa.

Quin giró la cabeza hacia él con gran esfuerzo, sintiendo un enorme dolor de cabeza, y centró su vista. John estaba mirando un grueso volumen con las tapas de piel y una tira de cuero que lo mantenía cerrado. Quiso cogerlo y se quedó confundida al ver que su mano se movía en la otra dirección.

—No quieres quedarte eso —susurró.

Pero no parecían las palabras adecuadas: por supuesto que quería. Observó como pasaba las páginas con gran satisfacción. Intentó coger el libro otra vez, pero ni siquiera estuvo cerca de hacerlo.

«No pasa nada», se dijo.

Incluso en ese estado de aturdimiento en que se hallaba, Quin recordó que no era una catástrofe que John se quedara el libro. Lo había llevado para intercambiarlo en

caso de que fuera necesario. Había una razón por la cual podía dejar que se lo quedara. De alguna forma, ella había dado los pasos...

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó John.

Parecía un niño el día de Navidad.

—Briac...

Empezaron a resbalar de nuevo. John se inclinó hacia ella para que viera su cara claramente.

—Sí me has ayudado —susurró con voz amable y agradecida—. Gracias, Quin. Gracias.

La besó en la mejilla, un beso cálido y suave. Y luego salió despedido, resbalando por el suelo y alejándose de ella.

La nave aullaba. El *Traveler* comenzó a balancearse por ambos lados. Tenía unas manos sobre el brazo. Alguien tiraba de ella. Se volvió. Shinobu estaba allí, intentando acercarla. Su madre estaba tumbada en el suelo, atando un grueso trapo al profundo corte que Shinobu se había hecho en el costado.

Cuando Shinobu cayó a través del techo, la espada látigo de Briac se le había clavado en mitad del pecho. La fina capa de armadura bajo su ropa quemada desvió la punta, que se había deslizado por su torso hasta acabar atravesando la protección por el costado. Quin notó que algo húmedo y cálido le recorría la pierna. Shinobu se había librado de una muerte instantánea, pero su sangre seguía manando por el suelo.

La nave se inclinaba entonces hacia arriba, como un animal herido que intenta volver a ponerse en pie. Los motores rugían de un modo diferente. Shinobu agarró a Quin por la camiseta.

—Vamos a estrellarnos —susurró.

—Agárrate a mí —dijo ella. Seguía teniendo la cabeza como un bombo, pero ya no estaba mareada y sus brazos volvían a responder—. Te sacaré de aquí a rastras.

—He estrellado la nave —añadió—. Creo que estoy sangrando...

—No pasa nada. Agárrate a mí.

La nave se inclinaba de forma cada vez más abrupta a medida que algunos motores dejaban de funcionar completamente y los que quedaban intentaban volver a poner la nave en el aire. Quin y Shinobu resbalaron hacia un lado hasta que la pared los detuvo. La fuerza de gravedad los empujaba al uno contra el otro.

—Sigue hablándome —susurró Quin al ver que a Shinobu empezaban a cerrársele los ojos.

—¿Ha cogido el athame?

—Lo ha cogido. No importa...

—¿Estoy muriéndome?

—No estás muriéndote.

—Quin...

—Es solo un poco de sangre, te lo prometo. Aguanta.

Lo agarró con más fuerza, como si sus brazos pudieran protegerlo de esa nave a la

deriva. Sus mejillas estaban pegadas.

—Quin, solo somos primos terceros, ya sabes.

—Medio primos terceros —susurró ella con los labios cerca de su oído—. Casi no somos familia en absoluto.

—¿Querías besarme... en el sótano?

—Sí —suspiró—, locamente.

Los edificios del exterior daban tumbos alrededor de la cubierta de cristal como si estuvieran borrachos. La nave caía y ascendía al mismo tiempo.

Shinobu tiró de ella para que sus cabezas estuvieran a la misma altura. Después la besó en los labios, lenta y tiernamente, como si no estuvieran en el suelo de una nave que giraba sobre sí misma a punto de estrellarse, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—Te amo —susurró Quin.

—Te amo —respondió él.

Tras esto Shinobu se abalanzó sobre ella. Los motores emitieron un aullido final, la popa de la nave ascendió y el *Traveler* se estrelló contra Hyde Park.

La cubierta de cristal se rompió en mil telarañas y los enormes paneles comenzaron a caer. Shinobu la mantenía pegada al suelo, protegiéndola. Quin vio a su madre en el rincón, a unos cuantos metros, encorvada en un espacio protegido por dos paredes. Quin intentó salir de debajo de Shinobu para empujarlo hacia el rincón y ponerlo a salvo. Se oyó un estruendo al tiempo que un panel de cristal se derrumbaba sobre ellos, aplastándola con el cuerpo de Shinobu. Se quedó sin respiración.

Entonces el movimiento cesó. Pero no el ruido. La nave seguía acomodándose en el suelo y se oían sirenas por todas partes. Todas las ambulancias, coches de bomberos y patrullas de policía que había en cincuenta kilómetros a la redonda se habían reunido en el lugar del accidente.

—Ven —dijo una voz mientras Quin luchaba por respirar.

La Joven Dread estaba levantando el panel de cristal. Quin no se paró a preguntarse cómo era posible que una chica tan pequeña levantara un objeto tan pesado. Salió de debajo de Shinobu tan rápido como pudo, recobrando el aliento. La Joven Dread tenía un athame en las manos. Un profundo temblor los envolvió mientras introducían con ayuda de Fiona el cuerpo exánime de Shinobu a través de un oscuro círculo en esa oscura sala, con la energía de sus bordes tirando al interior hacia la más completa de las negruras. Al cabo de un momento ya no estaban en la nave. Estaban en el Allá.

## Quin

Aparecieron de nuevo en el mundo a medio kilómetro de distancia. Nadie les prestó la menor atención. Todo ser viviente que se encontrara cerca estaba mirando la masa estrellada del *Traveler* rodeada por la vegetación de Hyde Park.

Fiona se tambaleaba de pie y acabó por sentarse. Quin y la Joven Dread estaban arrodilladas junto a Shinobu, que estaba tumbado en la acera, inconsciente. Quin le vendó la herida con una tira de lana de su capa. Tenía quemaduras en ambas mejillas, una pierna rota, también abrasada, y estaba segura de que se había roto algún hueso más. Pero respiraba y su pulso era constante.

Quin levantó la vista y vio el caos que formaban los vehículos de emergencia junto al lugar del accidente. Agarró a su madre por los hombros y la acercó más a Shinobu.

—Quédate con él —le ordenó—. No permitas que se mueva.

Su madre tardó un momento en comprenderlo, pero al final asintió.

—¡Vuelvo enseguida!

Quin tenía un dolor de cabeza horrible, pero se vio capaz de andar a la carrera.

Se dirigió hacia el barullo que había en la distancia, buscando la ambulancia más cercana. A medio camino advirtió que la Joven Dread corría junto a ella. Cuando llegaron donde estaba la muchedumbre ambas detuvieron la marcha, buscando a alguien que las ayudara.

—Mira —dijo la Joven Dread en voz baja, señalando algo entre el gentío.

En la distancia, junto a la nave, se veía como metían a un hombre en una ambulancia. Alto, fuerte y con aspecto peligroso, forcejeaba con el personal médico que intentaba hacerlo entrar en el vehículo. Era Briac. Su padre había sobrevivido.

La Joven Dread le puso una mano en el brazo y señaló en otra dirección. Quin siguió la mirada de la chica hasta un callejón que había a la izquierda, bajo el parque. La silueta de John Hart, apenas reconocible en la distancia, se escabullía en la oscuridad entre los edificios y desaparecía bajo su atenta mirada.

—Aquí se separan nuestros caminos —dijo suavemente la Joven Dread.

Quin asintió.

La chica sacó de su bolsillo el athame de los Dreads y lo sostuvo en las manos.

—¿Dónde está tu maestro?

—Durmiendo —respondió la chica—. Hacía tiempo que le tocaba. —La capa de

la Joven Dread parecía diferente. Le caía demasiado grande y también estaba más deshilachada que la última vez que Quin la había visto. Los bolsillos interiores se veían atiborrados de objetos ocultos que antes no abultaban tanto.

Antes de que pudiera seguir preguntándose por dichos cambios oyeron sirenas detrás de ellas y al darse la vuelta vieron que varios vehículos de emergencia se dirigían hacia allí. Quin hizo señas con los brazos.

—Mi maestro dice que ahora soy la Joven, la Mediana y la Vieja —añadió la Dread bajando la mirada hacia el athame que sostenía en la mano—. O tal vez no sea ninguna. El tiempo lo dirá.

Una ambulancia se detuvo junto a Quin al ver que tenía la mitad del cuerpo manchada con la sangre de Shinobu. Se dirigió hacia el vehículo, pero la Dread la agarró del brazo.

—Esto te lo quedarás tú —indicó la Joven.

Quin observó como depositaba el athame en sus manos. Al bajar la mirada vio lo pequeño que era y los símbolos alineados en sus discos. Palpó el envés de la hoja con el pulgar, donde estaba el fino bastón de luz encajado en su sitio a la perfección. Ese athame era mucho más delicado, pero sentía que en cierto modo era mucho más poderoso que el suyo.

Advirtió el dibujo que tenía en la empuñadura. No se trataba de un animal. Eran tres óvalos entrelazados. El grabado de un átomo. A Quin se le aceleró el corazón.

—¿Por qué?

—Esa es mi decisión —repuso la Joven Dread—. No es un regalo para toda la vida. Pero el poder de este athame no me pertenece solo a mí. Tú lo tendrás durante un tiempo. Tengo una deuda que saldar y un problema con el otro athame que hay que solventar.

—John lo tiene.

—Sí. John lo tiene —coincidió la chica. Entonces le tendió la mano, como haría cualquier persona de la actualidad que se presenta—. Tú eres Quin —dijo—. Yo soy Maud.

—Maud —repitió Quin estrechándole la mano. Le pegaba—. Encantada de conocerte y siento que tengamos que decirnos adiós.

—Adiós no —replicó Maud—. Pronto nos volveremos a ver. No te quepa la menor duda.

Hubo algo en la manera en que lo dijo que no resultó del todo agradable, como si no fuera seguro que la próxima vez que se encontraran estuvieran en el mismo bando. Entonces Maud, la Joven Dread, esa chica de quince años que no se parecía en nada a ninguna chica de quince años, desapareció y se internó entre la muchedumbre en la dirección por la que John había salido corriendo.

Quin regresó con la ambulancia y el personal sanitario se arremolinó en torno a Shinobu. Cuando lo metieron en el vehículo Quin se sentó junto a él y Fiona la acompañó. Lo cogió fuertemente de la mano. Estaba inconsciente, pero sentía la

calidez de su cuerpo y el ritmo constante de su corazón.

Le había costado demasiado tiempo darse cuenta de que él era su otra mitad, como ella era la de él. Había sido así desde que tenían nueve años. No estaría completa hasta que Shinobu estuviera fuera de peligro.

Mientras se alejaban del caos Quin sintió como su futuro se extendía en el horizonte ante ella. A un lado tenía el athame; al otro, la espada látigo. En su muñeca izquierda, una marca a fuego que la identificaba.

Habló sin apartar la vista de Shinobu.

—¿Qué soy, madre?

La respuesta era obvia, pero Fiona tardó un momento en responder, como si lo que tenía que decir la incomodara.

—Eres lo que siempre estuviste destinada a ser —respondió pausadamente—. Eres una Seeker.

—Sí —aceptó Quin.

John se había llevado el libro de piel. Pero Quin lo había estudiado de nuevo antes de prepararse para el viaje a Londres y conocía parte de su contenido. Había una secuencia de diez imágenes entre las que estaban los dibujos de un zorro y un águila. El zorro correspondía al athame de John; el águila, al de Shinobu, el que había sido destruido. Y había un dibujo de tres óvalos entrelazados que correspondía al que llevaba en la cadera. Eso significaba que quedaban siete símbolos más. Si cada uno de ellos representaba un nuevo athame que pertenecía a una familia diferente...

Catherine y muchos otros habían recopilado conocimientos durante largo tiempo y el libro era un rastro que los Seekers podían seguir... Pero ¿adónde llevaría?

Quin miró a través del cristal de la ambulancia. Cuanto más se alejaban de la zona del accidente más tranquilas estaban las calles. La oscuridad de la noche de Londres comenzaba a envolverlos.

—Soy una Seeker, lo mismo que éramos desde el principio —pronunció—. ¿Qué es lo que busco? La verdad. El principio y el final. Nuestro saber comenzó en alguna parte, en algún momento. Y algún día se acabará.

Quin había sacado fotografías de cada una de las páginas del libro de piel y todos los pergaminos introducidos entre sus hojas antes de salir de Hong Kong. Esas fotografías estaban a buen recaudo, una copia completa la esperaba. Y, además, tenía un athame, uno que nadie intentaría robarle, al menos de momento.

—Los Seekers existían mucho antes de que vosotros nacierais y seguirán existiendo mucho después de vuestra muerte —murmuró Fiona—. No está en nuestro poder decidirlo, Quin.

Su madre lo dijo de un modo que parecía un cántico o una oración que le habían enseñado de pequeña. Quin imaginó generaciones enteras de Seekers diciendo eso mismo, asegurándoles a sus hijos y a los hijos de sus hijos que podrían sobreponerse a cualquier cosa, que su poder sobre la vida y la muerte perduraría hasta el fin de los tiempos. Que tenían todo el derecho a matar a cualquiera que ellos decidieran.

—No —repuso Quin entrelazando sus dedos con los de Shinobu—. Tenemos elección. Pienso poner fin a esto, empezando con John.

## Agradecimientos

Mi primer impulso es el de atribuirme todo el mérito de este libro.

Estoy segura de que tú, como lector, no necesitas saber la cantidad de golpes en la mesa y tijeretazos que hubo en esas conversaciones en las que mi agente, Jodi Reamer, me aleccionaba apasionadamente sobre cómo debía o no debía comportarse «mi propio personaje» en una situación determinada. Tenía ganas de decirle: «Mira, Jodi, no quiero decirte cómo hacer tu trabajo... No, tacha lo último, eso es exactamente lo que quiero decirte. Yo he creado estos personajes. Yo soy como un dios en este universo. ¡Un dios!». De hecho, no es que «tuviera ganas» de decirle eso, sino que realmente llegué a pronunciar esas palabras o una versión algo menos bravucona.

Desgraciadamente, una empieza a darse cuenta de que puede ser la creadora en el universo de su libro, pero no la única que vive en él. Y una agente que está dispuesta a meterse en tu mundo hasta el punto de enfadarse contigo cuando algo no parece encajar es impagable. Una agente así es como la mejor amiga que has tenido desde el colegio, la que te aleja de las drogas o se sienta contigo a hablar seriamente sobre lo mal que siempre te cortas el pelo. Mejora el mundo de tu libro y hace que seas una mejor creadora en ese mundo. Así que..., bueno, ya sabes (ejem, ejem): gracias y tal, Jodi. Una vez pagué la cena, así que probablemente estamos en paz.

Krista Marino, si lees esto (es una broma; como mi editora, sé que «tienes» que leer esto), tú eres un tipo de criatura completamente diferente. Estoy bastante segura de que estás de mi parte, pero a la chita callando eres una bruja. ¡Bruja! Hiciste como que te dejabas convencer para que no se hicieran varias correcciones, pero no sé cómo acabé haciéndolas de todos modos. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Vudú? ¿Hipnosis? ¿O es que me diste tiempo para que me percatara de que tu habilidad para sugerir correcciones es uno de tus sutiles superpoderes? De acuerdo, no es tan llamativo y sorprendente como volar o la telequinesis, pero sí igual de potente.

Te desplazaste discretamente por el interior del universo de mi libro y te hiciste una casa amueblada allí antes incluso de que yo firmara con Random House. Yo aparecí en el mundo de *Seeker. Con la verdad llegará el fin* para escribir una nueva versión y tú ya estabas allí dentro, mirando el reloj y golpeando con el pie, como diciendo: «¿Dónde estabas? Llevo años esperando».

Así que, bueno... gracias y tal.

Esto cada vez se hace más fácil.

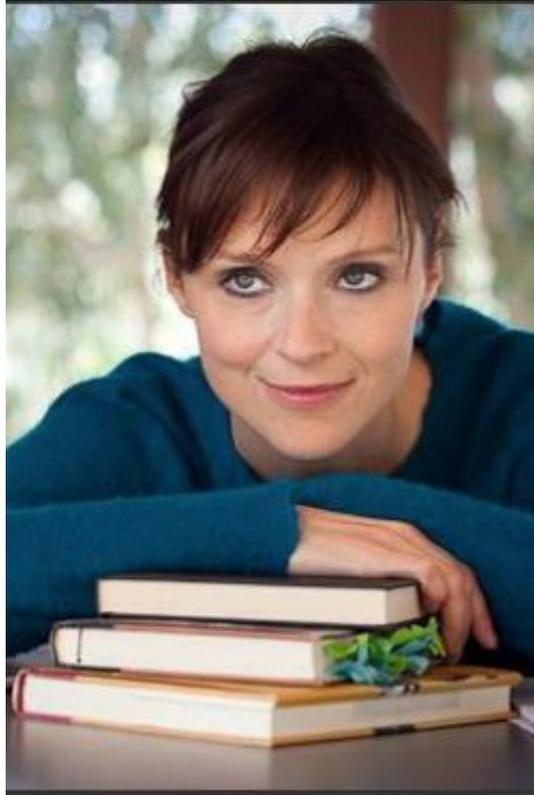
Gracias, Barbara Marcus. Me dejaste un mensaje precioso en el contestador al principio de todo. Por favor, no se lo digas a nadie, pero guardé el mensaje en el teléfono y lo iba escuchando de vez en cuando cuando tenías problemas con el libro.

Gracias, Beverly Horowitz, por enseñarme cómo funciona el negocio de la edición. Me encantó tu simple explicación de: «Todo lo que pasa con un libro es resultado de una decisión». Y a ese respecto, quiero dar las gracias a todos los talentosos profesionales de Random House que han dado forma y vida a este libro:

Gracias a Alison Impey por darle a *Seeker* esa maravillosa portada, que parece brillar con vida propia. Mi más sincero agradecimiento a John Adamo, Kim Lauber, Stephanie O’Cain y Dominique Cimina por averiguar cómo hacer que *Seeker* llegue a un público más amplio. Y gracias a Judith Haut por todo tu apoyo y entusiasmo.

Gracias a mis hijos, a los cuales he dedicado este libro, y que por lo cual no necesitan una segunda mención, sobre todo cuando no paran de distraerme para que no escriba. Pero me hacen tener los pies en el suelo y llenan mi vida de amor y aventura, algo muy importante cuando una trabaja con tramas complicadas que a menudo son violentas.

Y también gracias a ti, Sky Dayton. Tal vez te nombre el último, pero quiero darte mi agradecimiento más profundo. Sería demasiado personal nombrar la multitud de formas que tienes de hacerme feliz. Afortunadamente, tú ya lo sabes.



ARWEN ELYS DAYTON (EE UU). Lleva escribiendo desde la adolescencia. Le encanta documentarse para sus novelas, y esta parte de su trabajo la ha llevado a viajar por el mundo y a explorar sitios como las pirámides de Egipto, las diferentes islas de Hong Kong y las ruinas de algunos castillos de Escocia.

Una de sus pasiones es crear mundos nuevos y llenarlos de personajes que enamoran, frustran o inspiran.

Su novela de ciencia ficción *Resurrection*, publicada en 2012, ha sido el libro para Kindle de ciencia ficción más vendido en Estados Unidos y Gran Bretaña.